
La Mujer Marcada
MADISON DAVIS

La Mujer Marcada

MADISON DAVIS



©MADISON DAVIS

Título original – La mujer marcada

Primera edición, 2005

Todos los derechos reservados.



Pensó que había encontrado al amor de su vida… pero, ¿todo había sido una mentira?

Marcada con una cicatriz en el rostro, sin familia cercana, ni dinero y considerada una solterona, a Marianne solo le queda ser la acompañante de familiares lejanos. Hasta que conoce a un hombre que lo cambia todo.

Lord Malcom es el libertino más infame de Inglaterra. En cuestión de días se casa con Marianne en una discreta ceremonia y la recluye en el campo para después marcharse. Al poco tiempo unos terribles rumores comienzan a circular, llegando hasta Marianne.

¿Podría ser su boda una farsa?

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20

Capítulo 1

Se estaba divirtiendo hasta que vio que el hombre la observaba. O, al menos, hasta que se dio cuenta de que los demás lo veían observándola. Podría haberlo ignorado; era buena en eso, pero esta vez no lo haría.

Se armó de valor y levantó la cabeza. La giró hacia la luz, mirándolo de lleno con todo el orgullo y la dignidad que pudo reunir.

No se inmutó ante lo que vio. No parecía nervioso ni avergonzado. No apartó rápidamente la mirada. En lugar de eso, enarcó una ceja. Las comisuras de sus labios se elevaron. Inclinó la cabeza, como si estuviera esbozando una reverencia hacia ella, y siguió mirándola. A eso no estaba acostumbrada. Sintió que la sangre le subía a las mejillas y agachó la cabeza.

Sabía que el baile continuaba, aunque su corazón casi se había parado. Las parejas, en sus conjuntos en la pista del salón, bailaban bajo un candelabro de velas ardientes. Desde donde ella estaba sentada en las sombras, al margen de las damas, las carabinas y los alhelíes, las parejas que bailaban parecían estar en el escenario. Ella estaba acostumbrada a ser parte del público, a estar en la oscuridad; ¿cómo se atrevía él a destacarla?

Se atrevió.

—¡Marianne! —susurró bruscamente la tía Constance—. ¡No debes observar a los caballeros!

—No los estoy observando —dijo ella enfurruñada—. Ese hombre me estaba mirando con disimulo y yo solo le devolví la mirada.

—¿De veras? —preguntó la tía Constance, pronunciado cada palabra de forma grave—. Pero si no lo hubieras estado mirando, no te habrías enterado, ¿verdad?

Los hombros de Marianne se desplomaron. No había respuesta a eso. Era solo la verdad. Por supuesto que lo había estado mirando. Él había entrado en la cálida habitación como un soplo de aire fresco nocturno. Ella se había fijado en él al instante. La mayoría de las mujeres lo habían hecho.

No era porque él hubiera entrado en la habitación, energizándola, causando un gran revuelo. O que su cabeza morena fuera más fácil de ver porque era más alto que la mayoría, o que su rostro estuviera tan bronceado en comparación con la palidez de los otros caballeros. Desde luego, no era porque fuera tan guapo. No lo era. No con esa nariz un tanto puntiaguda, esos pómulos duros y definidos, esos ojos largos, entrecerrados y divertidos. No era guapo. Solo endiabladamente atractivo. Marianne se mordió el labio. Ella era ahora el motivo de su diversión.

Pero él había captado su atención y la había mantenido. Ella lo había mirado fijamente, claro que sí.

Él había mirado alrededor de la habitación y había visto su reacción. Y le había devuelto la mirada. En ese momento ella se había emocionado... hasta que recordó quién era, dónde estaba y qué había llamado su atención. Entonces se había vuelto hacia los bailarines y solo lo había visto de reojo.

«Mentirosa», pensó, y suspiró. Había disfrutado de su breve y tonto juego de miradas. Imaginó que, debido a la oscuridad en la que estaba sentada, él no la había visto con claridad.

—Es Malcom —susurraron las mujeres que rodeaban a Marianne. Los murmullos envolvieron al grupo de mujeres que observaban la fiesta, excitadas.

—¿Malcom? ¿Aquí? ¡Debe estar buscando esposa! —dijo una de ellas.

—¿Malcom? ¿Buscando esposa? —rio otra—. Más bien buscando la esposa de alguien.

—Tonterías —dijo de forma brusca una anciana—. Incluso Malcom sabe que no puede venir a un evento como este con intenciones libertinas. He oído que está a la caza de una nueva esposa, por eso está aquí.

—¿Ah, sí? —ronroneó una dama que estaba junto a Marianne, que ahora lo miraba fijamente—. Si es así, ¿por qué está mirando...? —Dirigió una mirada divertida a Marianne y dejó el comentario sin terminar. Casi acabó con Marianne. Fue más que suficiente para la tía Constance.

—Marianne —dijo en tono gélido—, he visto a tu prima temblando. El aire de la noche puede ser muy traicionero. Ya sabes lo frágil que es. Busca su chal para que se abrigue.

Marianne se puso en pie de un salto.

—¡Espera! —la llamó la tía Constance—. No está en el guardarropa. Ahora lo recuerdo, se lo dejó en el carruaje. Ve al vestíbulo y dile a un lacayo que le diga a nuestro cochero que te lo traiga. Espera allí hasta que lo haga, ¿quieres?

«Tía Constance era dueña de la pregunta que no requería respuesta», pensó Marianne. Pero ¿qué respuesta podía haber? La estaba enviando de forma al exilio. Esperaría en el vestíbulo hasta que llegara la hora de irse a casa, porque ambas sabían que la prima Shirley no había traído ningún chal. ¿Por qué iba a hacerlo? Era mediados de mayo, hacía calor en la casa, y al menos el mismo calor fuera.

—Sí, tía —contestó Marianne. Luego, con la cabeza gacha y vigilando sus pies para no ver las expresiones en los rostros de las mujeres que la rodeaban, se abrió paso a través de su círculo de sillas y se dirigió con rapidez por los bordes del salón de baile hacia el gran salón exterior. No le importaba perderse el baile. Se habría escandalizado si alguien la hubiera invitado a dar una vuelta por la pista. Era prima de una joven muy popular, pero ella no era tan joven y desde luego no era tan popular. Aparte de su defecto más evidente, no tenía ni un céntimo con el que bendecirse. No era una joven elegible para un hombre.

Pero era una compañera perfecta, y lo había sido durante siete años, tanto tiempo que casi había olvidado lo pobre que era y lo que hacía para ganarse el pan. Era la persona perfecta para vigilar a una joven que se presentaba en sociedad. A ella no le importaba. De hecho, estaba encantada. Había sido la encargada de traer y llevar a familiares ancianos durante los últimos siete años, y ahora sentía que había ascendido en el mundo. Al menos ahora podía ver bailar a los demás y no solo tejer. Solo llevaba un mes en Londres, pero hacía años que no se sentía tan feliz. Al menos no desde que su padre había muerto, dejándola al cuidado poco amable de su familia.

Era increíble que cuando se enteraron de su muerte se hubieran desvivido lo suficiente como para ofrecerle a su hija, ahora huérfana de padre, una casa, ya que habían estado distanciados desde el día en que se casó con su madre. No se habían doblegado lo suficiente como para ofrecerle lo mismo a su viuda, por supuesto.

Eso no importaba; mamá se habría ido a su casa de Irlanda de todos modos. Pero Irlanda no era el hogar de Marianne. Y a los dieciocho años, se había negado a ser una carga para su madre. Con esperanza y mucha curiosidad, había aceptado la oferta de la familia de su padre.

Ella no era una carga para ellos. Los dos primeros años había sido niñera no remunerada de su prima Sylvia en Suffolk. Luego, le habían pedido que acompañara a su malhumorada prima Elizabeth en Derbyshire. Marianne había pensado reunirse con su madre en Irlanda después de todo, pero mamá se había vuelto a casar por aquel entonces, ¡y la familia iba en aumento! Allí no había sitio para una hija mayor, o eso se había dicho Marianne a sí misma, pasando por alto la idea de que pudiera sentirse celosa o dolida o angustiada al pensar en su madre y su nuevo bebé, cuando ella misma nunca tendría uno.

Luego estaban aquellos terribles años que había pasado en el exilio con su tonta y vieja prima Mary en el norte. La pérdida de juicio de la prima Mary fue la única razón por la que Marianne permaneció con ella, porque era más fácil perdonar a una loca todas las cosas desagradables que decía. Además, a medida que la prima Mary se hacía mayor, olvidaba todas las cosas realmente espantosas que le hubiera gustado decir o hacer.

Pero, entonces, ¡le había surgido esta oferta! ¿Compañera de su dulce y tonta prima Shirley? ¿En Londres? En un mes escaso, Marianne había visto la Torre y Regent's Park, había ido de compras por los deslumbrantes soportales, había ido al teatro y a un concierto... ¡y ahora a un baile! Por supuesto, iba como acompañante, pero era más vida de la que había visto en siete años. Además, la prima Shirley olía a agua de rosas, no a alcanfor.

Se habían acabado las críticas, las regañinas y las quejas. Por supuesto, tampoco había amistad, ni confidencias, ni elogios. Los hermanos de Shirley estaban en la escuela, pero ella tenía su propio grupo de amigas. Marianne se dio cuenta de que pensaba en ella como en un accesorio necesario; como uno de los lacayos que siempre iban detrás de ella. Aun así, no había que ir a buscarla, ni llevarla... excepto esta noche, por supuesto. Después de todo, se trataba de una lección.

El salón de la casa adosada donde se celebraba el baile era inmenso, con un techo tan alto como el de una catedral. Había urnas con altísimos arreglos florales en los nichos de la pared, y el suelo era todo de baldosas blancas y negras con dibujos, tan pulidas que las zapatillas de Marianne casi se deslizaban sobre ellas. Los invitados estaban en el salón de baile, por lo que el vestíbulo estaba vacío, salvo por dos lacayos que estaban de pie junto a la puerta.

—¿Señorita? —dijo uno de ellos cuando vio a Marianne entrar en el vestíbulo.

—Perdone —indicó ella—.¿Podría llamar al cochero de los Palmer? Mi prima se ha dejado el chal en el carruaje y lo necesita.

—Por supuesto, señorita —dijo él haciendo una reverencia. Le pasó el mensaje al segundo lacayo, que llamó a un paje. Marianne esperó mientras le transmitían el mensaje y salía corriendo por la puerta.

Ambos lacayos miraron a Marianne. Ella se movió de un pie a otro.

—Um —soltó en voz baja—, lo esperaré aquí.

—No será necesario, señorita. Estaremos encantados de llevárselo a la sala de baile.

—Las órdenes expresas —indicó Marianne—, eran que lo esperase.

Vio la rápida mirada de simpatía que intercambiaron los dos lacayos. Pero estaba acostumbrada a eso, así que levantó la barbilla y trató de fingir que era invisible. También estaba acostumbrada a hacer eso.

—Quizás le gustaría tomar asiento mientras espera —dijo uno de ellos, señalando una silla que había en un nicho a un lado del vasto vestíbulo. Ella no la había visto; era una cosa enjuta colocada en un hueco junto a una de las inmensas columnas de mármol que sostenían el techo.

—Está bien. Gracias. —Se dirigió hacia ella con la cabeza alta. Ahora todo lo que tenía que hacer era fingir que los dos silenciosos lacayos no estaban allí. Tres extraños solos en una habitación, pasando la velada juntos, sin hablarse. Marianne suspiró un poco por lo absurdo que era el mundo. Le habría gustado charlar con ellos, pero su trabajo también consistía en ser invisibles.

«Bueno, pero hay sitios peores donde pasar una tarde», se dijo mientras se acomodaba en la silla. Sin embargo, era una pena. Se había puesto su mejor vestido, el azul, con cintas de un azul más oscuro en la cintura. Ahora jugueteaba con los lazos, pensando que podría comprarse unos nuevos: ¿rosas, para contrastar? Pero tal vez unas zapatillas nuevas fueran mejor idea, pues las necesitaba. Levantó un pie y lo contempló... y vio que otro pie aparecía de repente delante del suyo: un pie grande con un zapato negro brillante. Sus ojos se abrieron de par en par y su mirada voló hacia arriba.

—Buenas noches —dijo el vizconde Malcom, con la boca ladeada en aquella sonrisa perversa y curvada que la había enviado a su actual exilio.

—Buenas noches, milord —respondió ella rápidamente, mirándose las manos que descansaban en su regazo. Por una parte, esperaba que no fuera a disculparse y, por otra, deseaba que lo hiciera.

—¿Baila tan mal que insiste en hacerlo en el vestíbulo? —preguntó él de forma inquisitiva.

Ella sonrió a su pesar.

—Yo no bailo —le aseguró con las manos en el regazo.

—Ni mira a un caballero a la cara cuando habla con él —la reprendió el vizconde—. Pero no soy un tipo vanidoso. He venido a preguntarle si le apetece bailar.

Ella levantó los ojos hacia los de él, asombrada. ¿Se trataba de una broma cruel o de una inocente metedura de pata? Sus brillantes ojos marrones y dorados parecían divertidos.

—No sé bailar —indicó ella—. Gracias de todos modos. Buenas noches, milord.

—Eso ya lo ha dicho. ¿No puede o no sabe? —insistió él—. Estaré encantado de enseñarle.

—Soy una acompañante, milord, ¡y las acompañantes no bailan en los bailes! —expresó ella con ánimo, porque parecía que el caballero se estaba divirtiendo a su sota y eso hacía que se sintiera decepcionada con él por ello y también consigo misma por esperar más.

—No sabía que las acompañantes debían pasar las noches acompañando a los lacayos —expuso él con su voz profunda; se podía vislumbrar un atisbo de risa.

—Por si le interesa, se supone que las acompañantes tampoco deban dejarse mirar por los caballeros. Por eso estoy aquí. Pero soy nueva en Londres, si no, no estaría en tales dificultades. No volveré a estarlo, eso se lo aseguro —murmuró—. Pero sé que se supone que las acompañantes no deben charlar a solas con caballeros, como nosotros estamos haciendo. Por favor, milord, déjelo estar.

—Eso no puedo hacerlo —aseguró él—. Lástima que no haya otra silla aquí. Me gustaría que me mirara cuando hablo con usted.

—¡Desearía que se fuera! —soltó ella, y luego, porque era miserablemente consciente de que los dos lacayos fingían no escucharlos, añadió en un susurro—: ¡Podría costarme mi reputación! Por favor, si ha venido a disculparse, lo acepto. Y si no lo ha hecho... bueno, supongo que debería hacerlo. En cualquier caso, debo quedarme aquí hasta que mi familia esté preparada para marcharse y no estaría bien que me encontraran hablando con usted.

—¿Su familia? La tratan de forma demasiado dura para ser su familia. ¿Es la oveja negra?

Por lo visto, parecía que estaba dispuesto a divertirse a su costa. Suspiró. No podía hacer otra cosa que contestarle y esperar que se cansara pronto de hablarle.

—No, milord. Soy la oveja empobrecida. Y es probable que lo sea más si se queda aquí.

—No —indicó pensativo—. Todo lo contrario, querida. Así que acaba de llegar a Londres. Por eso nadie parecía saber su nombre.

—Llevo aquí un mes. Ojalá no hubiera preguntado por mí. Me gustaría quedarme en Londres.

—Oh, no creo que eso sea ningún problema —aseguró él, y cuando ella lo miró confundida, añadió con una sonrisa—: Ciertamente se puede arreglar....

«Era una pena», pensó ella, que su fascinante aspecto no fuera igualado por su disposición, que era miserable. Tenía tanta presencia. Era alto y recto, los hombros anchos, las caderas estrechas, el abdomen plano. No pasaba de los treinta y cinco, supuso ella, y era un buen espécimen de caballero.

No vestía de forma tan fastuosa como un dandi ni con la estudiada informalidad de un corintio. Pero iba vestido de forma impecable ataviado con una chaqueta oscura ajustada sobre lino níveo y calzones oscuros. El único tono de color que había en él era su chaleco, de color vino y oro, y sus ojos color avellana. Llevaba el pelo oscuro recortado para evitar los rizos, pero ella podía ver que necesitaba volver a cortárselo. ¿O lo llevaba así porque hacía que una mujer anhelara peinárselo hacia atrás desde aquella frente tan alta? Después de todo, el vizconde Malcom era un libertino, o al menos eso había oído ella.

Podía creerlo. Tenía el tipo de oscuro magnetismo que se suponía que debía tener un libertino. Ella nunca había conocido a uno. Los únicos caballeros que habían intentado jugar con ella eran del tipo de los que intentan juguetear con mujeres impotentes: los furtivos, los tímidos, los taimados. Estaba el tipo de pellizcar y correr, como el primo Howard, que era la razón por la que había dejado a la prima Elizabeth. Y estaba el tipo que te agarra y no te suelta,+ como la cordial escudera Evelyn, que era la razón por la que siempre se había quedado en su habitación cuando él visitaba a la prima Mary. También estaban los del tipo —vamos a fingir que se me resbala la mano—, ¡como el vicario Hanson, de entre toda la gente!

Pero se suponía que el vizconde Malcom era un auténtico libertino. Ella no se habría

imaginado que un verdadero libertino se molestaría en atormentarla. Eso era por norma general lo que hacían los hombres amargados o los chicos que no tenía corazón. «Tal vez, pensó de repente, él no la había visto realmente». Quizá había pensado que lo que había visto era una sombra o un truco de las velas.

—Por supuesto, que sé que es embarazoso —indicó él de repente con tal sentimiento de compañerismo, con una sonrisa tan amable, que ella dudó de la impresión que él le había causado y lo miró con esperanza—. Vergonzoso y tonto, ¿verdad? La he seguido hasta un tenue pasillo, arrastrándome como un tipo en una mala farsa... pero desapareció. Ahora dice que no puedo bailar con usted. Y difícilmente puedo visitarla, ¿verdad? En resumen, mi querida señorita Marianne, tengo una proposición para usted.

El corazón de Marianne se hundió.

—Ser dama de compañía no es muy lucrativo, y tampoco hay mucho placer en ello.

Esto era tan cierto que ella se olvidó de ser cautelosa y se limitó a mirarlo con fijeza.

—Pero todo depende de con quién le acompañe, ya ve.

Él se acercó y puso la mano en el respaldo de su silla mientras se inclinaba para hablarle al oído. Olía a coñac y a sándalo, pensó de forma distraída. Pero no demasiado coñac; desde luego no estaba borracho. Y percibía un aroma a sábanas frescas y jabón; limpio y masculino. Sus fosas nasales se agitaron al sentir su aroma. Él lo notó y sonrió ligeramente.

—Ahora bien, si una joven como usted —prosiguió—, se hiciera compañera de un amable caballero, no solo le resultaría mucho más provechoso, sino que obtendría un gran placer de ello, eso se lo puedo prometer.

Ella lo miró boquiabierta.

—Me está ofreciendo... —Ella no se atrevía a pronunciar las palabras.

—*Carte blanche* —dijo él de forma amable.

—¿*Carte bl*... un puesto como su... amante? —jadeó ella.

Él asintió.

—Creo que compañera es la palabra más adecuada, y una descripción mucho mejor de la posición ofrecida. Piense en las ventajas: un lugar propio, su propio criado, joyas, ropa de moda, dinero en el bolsillo.

—¡Está loco! —exclamó ella.

—No, querida, simplemente embelesado. ¿Y cómo si no voy a poner mis manos sobre usted? Piense en las dificultades…

Ella arqueó el cuello, echó la cabeza hacia atrás y lo miró a los ojos.

—Pero mi rostro. Ha debido verlo.

—Sí —aseguró él despacio, contemplando la larga y profunda línea oscura de su mejilla, cerca del lateral de la nariz. Se enroscaba hasta el margen de su labio superior. Sus ojos la estudiaron—. Sí, la vi.

—Ya veo —indicó ella, tan fuera de sí por la indignación que olvidó que él era un noble y ella nadie en absoluto para él ni para el mundo—. Pensaba que mi moral estaba tan

resquebrajada como mi cara, ¿verdad? ¿O que estaba tan desesperada por sentir el tacto de un hombre que abandonaría todos mis sentidos? Puede que mi cara esté arruinada, pero mi reputación es intachable, y seguirá siendo así, ¡eso se lo puedo prometer!

—No veo nada malo en su cara, querida —aseguró él—. Si lo creyera así, no le habría hecho ninguna oferta.

—¡Ahora lo entiendo! —enfureció ella, más decepcionada que sorprendida—. Oh, lo entiendo muy bien. ¡Usted es uno de esos hombres que encuentran más atractivas a las mujeres con cicatrices que a las que no tienen defectos! Uno de los que nos odian, o nos temen, o tienen una cuenta pendiente con nosotras; un hombre que se complace en ver a una de mi sexo desfigurada de una forma tan cruel.

—Si dice eso en serio, debe necesitar gafas —le recriminó él, frunciendo el ceño. —Querida, ¿nadie se lo ha dicho nunca? Es encantadora. La cicatriz no disminuye su belleza; más bien, el contraste, simplemente, la realza. Su piel es pura, y sus ojos son asombrosos, grises como la niebla nocturna. Una nariz pequeña y recta, y unos labios... torneados, regordetes, hechos para ser besados. Y eso no es todo. Es asombrosa porque, aunque es esbelta, su forma es nada menos que magnífica. Delicada y, sin embargo, tan madura y encantadora. Seguro que usted también lo sabe.

Marianne le miró fijamente, asombrada y, a la vez, contrariada. Nadie le había dicho nunca cosas tan maravillosas, y el que se las decía no era más que un libertino. Le estaba haciendo el amor con palabras, ¡allí mismo, en el vestíbulo! Lo peor era que sentía que su cuerpo se estremecía de placer al responderle.

Pero ella sabía la verdad, ¿quién mejor que él? Y sabía que la liberaría de su hechizo.

Se puso en pie, levantó la barbilla y le miró a la cara.

—Ya veo —se rio sin gana—, es tan encantador. Tiene usted razón. Qué afortunada soy. Ni siquiera tengo que molestarme en dibujarlo. Siempre está ahí. Vea también lo profundo y bien definido que está. Algunas mujeres llevan los lunares en forma de flores o corazones. Pero, ¿ve el mío? Es único. Tiene forma de serpiente o de gusano. No se ría de mí, milord, o me crea tan estúpida como para creerle. ¿Se cree que no he visto a la gente mirarla, luego apartar la mirada y luego volver a ella, como si no pudieran evitarlo? Yo sí, una y otra vez. ¿Se cree que no he oído a la gente susurrar: «Oh, qué guapa sería... si no fuera por... ?» Le aseguro que sí, una y otra vez.

»La cara de una mujer es su fortuna —prosiguió con un deje amargo en la voz—, y yo no tengo ninguna, milord, ni suerte. He tenido otras ofertas como la suya a lo largo de los años. De hecho, no he tenido ninguna otra que no fuera así... Bueno, solo otra. Pero sé demasiado bien que cierto tipo de hombre considera que el rostro dañado de una mujer es prueba suficiente de que la mercancía está dañada.

—¿Lo hacen? —preguntó con interés—. Es extraño, yo nunca he pensado tal cosa. La mayoría de las cortesanas no tienen cicatrices.

—Usted sería un experto en ese tipo de mujeres, supongo —espetó, y luego se detuvo, horrorizada de sí misma por hablarle así a un caballero. Horrorizada de tener semejante conversación con un hombre. Se serenó—. Debo pedirle de nuevo que se marche o tendré que marcharme yo misma —pidió con rigidez—. Y me han pedido que no lo haga. Ya ve mi problema. Así que le doy una última oportunidad de ser el caballero que creía que era. ¿Y bien?

—Me iré, por supuesto —aseguró, retrocediendo—. Por ahora. Pero piense en lo que le he dicho, ¿quiere? El puesto que le he ofrecido sigue vacante. Y le recuerdo que mencionó su supuesta inelegibilidad para el mismo mucho antes de mencionar su moral. Sea como fuere, piense en ponerse gafas, ¿quiere? Porque usted tampoco puede haberme visto con claridad. No es que sea vanidoso, pero no soy un ogro.

—No —susurró ella mientras él se inclinaba, se daba la vuelta y se marchaba hacia el baile —, no es un ogro, solo un monstruo.

Se irguió, pero le temblaba el labio inferior mientras luchaba de nuevo por controlarse.

—¿Señorita? —dijo una voz vacilante a su lado. Levantó la vista para ver que un lacayo había abandonado su puesto y se acercaba a ella—. ¿está bien?

Ella inclinó la cabeza, como haría una gran dama. Pero solo porque estaba demasiado conmovida para hablar.

La puerta principal se abrió. El paje regresó con el cochero de su tía tras él, con aspecto apenado.

—La señorita Shirley no ha traído ningún chal esta noche —dijo el cochero—. Miré por todas partes, pero no vi nada.

—Lo sé —aseguró Marianne—. Pero... ¿podemos dejar que sea nuestro secreto?

—Oh —murmuró él, y la miró a los ojos. Suspiró—. Sí, claro. Los trabajadores tenemos que permanecer unidos, ¿no?

—Sí —aseguró ella, y suspiró también, envidiándolo. Porque a él, al menos, le pagaban con monedas por su trabajo.

Cuando se fue, se acomodó de nuevo en su silla. Los lacayos volvieron a sus puestos. Eso la dejó sentada sola, pensando en la oferta que le habían hecho, desconcertada por cómo funcionaba su mente. Porque por perversa que fuera, y segura como estaba de que nunca podría aceptar una oferta tan terrible como la que le había hecho el desaliñado señor, no cabía duda de que, de alguna extraña manera, se sentía tan bien como mal por ello.

Sin duda, eso también era malvado. Pero lo era de forma agradable y segura, porque había tanto futuro en tales pensamientos como en cualquiera de los otros sueños aéreos a los que se entregaba con regularidad para animar su vida. Sonrió para sí misma mientras mantenía su solitaria vigilia en el vestíbulo.

¿Que un caballero así le ofreciera ser su amante? ¿Imaginarse que la aceptaba, aunque fuera por un segundo? Aquello era incluso más ilusorio que sus fantasías habituales, ya que tenía más posibilidades de que algún pariente desconocido falleciera y le dejara una inmensa fortuna junto con un castillo en algún lugar de España.

Capítulo 2

La familia Palmer dejó el baile cuando la noche empezaba a abandonar el cielo. Oliver Palmer, agotado tras una noche de apuestas de poca monta en la sala reservada para los caballeros del baile, cruzó las manos sobre su barriga y se durmió mientras su carruaje lo llevaba de nuevo a casa. Pero su mujer y su hija no paraban de hablar.

—Un triunfo —volvió a decirle la madre de Shirley a su hija—. Bailaste todos los sets y te comportaste de la forma más bonita posible. Tendrás tu elección y estarás casada antes de que acabe el año, ¡a ver si no!

—Bueno, le había echado el ojo a James Worth, ya sabes, pero Lord Montgomery también es encantador, ¿verdad? Y el vizconde entabló conversación conmigo durante mucho tiempo y bailó conmigo justo después —dijo Shirley con suficiencia. No tuvo que decir el nombre de pila del vizconde en cuestión; su madre sonrió con solo oír el título.

—Está buscando esposa —expresó esta con satisfacción.

—Lo cual es maravilloso, ¿no? Porque yo estoy buscando marido —rio Shirley.

—¿El vizconde Malcom? —jadeó Marianne. Ambas mujeres se volvieron para mirarla.

—¿Y por qué no? —preguntó su tía—. No tenemos título, por supuesto, pero tu propio abuelo era barón. Nunca lo conociste y puede que lo hayas olvidado al estar tanto tiempo fuera de la familia, pero la familia del señorPalmer llevá aquí desde el Conquistador.

—N…No, no es eso —tartamudeó Marianne—. ¡El vizconde Malcom es... es... es un libertino!

—Cualquier caballero actuaría como un libertino si se encontrara siendo observado de forma tan descarada —aseguró su tía con rigidez—. En cuanto a eso, tienes suerte de que no hiciera más que burlarse de ti con sus atenciones cuando te vio mirándolo así. A decir verdad, Marianne, estamos muy decepcionados contigo. Menos mal que Shirley había asistido a otros bailes antes del de esta noche o me preocuparía que la consideraran una maleducada por tener semejante acompañante.

»Supongo que no sabrías comportarte mejor, viniendo de la nada como vienes, sin haber asistido nunca antes a una señorita. Pero escucha, Marianne: ¡Estás aquí para vigilar a nuestra Shirley y no para llamar la atención! Pobre niña, sé que no puedes haberlo pensado antes, pero nunca consideramos que te comportarías así, especialmente una persona como tú, con semejante deformidad. Pensamos que serías perfecta para nuestra Shirley, un perfect...

«Un perfecto complemento para su belleza» fueron las palabras que su tía dejó sin decir.

Pero era cierto, así que Marianne no dijo nada. En su lugar, contuvo la respiración, temerosa de que sus siguientes palabras la devolvieran a la loca prima Mary. «Cualquier cosa menos eso, pensó nerviosa, y esperó».

—...una compañera perfecta. Y aún puedes serlo. Pero debes recordar que Shirley necesita a alguien modesto y discreto. Pensábamos que, con tu minusvalía, serías más tímida de lo que eres. Supongo que no es culpa tuya, dados los parientes con los que has vivido. Pero Shirley no necesita una persona joven y animada que la mantenga despierta. Si te soy sincera, no necesitas que te ofrezca consejos sobre caballeros. De hecho, ¡no se me ocurre nadie menos adecuado para eso que tú!

Marianne tomó aire indignada por los insultos, dispuesta a anunciar su marcha. No sabía adónde iría, pero tenía sus límites.

—En cuanto al vizconde, es viudo desde hace más de una década y, por supuesto, un hombre sano debe tener sus salidas. Pero es correcto cuando está en sociedad, y como ha venido en busca de esposa, es perfectamente adecuado. Además, tu trabajo es ocuparte de que Shirley nunca esté a solas con él hasta que se declare. Mirarlo tan forma tan descarada fue algo desastroso. Aun así, podemos arreglar las cosas. Le diremos que fue porque eres nueva en Londres y te asombró ver a un caballero tan elegante.

—No hace falta, mamá —se rió Shirley—. ¡Ya se lo he dicho! Me preguntó por Marianne mientras hablábamos.

Su madre jadeó.

—Sabía que sentía pena por ella, así que le dije que la habíamos acogido y me miró con aprobación por ello.

—Chica lista apuntó su madre y siguió hablando, primero de los ingresos y las intenciones del vizconde y luego del mejor vestido para que Shirley se lo pusiera cuando volviese a verlo.

Mientras las escuchaba, Marianne esperaba que llegaran a casa antes de que se dieran cuenta de su incomodidad. Se sintió un poco mejor al darse cuenta de que, si lo hacían, podría decir que era el movimiento del carruaje lo que la ponía enferma.

Seguía disgustada mientras se preparaba para ir a la cama. ¿Lo querían para Shirley? ¡Muy bien! Una vida maravillosa tendría la pobre Shirley con él si se casaban; tendría que comprobar si había alguna mujer en su cama antes de meterse ella con él. Pero no podía advertir a su tía ni a Shirley, ni siquiera contarles lo que él le había ofrecido, porque no se lo creerían. Y si lo hacían, creerían que ella se lo había buscado. Bueno, suponía que lo había hecho, en cierto modo. No debería haberse dejado llevar por esa fantasía, no debería haber pensado que él no podía ver su cicatriz, nunca debería haber jugado al tonteo con un libertino.

¿Pero ahora le ordenaban que fuera modesta y discreta? ¡Ja! Se comería antes una almeja podrida si alguna vez tenía que volver a estar en la misma habitación que el vizconde libertino. Si de verdad tenía la osadía de cortejar a Shirley con ella allí delante, pensó Marianne, ¡rezaría por hacerse invisible!

La idea de cuál sería la reacción del vizconde ante una mujer invisible haciendo arcadas mientras cortejaba a Shirley animó a Marianne, casi lo suficiente como para que dejara de ver aquella sonrisa curvada, aquellos ojos divertidos y cómplices que la observaron durante toda noche hasta el amanecer, siguiéndola hasta en el sueño intranquilo.

La invitación llegó tres días después.

Shirley casi había perdido la esperanza. Otros hombres habían acudido a la llamada. El vizconde no lo había hecho.

—Tienes toda la razón —confirmó la tía Constance con satisfacción mientras volvía a leer la nota del vizconde—. Un día más tarde y sería una ocurrencia tardía; un día antes y parecería demasiado ansioso.

Diría «justo así» si él tuviera el vestido de Shirley a medio quitar en su salón, pensó Marianne malhumorada mientras se sentaba a coser y a escuchar lo que decían. Un centímetro más abajo y sería un escándalo, un centímetro más arriba y no sabríamos qué le importaba, se carcajeó para sus adentros imaginando lo que diría su tía si descubriera a su hija en el lujurioso abrazo de aquel monstruo.

—Me pondré la seda amarilla... No, el satén figurado... No, no es apropiado para la tarde —murmuraba Shirley—. ¡Mi nuevo vestido blanco! ¡Sí! Está salpicado de esas preciosas violetas.

—¡Perfecto! Yo también llevaré violetas —confirmó alegremente la tía Constance—. Pareceremos una pareja.

Marianne lo dudaba. Shirley era una chica ingenua, casi un poco tonta cuando hablaba. Era menuda, bien formada, con un halo de gordos tirabuzones que enmarcaban su bonita cara. Su madre era todo ambición. Era alta y majestuosa y parecía capaz de equilibrar una bandeja de té sobre su pecho. «Pero las dos eran rubias», pensó Marianne con pesar, intentando a la vez reprimir la sonrisa ante la idea de ver a su tía Constance paseando con un juego de té de plata sobre el pecho.

Vio que Shirley la miraba extrañada y se mordió el labio. Estaba tan acostumbrada a estar al margen de las conversaciones ajenas, a tener que fabricarse sus propias diversiones, que había adquirido el hábito de hacerlo cada vez más a menudo. Si no tenía cuidado, pensó súbitamente alarmada, se volvería loca, como la pobre prima Mary, antes de que se diera cuenta si iba por ahí todo el tiempo sonriendo ante bromas que nadie más podía oír.

—¿Qué te vas a poner, Marianne? —volvió a preguntar Shirley.

—Oh, perdón. ¿Para ir a dónde? —preguntó Marianne mientras Shirley soltaba una risita.

—Nos han invitado a dar un paseo por el parque con el Vizconde.

De alguna manera, a Marianne no le sorprendió que el placer estuviera implicado en cualquier cosa que el Vizconde quisiera hacer.

—Lo que lleve Marianne no es tan importante como la forma en la que lo lleve —añadió la tía Constance, enviando a su sobrina una mirada significativa.

—¡Oh, un paseo por los jardines! ¡En los jardines de Vauxhall! —exclamó Shirley excitada al asimilar de qué estaban hablando—. ¡O en los Jardines Spring! ¡Hace mucho tiempo que leo sobre ellos y que anhelo ver uno! Dicen que tienen paseos floridos y fuentes, y grandes rotondas para la música y el baile, y galerías para el arte, ¡y también espectáculos de fuegos

artificiales!

—Y oscuros paseos ajardinados para otras cosas —añadió Shirley con otra risita baja.

La tía Constance intercambió una mirada divertida con su hija.

—De las que una jovencita no debería saber —la reprendió de forma suave a Shirley—. Ni hablar de ellas. Debes de haber leído libros antiguos La mayoría de los jardines de recreo están cerrados, convertidos en fincas o parques públicos. En mi juventud, había docenas; ahora solo quedan unos pocos y muchos de ellos se han convertido en jardines botánicos. En cuanto a los que quedan intactos, ahora todo el mundo va a Vauxhall. Allí podrías encontrarte con tu propia modista. El vizconde tiene un gusto más exquisito que eso, por supuesto. Nos va a llevar a un jardín exclusivo, dice, con un lago ornamental y barcas de cisnes.

—Pasearemos y él tendrá la oportunidad de conocerme mejor —indicó Shirley con alegría.

—Nosotras caminaremos un paso o dos por detrás de la pareja —le dijo tía Constance a Marianne—, lo bastante atrás para darle intimidad y, a la vez, lo bastante cerca para recordarle al vizconde que estamos allí.

Todo el deseo de Marianne de ver los jardines se esfumó.

—Pero si vas a ir, tía, ¿para qué me necesitas?

—¿Quieres que piense que somos unos campesinos? Una chica de buena cuna necesita algo más que la asistencia de su madre. Además, así podré sentarme si me canso y Shirley seguirá debidamente acompañada.

«Se necesitarían las legiones de Wellington para vigilar de forma adecuada a una chica en compañía del vizconde», pensó Marianne. Pero asintió. Al menos vería un jardín de recreo, aunque hubiera poco placer en ello para ella.

Menos placer había en vestirse para el día en sí.

Marianne se miró cabizbaja en el espejo, o lo intentó. En realidad, no podía ver más allá de Shirley, que daba vueltas delante de su espejo intentando verse desde todos los ángulos. Shirley estaba radiante con su vestido estampado de violetas y cintas violetas enroscadas en sus tirabuzones. El color avivaba sus grandes ojos azules, haciéndola parecer joven y encantadora. Se arremolinaba tanto que Marianne solo vio destellos de sí misma. Pensó que podría haberse ahorrado la molestia. Tenía cinco vestidos de día y lo mejor que podía decirse del que llevaba puesto era que era uno de ellos.

Lo bueno de la moda actual era que no importaba si una chica tenía mucha fortuna o dos peniques. No necesitaba metros de telas finas, aros y crinolinas, como las mujeres en el pasado. Ahora, la moda exigía que todos los vestidos fueran casi iguales: sencillos, de talle alto y cuello redondo y que cayeran rectos desde debajo de los pechos hasta los dedos de los pies. El de Marianne era verde oscuro. Por supuesto, la seda era más bonita que la muselina, pero el color le sentaba bien.

«Aunque no es que importara. Podría llevar un vestido de oro hilado y no importaría», pensó con pesar. El conde Malcom había acudido a ella en secreto, en la oscuridad, y le había pedido que se prostituyera para él. Estaba sacando a su prima a pasear, con vistas a pedirle que fuera su esposa. Y como guinda del pastel, tendría que fingir que ese encuentro no había sucedido y caminar detrás de los dos, pretendiendo que eso tampoco le importaba.

Shirley dejó de dar vueltas, contenta de que no pudiera haber ninguna mejora que hacer en su aspecto. Su criada, que la observaba con adoración, se lo había dicho muchas veces, y ella podía verlo por sí misma. Pero Marianne guardó silencio. Shirley por fin se dio cuenta. Inclinó la cabeza hacia un lado y contempló el reflejo de su prima detrás de ella en el espejo.

—Sabes —expresó pensativa—, tienes muy buen aspecto, prima Marianne, y no es solo porque me esté acostumbrando a tu cara.

La criada jadeó.

La risa de Shirley era brillante.

—Oh, Meg —le dijo a su criada—, la prima Marianne me dijo que fuera sincera con ella desde el principio, y no es que sea ningún secreto. Es inútil fingir que esa cicatriz no está ahí; sería como ignorar la nariz de tu cara. Pero no tiene mal aspecto, Marianne —añadió pensativa, observando a su prima—. En efecto, no lo parece. De hecho... te da cierto aire, ¿sabes? Con tu pelo y esos ojos oscuros, te da un cierto aire salvaje. Como una gitana, o una mujer con un pasado extraño y excitante, pero violento. No exactamente brutal, pero sí turbulento. Si fuera un hombre, serías apuesto. Tal como eres, sería de aspecto salvaje. Muchos hombres encuentran eso atractivo, creo.

«Shirley es joven y es atolondrada, pero siempre se ha portado bien conmigo, y no tiene motivos para ser cruel», pensó Marianne y dijo con calma:

—Si tú lo dices, prima.

—Bueno, he oído a caballeros decirlo —dijo Shirley, y soltó una risita—. Por eso mamá tiene tanta razón. Si miras fijamente al Vizconde hoy, seguro que se hará una idea equivocada.

—¿Me pongo un vestido blanco, entonces? —preguntó Marianne en tono monótono.

—¡Oh, no! Solo estaba diciendo lo bien que te quedaba el verde. —Se rio Shirley.

Marianne miró a su prima con ojos nuevos. «Sí, pasaba demasiado tiempo escuchando sus propias conversaciones interiores. Debería haber escuchado más en el mes que llevaba aquí», pensó.

—Gracias, prima —señaló.



Toda su preocupación fue en vano. Él ni siquiera se fijó en ella, o si lo hizo, fue en esa primera y única mirada que le dedicó cuando le dieron la bienvenida. Una breve mirada y luego aquellos ojos aburridos pasaron de ella, volvieron a Shirley, y él sonrió, por fin. Marianne casi se preguntó si se lo había imaginado todo, si había sido alguna fantasía que se había creado para pasar las largas horas que había pasado sentada en el vestíbulo aquella noche, esperando a la familia. Pero no. Si hubiera sido una fantasía suya, él le habría declarado su amor y admiración, no su lujuria y baja estima.

Marianne observó cómo bajaba aquella cabeza morena al inclinarse sobre la mano de su prima. «Debería estar contenta», se ordenó a sí misma. Se le estaba concediendo una rara oportunidad de ver a un supremo libertino en acción... o jugando.

Les esperaba un carruaje. Se sentó frente a Shirley y su madre mientras Marianne se encogía contra el carruaje, mirando por la ventana e intentando fingir que no estaba allí. Debió de tener éxito, porque nadie le prestó la menor atención.

Pero pronto descubrió que podía observar al vizconde sin que él se diera cuenta, porque podía ver su reflejo en la ventanilla. No era comparable a verlo real y entero a la luz del sol. Pero era más que suficiente para ella; no creía que pudiera permanecer tan tranquila y mantener el rostro tan sereno si viera de él algo más que eso.

«Estaba aún más guapo a la luz del día», pensó con tristeza. El rápido vistazo que le había echado se lo había confirmado. Su pelo no era solo oscuro, era también espeso y negro. Su rostro no estaba solo bronceado, sino que parecía pincelado de bronce leonado, lo que le daba color a sus cambiantes ojos topacio. Vestía una chaqueta azul oscuro, un corbatón informal, pero anudado alrededor de su fuerte cuello de forma hábil, un chaleco canario sobre su deslumbrante camisa blanca, unos pantalones ajustados de color leonado y unas relucientes botas de Hesse. Era vivo, vivaz. Devastadoramente atractivo.

«Puede que el vizconde dice la impresión de que prefería pasar la mayor parte del tiempo entre las sábanas, pero estaba claro que no era así», pensó Marianne. Ese ejercicio, por muy animado que fuera, no podía explicar aquellos hombros o los músculos de sus muslos, largos y duros...

Parpadeó. Estaba sorprendida por los derroteros en los que se perdía su mente. Sacudió la cabeza y trató de observar el paisaje de fuera a través de la ventanilla y no al hombre que allí se reflejaba. Bien podría intentar no ver nada en absoluto, pensó desdichada, pues él no la miraba nunca.

La tía Constance, mientras tanto, dominaba la conversación. Shirley no paraba de soltar risitas bajas, aunque para ser justos, pensó Marianne, a veces también se reía en voz alta.

—Los jardines están al oeste de la ciudad —anunció por fin el vizconde cuando la tía Constance se tomó un momento para aclararse la garganta—, por eso estamos tardando tanto. Pero merece la pena el viaje.

Atravesaron unas puertas de hierro y condujeron por una larga avenida bordeada de árboles antes de detenerse en un camino circular frente a una casa señorial. Allí había algunos otros carruajes.

El vizconde ayudó a bajar a las damas. Marianne fue la última. Le cogió la mano con despreocupada indiferencia y la soltó en cuanto ella bajó, volviendo a centrar su atención en Shirley y su madre.

—¿Vamos? —preguntó, ofreciéndoles un brazo a cada una. Y así Marianne caminó sola detrás de ellos.

Recorrieron los senderos del jardín. Marianne vio pasar a otras personas bien vestidas. Se saludaron con la cabeza al cruzarse, pero ella se sintió decepcionada. No era porque los desconocidos actuaran como si no se fijaran en ella, yendo detrás del trío como si fuera una sirvienta; para ser justos, aunque era una pariente, no era más que eso para Shirley y su tía. «Tampoco estaba decepcionada porque el vizconde la ignorara», se decía a sí misma mientras se rezagaba detrás de ellos. Ahora le tenía tomada la medida, ¡y por supuesto que eso no la disgustaba! Pero sí se sentía un poco desanimada. Se había preparado para tener que soportar e

ignorar sus miradas brillantes y secretas, sus sonrisas cómplices o sus silencios significativos, y en lugar de eso no había conseguido ni siquiera una mirada o una sonrisa fugaz.

Decidió que estaba decepcionada porque el lugar no era más que un jardín botánico. Le encantaban las flores, pero había pasado su vida en el campo, y cuando había oído que iban a visitar un jardín de recreo, su cabeza se había llenado de pensamientos sobre que vería flores que no crecían en una enredadera o en un tallo. Había pensado en espectáculos: orquestas tocando, largas galerías llenas de arte. O jardines con cascadas de aguas danzantes y grutas llenas de estatuas fascinantes o retablos vivientes, como se decía que tenía Vauxhall. Esto era solo un jardín.

Se oía el canto de los pájaros, pero no había mucho más sonido, salvo sus voces y el crujido de sus pasos en los senderos de concha triturada. Shirley tenía una pequeña sombrilla para protegerse del sol, pero Marianne llevaba una cofia. Le cortaba toda la visión, excepto la que tenía justo delante, y cuando bajaba la cabeza para vigilar su paso apenas podía oír la ligera conversación que había frente a ella, aparte de las risitas ocasionales de Shirley, el zumbido de la voz de su tía y algún comentario retumbante del vizconde.

Era un día templado; la luz del sol se filtraba a través de las copas de los árboles y el juego de luces y sombras resultaba relajante. Marianne siguió al trío, mirándose las zapatillas mientras caminaba. Era mejor que fijarse en la ancha espalda del vizconde o en la gracia con la que se movía para ser un hombre tan alto, con unos hombros tan anchos y unas piernas tan largas..... Empezó a divagar en su mente, distrayéndose con sus propios pensamientos, como de costumbre.

—¿No quiere acompañarnos? —Oyó de pronto que le preguntaba el vizconde.

Se habían detenido. Marianne se detuvo de forma brusca. Si hubiera seguido caminando sin fijarse en lo que la rodeaba se habría encontrado con el agua hasta los tobillos, porque estaban a orillas de un amplio lago ornamental.

—¿Señorita Prescott? —preguntó de forma inocente.

El vizconde se paró frente a ella con una mirada de educada indagación en el rostro. Ella buscó más, pero sólo vio eso. Sin embargo, sus ojos eran tan brillantes y cómplices que su corazón aceleró su latido mientras continuaba mirándolo con fijeza sin palabras.

—El vizconde nos ha preguntado si nos gustaría subir a un bote cisne y explorar la isla del lago, Marianne —dijo la tía Constance en voz alta y con tono de advertencia—. Nos estábamos preguntando por qué necesitas una invitación aparte.

—¡Oh, no es cierto! Yo... solo estaba admirando las flores —explicó Marianne nerviosa.

—Por supuesto —dijo el vizconde con ligereza—. A menos, claro, que ella tenga miedo al agua —le preguntó a su tía.

«Oh, ahora es «ella», ¿verdad?» pensó Marianne, refunfuñando. ¡El bribón, el canalla, el desgraciado!

—Ella no le tiene miedo al agua —espetó—. Solo estaba distraída y lo siento. Sí, por supuesto, tía, me gustaría mucho.

El bote cisne era en realidad solo un bote de remos hecho para que pareciera un cisne gigante flotando en el lago. Una representación tallada del cuerpo de un cisne enorme cubría su casco, con la cabeza sobresaliendo por delante y la alta inclinación de sus alas blancas

protegiendo a los pasajeros del centro de cualquier rocío acuático. Un hombre con una pértiga se situó en la parte delantera, junto a la cabeza del animal; había un asiento largo a la altura de las alas y otro detrás junto a la alegre cola.

—Ustedes, señoras, pueden sentarse en el centro; creo que hay sitio para todas. Eres delgada, deberías caber —le dijo el vizconde a Shirley, dándole la mano. Ella se levantó el dobladillo de la falda para mostrarle un atisbo de sus tobillos mientras subía con delicadeza al barco—. Estaré en la parte de atrás. Estaremos apretados... A menos que prefiera quedarse en tierra, ¿señora Palmer? Hay un asiento a la sombra allí, en el cenador de la ladera. No tardaremos mucho.

La tía Constance vaciló, mirando con añoranza el cenador.

—Allí sirven té y pasteles y usted debería estar cómoda —añadió el vizconde.

—Me gustaría —añadió la tía Constance con sorna—. —Es decir, si pudiera estar segura de que Shirley sería atendida como debe. —Lanzó una mirada a Marianne.

—¡Mi querida señora Palmer! —exclamó el Vizconde conmocionado—. No creerá que permitiría que sufriera algún daño, ¿verdad?

La tía Constance jadeó. Marianne nunca la había visto quedarse sin palabras, y casi sintió lástima por ella cuando le vio la cara mientras se apresuraba a disculparse horrorizada.

—Yo tampoco lo haría —apuntó Marianne enseguida—. No te preocupes, tía, estaré atenta. —Cogió la mano del vizconde, subió a la barca y se acomodó junto a Shirley.

Shirley hizo girar su sombrilla y contempló el rostro del vizconde mientras la barca se adentraba en el lago. Marianne observó a la pareja, prometiéndose a sí misma que ahora estaría alerta. Si el hombre había sido capaz de escabullirse y avergonzarla de esa manera aquella noche, y luego salir esta mañana y fingir que nunca lo había hecho, y con tanta facilidad, ¿quién sabía de qué más era capaz?

Pero parecía que un hombre en busca de esposa era mucho menos inventivo y mucho más aburrido que uno en busca de amante.

Abandonaron la barca cisne cuando llegaron a la isla y pasearon un poco más. Esta vez, el vizconde y Shirley caminaban juntos como si fueran una pareja con Marianne tres pasos detrás de ellos. La isla fue otra decepción para Marianne. Había esperado algo exótico, pero solo estaba más arbolada y menos formalmente ajardinada que los jardines que habían dejado atrás. La mayor diferencia era que ahora Shirley no tenía mucho de qué reírse. Marianne podía oír la voz grave del vizconde mientras seguía hablándole a Shirley de las flores, los arbustos y los árboles por los que pasaban, y no había mucha diversión en ello. «Es mucho más ingenioso cuando busca divertirse», anhelaba decirle a su prima.

—¡Su señoría! —llamó una voz con entusiasmo.

Todos se volvieron. El hombre que había conducido el bote cisne hasta la isla llegó corriendo detrás de ellos.

—Será mejor que volvamos ya —resopló el hombre—. Se acerca una tormenta por el oeste. Las borrascas repentinas vienen por aquí en esta época del año. Os empaparéis como ratas ahogadas si os quedáis aquí.

—¡Oh, vaya! —gritó Shirley. Se apresuró a volver al embarcadero con el vizconde,

resoplando mientras intentaba moverse rápido y seguir diciéndole lo espantoso que sería mojar su vestido nuevo. «Aunque no sería espantoso para él», pensó Marianne con amargura; si la tela de gasa se empapaba, se pegaría a su prima como una segunda piel.

—No se preocupe —le aseguró el vizconde—. Volveremos antes de que empiece la tormenta.

Marianne miró al cielo mientras se apresuraba a correr detrás de ellos. Lo que podía ver a través de las copas de los árboles le parecía un cielo claro y soleado. Pero esa era la estación de los aguaceros repentinos, y ella no conocía el distrito.

Se detuvieron en seco.

—¿Qué es esto? —preguntó el vizconde cuando llegaron de nuevo a la orilla.

El bote cisne se balanceaba bajo en el agua. Tres ancianos de aspecto aterrado estaban sentados acurrucados en el centro. Obviamente, solo había sitio para uno más en la cola.

—Tuvimos que recoger a otros en el extremo más alejado del isla —explicó el barquero—, y ellos llegaron primero. Además de que necesitaban volver antes, si sabe a lo que me refiero. Solo hay sitio para uno más o el bote se hundirá. Rápido, ¿quién será? ¿Cuál de ustedes vendrá conmigo ahora? Volveré tan pronto como pueda a por los demás. —Shirley miró a los ancianos y luego al vizconde y a Marianne. Sus preciosos ojos azules revelaban su incertidumbre. No quería mojarse; ¿quién quería? Pero estaba claro que no sabía qué hacer.

Mientras Marianne sopesaba sus propias opciones, estaba segura de que parecía tan aterrada como se sentía. No le importaba mojarse, pero prefería vadear de vuelta que quedarse a solas con el vizconde. Por otra parte, si ocupaba el asiento que quedaba en el bote, estaba segura de que su tía la mataría por abandonar sus obligaciones y dejar a Shirley a solas con él. Puede que hoy se hubiera el caballero, pero solo estaba jugando. Ese hombre era un libertino.

Justo por eso, Shirley estaba preocupada, preguntándose si debía dejar a Marianne a solas con él o no. Un libertino podría ser algún día un marido reformado para una muchacha educada y gentil o podría olvidar esa idea si se convertía en protector de una empobrecida.

El vizconde, con el rostro impasible, se adentró en el agua, ignorando lo que le estaba haciendo a sus altas botas pulidas. Le tendió la mano a Shirley.

—Ven, querida —le dijo—. Le prometí a tu madre que cuidaría de ti y así lo haré. Ve ahora, cuídate y sécate. Iré en cuanto pueda.

Shirley vaciló.

Marianne se mordió el labio. Después de todo, ni siquiera la había mirado. ¿Por qué iba a hacerlo? Tal vez había estado borracho aquella noche. Desde luego, ahora estaba sobrio.

—Vamos —insistió el hombre del bastón, subiendo al bote—, o me iré sin ninguno de ustedes. Si la lluvia no es suficiente para daros prisa, tengo que deciros que los rayos son feroces en las tormentas en esta época del año. Y si uno de esos monstruos es alcanzado y cae —dijo, señalando a los altísimos árboles—, no habrá nada que pueda recoger en mi camino de vuelta.

Shirley chilló. Una cosa eran las sospechas y otra los rayos y los truenos.

—Ahora vete, querida —dijo con amabilidad el vizconde y la subió a la barca.

Marianne se quedó de pie al borde de la orilla observando cómo la barca cisne disminuía

hasta el tamaño de un juguete mientras se dirigía a la lejana orilla.

Miró entonces hacia arriba y a su alrededor, preguntándose dónde podía refugiarse. No bajo un árbol, por supuesto. Pero el lugar eran todo árboles excepto abajo, en el agua, donde estaba ella, y sabía que cerca del agua era el peor lugar para estar cuando había relámpagos.

—Ven —le ordenó el vizconde, tendiéndole la mano.

Ella la tomó y lo siguió a ciegas.

Dieron una vuelta en la pequeña playa de arena. A ella le dio una puntada en el costado intentando seguir las largas zancadas que él daba, pero siguió corriendo hasta que por fin aminoró la marcha. Entonces, levantó la vista para ver que él la había conducido a otro cenador. Era uno sencillo de madera, casi oculto por los setos floridos. Subió corriendo sus escalones con el vizconde y vio que era un refugio rústico con un banco de madera construido alrededor de su interior. Se sentó y recuperó el aliento, aliviada.

La celosía de arriba serviría como protección contra la lluvia cuando esta llegara, porque estaba cubierta de tejas amarillas brillantes. Los setos rosas y blancos evitarían que la lluvia se colara por los lados. Era un lugar encantador, en realidad, una enramada de flores fragantes y brillantes.

El vizconde se sentó a su lado.

Ella se puso rígida, pero él no pareció reparar en ello. En cambio, contemplaba la vista con aparente placer. Marianne se relajó. No diría ni una palabra y quizá, de algún modo, saldrían de esta sin pasar vergüenza. No cabía duda: él se había emborrachado aquella noche y trataba de olvidarlo todo tanto como ella. Suspiró, cruzó las manos sobre el regazo y esperó la tormenta, pero él se volvió hacia ella.

—Pensé que nunca se irían —dijo, y sonrió.

Capítulo 3

Parpadeó. Por un momento, pareció lo único que podía hacer. Pero entonces Marianne recobró el juicio.

—¿Cómo dice? —preguntó, porque estaba segura de haber oído mal.

—Le aseguro que me costó mucho planearlo. —Se echó hacia atrás, con el brazo apoyado en la barandilla detrás de ella, y le sonrió—. ¿Cómo puede un tipo sacar a una joven atractiva de su casa y organizar la forma de quedarse a solas con ella sin secuestrarla ni armar un alboroto? Un problema, he de reconocer, aunque encantador. Lo llevé a cabo con sencillez y sin problemas. Wellington no podría haberlo hecho mejor. Pero basta de aplaudirme a mí mismo. ¿No está impresionada?

—¿Impresionada? —gritó mientras se ponía en pie de un salto, mirando a su alrededor nervios—. ¡Estoy... Estoy horrorizada! ¿Cómo ha podido?

—Por favor, siéntese —dijo él con calma—. No le haré daño. Soy un libertino, no un canalla. —Se encogió de hombros mientras ella se lo quedaba mirando—. O no se siente; como quiera. Pero en cuanto a cómo pude, fue tan sencillo que casi da vergüenza. Los barqueros están mal pagados y hay demasiados ancianos que necesitan dinero en Londres como para mencionarlos a todos. Pobres hombres. Que te paguen por dar un agradable paseo por un jardín y que luego te den un paseo en barca gratis a cambio es casi unas vacaciones para ellos, o eso me dijeron. Es bonito hacer obras de caridad.

—Pero la tormenta, el peligro...

—No se avecina ninguna tormenta. Sí. Veo que empieza a entenderlo. No es lenta. Es una de las cosas que me gustan de usted. Ah, y puede dejar de buscar un lugar para correr y esconderse. Puede, por supuesto; no se lo impediré. Ha leído demasiadas novelas si cree que lo haré. Pero todo lo que encontrará aquí son arbustos, árboles y una larga y solitaria espera a que vuelva el barquero. No hay razón para huir. Simplemente, quiero hablar con usted.

Ella continuó mirándole sin parpadear. No parecía que fuera a abalanzarse sobre ella. Lo terrible, pensó mientras volvía a sentarse despacio, era que él parecía como si nunca tuviera que abalanzarse sobre una chica. Estarían demasiado ocupadas intentando abalanzarse ellas sobre él, si tuvieran ojos en la cabeza.

—¿Por qué yo? —se limitó a preguntar, diciendo lo que pensaba. Estar tanto tiempo sola había criado ese rasgo en ella. Era difícil seguir intentando detenerlo. Ahora no tenía que hacerlo.

—Mírese en el espejo —indicó él, con la mirada fija en su rostro.

—Otra vez eso —expresó ella un poco triste. Se llevó un dedo a su labio superior, tocándose de forma casi inconsciente la hendidura al sentirla—. Es de un accidente de la

infancia. No hay ninguna historia terrible que lo acompañe. No dice nada de mi carácter.

Frunció el ceño, parecía desconcertado.

—¿Por qué debería?

—Bueno, Shirley dijo, justo hoy, que había oído a unos hombres hablando de que piensan que… alguien como yo no soy una dama, por decirlo de alguna manera. Pero no es cierto. No soy menos por lo que tengo en la cara. —Levantó los ojos hacia él, esperando que la hubiera comprendido.

Él fruncía aún más el ceño.

—Así que la pequeña Shirley tiene más ingenio del que yo suponía —comentó en un rugido furioso—. Escuche, no estaba hablando de eso. —Se señaló el labio con gesto de fastidio —. No me atrae, ni desmerece su aspecto. Ya se lo dije la otra noche. En todo caso, le realza, nada más.

—¿Nada más? —preguntó indignada—. ¿Está usted ciego? Ha cambiado toda mi vida. —Ella refrenó su temperamento, reconociendo que él era un noble y que, además, ahora estaba a su merced. Pero seguía enfadada porque él se tomara a la ligera algo tan doloroso para ella—. ¡Mide cinco centímetros de largo! O asó sería —admitió—, si lo enderezara. Además, es demasiado profunda para cubrirla con polvos. Supongo que, si fuera un hombre, no sería nada. O incluso me haría parecer atractivo, como dijo Shirley. ¡Si yo fuera un hombre, me dejaría crecer el bigote y listo!

Sonrió.

—Podrías intentarlo.

Ella le concedió una sonrisa.

—Pero si fueras un hombre, no lo harías, ¿sabes? La mostrarías, alegando que era una herida de sable de tus días de estudiante, o un recuerdo de la guerra, y todas las damas se desmayarían por ti por eso.

Era una lástima que un hombre tan terrible pudiera parecer tan simpático. Respiró hondo.

—Mire... —empezó a decir despacio.

—No sabe lo encantadora que es, ¿verdad? Una piel tan fina, tan clara. Una nariz tan insignificante, pero recta como una flecha, y adorable, incluso cuando la frunce con furia, como ahora. Sus cejas podrían haber sido pintadas por un maestro, pero veo que no; no hay nada artificial en usted. Y unos ojos así, grises, resplandecientes, llenos de luz. Sus labios, ya los he elogiado antes, pero ¿por qué no volver a hacerlo? Están perfectamente grabados, llenos, tentadores. Tiene una cicatriz, sí, pero no distorsiona nada. Su cuello es encantador, suave y grácil. ¡Y esa forma! Esos magníficos oj…

—¡Basta! —gritó Marianne, tapándose las orejas con las manos.

Ladeó la cabeza.

—Solo iba a decir algo sobre sus brillantes ojos—exclamó con picardía, pero sus propios ojos chispeaban de diversión—. Aún no he llegado a su pelo. Si se quitara la cofia... Supongo que no hará eso. Entonces, tendré que mencionar su forma.

—Eso —gritó Marianne—, ¡no lo hará!

—Me refería de forma metafórica, por supuesto —aseguró con una pequeña sonrisa.

—Sé lo que quería decir —indicó ella con vehemencia—, y me gustaría que dejara de hacerlo. No es decente. —Él levantó una ceja—. ¡Apuesto a que si fuera Shirley no diría esas cosas!

—Claro que no. Shirley es todo rizos y risitas; sería como hacer el amor con un bebé. Tengo mis fetichismos, pero ese no es uno de ellos. Me sorprende, Señorita Prescott.

Parecía ofendido de verdad. Estuvo a punto de disculparse, pero luego se controló. Era muy peligroso. Sentado allí, todo indolencia, todo fuerza relajada, audaz y masculino, con esos ojos risueños e inteligente. Para colmo, tenía una cara atractiva, una forma fascinante, un ronroneo profundo y oscuro, una voz con un matiz que ella no podía ubicar, aunque se abría camino en lugares de su interior que no se atrevía a nombrar. Muy peligroso.

Nunca antes había sentido el atractivo de un hombre así. Pero confiaba en su virtud y estaba demasiado aterrorizada de desazonarse si alguna vez se desviaba. Se sorprendió al descubrir que ahora lo lamentaba un poco, pero eso le dio una confianza muy necesaria.

—Bueno, siento haberle hecho perder el tiempo —dijo apresurada—, pero no seré su amante, ni nada que se le parezca. Puede pedírmelo una y otra vez…

—No lo haré —aseguró él, cortándola. Mientras ella lo miraba con fijeza, él añadió—: Se lo he pedido dos veces. Con eso basta. Más que eso es suplicar, y yo no hago eso. Una lástima, sin embargo. Habría sido bueno para los dos, se habría ajustado a nuestras necesidades. Yo tengo mucho dinero y usted ninguno.

—¡Yo tengo moral y usted ninguna! —replicó ella.

—Sí, pero yo no necesito moral y usted sí necesita dinero —dijo él con tranquilidad. Ella echaba humo en silencio, sin encontrar la forma de rebatir aquello. Él asintió y añadió—. Trabaja y no se le aprecia. Conmigo, no habría más que juego, y sería muy apreciada. No, no se alborote, solo le explico las cosas. Me atrajo por su cara y su figura. Pero es rápida y también me gusta hablar con usted.

—¡Le atraía mi condición! —declamó ella, sentándose erguida—. No le habría pedido a ninguna otra dama del baile lo que me pidió a mí.

—Oh, y se quejaban de ello, ¿verdad?

«Este hombre es imposible», pensó ella sombría.

—No, no lo hacían, y si lo hacían no lo oí. Todo lo que dijeron fue que era un libertino.

—¿Y eso es lo que la desanima? —preguntó él con cautela.

—¡No!

—Bueno, si lo es —continuó él, como si no la hubiera oído—, no debería. ¿Qué se espera en un nombre, después de todo? Sobre todo en uno que es un libertino.

—Es una advertencia para las mujeres. Significa que es un hombre que…que… —Estaba tratando de encontrar las palabras apropiadas para algo impropio y, viendo la creciente diversión que despertaba en él, , decidió decirlo tal cual—. ¡Que tiene muchas mujeres!

—No. —Negó él—. No necesariamente. Por ejemplo, había al menos una docena de hombres que podría haberle señalado en el baile que han tenido más mujeres que yo, pero esas

mujeres eran iguales socialmente y los hombres tenían con ellas lo que la sociedad llama «romances discretos». La mayoría de esos hombres estaban casados y sus aventuras eran con mujeres casadas con otros hombres. A ellos se les considera hombres de mundo, mientras que a mí se me llama libertino. Pero yo no tonteo con mujeres casadas; es una peculiaridad mía. Y no puedo tontear con ningún otro tipo de dama sin proporcionarle antes un anillo que colocar en su dedo. Entonces, ¿a quién puedo «tener», como usted dice de forma tan directa? ¿A mujeres de la calle? Demasiado vulgar. ¿Mujeres a las que encuentro en ciertos establecimientos? Intento ser delicado con esto, pero si su cara se pone mucho más roja arderá en llamas. Para ser breve, he tenido amantes, sí. Y en plural, sí. Las amantes suelen ser de clase baja, por lo tanto, soy un libertino.

—No soy de clase baja —siseó Marianne furiosa—. Mi padre era el tercer hijo de un barón, pero lo apartaron de la familia cuando se casó con mi madre. Ella tampoco era de clase baja. Era hija de un librero, es cierto, pero lo que ven mal es que era irlandesa.

—De ahí su temperamento —reflexionó.

—Es una vileza. Peor aún, es un cliché y…

—Yo mismo tengo una parte celta. La mitad de mis antepasados procedían de Escocia.

—Oh —dijo ella—, ya veo. De ahí el acento.

Él se rio.

—*Touché*. De ahí el acento. Me crie cerca de la frontera. Así que... Dos celtas. Tenemos mucho en común.

—Ambos respiramos y comemos, es cierto, pero por lo demás, estamos muy lejos el uno del otro como lo están Irlanda y Escocia —aseguró ella, disfrutando de la conversación. Hacía tiempo que no se divertía tanto. Cada vez que se asustaba, pensando que había dicho demasiado o que había ido demasiado lejos, él salía a su encuentro y la hacía ir más lejos todavía. «Pero estaban hablando», se recordaba a sí misma, y solo durante un rato, y empezaba a sentirlo.

Lo miró con recelo. Él le devolvió la sonrisa con serenidad y cruzó una pierna, larga y bien musculada, sobre la otra. Ella apartó la mirada, intentando ignorar la reacción que le provocaba su poderosa presencia física. El hombre solo tenía que mover un músculo para que ella sintiera un movimiento extraño en la boca de su estómago. Cuando él la miró fijamente, su corazón latió alocado. Y él siguió mirándola. Pero ella odiaba los silencios, y tenían que pasar el tiempo hasta que regresara el barco. Se preguntó si él se reiría si ella le hablaba del tiempo.

Marianne ya no pensaba que el vizconde se abalanzaría sobre ella, pero empezaba a sentir que tenía algún tipo de fuerza magnética sobrenatural, porque sintió que la atraía aún más. Su brazo rodeaba la barandilla por detrás de ella. Pero solo eso. Estaba al alcance de su brazo, no más cerca. Sin embargo, no dejaba de pensar en lo fácil que sería para él extender esos largos brazos y tomarla.

—¿Quién era el único hombre que tenía una oferta adecuada para usted? —preguntó de repente—. ¿Y por qué no la aceptó? Lo más probable es que hubiera sido mejor que hacer de compañera de su prima Shirley.

Ella le miró a los ojos.

—Aquella noche que nos conocimos, dijo que había tenido muchas ofertas como la mía,

pero solo una adecuada. Ya ve, recuerdo todo lo que dijo.

—Los libertinos tienen que tener buena memoria —refunfuñó ella—, para no llamar a sus mujeres por nombres equivocados.

—¡Exacto! —soltó él. Estaba claro que estaba encantado con ella—. Supongo que fue una relación trágica, ¿y por eso no me lo cuenta?

—Oh. Eso. Bueno, si quiere saberlo, no lo fue, no en aquel momento, aunque acabó siéndolo. Era un chico con el que crecí. Cuando su familia lo echó, mi padre se fue a vivir con el padre de mi madre e intentó ayudar a llevar la librería. Cuando eso fracasó, consiguió un puesto como tutor en el norte. Jeremy era uno de sus alumnos, el hijo del terrateniente local.

—Un matón y un tonto, supongo.

—¡No! —se indignó Marianne—. Un chico muy decente. Éramos amigos. Sin embargo, me sorprendió cuando se interesó en mí. Pensé que era porque se sentía responsable, ya que fue el perro de su madre quién me había hecho la cicatriz, pero dijo que no, que me conocía desde hacía tanto tiempo que ya no se fijaba en ella.

—¿Un perro?

—Sí. Siento decepcionarle —contestó, poniéndose rígida de nuevo, como hacía siempre que pensaba en la cicatriz—. Un *spaniel*, viejo y malo e ido de la cabeza. Un día, lo estaba acariciando y me mordió sin previo aviso. A menos, eso es lo que siempre me decía la madre de Jeremy. Solo lo recuerdo a medias, pues entonces solo tenía siete años. Lo peor fue que no se soltaba e intentaron llevárselo a rastras. De ahí —añadió, haciéndose eco con un deje amargo de su comentario sobre su temperamento—, la larga y dentada cicatriz. Podría haber sido peor. Un mozo de cuadra me subió a su caballo y corrió en busca del médico. Decidió reabrirla y cortarla más prolijamente, juntando los extremos para que cicatrizara sin afearme los rasgos. Recuerdo que no me dolió tanto como me horrorizó. O bien estaba tan horrorizada que no sentí el dolor. ¿Se suponía que iba a curarme y venía a por mí con un cuchillo? Chillé hasta quedarme ronca, hasta que me prometió que volvería a ponerme guapa si me quedaba quieta y lo dejaba trabajar.

Suspiró.

—Estaba tan decepcionada. Había pensado que se refería a que me curaría, a que la borraría por completo de mi piel. Cuando me quitó la venda, me sorprendió ver que seguía ahí.

—Veo que nada de lo que pueda decir puede curar lo que pensaste hace años —dijo con suavidad.

—No hace muchos años, milord —indicó ella, picada—, tengo veinticinco. Bastante mayor, pero no vieja.

Se miraron sin decir nada.

El sol estaba en sus ojos, encontrando oro allí, aclarándolos hasta convertirlos en un color ámbar resplandeciente con ciertos toques de verde chispeante. Se volvían hacia abajo en las comisuras, al igual que sus finas cejas oscuras. Eso, junto con su nariz larga y de puente alto, le daba casi una expresión altiva, solitaria y un tanto distante. Pero cuando volvió su mirada hacia ella, esa noción se desvaneció. Sus ojos se encendieron, prometiendo en ellos algo más cálido de lo que ella había conocido nunca. Ella le devolvió la mirada, demasiado fascinada para ser consciente de que lo estaba mirando fijamente.

—Sabe —comenzó a decir él pensativo, con ese ronroneo bajo de voz—, creo que si la besara una sola vez, se arreglaría el asunto.... Oh, perdona. Cree que se lo estaba pidiendo otra vez, ¿verdad? No lo hacía, lo prometo. Pero, ¿he mencionado que la oferta sigue en pie? Si cambia de opinión, siempre puede hacérmelo saber.

—Eso era insistir —dijo ella con voz temblorosa, apartando su mirada de la de él.

—Todo consiste en insistir, si quiere ser precisa —respondió él tranquila—, pero lo único que prometí fue no volver a pedírselo con tantas palabras. No es justo. Pero soy un libertino, ya lo sabe. Entonces. ¿Qué le pasó a Jeremy? —preguntó en un tono más normal.

—Cayó en España, en Badajoz —indicó ella con tristeza—. Estaba loco por alistarse en el ejército, así que su padre le compró una comisión. Me pidió que me casara con él cuando volviera a casa de permiso. Le dije que no, ¡y cómo me he arrepentido desde entonces! Solo que creo que me lo propuso solo porque hacía años que no me veía y le chocó un poco ver que seguía sin casarme... y viviendo con la loca de mi prima Mary, de paso.

—¡Ah! Algo que no sabía.

Marianne agradeció el cambio de tema. Se volvió de nuevo hacia él, sintiéndose más segura porque conservaba un montón de historias divertidas de aquellos años infelices. Porque él compartía con ella el sentido del ridículo y apreciaría...

«Mejor no pensar en lo que él apreciaría», se dijo a sí misma, y comenzó a contarle cosas sobre la loca de su prima Mary.

Él se rio, y luego le habló de su loco primo Martin y de su colección de quesos. Ella se rio hasta que lo vio ladear la cabeza, observándola. Entonces se quedó quieta, avergonzada. Hacía mucho tiempo que no se reía de corazón.

—Ojalá no hubiera parado. Su risa suena como el agua al caer, es refrescante oírla. No tiene nada de sofocante: refleja su espíritu oculto, creo. Puede que, después de todo, algún día le vuelva loca el pobre Mark. Oh —dijo, observando su expresión—, ¿no sabía mi nombre de pila? Qué descuidado soy. Nunca nos presentamos de forma adecuada, ¿verdad?

Se levantó con un movimiento suave, se plantó ante Marianne y le hizo una reverencia amplia y anticuada, llevándose una mano al corazón.

—Mark Kenton Philip Malcom a sus órdenes. Vizconde Malcom, barón Paige, y señor de todo lo que ve a su alrededor, excepto de una joven encantadora y testaruda, he de decir.

Se levantó e hizo una reverencia baja.

—La señorita Marianne Prescott, milord. Señora solo de sí misma, y orgullosa de ello.

—Ya lo veo —indicó él, sonriéndole. Le cogió la mano cuando ella se levantó de su reverencia, y siguió cogiéndosela. Su mano era cálida y seca y lo bastante grande como para tragarse la de ella. El pulgar le acarició con delicadeza el dorso de la mano mientras la sostenía. Sus ojos volaron hacia los de él, sorprendidos. Estaban solos. «Si él lo intentaba, ella desde luego no lucharía por apartarse», pensó en un arrebato. Después de todo, una lucha así sería indigna. Lo cerca que estaba, lo atenta que era su mirada...

Él le soltó la mano despacio.

—Cómo me tienta —murmuró, aún mirándole los labios—. Pero di mi palabra.

Ella volvió a sentarse, estremecida.

—Me pregunto cuándo volverán —dijo nerviosa, buscando algo que decir.

—No se lo pregunte más —le contestó sentándose de nuevo a su lado, esta vez un poco más cerca. Sacó un reloj de su bolsillo—. No falta mucho, en realidad. Solo el tiempo suficiente para contarle algo sobre mí. Porque quiero que me conozca.

—Sé lo que quiere —murmuró ella.

—¿Lo sabe? —preguntó divertido.

—Bueno, no soy sorda. Ya me lo pidió. Y si quisiera que lo conociera de otra forma que no fuera la bíblica —dijo ella, muy atrevida ahora que sabía que la barca regresaría pronto—, lo habría hecho de otra manera. Esta ha sido una tarde extraña, milord, un interludio que no olvidaré. Pero, por supuesto, sé lo que quiere. Dicen que vino a Londres en busca de una esposa. Usted vino a mí en busca de una amante. No hay ningún misterio.

—No creo que sepa lo que buscaba; tal vez porque yo tampoco lo sabía —aseguró claro—. Entonces, se niega a ser mi amante. Tomo nota. ¿Qué diría si le dijera que me interesa para esposa? —preguntó de forma brusca.

—Diría que es un mentiroso.

—Si fuera un hombre, la retaría a un duelo —indicó él con los ojos brillantes. De repente, tan serio que ella se quedó desconcertada. Luego se echó hacia atrás, sonriendo, con su tono íntimo de nuevo—. Pero no lo es o no estaríamos aquí, ¿verdad? En ese caso, creo que sería mejor dejar pasar el insulto.

De pronto él se cayó y ladeó la cabeza, escuchando un sonido lejano.

—Nos están llamando.

Ella también oyó los gritos lejanos.

—Demasiado pronto, pero no demasiado tarde para hacer planes —aseguró de forma enérgica—. Ahora bien, señorita Prescott, ¿cuándo volveremos a vernos?

Ella se puso sería.

—¡Pensé que no iba a preguntar eso otra vez!

—Solo he dicho que me gustaría volver a verla. ¿Pero cómo?

—Si un caballero estuviera interesado en mí de alguna manera respetable, vendría a visitarme a mi casa —indicó ella—. Pero qué tonta soy, usted eso ya lo sabe.

—¿Lo sé? ¿Ha pensado en las consecuencias de que yo hiciera eso? No lo creo. Es prima de la dulce Shirley y, sin embargo, la tratan como a un lacayo. ¿Cree que no habría repercusiones si la visitara como es debido? Piénselo otra vez. Soy un hombre muy cuidadoso, señorita Prescott. Estuve casado una vez y sé demasiado bien que el matrimonio es un asunto serio. Es un lazo para toda la vida que nadie puede romper, al menos casi nunca legalmente. Eres encantadora y muy singular. Pero no puedo, y no quiero, declararme a ninguna mujer después de haberme visto con ella solo unas pocas veces. Tampoco puedo, ni quiero, crear expectativas en ella o en su familia visitándola demasiado a menudo. Un hombre debe caminar por una línea muy fina en estos asuntos. Un noble debe caminar por una aún más estrecha.

Ella lo miró confundida. Él suspiró.

—Tengo que decirle que si la visito, como usted dice, podría decidir no ir más allá. Podría decidir que no nos convenimos. Un hombre tiene derecho a decidir eso, ¿sabe?; ocurre todos los días. Pero su situación no es cotidiana. Tendría que vivir con las consecuencias. ¿No lo entiende? Pues imagínese lo que dirían su tía y su prima. No, es mucho mejor quedar conmigo en secreto y ocultárselo hasta que tomemos algunas decisiones, usted y yo. Podríamos vernos en un salón de té, en el parque o incluso en una librería, si le apetece.

—¿Quiere saber lo que pienso? Creo que es un libertino. También sé lo que es correcto y apropiado, porque no puedo permitirme no hacerlo. No volveremos a vernos.

Él se encogió de hombros.

—Como quiera.

—Pero gracias por comportare de una forma tan honorable esta tarde —susurró ella—. Estaba a su merced, pero se comportó como un caballero.

—Ha leído demasiadas novelas —indicó él—. Pero ¿qué se puede esperar de la nieta de un librero?

Se levantó, ofreciéndole la mano. Ella la ignoró. Él sonrió con tristeza.

—¡Por aquí! —llamó a lo lejos, y la condujo fuera del cenador.

Marianne casi se rio al ver a su tía y a Shirley mirándolos boquiabiertas desde el bote de los cisnes mientras ella y el vizconde salían de entre los árboles y caminaban hacia la orilla.

—¿Va todo bien? —preguntó la tía Constance con los ojos desviados del vizconde a Marianne, como si buscara pruebas de algún exceso sexual salvaje aún aferrado a ellos.

Marianne se ruborizó al pensarlo. Los labios de tía Constance se apretaron.

—¿De qué otra manera podría ser? —preguntó el vizconde—. ¡Pero señorita Shirley! ¿Por qué se ha aventurado de nuevo a cruzar el lago? Esperaba que se quedara en tierra, donde estaba tranquila y segura.

Shirley se rio.

—No llovió, milord. ¡Así que nos separamos para nada! —dijo con disgusto, y subió a la barca, ignorando por completo a Marianne. A una orden suya, el barquero la ayudó a subir.

El vizconde charló con Shirley y la tía Constance. Marianne se sentó en la barca a observarlo, maravillada por su doblez. «Eran dos hombres en uno, ambos viles», decidió mientras él escoltaba cariñoso a Shirley desde el bote cisne, sin mirarla a ella siquiera de reojo.

También la ignoró en el viaje de vuelta. Ni siquiera la miró mientras ella permanecía de pie junto a la pared del salón cuando se despidió de Shirley y de la tía Constance. Marianne no podía irse hasta que la despidieran. El dolor dio paso a la rabia y luego sintió lástima de sí misma. Se arrepintió incluso de haber sido civilizada con él, deseando haberlo herirlo como él la había herido a ella, deseando poder desecharlo de su mente como él la había desechado a ella.

—Marianne —la llamó su tía, sacándola de forma brusca de sus pensamientos de venganza —, el vizconde desea hablar contigo en privado.

Ella se quedó atónita. Levantó la vista para verlo inclinarse sobre la mano de Shirley y

luego salir al vestíbulo. Se detuvo ante la puerta principal y esperó allí, con aspecto aburrido.

—Vamos, vamos —siseó la tía Constance, empujando a Marianne—. No puede dejar a sus caballos esperando.

Marianne quería decir que no. Quería acercarse y chasquearle los dedos en la cara. Quería llorar. Pero su prima la miraba con fijeza, su tía fruncía el ceño y ella no podía permitirse el lujo de hacer lo que quisiera.

Shirley lanzó a Marianne una mirada sombría.

—¿Por qué quiere unas palabras con ella? —susurró Shirley con fiereza a su madre.

—Quiere asegurarse de que no le dirá a nadie que hoy han estado a solas, sin compañía, en la isla —respondió su madre—. Le dije que no importaba. Dijo que debía calmar sus ansiedades, de todos modos. Es un caballero hasta la médula —le indicó a su hija con una sonrisa de suficiencia—. Un buen partido para ti, a pesar de su reputación.

Marianne entró en el vestíbulo. Se detuvo frente a él, pero bajó los ojos, negándose a mirarlo. Lo escucharía hablar y luego lo dejaría con un movimiento de cabeza, alejándose con la cabeza alta, dijera lo que dijera. Le quedaba algo de dignidad. Su tía y su prima no estaban tan cerca como para oírla, así que no tendría que contestarle, dijera lo que dijera.

—Señorita Prescott —susurró él. Su voz era profunda, baja, suave y lenta—. Marianne. Lo siento, pero a pesar de mi buen juicio, he decidido que debemos volver a vernos.

Los ojos de ella volaron hacia los de él.

—Pero... ¿por qué? —preguntó, todos los pensamientos de venganza barridos por el arrepentimiento que había sentido en su voz, todo el dolor barrido por la mirada que vio en sus ojos y el sonido de su nombre en su boca.

—Porque ardo por ti —aseguró él.

Le dedicó una sonrisa torcida y le hizo una reverencia. Y mientras ella lo miraba sin parpadear, él se colocó su sombrero y salió por la puerta.

Capítulo 4

-¿Qué te pasa? —le preguntó Shirley cuando Marianne se sobresaltó, dejando caer el libro que sostenía—. Soy paciente a más no poder, Marianne, pero no quiero una compañera que actúa como si la fueran a disparar cada vez que alguien llama a la puerta.

Marianne cogió su libro.

—¿Qué quieres en una compañera, prima? —preguntó con toda la calma que pudo para desviar la atención de Shirley.

Era cierto que había estado en ascuas desde que el vizconde se había marchado con aquella extraña promesa de volver. Pero ya habían pasado tres días y no había ni rastro de él. Había estado bromeando, se había olvidado, o había aparecido alguna otra mujer para apagar el fuego que él había dicho que ardía por ella. De algún modo, Marianne encontró esa idea tan insultante y alarmante como lo que él había dicho. Estaba confusa y deseaba poder olvidar todo el asunto. Pero cada vez que alguien llamaba a la puerta, ella lo recordaba.

Y cada vez que alguien venía, no era más que otra nota o invitación para Shirley que le entregaban, o algún joven que venía a cortejar a su prima. «Estás siendo una tonta, niña; peor aún, una tonta que ha sido engañada y actúa de forma aún más tonta», se dijo Marianne a sí misma con amargura. Esperó la respuesta de Shirley, pero mantuvo un oído medio aguzado dirigido hacia la puerta principal. No se oyó ningún otro ruido. Debía de ser solo alguien entregando otra nota o una tarjeta.

—¿Qué quiero en una compañera? —inquirió Shirley pensativa—. Una pregunta muy buena. Me alegro de que por fin te la hayas planteado.

Marianne se mordió el labio. No había querido descuidar tanto a Shirley.

—No necesito compañía —señaló Shirley, y asintió con satisfacción cuando Marianne levantó la cabeza—. Tengo una porque mamá insiste, pero tú y yo sabemos que no es necesario. No estoy siendo cruel, solo sincera. Quiero decir, ¿por qué habría de necesitar una? No voy a hacer nada que manche mi reputación, puedes contar con ello. Quiero casarme bien. Dejo los flirteos estúpidos para otras chicas, son una pérdida de tiempo. Estás aquí como escaparate, ambas lo sabemos. Entonces, ¿qué necesito en una compañera? Nada. ¿Qué es lo que quiero? Alguien que no me moleste. Eso es todo.

—¿Yo te molesto, Shirley? —preguntó Marianne, demasiado sorprendida para estar enfadada o dolida.

Se encontraban en el salón que daba a la calle. Shirley estaba sentada junto a la ventana sosteniendo un lazo de bordar en sus manitas blancas. La luz del sol entraba en ángulo, de modo que daba en sus rizos, y ella inclinaba la cabeza para que no le diera la luz en la cara... Ni en su bordado que, por cierto, ya ni estaba cosiendo; estaba posando por si llegaba algún caballero.

Miró a su prima, alargando el momento.

—Sí, me molestas —concretó por fin Shirley—. También me alegro de que me lo preguntes. No me gustaba cómo te comportabas con Mark, si quieres saber la verdad.

«¿Así que ahora es Mark?», pensó Marianne.

Se odió a sí misma por la punzada de celos que sintió. Por supuesto que le había pedido a su dama que lo llamara por su nombre de pila.

—No era consciente de que actuara de ninguna manera cerca del Vizconde Malcom, prima —le explicó a Shirley en voz baja—, y apuesto a que él tampoco, porque no soy más que un revestimiento de pared para él cuando tú estás cerca. Y como no lo veo cuando no estás con él, pues no sé cuál es el problema.

—El problema es que él sí te mira —indicó Shirley—. Mamá dice que es un instinto humano: cuando alguien te mira fijamente, no puedes evitar devolverle la mirada, preguntándote por qué.

—Yo no lo miro fijamente —se justificó Marianne, sintiendo que se le calentaba la cara. Porque claro que lo hacía, y odiaba mentir.

—Pero creo que también es porque es un libertino —continuó Shirley como si Marianne no hubiera hablado—. No puede evitar preguntarse hasta qué punto estás disponible cuando es tan evidente que estás fascinada por él. No tienes dinero, ni familia, excepto nosotros, por supuesto, y estás marcada. Eso hace que el matrimonio sea imposible para ti. Pero me pregunto si él cree que estarías dispuesta a conformarte con menos. ¿Lo estás? —preguntó Shirley, observándola atenta.

Marianne dejó su libro a un lado y se puso en pie. Se alisó la falda para que Shirley no pudiera ver cómo le temblaban las manos, dándose también algo que hacer para que no coger el libro y tirárselo a la cara. Se iría, por supuesto. La loca de su prima Mary seguro que necesitaba una enfermera, y su vieja y cascarrabias prima Elizabeth no hacía más que quejarse a los ángeles, pero quizá su prima Sylvia volviera a necesitarla o conociera a algún otro pariente que lo hiciera.

—No voy a responder a esa pregunta —señaló Marianne con voz tensa—. Me parece más que insultante. Pero como soy una dama, y tú no lo eres, no te insultaré, como tú sí que has hecho conmigo. Creo que por eso necesitas una compañera, prima, y te insto a que encuentres otra después de que me vaya, cosa que haré ahora mismo. Tú crees que es encantador actuar como una cria, y tal vez en Londres lo sea. No lo sé, porque como tú dices, no soy una criatura capaz de estar a la moda. Pero sé que los modales y la educación nunca pasan de moda, y si buscas un buen matrimonio, harías bien en recordarlo. Por supuesto, supongo que hay docenas de hombres ricos a los que no les importará. Te deseo suerte.

Pero Marianne sospechaba que al vizconde sí le importaría. No quería que sonara como una represalia, pero era todo lo que podía decir. Y como era lo último que haría en esta casa, se sintió un poco mejor por ello.

Shirley guardó silencio. Marianne sospechaba que ella también sabía que al vizconde le importaría. Y sabía que Shirley consideraba a Malcom el hombre más elegante que jamás había conocido. Y quizá el más rico.

—¡Marianne! —gritó, levantándose de un salto de su asiento—. ¿Adónde vas? ¿Creías que pretendía insultarte? Jamás. Solo me lo preguntaba y, bueno, ya sabes lo gansa que puedo llegar

a ser. Las chicas hablamos de las cosas más íntimas, y me sentí tan cercana a ti. Eso significa que pienso en ti como en una más de mis amigas.

Aquello era una mentira tan espantosa, en todos los sentidos de la palabra, monstruosamente falsa y ridícula, además, que Marianne no pudo decir nada.

—No seas tan puntillosa, prima —continuó Shirley—. Olvida lo que he dicho. —Pero, como era Shirley, no pudo evitar añadir—: Piensa que me he hecho tan popular que puedo intentar encontrarte un marido, algún conocido de uno de mis pretendientes, si te quedas. Y mamá nunca me perdonaría que te fueras así. Oh, olvida esta tontería, ¿quieres?

Marianne preferiría no hacerlo, pero era realista. No tenía adónde ir, después de todo. Pasó de boca en boca a través de la familia. Cuando la tía Constance ya no tuviera más uso para ella, se le encontraría otro lugar. Así habían ido las cosas desde que había sido acogida por la familia de su padre. De hecho, nunca los había llegado a conocer a todos. Tendría que esperar a la boda de Shirley para eso. Los parientes de su padre vivían muy separados los unos de los otros y eran fríos de corazón, al menos entre ellos. Solo se reunían cuando tenían que hacerlo; en funerales y bodas.

Marianne se sentó, cogió su libro y asintió. Seguía sin confiar en sí misma para hablar.

—¡Bueno, eso está mucho mejor! —añadió Shirley, acomodándose de nuevo junto a la ventana.

Ambas se sentaron en silencio fingiendo leer y coser. Marianne deseaba poder levantarse y salir a dar un paseo, pero era la compañera de Shirley, lo que significaba que si Shirley elegía pasar un día resplandeciente en casa, ella también debía hacerlo. «Ni siquiera tenía medio día para ella los domingos, como tendría una criada», pensó Marianne con tristeza. Si Shirley fuera vieja y estuviera enferma, Marianne podría disponer de más tiempo para sí misma... Enmudeció, mirando distraída hacia lo lejos, en la distancia, observando el polvo que giraba bajo los rayos del sol; no habría excursiones, ni bailes, ni conciertos, ni Mark.

Se sentó erguida y miró a su alrededor con culpabilidad. La cabeza de Shirley se volvió hacia ella, pero por fortuna esta vez había voces en el vestíbulo.

—Por supuesto. Desde luego. A las tres, entonces —oyeron decir a la tía Constance, y la puerta volvió a cerrarse.

Un momento después, su tía Constance se plantó en el umbral de la puerta de forma dramática. Parecía cargada de noticias. Su pecho se hinchó y una enorme sonrisa apareció en su rostro mientras miraba a su hija.

—Estará aquí a las tres —dijo con emoción reprimida—. Su mensajero ha dicho algo sobre un paseo en coche por el parque. Solo tú... Tiene un carruaje abierto y no me necesitas ni a mí ni a tu prima por decoro. Ahora, ¡a vestirse!

«Así se anuncian las guerras en las obras de Shakespeare», pensó Marianne con resquemor al ver que los ojos de Shirley se abrían de par en par. Pero esto es un tipo de guerra, después de todo. La tía Constance no tuvo que decir quién era «él». El hecho de que faltaran tres horas para las tres no importaba. Por supuesto que Shirley se probaría vestidos durante tres horas. Lo que se pusiera mientras cabalgaba hacia la guerra era de suma importancia. La batalla por el título de vizcondesa Malcom había comenzado en serio.

Por norma general, unas horas de antelación no habrían sido suficientes para la tía

Constance. Una dama no se movía de improviso. Si hubiera sido cualquier otra persona, habría rechazado la invitación con un educado lamento y, si quería que volviera a llamar, un ligero recordatorio de que era necesario avisar con antelación. Pero Malcom era Malcom, y Marianne pensó que podría haber llamado desde su carruaje esperando en la acera y habrían sacado a Shirley en brazos a su encuentro sin pestañear. Al menos ahora tenían algunas horas para prepararse.

Y Marianne tenía las mismas horas para sentir lástima de sí misma y regañarse por ello. Él nunca fue más que un sueño, y uno malo, además. «Él no me habría ofrecido lo que le está ofreciendo a ella. Se acabó», se repetía a sí misma. Pero conseguir que ella misma lo aceptara no era tan fácil.

Llevaba siete años sola. No había tenido ningún admirador en todos esos años, o si los había tenido, se las había arreglado para ignorarlos. ¿Qué tenía Mark que la cautivaba?

¿Sería su cara, la forma de esta? Debía de haber hombres más atractivos, aunque no se le ocurría ninguno. ¿Era su ingenio o su risa, o simplemente el sonido de esa voz profunda que ronroneaba y la forma en que se enroscaba alrededor de su corazón, obligándolo a acelerar su latido en su compañía? Ella nunca había sentido eso antes. La aterrorizaba; más aún cuando se daba cuenta de lo mucho que disfrutaba con aquel extraño terror.

«Oh, ahora estaría encantada de marcharse a los parajes salvajes del país con algún pariente enfermo; de hecho, ansiaba ir», se dijo a sí misma. Su breve visión de Londres había sido maravillosa, pero ¿quién necesitaba tanta angustia? Si se quedaba, ¿no habría otros hombres así aquí?

«No», pensó con tristeza. Nunca. Y se sintió aún peor, porque debía de estar trastornada para sentirse mal por perderse semejante miseria.

Deseó poder marcharse ahora mismo, pero tendría que quedarse para la boda; seguro que formaba parte de sus obligaciones. De todos modos, cómo iba a conocer al resto de la familia, podría irse con alguno de ellos si la necesitaban.

Así que estaba muy pálida y callada cuando Shirley estuvo por fin lista para su paseo con Mark Malcom.

Shirley estaba, por supuesto, magnífica. Era una sinfonía en blanco y amarillo. Su vestido de día era blanco con rayas amarillas y una sobrefalda también amarilla, y sobre sus rizos dorados llevaba un sombrero de paja con un astuto penacho amarillo que se enroscaba hasta acariciarle la mejilla por un lado. Muy elegante, simplemente adorable. «Parece un pequeño canario engreído, feliz y regordete», pensó Marianne con envidia mientras acariciaba de forma inconsciente con los dedos el lazo de la cintura de su propio vestido verde liso.

—Lástima que tu padre no esté aquí por si el vizconde quiere hablar con él —suspiró la tía Constance mientras miraba a su hija—. Aunque puede que esté siendo un poco impulsiva.

«Y muy imaginativa», pensó Marianne, teniendo en cuenta que Oliver Palmer casi nunca estaba en casa por la tarde. Tampoco estaba casi nunca en casa por la noche. Si pasaba los días en su club y también las noches allí, o si pasaba todo el tiempo con su amante, nadie lo sabía ni tampoco le importaba. Estaba tan profundamente aburrido de su estancia en Londres como su mujer y su hija parecían estarlo con él.

Marianne había oído decir a los criados que solo se animaba en el campo, donde podía

pasar tanto los días como las noches bebiendo o cabalgando. No estaba segura de cuál, porque siempre dejaban de hablar cuando ella entraba en la habitación. Era una más de la familia, aunque no la trataran como tal, y tenía la lástima y la desconfianza de los criados por ello.

Shirley estaba sentada en el salón delantero y su madre se paseaba junto a la ventana. Marianne se hundió en su propio mundo de pesar. Cuando el reloj del salón dio las tres campanadas, oyeron la aldaba de la puerta.

—Espera, espera —le advirtió la tía Constance a Shirley—. Paciencia, querida. Deja que entre, que pregunte por ti y luego espera un momento antes de aparecer.

«Como pescar un pez», pensó Marianne seria.

El mayordomo llegó al salón algo consternado.

—Señora —le informó a la tía Constance—, el vizconde Malcom está aquí y está listo para llevar a la joven señorita en su carruaje.

—¡Estoy lista! —canturreó Shirley, poniéndose en pie de un salto.

—Ah, pero no es por la señorita Marianne por quien pregunta —musitó el mayordomo, tan perturbado que se le escapó su perfecto acento.

Nadie dijo nada durante un largo minuto.

—Lo has entendido mal —dijo la tía Constance.

—Se lo pregunté dos veces —protestó el mayordomo—, y así lo dijo las dos veces, señora.

La tía Constance cerró los ojos y frunció el ceño.

—¡No puedo creerlo! ¡No puede ser!

—¡Oh, sabiendo lo licencioso que es, podría ser! ¿Qué decía exactamente su mensaje? —preguntó Shirley, paseándose furiosa por la estancia. La frente de su madre se arrugó pensativa —. El mensaje decía: *«El vizconde desea llevar a la joven señorita a dar un paseo a las tres»*. ¡Villano! ¡Nunca dijo cuál! Bueno, ¡no lo permitiré!

Shirley se detuvo y le lanzó una mirada asesina a Marianne.

—Pero si dices que no puede, se lo dirá a todo el mundo y pareceremos unos monstruos. Parecerá que la golpeamos o la matamos de hambre o la hacemos barrer cenizas o algo así. —Estaba furiosa—. Como en los cuentos de hadas.

—Podemos decir que no queremos comprometerla, que la estamos cuidando —indicó su madre.

Shirley dio un pisotón.

—Podemos decir eso, pero sé lo que dirán: ¡dirán que estaba celosa! ¡Como si pudiera estarlo! Es vieja y está desfigurada, por eso se lo pide. Sabe que ella dirá que sí a todo lo que él le pida.

—No seas ridícula —argumentó su madre—. Él puede comprar a las mujeres más bellas de todo Londres. ¿Por qué iba a quererla a ella?

«Asombroso», pensó Marianne. Hablaban como si no estuviera delante. Bueno, era justo; ella ya no sentía que lo estuviera. Todo el asunto estaba adquiriendo las cualidades de un extraño sueño, del tipo inconexo medio real que uno tiene si se queda dormido por la tarde. Esa noción le

dio valor para hablar.

—Sabe que soy tu prima —dijo—, un miembro de tu familia. Puede que no vea nada malo en pedirme que pasee con él.

La miraron como si hubieran olvidado que podía hablar.

—Sí. No hace mucho que ha vuelto a Londres... —dijo la tía Constance, con los ojos entrecerrados mientras pensaba en ello.

Marianne sintió que se le aceleraba el corazón. Iba a poder salir de casa, dar un paseo en coche con un caballero que parecía peligroso. Pero no habría peligro. Solo serían unas cuantas palabras y posibilidades, y ella era buena con las palabras y conocía su futuro demasiado bien como para considerar sus posibilidades. Aunque solo fuera por unas horas, y aunque ella supiera mejor que nadie que él era un villano, seguiría siendo un día maravilloso. La amenaza que él le había soltado solo lo haría todo más excitante, y más irreal.

—Puede que quiera preguntarle a Marianne por ti —le comentó tía Constance a Shirley—. Tal vez quiera conocer tus gustos; puede que tenga en mente hacerte un regalo o darte una sorpresa y quiera su consejo. Como tú dices, ella es mayor, y no está en posición casadera, y sabe que es tu carabina. Puede sentirse incómodo preguntándomelo a mí, ¿pero a ella? Sí, es una posibilidad. Tenemos que dejarla ir. —Se volvió hacia Marianne—. Pero escúchame bien —le pidió con severidad—. No quiero ningún indicio de impropiedad. No es lógico que quiera nada perverso, pero tiene cierta reputación. ¿Quién sabe qué nociones puede tener ese hombre? Compórtate, ¿comprendes?

En cualquier otro momento, Marianne se habría sentido tan insultada que se habría despedido de su tía y su prima y las habría dejado allí mismo, aunque no tuviera ni idea de adónde ir. O al menos saldría de la habitación, pensó más honrada, y empezaría a escribir cartas a otros parientes. Pero hoy no.

Hoy se sentía ligera y tonta de alivio, y también halagada y un tanto excitada. «Aún era joven, o casi», pensó. Iría, aunque solo fuera para tener unos cuantos recuerdos malvados que alegraran su vejez. Shirley había sido preparada para la guerra; ella misma solo esperaba un poco de esgrima. Y si solo quería preguntar por Shirley, cosa que ella dudaba mucho. ¡Aun así, hacía un día precioso y ella estaría fuera de casa!

—Déjame coger mi cofia —pidió.

—Parece como si llevaras una carbonera en la cabeza.

—Es la moda —aseguró Marianne.



Estaba sentado a su derecha, conduciendo, así que si solo podía ver su perfil, era estupendo. Ella se sentó en el asiento del conductor con él, tan alto del suelo que estaba aterrorizada... al principio. Luego descubrió lo emocionante que era.

Él conducía un faetón de alta gama, delicado y dorado, con el asiento del conductor a dos metros del suelo. Era lo más elegante que había visto nunca, tirado por dos caballos negros a

juego. El frágil carruaje se balanceaba y se sacudía, y aunque estaba bien amortiguado, sentía cada adoquín de la carretera por debajo. Le encantaba. Sintió el viento en la cara e imaginó que era el movimiento mismo. «Debían de ir al menos a ocho millas por hora», pensó encantada.

Había coches, carros, carretas, carruajes y otros aparejos abarrotando la concurrida calzada. Pero ella iba en el más elegante, y él era el acompañante más elegante, y sabía que nunca lo olvidaría. Era una presencia poderosa mientras dirigía los caballos con confiada facilidad. Llevaba un largo chaquetón con muchas capas en los hombros, un alto sombrero de castor y unos guantes de piel de cabritilla lujosamente suaves en sus fuertes manos. Ella sabía lo fuertes que eran porque le había cogido de la mano cuando la ayudó a subir a su asiento, y llevaba unos pantalones ajustados de color canela a la moda y unas botas altas y brillantes. Estaba sentada a su lado como si fuera una mujer de cierta importancia, como si fuera realmente deseable, elegible, envidiable. Bienaventurada.

—Nos dirigimos hacia el parque —gritó por culpa del ruido que había en la calle.

Ella asintió, demasiado emocionada para intentar hacerse oír por encima de los sonidos de los pesados carruajes retumbando sobre los adoquines, los cascos de los caballos y las conversaciones a voces de sus jinetes, todo ello mezclado con el estridente clamor de los vendedores ambulantes que pregonaban sus mercancías.

Pero el parque se alzaba ante ellos, verde y frondoso, y sorprendentemente tranquilo una vez que cabalgaban por las calles arboladas.

Pasó junto a otros vehículos de moda, asintiendo aquí e inclinando la cabeza allá. Marianne se sentó quieta y erguida, muy consciente de que los pasajeros de aquellos otros carruajes intentaban echarle un vistazo a la cara.

—Esa cofia espantosa actúa como el caparazón de una tortuga, ¿verdad?

—Sí, y es mucho mejor —respondió ella.

De repente fue consciente de que estaban casi solos. Ahora veía pocos carruajes más. Él había conducido hasta un carril sombreado, y ella podía ver agua brillando delante. Un lago y un lugar apartado cerca de él. «Confía en que sepa dónde encontrar una cita secreta en el corazón de Londres», pensó nerviosa.

Ahora había suficiente silencio para hablar.

—¿Has pensado en lo que te ofrecí? —le preguntó dejando atrás las formalidades mientras los caballos aminoraban la marcha.

Ella asintió.

—Por supuesto. Ojalá pudiera dejar de pensar en ello. Tienes razón… —Tuvo el placer de verlo parpadear y girar la cabeza hacia ella. Pero había decidido ser sincera con él. Sería embarazoso, pero mentir era tonto e inútil—. Sería una forma fácil de ganarse la vida —admitió, diciéndole todo lo que se había dicho a sí misma durante todo el día—, y probablemente también sería algo placentero… Si yo fuera otro tipo de persona. Pero no lo soy, así que no puedo. Simplemente, no podría ser la amante de ningún hombre. Lo siento, créeme. Además, está el hecho de que nunca podría volver a vivir en una sociedad educada, ni volver a ocupar ningún tipo de puesto respetable, ni que mi familia volviera a hablarme, ni poder mirarme a los ojos en el espejo cada mañana. Está el problema de que, tal vez, me encontraría menos sola después de que me dejaras. Y lo harías, por supuesto, con el tiempo. Quiero decir —dijo ella, porque él

parecía inexpresivo—, que podría tener algo para recordarte. —Tragó saliva con dificultad—. Un niño.

Apartó la vista de su mirada fascinada.

—Así que, como ves, me sería imposible considerar tu oferta. Aunque —admitió veloz, porque él no contestaba y ella quería ser justa al respecto—, también tengo que decir que, en realidad, lo lamento por muchas razones. Creo que no te parezco desagradable y, por supuesto, me gusta que me aprecien, ya que nadie más parece hacerlo. Y mi vida no es feliz. Además, eres atractivo, pero también me conozco a mí misma, y no puedo.

Cruzó las manos sobre su regazo y se las miró, pues temía ver su reacción.

Parecía que estaba demasiado preocupado con los caballos para tener una reacción, así que permaneció en silencio unos segundos más, pero solo porque estaba dirigiendo a los caballos bajo la copa de un enorme roble extendido. Cuando los hubo detenido, frenó el carruaje, bajó las riendas y le habló.

—Sí que lo has estado pensando —le dijo—. Bueno, tengo que decir que lo siento... y que me sorprende. —La sombra moteada no pudo ocultar su pequeña sonrisa.

—¿Estás sorprendido?

—La mayoría de las mujeres no esperan que sus maridos las abandonen. A la mayoría les gusta la idea de tener hijos.

Ella recuperó el aliento. « Cruel», pensó, porque ella había soñado con tener hijos.

—A la mayoría de las mujeres no les gusta la idea de tener que criar hijos bastardos —comentó con valentía, y prosiguió—. Podría ir a algún lugar donde nadie haya oído hablar de mí y decir que soy viuda, y que me darían suficiente dinero para salir adelante, pero no quiero vivir una mentira. ¿De qué estoy hablando? La respuesta es no, y no, y no otra vez, no.

Se volvió hacia ella de forma despreocupada, con una mano apoyada en la rodilla. Pero no había nada casual en su expresión. Su rostro contenía tal ternura que ella se quedó sin aliento.

—Marianne, dulce Marianne —le dijo con su suave ronroneo—, ¿no me has oído? Estoy hablando de matrimonio, querida, y no puedes haber estado pensando en eso.

—¡No puedes haber estado hablando de matrimonio! —señaló ella con un chillido—. No tengo nada, ni dinero; soy vieja; y tengo…

—La cicatriz. Lo sé. Dios, sé lo de la maldita cicatriz —aseguró enfadado. La rodeó con los brazos y la arrastró cerca de sí. Le levantó la barbilla con una mano—. Maldita cofia —murmuró, mientras ella lo miraba, asombrada, pero no intentó quitársela.

Echó una larga mirada a aquellos ojos color avellana, viendo allí el verde y el dorado; el calor, el deseo y la risa. Sabía muy bien que debía apartarse, pero descubrió que no podía porque no quería. Cerró los ojos. Él se acercaba cada vez más a ella.... Su pulso se aceleraba tanto que apenas podía respirar. Entonces, se olvidó por completo de la respiración, porque él puso su boca cálida y firme sobre la suya, y ella ya no pudo pensar en nada en absoluto.

Sus labios estaban calientes, su boca estaba caliente. Le tocó los labios con la lengua. Ella se sobresaltó y abrió la boca para preguntar por qué, y él le dio su lengua como respuesta. Tan extraño, tan dulce, tan chocante... pero él era embriagador. Sabía a oscuridad y a vino, a algo

dulce y, a la vez, asombroso. Sintió la fuerza de su cuerpo contra el suyo, sus manos duras manteniéndola quieta para profundizar en el beso. No le hizo falta nada más. Sus manos fueron a parar a sus anchos hombros, su boca se abrió para él, su cuerpo anhelaba acercarse al suyo.

—Sí —dijo triunfante cuando sus labios abandonaron por fin los de ella—, está todo ahí, todo lo que imaginé. Has estado pensando en mí, dulce Marianne. Toma, aquí tienes algo más en lo que pensar —murmuró, bajando de nuevo su boca hacia la de ella.

Ella quería advertirle de que alguien podría verlos, quería decirle que no hacía ese tipo de cosas, necesitaba decirle que lo sentía, que no podía... Pero estaba flotando. Lo único que podía hacer era beberse su beso e intentar acercarse a la cálida y sólida realidad que él le ofrecía; el peor hombre que jamás podría haber necesitado tanto.

Capítulo 5

—Sí, sí —exhaló Mark con satisfacción al separar de nuevo sus labios de los de ella. Pero ahora la realidad sacudía a Marianne, y él podía ver la preocupación brotando en sus ojos. Sabía cómo lidiar con eso. También sabía lo que más deseaba hacer. Eran la misma cosa. Inclinó de nuevo la cabeza hacia la de ella.

—¡No! —dijo ella rápidamente, parpadeando como si despertara por fin—. No debes... — Se detuvo, porque realmente debería haber dicho: «no debemos», y se avergonzó al darse cuenta de que no lo había hecho.

—¿No debo? —ronroneó él, sus labios en su mejilla, su mejilla contra la de ella.

Había tantas otras negaciones que ella podría hacerle. Pero era a sí misma a quien tenía que suplicar, no a él. «¿Un último beso? Solo uno, por favor», se pidió a sí misma. Se respondió cerrando los ojos e inclinando la cabeza esperando su beso. Él hizo algo aún más íntimo.

Sintió sus dedos en su cuello, junto a su pecho. Sus ojos se abrieron de golpe. Se hizo el silencio entre los dos. Desató el cordón de su cofia, se la quitó y la arrojó lejos. Ella jadeó, sus manos volaron hacia su pelo. Él le puso las manos sobre las de ella y le ahuecó la cabeza para poder mirarla bien a la cara.

—Precioso —murmuró, contemplando el mechón de suave pelo castaño oscuro que ondulaba alrededor de su cara—. Rico chocolate, con la luz del sol encontrando canela en él. Espeso, exuberante. Es un crimen cubrirlo, pero si debes hacerlo, te encontraremos algo que lo resalte, no que lo oculte.

Estaba a punto de llorar. El sol le daba de lleno en la cara y no podía ocultarle su cicatriz. Mark le sujetó la cabeza para que no pudiera bajarla ni apartarla de su mirada. Su corazón estaba seguramente en sus ojos, sabía que había estado en su beso, y ya no podía ocultárselo tampoco. Estaba expuesta por completo a él. Se retorció, sintiéndose como una especie de insecto de la oscuridad repentinamente revelado, intentando en vano escabullirse de la luz del día mientras trataba de apartar la mirada del calor de su mirada.

—No lo hagas —gimoteó, buscando un lugar donde esconder la cara. Su pecho era tan bueno como cualquier otro. Demasiado bueno, descubrió cuando él la estrechó contra sí, canturreándole, acariciándola. Su gran mano hacía dibujaba círculos lentos y suaves en su espalda mientras él emitía ruidos tranquilizadores en voz baja en su garganta. Demasiado tranquilizador. Demasiado cerca. Demasiadas sensaciones maravillosas a la vez la despertaron de su situación.

No la habían abrazado en siete años, y mucho menos besado, y nunca así. Intentó apartarse, intentando también recomponerse. Él la soltó de inmediato. Ella aceptó el pañuelo que él le ofrecía sin decir nada y se secó los ojos. Dudó en usarlo, pero tuvo que hacerlo, y se sintió

avergonzada por el desesperado bocinazo que dio.

—No sé qué me ha pasado.

—Me llamo Mark, creía habértelo dicho —indicó divertido.

Ella casi sonrió, pero intentó mantener la compostura. Se sentó erguida y se pasó las manos por el pelo, agarrando con fuerza la masa de éste, despellejándolo hacia atrás y enrollándolo en un nudo en la nuca. Empezó a deshacerse casi al instante, por supuesto. También lo hizo su compostura cuando vio la luz que bailaba en los ojos de él mientras seguía ahí sentado, observándola, pero aun así intentó mostrarse digna.

—Lo siento —lo dijo en serio.

—Yo no lo siento —respondió él, y estaba claro que también lo decía en serio—. Me alegro de que se haya acabado.

No había pensado que pudiera sentirse más avergonzada, pero se había equivocado.

—Por supuesto, no volverá a ocurrir —murmuró humillada. Había cometido un terrible error. ¿Se había acercado ella a él primero? Apenas importaba. Si una mujer se sentaba con los ojos cerrados y los labios cerca, un hombre podía estar siendo, simplemente, cortés.

—Oh, volverá a ocurrir, incluso ocurrirán más osas —aseguró—, pero no ahora. Tenemos que hablar. Quería decir que me alegro de que nos lo hayamos quitado de encima para poder concentrarnos en otras cosas. Fue tan delicioso como pensé que sería. Ahora que lo sabemos, ya ves, podemos seguir adelante.

—Sí, yo también creo que deberíamos irnos a casa —indicó ella, con los ojos bajos.

—Marianne, estoy intentando hacerte una declaración. ¿Por qué te muestras tan asombrada? Te invité a salir, te besé con ganas y ya hemos dejado claro que no serás mi amante. Así que dime si serás mi esposa.

—¡Estás de broma!

—Tengo mejor sentido del humor que eso. Escucha, querida. Vine a Londres en busca de una esposa, ya lo sabes. Pero ahora parece que necesito una mucho antes de lo que pensaba. —Bajó la mirada hacia las riendas que tenía en las manos. Por primera vez parecía incómodo—. Mi padre ha estado mal de salud. Lo único que quiere de mí, y yo haría cualquier cosa por él, es verme casado de nuevo. Me casé joven —comentó, concentrándose en alisar las hebras separadas de las riendas sobre su rodilla mientras hablaba—. Me casé para complacerlo. No, para ser sincero, era un joven tonto y pensaba que una mujer era igual que otra. Así que, si el matrimonio le complacía a mí padre, a mí también.. No era algo incómodo para nuestra clase: un matrimonio concertado en beneficio de nuestras familias. Aun así, me sentí atraído por ella y pensé que funcionaría. No lo hizo.

Frunció el ceño y se miró las manos:

—Resultó que no nos gustábamos nada. Si ella... si hubiéramos pasado más años juntos habríamos acabado detestándonos. Así que, por favor, no sientas lástima por mí ni pienses que permanecí soltero tanto tiempo después porque buscaba a otra como ella. No lo hacía.

»La verdad es que nunca quise volver a casarme —admitió—. Pero mi padre... Mi madre era inválida. Me educaron en casa para poder estar cerca de ella. Cuando murió, mi padre se

convirtió en todo para mí. Es un buen hombre, mucho mejor que yo, y tengo la suerte de llamarlo amigo además de padre. Vine a Londres para encontrar una prometida que presentarle, porque está enfermo y dice que no puede descansar tranquilo hasta que esté seguro de que habrá más de nuestra estirpe. No me pide nada más. No puedo culparlo. Mi único heredero es mi tío, pero es viejo y aún más tonto que yo.

Levantó la vista, sonriéndole de nuevo.

—Mi padre solo me pide que elija a una mujer con una buena cabeza sobre los hombros y que tenga el suficiente sentido común para no elegir a alguien que no sea digna. Así que vine a Londres, fui a todas las fiestas, bailes y tés adecuados en mi búsqueda de una esposa. Y sí, también estuve en todos los lugares equivocados, en mi búsqueda de... entretenimiento.

Su rostro se volvió repentinamente grave.

—Pensé que tenía toda la temporada, pero me acaban de avisar de casa. Su salud se está deteriorando. Tengo que casarme de inmediato, luego ir a casa y tranquilizarlo presentándole a mi esposa…

—¿Te refieres a mí? —preguntó ella, asombrada.

—En efecto —respondió él, sonriendo ante su sorpresa.

Ella sacudió la cabeza. No tenía sentido.

—Siento lo de tu padre, pero hay muchas más mujeres entre las que elegir. Casi cualquiera de ellas aceptaría. Vaya, mi prima Shirley lo haría, al igual que la mayoría de sus amigas.

—No me importa ninguna de ellas —indicó él con una sonrisa que hizo que ella se preguntara si había dicho algo atrevido, pero él podía hacer que cualquier cosa sonara así—. Sé que Shirley me querría. Pero, hablando en serio, si fueras un hombre, ¿la querrías tú a ella? No solo como compañera de vida, sino incluso en tu cama.

Ella jadeó.

—Esa… esa es una pregunta muy inapropiada. No puedo contestarte.

—Claro que puedes —se burló él—. Una mujer puede ver si un hombre puede desear a otra mujer. Fíjate bien en tu preciosa primita. Parece que solo le importa ella misma.

Marianne se lo quedó mirando. Ningún hombre le había hablado nunca de ese modo, como si fuera una igual. Estaba tan sorprendida como fascinada.

—Además, ella ni siquiera fingiría pasión cuando estuviéramos en la cama, y eso es importante para un hombre como yo —continuó Mark—. No hay nada en ella que me atraiga, ni en el plano carnal. Solo tiene ambición social. Mira también a sus amigas. Actúan como si encontrar marido fuera solo un juego al que jugar contra las otras chicas que conocen. ¿El objetivo? Ganar al hombre que las otras más desean. Ahí no hay pasión, y no me casaré con alguien que no tiene pasión.

—No tengo dinero, Mark. Soy... imperfecta, aunque tú no lo creas. No tengo nada y no puedo esperar nada. ¿Por qué deberías quererme?

—Te quiero en mi cama —señalo. Sus ojos, claros y brillantes, estudiándola—. Te quiero en mis brazos. Me he dado cuenta de que, si nos casamos, habría más cosas aparte de eso —añadió cuando los ojos de ella se abrieron de par en par—. Sí que lo hay. Disfruto hablando

contigo; eres inteligente. Sé que eres virtuosa; después de todo, te resististe a mí.

Ella lo miró boquiabierta. «Era una criatura monstruosa y engreída», pensó, pero antes de que pudiera decirlo, él continuó hablando.

—He preguntado por ti, pero no había mucho que saber de tu pasado. Lo que en realidad importa es que te encuentro deseable. Inteligente. Lo suficientemente bien nacida para satisfacer a mi padre. ¿Por qué debería sorprenderte mi oferta?

Cogió aire y lo dejó salir. ¿Por qué iba a sorprenderse? Había tantas razones que, si empezaba a enumerárselas todas, estarían ahí hasta el anochecer. Así que se aferró a la única razón que acechaba bajo todas las demás, la que más le dolía.

—Sientes lástima por mí —soltó—. Sientes que, si debes casarte, bien podría ser un acto de caridad.

Él se quedó quieto. Inclinó la cabeza hacia un lado mientras procesaba lo que había dicho.

—Y yo soy un tipo tan caritativo —señaló lentamente, con una sonrisa curvada que daba a atender que le hacía gracia lo que acababa de decir.

—Podrías conocer a otra mujer.

—¿Con qué fin? Te tengo a ti. O, al menos, quiero tenerte.

Se inclinó más cerca y habló serio; sus ojos desafiándola a que dudase de lo que le estaba diciendo.

—No te confundas, Marianne. Mi elección tiene mucho que ver con mis deseos. Me llaman libertino porque disfruto con los cuerpos de las mujeres y con el placer que pueden compartir un hombre y una mujer. Pero, si nos casamos, te seré tan fiel como tú lo serás conmigo. Eso te lo prometo. Pero no te confundas: Espero una compañera ansiosa en mi lecho matrimonial.

—P…Pero... yo... —tartamudeó ella, ruborizándose incluso ante la idea del tipo de ansia que él le demostraba—. No sé cómo, quiero decir...

—Quizá no sepas los mecanismos —indicó él, observándola intensamente—. Son bastante sencillos, de lo contrario no habría tanta gente estúpida... o tan feliz. Pero tú ya conoces el resto, en tu corazón al menos. Eres todo fuego. Es lo primero que percibí en ti. Yo también lo he sentido. Vi tu reacción hacia mí en tus ojos cuando nos conocimos, lo sentí en tu beso, lo siento cuando tan solo nos tocamos las manos, ¡por el amor de Dios! Creo que también eres adecuada para mí en otras cosas. Intentaría ser adecuado para ti. ¿Qué me dices?

Él se sentó y la observó debatirse con la pregunta. Sus emociones eran muy legibles, por eso su deseo le estaba provocando tanto, haciéndolo actuar de forma tan precipitada. Sus pensamientos iban y venían en sus ojos: deseo, miedo y duda. Y entonces pudo ver cómo la creciente esperanza iluminaba sus ojos y borraba la línea de concentración que había estropeado su tersa frente, y en ese momento él supo que había ganado. Ella levantó aquellos claros ojos grises hacia los suyos.

—Me gustaría pensarlo... Mark —pidió ella tímida.

—Bien. Tienes un día.

—¿Qué? —graznó ella—. ¡Estás loco!

—No, ya te he dicho que no tengo tiempo. Necesito casarme contigo y volver a casa inmediatamente. Es un viaje largo. Nuestra finca está en la frontera, ¿recuerdas?

—¿Pero por qué no puedes casarte allí? A tu padre sin duda le gustaría.

—Puede que no viva para verlo —contestó con dureza—. Conseguiré una licencia especial y podremos casarnos enseguida, luego le enviaré un aviso por medio de un jinete con un caballo veloz en cuanto esté hecho. No puedo hacerlo de otra manera.

—Oh, así que es por eso. No tienes tiempo para encontrar otra mujer.

—Llevo ya tres meses en Londres y conozco a un buen número de mujeres, mi querida muchacha insegura —dijo él. Cuando ella levantó la cabeza, añadió—: Es una apelativo cariñoso en Escocia, ¿sabes? —Los ojos de ella se entrecerraron y él se rio—. Escocia, otra cosa que tendré que enseñarte. ¿Y bien? —Lo más probable es que fuera la oferta menos romántica que ninguna mujer hubiese tenido jamás.

—Te lo diré mañana.

—Bien, pero en cuanto a hoy, aprovechémoslo al máximo.

Se preparó para su beso, excitada pero preocupada, preguntándose si debía dejar que la besara, porque tal vez todo era una mentira para tenerla en sus brazos, o tal vez él pensaría que ella...

Sintió una sacudida y abrió los ojos. Los caballos se movían de nuevo.

—No parece que vaya a llover y el sol brilla, aprovechémoslo paseando por el Serpentine —dijo agitando las riendas. Salieron rodando de la sombra y se adentraron en el sol. Ella se sentó recta, preocupada por qué algo tan respetable la hiciese sentirse tan decepcionada.

Pagó a un muchacho para que vigilara el carruaje y sujetara los caballos mientras paseaban. Le compró un helado de hielo y contemplaron las marionetas, tan embelesados como lo estaban los niños que los rodeaban. Después, pasearon por los senderos del parque, compartiendo el paseo con niños que hacían rodar aros y perseguían pelotas, ancianas y caballeros que salían a hacer sus ejercicios constitucionales diarios, así como enfermeras que empujaban a bebés en cochecitos o a inválidos en sillas de ruedas. Sonreían a los niños y saludaban con la cabeza a los ancianos, como si ellos mismos fueran una pareja de ancianos.

Le puso la mano en el brazo y ella caminó a su lado. Su cabeza se acercaba a su hombro y él tenía que inclinar la suya para poder hablar con ella, y a ella le encantaba la inusual sensación de protección y seguridad que eso le producía. Cuando levantó la vista hacia él, le costó volver a apartar la mirada. Fue una suerte para su compostura que él siguiera señalándole cosas para que las viera, porque así no se daba cuenta de que rara vez le quitaba los ojos de encima.

Le compró un ramo de violetas a una niña harapienta que estaba junto a una verja y luego otro cuando la niña se alegró mucho por ello. No hablaban de nada y se reían por todo. No había muchos jóvenes en el parque porque era un día ordinario entre semana, que era cuando los jóvenes comunes y corrientes estaban trabajando, y las damas y caballeros estaban de compras, tomando el té o visitando a sus amigos o en los clubes.

Marianne se lo pasó de maravilla a pesar de que no había ni una persona importante a la vista. Puede que, sobre todo, se lo pasara bien por eso, porque sabía que debía de parecer desaliñada con su viejo vestido, sin cofia, y con el pelo despeinado por la brisa y las manos de él.

En un momento dado, cuando Mark vio que no había nadie cerca, se detuvo, la atrajo detrás de un árbol, tiró de ella para tenerla aún más cerca, y la besó hasta dejarla sin sentido. La habían besado unas cuantas veces en su vida, casi siempre contra su voluntad. Nada se había sentido así. Él la tomó en sus brazos, inclinó la cabeza y curvó su cuerpo contra el de ella, volcándose en su beso, concentrándose totalmente en ella. Ella sintió el calor de su boca, el toque experto y burlón de su lengua. Fue aún más asombroso, inquietante y maravilloso que cuando se habían besado en el carruaje, porque ahora ella podía sentir la urgencia de él apretada contra todo su cuerpo.

Extraordinario, aterrador, delicioso. Hizo que se olvidara de su preocupación por ser vista, y se rio de la confusión que sintió cuando salió de su abrazo. Se sintió turbada, pero también complacida al notar que su risita era forzada.

Pero entonces recordó algo. Sus ojos buscaron los de él.

—Mark, una cosa. Tu primera oferta, que me convirtiera en tu amante, ¿era solo una prueba?

Él pareció sorprendido por su pregunta e inclinó la cabeza mientras la consideraba.

—¿Poniéndote a prueba? ¿O probándome a mí mismo? ¿Qué es el cortejo sino un proceso de prueba? Fuera lo que fuese, no tengo más tiempo para juegos. —Le cogió la cara con las dos manos y la besó despacio. La miró a la cara y le dijo—: Mañana.

Había llegado el momento de volver a casa.

—Mañana —volvió a decir. Estaba junto a ella en el escalón delantero de la casa de su tía. Hizo una pausa. Metió la mano en el bolsillo de su chaleco, sacó un pequeño estuche plateado y extrajo de él una tarjeta—. Acabo de caer en que no sabes dónde vivo. Si me necesitas, avíseme.

Cogió la tarjeta sin mirarla, frunciendo el ceño.

—No le habías dado tu tarjeta a Shirley —comentó, con el rostro y la voz preocupados.

—Tampoco le habría pedido a Shirley que se casara conmigo. Ni dudo de que su madre tenga mi dirección, aunque apostaría cualquier cosa a que tiene un listado con mis bienes, propiedades y fondos.

Sonrió a su pesar.

—Mañana —dijo, asintiendo.

Lo observó mientras se perdía de vista. Todavía no se creía lo que había pasado. Aún no quería dudarlo. Enterró la nariz en las violetas que él le había comprado, respirando su dulce y evasiva fragancia. Eran cálidas, fragantes y aterciopeladas contra su nariz. Dio un largo y estremecedor suspiro ante los sentimientos de anhelo que despertaban en ella. Pero ya había sentido tanto hoy.... «Basta de sentimentalismos», se dijo a sí misma. «Ahora tienes mucho en lo que pensar». Entró en casa, perpleja y desconcertada, deseando tener a alguien de confianza con quien hablar.

En lugar de eso, tenía a su tía Constance y a su prima Shirley. Estaban esperándola en el salón. Era como si no se hubieran movido desde que ella se había marchado. En ese momento, el sol había entrado a raudales. Ahora, se dio cuenta Marianne, solo había las sombras grises y alargadas del crepúsculo.

—¿Dónde —preguntó su tía con horrible altanería, haciendo que la palabra sonara como si tuviera tres sílabas—, has estado?

—Con el vizconde, pero eso ya lo sabes —indicó Marianne, sorprendida.

—¿Por qué tienes el pelo así? —preguntó Shirley, pero estaba mirando los labios de Marianne.

—Iba montada en su aparejo y el viento se llevó mi cofia —explicó Marianne, intentando encontrar una explicación inocente y arruinándola al sonrojarse.

—Han pasado horas —dijo tía Constance indignada. —¡Ninguna mujer decente se quedaría fuera hasta que oscureciera!

Marianne estaba a punto de mencionar que solo era el crepúsculo, pero no tuvo oportunidad.

—¡Y ningún hombre con intenciones decentes te dejaría fuera tanto tiempo! —gruñó Shirley.

—Bueno, en cuanto a eso... Sus intenciones no podrían ser más indecentes —se encolerizó Marianne. ¡Me ha pedido que me case con él!

Shirley y su madre se quedaron mudas. Había tanto silencio que Marianne podía oír su propio pulso latir con fuerza. Se limitaron a mirarla fijamente, pero no por mucho tiempo.

—Mamá —chilló Shirley—. ¡No es justo! ¡Mira lo que ha hecho!

—¡Cállate! —le ordenó la tía Constance a su hija que lloraba desconsoladamente—, ¡o te enviaré a tu habitación! Solo te permito quedarte para que aprendas de esto. Si no puedes controlarte, ¡vete!

Shirley se quedó enfurruñada, mirando a Marianne con el ceño fruncido. La tía Constance cerró la puerta del salón y luego volvió su atención hacia su sobrina.

—Me pidió que me casara con él —repitió Marianne, manteniendo la cabeza alta—. No puedo evitarlo, ni me disculparé por ello.

Su tía desestimó lo que había dicho con una mirada fulminante.

—No seas tonta. Tiene la lengua muy larga, pero tú no eres estúpida. No puede haberte pedido que te cases con él. Es demasiado pronto, por un lado. Por otro, mírate. Ya no eres joven, no tienes ni un céntimo con el que bendecirte y tienes una cicatriz en la cara. Es uno de los hombres más ricos de Inglaterra, con título, desastrosamente atractivo, y un reconocido granuja.

—Quiere mi respuesta mañana —dijo Marianne con valentía, pero en un pequeño rincón de su mente ya empezaba a dudar de lo que había dicho. Más precisamente, como ella dudaba de sí misma mucho más que de él, se preguntaba si lo había oído bien.

—Si su propuesta fuese sincera, ¿no crees que habría acudido primero a tu tío o, en su defecto, a mí? —La tía Constance frunció el ceño y su voz se suavizó un poco mientras miraba a su sobrina—. La vida no ha sido justa contigo, pero la vida no es amable. Nos casamos como podemos y esperamos el mejor negocio que nuestra familia pueda hacernos. A algunos les va muy bien —dijo, y añadió con amargura—, y otros tienen que hacer lo mejor con lo que les dan. Pero nos casamos a través de nuestras familias, Marianne. No tienes ninguna que vele por ti, excepto nosotras. No podemos hacer más que ofrecerte un techo, ya que no tienes nada que

ofrecer en matrimonio excepto a ti misma. Y eso es poco, e imperfecto, para colmo. No estoy siendo cruel, solo honesta. Cosa que él no ha sido.

—Dijo que vino a Londres por una esposa y que debía casarse al instante.

—¿Inmediatamente?

—Dijo que su padre estaba muy enfermo y…

—¡Y un montón de otras tonterías, no lo dudo! Que te creíste porque querías. Vamos, Marianne, ¡piensa!

—Lo he hecho —gritó Marianne—. Yo sí le creo. ¿Por qué iba a mentirme?

—No estás acostumbrada a ningún halago, ni mucho menos a las artimañas de un hombre así. Podría echarte de esta casa por casi arruinar la reputación de Shirley, por lo que diría la gente si supiera que su compañera ha pasado una tarde así… ¡Me estremezco al pensarlo! Pero comprendo tu inexperiencia ante tales atenciones, así que cumpliré con mi deber contigo. Solo dame tu palabra de que no volverás a verle.

—¡No puedo hacer eso! —protestó Marianne—. Prometí darle una respuesta. —No sabía cuál sería esa respuesta, porque ahora, incluso, dudaba de su pregunta. Pero sabía que tenía que volver a verlo.

—Te prohíbo que le veas, Marianne.

—Vendrá mañana.

—Si lo hace, me verá a mí, no a ti. Te quedarás en tu habitación.

—Tía —replicó Marianne, temblando de indignación y del esfuerzo por contenerla—. ¡Tengo veinticinco años! No puedo ser enviada a mi habitación como una niña pequeña.

—Si no puedes, ya no puedes quedarte aquí con nosotros. De hecho —dijo su tía—, creo que esa es la solución. Escribiré inmediatamente a mi cuñada en Devon. Tiene una madre anciana y vive en el campo. Supongo que la alegría, la excitación de Londres y la vida de Shirley, te han revuelto la cabeza. Hiciste el ridículo al olvidar que no eres como ella. Está claro que no puedes ser compañera de una persona joven. Con el tiempo, puede que seas apta para tan agradables tareas. Una larga estancia en el campo te tranquilizará. Y luego tal vez dentro de unos años ya puedas adaptarte a estar con gente joven.

—Sí. Quizá puedas acompañar a mi hija cuando le llegue el turno de ser presentada en sociedad —añadió Shirley con dulzura.

—¡No te atrevas a regodearte! —le ordenó la tía Constance a Shirley—. Ahora vete a la cama. Yo me ocuparé del vizconde, tú te irás al campo y todo esto no será más que un recuerdo dentro de poco.

—No —sentenció Marianne en voz baja. Su tía y su prima la miraron con fijeza, pero ella sabía lo que tenía que decir—. Sé que quieres lo mejor para mí, tía. —«Y lo está demostrando», pensó Marianne asombrada. Su tía había sido más amable con ella en los últimos momentos de lo que lo había sido desde que la conoció. —Pero no lo oíste hablar y no lo conoces. Aún no me he decidido, pero debo verlo mañana.

—¡No tiene nada que ofrecerte más que deshonor!

—Me ha ofrecido matrimonio —indicó Marianne, aferrándose con desespero a ese único

pensamiento.

—Seguro que eso es falso, o se arrepentirá, o será imposible de cumplir, de un modo u otro —aseguró su tía—. Déjalo estar. Olvídalo ahora mientras solo te duela, antes de que te destruya. ¿Qué hay para una mujer sin familia y sin honor? Nada. Disfrutar durante un breve tiempo, tal vez. Pero, cuando se canse de ti, te pasará a un amigo, y entonces no habrá más que otros hombres así, y luego, si no has sido lo bastante lista para ahorrar dinero, las calles.

Marianne rio, aliviada. ¡Su tía era la que había leído demasiadas novelas! Hablaba como una lunera, despotricando sobre moralidad. Eso le dio a Marianne algo de perspectiva.

—¡Oh, tía, no! Puede que sea un granuja, ¡pero no está tan desesperado! Es un caballero, después de todo. Habla con él, te tranquilizará, ya lo verás.

—No lo haré, ni tú tampoco —dijo seria la tía Constance—. No sabes nada de caballeros. Esta es mi casa y será como yo diga. Si me rechazas en esto, será mejor que abandones mi casa y mi protección.

—¿Lo dices en serio? —preguntó Marianne, asombrada.

—Lo digo en serio. Piénsalo, Marianne, piénsalo mucho y bien. Las reglas se desobedecen por cuenta y riesgo propios. Me preocupo por tu bienestar. Me preocupo por... —Hizo una pausa, inspeccionándola sin tapujos; su vestido arrugado, su pelo revuelto, sus labios hinchados. Marianne se ruborizó bajo su lenta apreciación—. A él —continuó la tía Constance—. Solo le importa su placer. Dame tu palabra ahora mismo y esto quedará olvidado. Recházame en esto y acabaré contigo. Yo y el resto de la familia, te lo aseguro. ¿Y entonces? Espero tu respuesta.

Shirley la miraba ávida. Marianne intentó pensar, pero estaba enloquecida por el dolor y la ira. Esto iba más allá del orgullo y el anhelo. Esto tenía más que ver con la confianza y el amor, el miedo y la locura. Era todo su futuro lo que estaba en juego. Su tía tenía razón en una cosa: era difícil creer que lo que él había dicho fuera real. Incluso le resultaba difícil creer que el tiempo que había pasado con él había sido real. Había sido demasiado maravilloso. Le dolían la cabeza y el corazón. No era valiente.

—¿Y bien? —le preguntó su tía.

Capítulo 6

Mark se sentó y estiró sus largas piernas, descansando por primera vez aquel día. Por el momento, estaba contento. Ya no había nada más que hacer. Estaba en su club favorito, hundido en su sillón favorito; la tarde era suave y gris fuera del gran ventanal que daba a la calle St. James. Apenas podía ver al farolero haciendo su ronda, haciendo que las nuevas luces de gas se encendieran una a una. Mark cerró los ojos. Tenía cosas más importantes en la cabeza.

Había pedido su cena y ahora no tenía nada que hacer salvo esperarla, y todo lo demás que quisiera. «Sí, no tenía nada que hacer y tampoco podía hacer nada», pensó con el primer atisbo de fastidio que había sentido en todo el día. Era un hombre que a veces se consideraba un espía; se había acostumbrado a tender trampas, a tender lazos. La planificación y la ejecución de un plan, por peligrosas que fueran, eran siempre estimulantes. La espera era la peor parte. Lo había hecho antes y nunca resultaba más fácil.

¿Lo haría o no lo haría? ¿Podría haberlo hecho más fácil para ella? ¿Para él? ¿Debería haber sido más ardiente o menos? ¿Pero cómo podría haberlo sido menos? Ella lo hacía imposible. Pensó en Marianne, en ese rostro tan perfecto. Un hecho aún más fascinante por su cicatriz y esos magníficos ojos que tenía. Mostraban el espíritu esforzado que animaba a aquel rostro y a aquella forma que la hacían ser encantadora. Oh, aquel cuerpecito exquisito. Él lo recordaba muy bien, a ella y a su pasión; demasiado bien para su total comodidad. No podía olvidar la forma esbelta y curvilínea de su cuerpo apretada contra el suyo, o esos pechos firmes que se hundían contra su torso, o la forma tentativa en la que ella había recibido su beso, con qué entusiasmo había aceptado y luego aprendido de su boca. Su aroma…

—Debe de ser alguien extraordinario —comentó una voz divertida.

Los ojos de Mark se abrieron de golpe. El sillón orejón que había frente a él acababa de ser ocupado por un caballero alto y enjuto, de rostro duro y pelo rojo como el fuego que estaba recogido en un corte *Brutus* a la moda. Mark no dijo nada. En su lugar, enarcó una ceja hacia el recién llegado.

—Por la expresión de tu cara —explicó el pelirrojo—. La palabra voluptuosa no le hace justicia.

—Tengo hambre y estoy esperando mi cena —comentó Mark como si nada.

—¡Ja! Conozco esa mirada. Apuesto a que el plato principal en el que estabas pensando es mucho más sabroso y tierno. Y más picante. ¿Quién es ella? No es la bailarina pechugona que has estado viendo; he oído que acabas de darle un buen cheque de despido, pero nadie sabe por qué. Espera… estabas al acecho en ese baile la otra noche. Pero no podía ser la rubia con la que bailaste; sonreías, pero tenías los ojos vidriosos. ¿Y quién si no? La Palmer es adorable, pero he conocido gansos más listos. Y abogados menos avariciosos.

—Sí —dijo Mark—, muy cierto. Pero en cuanto a la mujer de mis pensamientos, no importa quién sea. Ella es solo una ensoñación con la que fantasear, por ahora. De todos modos, no te diré quién es. No sé por qué, pero a las mujeres, por lo demás sensatas, se sienten atraídas por tu pelo rojo, Rafe, y lo que no necesito ahora mismo es competencia por tu parte.

Rafe resopló.

—¡Como si eso te preocupara! Maldita sea, si las mujeres apuestan por lo negro, como tu pelo y tu alma, en vez de por lo rojo cuando estamos juntos.

—¿Cómo te va a ti? —preguntó Mark con pereza.

—Ayudamos a sacar al pequeño emperador maldito de Francia al exilio y a su nuevo trono en Elba, pero te juro que si hubiera sabido lo aburrida que iba a ser mi vida, le habría dado un rifle, un caballo rápido y le habría deseado buena suerte.

—Sí, por eso casi pierdes la vida llevándolo a esa nueva cárcel. ¿Cómo está el brazo?

—Sigue unido —refunfuñó Rafe con el ceño fruncido—, aunque a veces desearía que no fuera así. ¿Qué vas a hacer esta noche?

—Hay una nueva farsa en el Haymarket y una nueva ópera, y Freddy Winthrop jura que Madame Gold ha conseguido un paquete de nuevos aturdidores en su casa. Y aparte de White's y Brook's y los lugares habituales de juego, he oído que hay un nuevo local donde se puede jugar de forma honesta al Hazard.

—No me apetece nada de todo eso y, en cuanto a las apuestas de alto riesgo... Estoy haciendo eso ahora mismo. Es en lo que estaba pensando. Eso, y en otras cosas nuevas que hacer si gano.

—Siempre ganas —se quejó su amigo—. Todo el mundo piensa que tienes tanta suerte en el amor que deberías perder a las cartas, pero no es así.

—¿Milord? —dijo un lacayo, inclinándose ante Mark—. Su cena está lista para ser servida.

—¿Quieres acompañarme? —le preguntó Mark a su amigo.

—¿Por qué no? Quizá pueda convencerte para hacer otra cosa después.

—No estamos unidos por la cadera, como un par de bebés en una feria campestre —dijo Mark con suavidad.

—¡Si vas a ponerte impertinente, me voy! —espetó Rafe, poniéndose en pie de un salto.

—¿Por qué los pelirrojos os tomáis tan en serio ese mito sobre vuestro terrible temperamento? ¿O es que es verdad?

—No hay sobre la tierra un tipo más tranquilo que yo —dijo Rafe malhumorado—. Eres tú el que me provocas.

—Te pido disculpas. Hemos trabajado juntos demasiados años como para que nuestra amistad se desmorone ahora. Los tiempos de paz son duros para los dos. Únete a mí. Necesito hablar con alguien que sepa lo que es el secreto y el peligro.

—Ah, está casada —dijo Rafe.

—No. —Mark se rio—. Y no estoy preparado para hablar de ella, ¿recuerdas? Así que olvídate de eso también. Prefiero hablar de los viejos tiempos, ya que los nuevos son muy

aburridos.

Les sirvieron la cena con muchos platos y muchos vinos. Hablaron de los viejos tiempos, cuando ambos habían viajado por el continente labrándose reputaciones públicas como amantes del placer y descuidados libertinos. Y también privadas, centradas en su audacia y valor, ya que se ocupaban de evadir agentes extranjeros, liberar ingleses y buscar secretos para enviar a casa. Pero, a medida que avanzaba la velada, se reían cada vez menos, recordando a aquellos hombres que no habían podido volver a casa, como ellos.

—¡Basta ya! Vamos a estar berreando en un minuto si no paramos —dijo finalmente Rafe exasperado—. No necesitan nuestras lágrimas. Sabían en lo que se metían, igual que nosotros. La cuestión es, ¿qué se supone que debemos hacer ahora? ¿Sentarnos en la Cámara de los Lores y discutir entre nosotros todo el día?

—Tener vida, supongo —repuso Mark—. Algo que antes no nos importaba porque sabíamos que podíamos perderla en cualquier momento. Es lo que hacen la mayoría de los hombres. Tomar una decisión y seguir adelante. Formar una familia o irse a algún otro país e involucrarse en su guerra, si la paz es demasiado aburrida para ti.

—¡Ja! —soltó su amigo con sorna—. No más guerra, gracias. Al menos sé que de eso ya he tenido bastante. ¿Y tú? ¿Qué vas a hacer?

—¿Tú qué crees? —preguntó Mark, levantando una ceja oscura.

—Buscar placer, por supuesto, como siempre. No sé ni por qué he preguntado —indicó Rafe malhumorado—. Si me disculpas, me voy a beber a un garito. Me imagino que tú tienes algo mejor que hacer. Te deseo una buena noche, Mark. Y buena suerte.

¿Pero la suerte será suficiente? se preguntaba Mark mientras volvía a casa desde el club, solo. No había tenido mucho tiempo. Tenía que actuar ahora con lo que sabía. Y menos mal. Tal y como estaban las cosas, no habría podido hacerle saber más, aunque hubieran tenido tres meses en lugar de tres reuniones para que ella lo juzgara. ¿Tres meses? Imposible siquiera imaginarlo. Por un lado, él no habría sido capaz de mantener sus manos alejadas de ella ni tres minutos más. Por otra, su tía y su prima no lo habrían dejado cortejarla tanto tiempo. Había que hacerlo como se había hecho, rápido y en secreto.

Ahora estaba obsesionado con ella, algo extraño para él. No estaba seguro de qué era lo que le pasaba con esa mujer, y eso también era nuevo para él. Normalmente, estaba muy seguro de por qué deseaba a una mujer. Sin embargo, esto iba más allá de ese delicioso cuerpo. ¿Le daba lástima, como ella había dicho? En realidad, la oleada de pura lujuria que sentía cada vez que pensaba en ella no era lástima; la forma en la que se sentía en su compañía no se parecía a la lástima; la forma en que su cuerpo reaccionaba cuando ella estaba en sus brazos no se parecía, ni remotamente, a la lástima... A menos que fuera lástima por sí mismo, porque la idea de estar sin ella lo molestaba mucho.

¿La cicatriz? No era más que un señuelo para él. ¿Su falta de dote? ¿Por qué iba a preocuparle eso? ¿Su evidente soledad? Ah, eso sí que le daba lástima. Pero estos días la compadecía en sí mismo igualmente.

No. De nada servía preguntarse por ello. Podía arrepentirse de lo que había hecho, pero ya estaba acostumbrado. No podía arrepentirse de su elección. Le gustaba. «Tenía sentido del humor y una lengua rápida... y deliciosa», pensó con una sonrisa brotando de sus labios.

Le había dado un día. Se preguntó cómo pasaría la noche.

Sacó un libro, pero las palabras no tenían sentido. Intentó escribir una carta, pero no podía concentrarse en ello. Volvió a mirar el reloj de la chimenea, pero esta noche se movía despacio, como si no creyera en el mañana.

«Bueno, pero ya era hora de irse a la cama», pensó Mark. Aunque ya no sabía qué hora era. Londres no tenía tiempo para dormir. No importaba qué hora fuera, él podría haber estado en un baile, en un infierno de juego, en una fiesta de amigos o en cualquier montón de diversiones hasta el amanecer. También podría haber compartido su cama con cualquier mujer. Pero ahora solo quería a una. No sabría su decisión hasta el amanecer, y se negaba a pasar la noche con menos de lo que quería.

Pero era estúpido sentarse a esperar revisando sus tácticas, preguntándose por sus posibilidades. Mark se preparó por fin para acostarse. Subió las escaleras, se quitó la ropa, se lavó, se puso una bata sobre su desnudez y mandó a su ayuda de cámara a la cama. Se tumbó en la cama, pero parecía que alguien había puesto alfileres en ella; estaba demasiado caliente, demasiado dura, demasiado abultada. No podía ponerse cómodo ni de lado ni boca arriba. Se levantó y volvió a bajar las escaleras.

Fue a su biblioteca, volvió a encender el fuego de la chimenea y se quedó mirándolo. Ahora estaba molesto consigo mismo, además de ardiendo por ella. Treinta y tres años y no tenía paciencia... ni creía que ella viniera a él. ¿Por qué iba a ser así? Siempre había gustado a las mujeres, pero eso era a las mujeres, no las damas. Él no sabía mucho de damas, y aunque ella no tuviera dinero ni familia que la protegiera era, definitivamente, una dama. Él lo sabía muy bien.

Se había casado con una, pero no podía decir que la conociera cuando lo hizo ni que quisiera conocerla mucho mejor después. Su madre había sido una dama, tampoco es que la hubiera conocido mucho tiempo. Mark sonrió con tristeza. Con todo el dolor que le habían infligido, a propósito y por accidente, si tuviera algo de sentido común debería evitar a las damas como a la peste, pero lo había hecho durante la mayor parte de su vida adulta, desde que se casó. ¿Y de qué le había servido?

Esto iba más allá de una cuestión de nacimiento y crianza. Marianne Prescott era singular. Atraía tanto al hombre como al caballero que había en él. Necesitaba, con urgencia, ser rescatada. Él no sabía si lo que quería hacer podía considerarse rescatarla, en realidad. Seguramente los héroes eran más virtuosos, con intenciones más nobles. Pero creía que podía mejorar su situación, sin duda. Y la suya propia, por supuesto. Si tan solo ella dijera que sí.

«Iría a casa de su tía a mediodía y descubriría su destino», decidió. Pero, entonces, Mark se lo pensó mejor. Cuanto menos trato tuviera con los parientes de ella, mejor. Había pocas posibilidades de encontrarse con el tío, pues nunca estaba en casa. Pero no quería volver a encontrarse con aquella tía socialmente ambiciosa ni con su hija.

Así que tendría la casa vigilada. Sería bastante fácil encontrar un lacayo o una criada que lo hiciera por él, y él podría esperar hasta que ella estuviera sola antes de llamar.

Los ojos avellana de Mark brillaban, reflejando la luz del fuego mientras lo observaba fijamente, como si esperara ver en él futuro. Todo lo que vio fueron llamas. «Esa sí que es una visión justa y verdadera», pensó cínico. «Porque llamas es todo lo que siento ahora».

El reloj había dado tres campanadas, los ojos empezaban a pesarle y la jarra que tenía a su

lado estaba vacía cuando Mark oyó el ruido en la puerta principal. Levantó la cabeza y escuchó atento. La casa estaba en silencio; los criados dormidos. De hecho, no lo habría oído si no hubiera estado tan aturdido y nervioso y pendiente de cada pequeña cosa esta noche.

Oyó otro arañazo, y luego el más diminuto golpe, y luego otro. Después, tras una agónica pausa en la que se preguntó si había oído bien, hubo otro. Tímido, avergonzado, pero decidido: alguien estaba golpeando vacilante su puerta principal.

Se puso en pie y atravesó con rapidez la casa dormida hasta la puerta, pero sabía lo que encontraría antes de llegar. Y eso lo alarmó.

Abrió la puerta de par en par. Ella estaba ahí, de pie, con una bolsa de viaje en una mano, agarrándola con fuerza, y un pañuelo arrugado en la otra. Tenía los ojos muy abiertos por el susto, de pie en el umbral de su puerta en la hora más oscura de la noche, vacilante.

—Marianne —dijo, y esperó, porque no confiaba en sí mismo para decir más. Ella parecía tan perdida que, de repente, él temió por algo más que su estado de ánimo. La casa de su tía estaba a unas manzanas de su puerta. Había acudido a él sola por la noche. Londres no era seguro para una mujer sola de día, y mucho menos a esas horas.

Buscó moratones en su cara, algún desgarro en su ropa. Pero parecía sana. Todo lo que vio fue la mirada amoratada alrededor de sus ojos. Había estado llorando. Solo su espíritu era un caos.

—He venido a decir que sí. Sí, lo haré, Mark —le comunicó de forma apresurada, aunque su voz sonaba suave incluso en la tranquila noche—. Es decir, si todavía me quieres. Sé que debería haber esperado a la mañana para decírtelo. Quería esperar a la mañana, pero ya no sabía dónde esperar. No es fácil estar sola en Londres por la noche.

—Ya no estás sola —indicó él, cogiéndole la mano y el bolso, haciéndola entrar y cerrando la puerta con firmeza tras ella.

Capítulo 7

Desde que había salido de casa de su tía ya no le gritaban, ni la maltrataban, ni la menospreciaban. Tampoco estaba sola, vagando por Londres, preguntándose adónde ir, corriendo por calles oscuras para alejarse de hombres extraños que pensaban que estaba en venta, o lanzándose a las sombras a cada ruido, escondiéndose de ellos.

Se encontraba en una habitación elegante, pero acogedora, con un vaso de algo vigorizante en la mano y un reconfortante fuego frente a ella. El hombre en el que había estado pensando durante todo el día y toda la noche estaba a su lado, velando por ella. Ahora se sentía mucho peor.

—Quería pensarlo, llegar a una decisión razonable —confesó sin mirarlo—, pero no me dieron otra opción. Mi tía dijo que, si no prometía no volver a verte, debía marcharme de inmediato. Así que eso hice. Era una cuestión de honor.

—Así que, en realidad, no querías venir a verme —indicó con esa voz inquietante y retumbante.

—Bueno, sí, quería. Pero no así —aseguró ella con inquietud. Lo cual era la verdad. Después de toda su indecisión y preocupación, por fin estaba aquí, sola con un hombre en su casa en mitad de la noche, y él un libertino del que la habían advertido, un hombre por el que se sentía tan atraída que apenas podía pensar cuando él estaba cerca. Lo que, definitivamente, estaba sucediendo en esos momentos. Además, él no llevaba nada puesto bajo esa bata de colores brillantes, o al menos ella pensaba que no. Había vislumbrado una pierna masculina musculosa, ligeramente peluda y muy desnuda, y no tuvo el valor de mirar más allá. ¿Llevaban ropa los caballeros para acostarse? Agarró su vaso con más fuerza. No tenía tiempo, ni una posición ventajosa segura, para pensar siquiera en eso ahora.

Lo que ella quería saber era qué esperaba él que ella hiciera ahora. O, mejor dicho, qué era lo que él iba a hacer.

Según todo lo que había aprendido, ahora estaba totalmente arruinada y a su merced, social y físicamente. La imprudencia que ella había cometido debía de estar inspirándole las nociones más salvajes. En ella lo hacían. No podía negarse a nada de lo que él le pidiera, no después de esto. Lo peor era que no sabía si quería hacerlo.

—Verás —dijo, explicándoselo a él y a sí misma—. Tenía que marcharme o no volvería a tener su respeto, ni el mío propio. Estaba tan enfadada que lo veía todo perfilado en rojo. También sentí un zumbido en los oídos durante todo el tiempo que estuve haciendo las maletas. Era como una especie de ataque. Tiré todo lo importante que poseía en la bolsa y salí corriendo de casa. Me sentí de maravilla cuando la puerta se cerró tras de mí... durante un minuto, porque entonces me di cuenta de que no tenía adónde ir. Fue terrible —aseguró, mirándolo por fin a los ojos.

Había tanta calidez y comprensión en ellos que tragó saliva y apartó la mirada. «La simpatía de ese hombre es tan emocionante como su lascivia», pensó consternada. No estaba segura de cómo manejar ninguna de las dos cosas.

—Debió de ser espantoso —aceptó con calma—. Tu tía y tú debisteis estar peleándoos mucho tiempo. —Miró el reloj de su chimenea—. Hasta, por lo menos, las dos de la madrugada, diría yo.

Ella se revolvió.

—No. Me fui más o menos a la hora de cenar. —Él no dijo nada. Su silencio lo decía todo por él. Ella levantó la cabeza—. Bueno, habría quedado fatal que viniera corriendo justo después de que me lo pidieras, ¿no? Como si no pudiera esperar. Como si no tuviera otro sitio al que ir en todo Londres. Como si fuera una golfilla, una chica de la calle, sin hogar, sin conexiones, sin un lugar propio.

Pero era difícil explicarle el resto mientras lloraba. Su barbilla había empezado a temblar con la palabra hogar, y luego vino el diluvio, incluso mientras luchaba por controlarse. Eso era casi imposible de conseguir, porque cuando su voz había empezado a temblar y las lágrimas aguijoneaban sus ojos, él se había acercado, se había encaramado a un lado de su silla y la había estrechado entre sus brazos. Ella lloró contra su pecho.

Su pecho era duro, pero resistente y cálido, y un suave vello le punzó la tersa mejilla cuando descansó allí. Estaba mortificada, aterrorizada y demasiado interesada en las nuevas y extrañas texturas que sentía y en las sensaciones que provocaban en ella. Apartó la cabeza y lo miró con los ojos muy abiertos y expectantes, fascinada y asustada a partes iguales.

—Estás horrible cuando lloras —le aseguró con una sonrisa torcida—. No le has cogido el tranquillo en absoluto. Se supone que debes dejar que las lágrimas caigan como la lluvia, no luchar contra ellas de esa manera. Te pone la cara roja y la nariz…

—Muchas gracias —señaló cogiendo un pañuelo de su retícula.

Él sonrió. Le gustaba más así: esforzada, valiente. Una igual, no una víctima. Pretendía que siguiera siendo así: sin ilusiones entre ellos de aquí en adelante.

—¿Adónde fuiste, entonces, cuando dejaste a tu tía? —le preguntó.

—Vagué, Pero fue algo terrible. Londres no es lo mismo por la noche, no tienes ni idea. Hay hombres que visten como caballeros y actúan como animales. Un grupo de ellos me vio y gritó: «¡Hola!», y me persiguieron, pero me escondí detrás de unos arbustos. Cuando me quedaba a la luz, llamaba demasiado la atención. Los lugares oscuros eran aún peores. Había mujeres en la sombra que pensaban que iba a competir con ellas —aseguró indignada, recordando por qué pensaban que competía—. Por fin, encontré una iglesia y me senté allí —añadió más tranquila—. No era mi fe, pero eso no importaba; no estaba allí para rezar, sino para pensar. Nadie me molestó.

Decidió no contarle que nadie la había molestado salvo ella misma. Su conciencia no la había dejado tranquila. Eso había sido lo que al final la había alejado de la iglesia.

—La tranquilidad fue algo bueno —señaló con firmeza—. Me pregunté qué quería hacer, qué podía hacer y qué debía hacer. Y que me cuelguen una vez que mi mente se decidió, porque sabía que era una locura quedarme fuera toda la noche. Entonces vine aquí.

—Una locura, en efecto. Me alegro de que hayas acudido a mí, Marianne. Solo lamento que hayas esperado tanto. Pero sabía cómo reaccionaría tu tía; si lo recuerdas, te lo dije. ¿Fue muy cruel?

—Mucho —confirmó Marianne con tristeza—. Dudo que volvamos a hablar.

—¿No la quieres en nuestra boda, entonces?

—No quiero volver a verla —sentenció Marianne con un resoplido, recordando cuántos eufemismos para referirse a una mujer abandona le había llamado su tía cuando se dio cuenta de que se iba, antes de decidirse, finalmente, por llamarla puta. El regocijo de Shirley había sido doloroso de ver.

—Oh, dudo que no vuelvas a verla. Todo lo contrario, diría yo. Pronto descubrirá las ventajas de tener a una vizcondesa en la familia —le indicó con ligereza, aunque le costaba contener su exultación: ella estaba aquí, era suya, ¡había ganado!

Marianne se inquietó. Había estado tan ocupada considerando los detalles de compartir su cama y su vida que nunca había pensado, realmente, en todas las particularidades de ser vizcondesa. Sus ojos estaban turbados cuando buscó los de él.

—¿Todavía estás seguro?

Él sabía lo que ella estaba preguntando.

—Son unos hombros delgados, Marianne —indicó él, poniendo el índice en la base de su cuello y rozándole la clavícula, como si estuviera dibujándolo—, pero estoy seguro de que pueden soportar el peso de mi título. Y con el tiempo, puede que llegues a disfrutarlo.

¿Cómo conseguía aquel hombre que todo lo que decía sonara tan emocionante e ilícito? ¿O era algo que solo le parecía a ella? Se sentía como si le hubieran picado en las entrañas y se estremeció. Él se echó hacia atrás, pero siguió sentado junto a ella. No se tocaron, pero era muy consciente de su presencia. Era un hombre muy grande y ella podía sentir el calor que irradiaba. Él comenzó a juguetear con un mechón de su pelo, rizándolo alrededor de su dedo y dejando que estos rozaran su cuello de vez en cuando. Solo eso. Pero era suficiente.

—Entonces —prosiguió—. Obtendré una licencia especial y celebraré la boda lo antes posible. ¿Hay alguien más a quien te gustaría invitar?

—¡A mi madre! —dijo ella, de repente encantada. ¿No sería estupendo? ¡Volver a ver a mi madre y que me viese casándome con un vizconde!

—Sí, eso estaría bien —contestó él—. Pero, si no recuerdo mal, ella está en el condado de Clare, ¿no? No creo que pudiera llegar a tiempo. Lo siento, pero la cuestión es que el tiempo es esencial.

—Oh —musitó Marianne un tanto contrariada—. Sí, así es, no pasa nada. Un momento. —Entrecerró los ojos—.¡Nunca te he contado eso! Solo dije que estaba en Irlanda. ¿Cómo lo ¿has sabido?

—Te dije que había investigado cuál era tu situación, ¿recuerdas? Sería un tonto si no lo hubiera hecho, ¿no crees?

—Yo no busqué información sobre ti —aseguró ella, ahora un poco ansiosa.

—Sí que lo hiciste. —Él se rio—. Apuesto a que almacenaste cada chisme que pudiste

conseguir sobre mí.

—Bueno, no eran muchos —admitió ella—. Los criados no me consideraban una de ellos, exactamente, y por eso no compartían historias conmigo. Las damas no se rebajarían a cotillear con una simple acompañante. Y no conozco a mucha gente al llevar solo un mes en Londres.

—Así que tuviste que escuchar a escondidas. Qué lástima.

Se rio con él. «Desdichado hombre», pensó, por insultarme de forma tan bonita. Pero cuando dejó de reírse vio que él estaba ahora muy quieto y la miraba sin parpadear.

No pronunció ni una palabra de protesta cuando él se inclinó hacia ella, bajó la cabeza y le dio un beso en los labios. Fue breve y dulce para ambos. La dejó aturdida, su boca buscaba de forma inconsciente más mientras él se alejaba. Ladeó la cabeza, considerándolo.

—Es tarde —señaló tranquilo mientras le acariciaba la mejilla—. Ya es hora de irse a la cama. ¿Dónde te gustaría dormir?

«Bueno, ya está hecho», pensó con divertida decepción mientras el rostro de ella se encendía y sus ojos se abrían de par en par. definitivamente está dispuesta, pero aún no es capaz.

—Pensé que podría coger una habitación en un hotel... —dijo con cuidado, porque había empezado a darse cuenta de que no tenía nada que temer de él, pero sí todo que temer de sí misma cuando estaba cerca de él.

No sabía si tenía suficiente dinero para una habitación en un hotel adecuado de Londres para una noche, pero tampoco sabía si tenía los nervios necesarios para pasar una noche en una situación un tanto comprometida. Se sentía tremendamente atraída por él, y era un noble, y se iba a casar con él, pero, en realidad, no lo conocía, y las dudas y acusaciones de su tía seguían resonando en sus oídos.

—¿Una mujer sola ocupando una habitación a estas horas? —inquirió. —Querida, no creo que un hotel respetable te admitiera. Y si yo te consiguiera la habitación... —Dejó el pensamiento sin decir.

—Pero si me quedo aquí, mi reputación...

—Marianne —dijo con suavidad—, cuando nos casemos, mi nombre restaurará el tuyo. Pero en cuanto a lo que queda de esta noche... ¿tienes miedo de quedarte aquí? ¿Tienes miedo de mí?

—Eso depende de lo que quieras hacer —soltó ella casi sin pensar. Se quería morir, allí mismo, en su cómodo sillón, porque ahora el problema estada dicho y tenían que hablar de ello, y quizá tuviera que tomar esa decisión de inmediato... «Como si ambos no supieran ya de qué iba todo», pensó con tristeza.

Pero él no la quería triste. La quería alegre y entregada y lista para él, por completo. Podía esperar. La cosa ya estaba hecha. Un hombre con gusto se demoraba en sus placeres, no los engullía.

—Quiero que seas feliz —le dijo con perfecta verdad—. No te preocupes, tendrás tu propia habitación y tu cama hasta que estemos casados.

Era una promesa y una advertencia, y ambos lo sabían. Ella asintió. Él se levantó, cogió su bolso y la condujo escaleras arriba.

Le indicó una habitación y le dio las buenas noches.

—Mis criados están todos dormidos. ¿Necesita algo? Puedo despertarlos o intentar ayudarte yo mismo.

—No, esto está bien, es encantador. —Se preguntaba si él la besaría de nuevo. Pero él solo asintió y se fue, cerrando la puerta tras de sí.

Lo que pudo ver de la habitación gracias al resplandor rosado de la luz de la lámpara era encantador. Había una cama con dosel y colcha de satén, y una montaña de almohadas. La chimenea estaba rodeada por una fina pantalla de filigrana. Las sillas y el sofá eran del último estilo egipcio, ligeros, con delicadas patas y diseños incrustados. La seda tensada de las paredes era de color verde y amarilla con el dibujo de un jardín chino sobre puentes y árboles. Era una habitación lujosa y de buen gusto.

Marianne se sintió incómoda por un momento, preguntándose si era aquí donde solía llevar a sus mujeres. Pero entonces vio un cepillo de lomo plateado de aspecto militar sobre el tocador y se dio cuenta de que, probablemente, era su mejor habitación de invitados.

Bostezó. Era muy tarde. El aguamanil y la palangana de la mesa estaban vacíos. Por mucho que quisiera lavarse el hollín de las manos y la cara tras sus horas de vagabundeo por las calles, no lo molestaría pidiendo agua. «Dejemos dormir a los libertinos», pensó con una sonrisa, que se desvaneció al darse cuenta de que ese libertino en particular iba a ser su marido en poco tiempo. Se quedó pensativa mientras se quitaba la bata, preguntándose de nuevo sobre lo acertado de su decisión. Su cabeza acababa de salir del camisón que se había puesto cuando oyó unos golpecitos en su puerta.

Abrió la puerta vacilante, asomándose. Era Mark. Se agarró el cuello del camisón, aunque no había razón para ello. Su abuela podría haber llevado un camisón así sin avergonzarse. De hecho, podría haber pertenecido a su abuela. En cualquier caso, lo había tenido durante más tiempo del que podía recordar.

—Qué bonito —le dijo él con una sonrisa, mirando el largo y envolvente camisón de lana blanca lisa. De hecho, sintió que se ruborizaba por no mostrarse más seductora—. Solo quería decirte dónde están las cosas que puedes necesitar. Están al final del pasillo. Allí también hay toallas y cosas así. Si tienes alguna pregunta o necesitas algo, házmelo saber. Mi habitación está allí.

Justo enfrente de la suya. Vio, asintiendo en silencio.

—Es muy tarde. Pareces un mochuelo. —Él se rio—. Buenas noches, dormilona.

El resplandor de aquel cariño dulcemente inocente duró hasta que Marianne llegó al lugar que él le había mencionado. Se quedó asombrada. Su tía tenía una casa adosada preciosa, pero sin fontanería interior en la segunda planta, y desde luego nada tan lujoso como esto. Aquí había lavabos y palanganas de porcelana fina y una bañera lo bastante grande para dos.

Cuando Marianne terminó de sonrojarse al pensar qué dos podrían ser, decidió que un baño tendría que esperar a otro momento en que no estuviera tan cansada. Sin duda, un momento en el que se sintiera más cómoda con su estancia en esta casa. Ahora mismo dudaba en quitarse toda la ropa y dejarla así tanto tiempo. Miró con nostalgia la gran bañera mientras utilizaba de forma apresurada una toallita y una palangana en su lugar. En cuanto terminó, volvió de puntillas por el pasillo hasta su habitación.

Se arrastró hasta la cama, dándose cuenta de lo agotada que estaba cuando su cabeza tocó la mullida almohada. Se preocupó un minuto más por toda la situación que estaba viviendo, pero las sábanas tenían un olor dulce y la cama era tan suave que sus preocupaciones se desvanecieron en la luz del amanecer, y por fin se durmió. Seguía estando sola, aunque se sentía menos sola de lo que había estado en años.



Se despertó con un beso.

Estaba entre el sueño y la conciencia, y el beso era tan ligero y dulce que parecía parte de algún sueño asombroso, pero se había desvanecido. Se estiró y medio se levantó, buscando, intentando seguirlo hacia la luz.

Abrió los ojos y vio a Mark inclinado sobre ella. Se incorporó de golpe en la cama, levantando la colcha y parpadeando para acostumbrarse a la luz que entraba por la ventana.

Mark estaba completa y magníficamente vestido. Llevaba una chaqueta verde oscuro sobre un lino blanco deslumbrante, su chaleco tenía bordados verdes y dorados, y su corbata estaba anudada de forma informal, pero elegante. Llevaba unos calzones ajustados de color canela y unas botas altas con borlas doradas. Lucía una leontina de oro.

—Te dejé dormir durante horas —dijo sonriendo—, pero tengo que irme y no quería que te despertaras y vieras que me había ido. Podría haber enviado a un criado para que te despertara, pero decidí evitarles el riesgo; no sabía cómo reaccionarías. Algunas personas están muy malhumoradas por la mañana. Podrías haberte puesto muy salvaje.

Pero ahora estaba completamente despierta.

—Muy valiente por tu parte.

—Sí, bueno, eso pensaba —respondió él, y se sentó en la cama junto a ella.

Ella se puso rígida unos segundos, hasta que lo vio levantar una ceja ante su reacción. Se dio cuenta de que estaba actuando de forma muy tonta. Él estaba completamente vestido y, después de todo, era pleno día. Él puedo leer en su cara todo lo que ella pensaba y sonrió. Le divertía y le complacía lo ingenua que era ella.

—Una libertad, sin duda —dijo en respuesta a su preocupación no expresada en voz alta—, pero no escandalosa, teniendo en cuenta que seremos marido y mujer en breve. De hecho, iba a ocuparme ahora mismo de eso. Necesitamos algo más que un vicario. Necesito una licencia especial, y rápido. Así que debo pedir algunos favores a un político o dos, ser encantador con algunos amigos de la Cámara de los Lores, y luego hacer una visita a un magistrado que conozco para acelerar las cosas. De lo contrario, podría llevar semanas. Pero después de ponerlo todo en marcha, volveré. También tengo que hacer algo con las cosas que necesitas.

—No necesito nada, Mark. Me llevé todo lo que tengo. Bueno, dejé un par de zapatos y una cofia porque no me cabían en el bolso, pero eran viejos, de todos modos, y tengo el resto.

—Ah, por fin no volveré a ver una cofia. Eso está bien —dijo, contemplando su pelo. La trenza que se había hecho por la noche se le había soltado y le caía suelto, enmarcándole la cara.

—No, no me refería a eso —aseguró ella, apartándose un mechón de pelo, dispuesta a defender su gusto. Pero era difícil discutir con él. Difícil, incluso, mantener una simple charla en ese momento. Era tan apuesto que le quitaba el aliento, así como toda su resistencia. Llevaba el pelo oscuro peinado hacia atrás, aún húmedo por culpa de su aseo matutino, y ella podía oler algún aroma crujiente y delicioso que le quedaba de su jabón de afeitar. Sus ojos deslumbraban con la luz verde y dorada, y su boca, se acababa de dar cuenta, tenía una forma perfecta y era tierna para un hombre tan fuerte.

—Necesitas ropa nueva, querida —declaró él.

Sus cavilaciones sobre su boca cesaron de forma brusca. No era una mendia. Bueno, un poco sí, y resultaba muy embarazoso que fuese tan obvio.

—¡Tengo ropa! —replicó ella.

—Sí, lo sé, y además estás muy guapa con ella, o no me habrías atraído. Pero eran perfectas para la acompañante de Shirley, pero no para mi esposa. Es una cuestión de requisitos laborales. —Era indiscutible. Le levantó la barbilla con el dedo—. No te preocupes tanto. Quiero que estés guapa. Tengo dinero, mucho dinero. Nos sentaremos un día y lo repasaremos juntos para que sepas hasta dónde llega en caso de que alguna vez me ocurra algo. Pero, por ahora, déjame gastar algo en ti; me complacería verte tan elegante como puedas. Y sé que puedes estar magnífica. No, ni una palabra más sobre la cicatriz; puedo ver cómo se forma la réplica en tus labios. Tengo algo mejor que hacer para ellos que discutir.

Y lo hizo. Su boca estaba tibia, luego caliente. Sabía a café y a pasta de dientes, y también a algo agridulce que, para ella, era como un néctar oscuro. Tiró de ella para acercarla más a su cuerpo, aunque no lo necesitó, porque ella se encontró a sí misma aferrándose a él, intentando acercarse a su maravilloso sabor y su tacto. Había aprendido a abrir como él hacía, y él la felicitó cuando lo hizo. Sin embargo, no lo hacía por él; ahora era todo para sí misma. Cuando una gran mano acarició con lentitud su hombro, ella se estremeció. Cuando le acarició el pecho, se estremeció aún más. Se sentía extraña; bien y mal a la vez, porque tenía que estar mal lo que estaba haciendo. Sintió el cambio en sus labios incluso antes ella pudiera hablar.

Quiso quitarse la chaqueta y apretarla de nuevo contra la cama, inundar sus miedos con las mismas sensaciones que lo estaban inundando a él, aturdiéndola con el delicioso conocimiento de adónde se dirigían. Pensó que podría. Ella estaba tan cálida y embotada por las sensaciones; flexible, soñadora, deliciosa. Su boca era tan acogedora. Su pecho, suave y curvado, cabía en su mano. La punta del pezón se le clavó en la palma, y sintió cómo todo su cuerpo se agitaba. Pero la boca de ella se tensó al igual que su pecho, y él sintió cómo se apartaba, lo que fue suficiente para recordarle la hora, el día... y los días que se avecinaban.

—Muy bien —dijo él, soltando las manos y echándose hacia atrás—. Debo irme, pero retén en tu cabeza lo que acabas de sentir. No la duda y el miedo, el placer. Marianne, no hay nada malo en sentir placer.

Se mordió el labio.

—Quizás, si estuviéramos casados...

—Ya veo. Si fuera tu legítimo esposo, ¿podría hacer cualquier cosa y sería bueno y aceptable para ti? —preguntó él, observándola con atención.

—Bueno. —Empezó a pensar en cosas innombrables que apenas podía imaginar que él

podría hacer y a ella no le gustarían—. Eso es lo que me enseñaron.

—Entonces te enseñaron tonterías. —Se levantó, alisándose la chaqueta—. Casada o no, te tiene que gustar lo que haces, o si no, no está bien. Si te gusta, entonces es que es lo correcto. ¿Entiendes? No me gusta fingir y tampoco me gustan las víctimas.

Ella nunca le había fingido nada. Pero era una víctima de lo que la vida le había hecho, y ambos lo sabían, así que no sabía qué decir.

Su voz se volvió suave, le tocó ligeramente la mejilla y sus ojos se volvieron tiernos.

—No te preocupes por eso. Se solucionará cuando estemos casados, ya lo verás. Oh, ya que aún no tienes criada, tendrás que bajar a desayunar. He pedido que te lo dejen en la sala de la mañana. Disfruta; volveré tan pronto como pueda. —Dejó caer un beso sobre su frente y se marchó.

Se lavó y se vistió con su mejor vestido; cualquier otra cosa sería inaceptable en esta encantadora habitación y casa. Pensando en la casa, dudó. Hambrienta como estaba, le ponía nerviosa bajar las escaleras. «Pero algún día sería la ama de esa casa», se dijo a sí misma. Así que levantó la cabeza y bajó las escaleras.

El mayordomo era un hombre corpulento de mediana edad con el pelo canoso de aspecto distinguido y un rostro sobrio. Sonrió con amabilidad y la dirigió al salón de mañana. Quería intercambiar unas palabras unas palabras con él, pero recordando cómo se comportaba su tía con los criados, así que Marianne se limitó a asentir y a darle las gracias. «No es tan difícil». Se dijo, animándose, y entró a por su desayuno.

La habitación hacía honor a su nombre. La luz del sol de la mañana entraba a raudales por las ventanas, iluminando una mesa lo bastante grande como para sentar a una docena de comensales. Los ojos de Marianne volaron hacia el aparador cargado de platos y servidores, soperas y urnas de plata. Los olores, cada vez más intensos, a pan fresco, bollería, huevos, beicon, gachas y café, le hicieron la boca agua. Pero se quedó inmóvil. Un hombre alto, de rostro duro y bien vestido, pelirrojo, estaba seleccionando su desayuno entre los surtidos platos. Su cabeza giró cuando ella entró en la habitación.

Se detuvo, con el tenedor detenido en el aire sobre un servidor amontonado de dorados huevos camiseros.

—Vaya, vaya —dijo con una lenta sonrisa, mirándola de arriba abajo.

Sin siquiera pensarlo, giró la cara para que su cicatriz quedara en la sombra y bajó los ojos, como acostumbraba a hacer en compañía de caballeros extraños.

—No me extraña que Mark estuviera tan distraído anoche. Mira con lo que tuvo que volver a casa. Me llamo Rafe, querida, ¿y tú?

—Me llamo Marianne Prescott y soy la prometida de Mark —se presentó con rigidez.

—¡Oh, señor, esto es un milagro! —prorrumpió él con una sonrisa lobuna—. ¿La prometida de Mark,? Adelantándose a la luna de miel, ¿verdad?

—Me quedé aquí anoche, pero no ocurrió nada inapropiado. —Intentaba mantener la cabeza alta—.Mark fue un perfecto caballero.

—Oh, seguro, seguro. Comenzó a reírse tan fuerte que se le cayó el tenedor en los huevos.

Capítulo 8

El pelirrojo que se había presentado como Rafe se puso serie de repente. Puede que acabase de ver su cicatriz.

Esbozó una reverencia lo mejor que pudo mientras aún sostenía un plato lleno de comida.

—Mis disculpas. Es que no esperaba encontrarme con que Mark tenía una compañía tan encantadora. —Dejó el plato en el suelo—. ¿Puedo servirle algo de esta deliciosa comida, señorita... Prescott?

—Gracias, pero prefiero servirme yo misma. —Aunque había perdido el apetito. Se dirigió al aparador. Se negó a salir de esa sala, aunque todos sus instintos le gritaban que lo hiciera. Tenía que enfrentarse a la realidad, aunque la mirada interesada del pelirrojo era tan desconcertante que le temblaron las manos al coger un plato.

—Así que —comenzó a decir de forma despreocupada, poniendo unas galletas en su plato lleno—, ¿es del campo? Ninguna londinense se levantaría tan temprano. ¿Su familia bajará a desayunar un poco más tarde?

—Mi familia no está aquí.

—¡Ah!

Llenó su plato con rapidez y se dirigió a la mesa. Él la ayudó a sentarse y luego se sentó él, enfrente de ella. Sería poco cortés que él se sentara lejos y demasiado amistoso si se sentaba a su lado», decidió. Aun así, no le gustaban los fríos ojos azules que la evaluaban por encima de la mesa. Bajó la mirada y estudió su plato, sorprendida al ver que había puesto arenques. Odiaba los arenques.

—¿Su acompañante? —preguntó el pelirrojo con negligencia.

—No necesito una. Mark ha ido a conseguir una licencia especial. Nos casaremos tan pronto como pueda conseguirla. —Se detuvo. Sonaba a algo increíble a sus propios oídos. Había sido un concepto tremendamente extraño de digerir en mitad de la noche, y el resplandor de la luz del sol matutino lo hacía aún más extraño.

—Un tipo apresurado, sin duda —comentó Rafe.

—Bueno, es porque su padre está muy enfermo, ¿lo sabías? —No estaba seguro de cuánto podía contarle.

—No, no lo sabía. —Frunció el ceño.

Comieron en silencio durante unos instantes. En vez de arenques, pensó que era una tostada lo que estaba mordisqueando.

—No la había visto antes —comentó él con ojos escrutadores.

—Solo llevo un mes en Londres.

Frunció el ceño con más fiereza.

—¿Cuándo volverá Mark? —preguntó finalmente.

—Ha dicho que en cuanto pueda.

—Entonces, lo esperaré en la biblioteca, si no te importa. No te estorbaré. Suelo pasarme por aquí, es un privilegio por ser viejos amigos, pero el desayuno no suele ser tan copioso o vendría más a menudo. Disculpa mi confusión de antes. —Su voz, esta vez, sonaba más suave —.Pero vi a Mark anoche y no me dijo ni una palabra de esto.

—Fue una decisión repentina —contestó ella.

—Ya veo.

Pensó en el aspecto que tenía con su sencillo vestido azul y el pelo trenzado en la nuca. Sus botas probablemente costaban más que la suma total de todo lo que ella llevaba puesto. Era evidente que él no sabía qué pensar de ella, una mujer asustada, llena de cicatrices, mal vestida y con la lengua trabada que decía ser la prometida del vizconde. Ella no lo culpaba de nada de lo que pudiese pensar, incluida la posibilidad de que Mark se hubiese vuelto loco. Quizá lo había hecho. O ella lo había hecho.

—Por favor, no cambie sus planes por mí. Si es lo que acostumbra a hacer, por favor, espérelo.

Asintió y luego, aún con el ceño fruncido, se concentró en su desayuno.

Cuando terminó de fingir que comía, se excusó y entró en el salón al que Mark la había llevado la noche anterior. Era lo más cerca que podía estar de la puerta principal sin esperar en el escalón a que él regresara. Su amigo Rafe desapareció en la biblioteca al otro lado del pasillo.

El mayordomo apareció para preguntarle si necesitaba algo. Pero lo único que ella necesitaba era a Mark. Un lacayo preguntó lo mismo un rato después, y para entonces ella necesitaba aún más hablar con Mark. Pensó en todas las cosas que tenía que decirle... y que tal vez una de ellas tendría que ser un adiós.

Alguien llamó a la puerta justo cuando ella empezaba a preocuparse por abrirse paso hasta la fina alfombra turca de Mark. Oyó voces, pero ninguna era la de él, y suspiró.

El mayordomo entró en el salón.

—El vizconde ha enviado a estas personas a verla —dijo, haciendo pasar a tres personas a la sala.

Marianne sabía que ninguna de ellas era de la alta burguesía, porque el mayordomo las había llamado «personas», pero iban tan bien vestidas y estaban tan seguras de sí mismas que la asombraron por su presencia y estilo. Había una mujer rubia de aspecto espectacular, una mujer morena de aspecto elegante y mediana edad, y un hombre con aspecto de sauce y exquisitamente vestido.

—Permíteme —dijo el hombre, haciendo una pequeña reverencia—. Soy Jocelyn, y aquí están las señoras Finch y Blau. ¿Usted es la señorita Prescott? Muy bien, comencemos. El Vizconde le pidió a Madame Blau que te tomara las medidas para su nuevo vestuario, a Madame Finch que se asegurara de que tienes todos los accesorios, y yo me ocuparé de tu pelo y de

cualquier otra cosa que necesite mi toque.

—Estoy asombrado —soltó Rafe desde el vestíbulo, donde se quedó mirando la habitación —. ¡La gran Jocelyn acudiendo a un mecenas! Te deseo un buen día. Finch, veo que estás prosperando en tu nueva profesión. Una lástima. Te echo de menos en la antigua. ¡Y Blau! Me has hecho desembolsar los ingresos de medio año por mis particulares. Demasiadas veces para mencionarlas, pero nunca te ofreciste a venir a mi domicilio.

—Nunca me ofreciste tanto —replicó la mujer.

—Me atrevería a decir —asintió Rafe en dirección a Marianne—, que a Mark debes importarle mucho. Te felicito, señorita Prescott, de verdad.

A ella no le gustó su tono de voz y no sabía qué esperar del trío, que la miraban como si estuvieran midiéndola. Ya no solo por su vestuario, sino por una pista sobre su atractivo.

—Gracias —les dijo Marianne al fin—, pero no necesito un nuevo vestuario, ni accesorios, ni un nuevo peinado.

—¡Oh, querida! —soltó Jocelyn, y Marianne se encontró con que se reían de ella por segunda vez aquel día. Solo que esta vez había cuatro personas riéndose de ella. Cinco, decidió con tristeza, si contaba la sonrisa burlona del mayordomo.

—¿Seda de albaricoque? Delicioso. —Jocelyn asintió ante el diseño que Blau le mostraba —. ¿El tono perla? No, no y no. No tiene color en la cara; el perla la haría desaparecer por completo.

—¿Con cintas de satén púrpura en el cuello y un fajín púrpura? Yo creo que no — argumentó Finch.

—¡Púrpura! —gritó Jocelyn, cerrando los ojos de dolor—. Solo si su caballero muere, querida. Tan fúnebre, tan absolutamente mortal!

—Bueno —se mofó Finch—. Si no haces algo con ese pelo, Joss, bien podría estar muerta.

Marianne frunció el ceño. No es que se dieran cuenta. Aunque estaba de pie en medio de la habitación, bien podría no haber estado allí. Los tres estaban decidiendo qué ropa se pondría, qué llevaría y con qué caminaría. Llevaban una hora en ello. Habían ido todas a su habitación, donde Blau le había puesto un precioso vestido de oro oscuro. Pero luego habían comenzado a discutir sobre todo tipo de ropa adecuada para ella. No la ignoraron del todo; a veces, cuando estaban debatiendo sobre algo, se volvían hacia ella y le señalaban la parte de su cuerpo de la que estaban tratando.

Nunca le pedían su opinión. Ella no tenía ninguna. Solo había observado la moda de otras jóvenes y nunca se había planteado comprarse ropa así para ella. Pero su pelo era suyo y había un límite.

—Puede que mi pelo no sea de su gusto —dijo con voz chirriante por el desuso—, pero a mí me gusta.

—Claro que sí —coincidió Jocelyn—. ¿Y por qué no? Es una mata preciosa. Rica y con una onda natural. Ojalá yo tuviera una así.

—Exacto —dijo Finch rápidamente—. Solo hablaba de Joss haciendo su trabajo.

—Que sería una forma, un estilo, un aspecto. Siéntese, querida, ¡qué desconsiderados

somos! Debes de estar agotada. —Jocelyn sacó una silla y sentó a Marianne en su tocador. Le quitó con habilidad las horquillas del pelo y le pasó las manos por él, sacudiéndolo para que le cayera alrededor de la cara—. Sería un crimen maltratar un pelo así —canturreó mientras sacaba unas tijeras de un sobre de terciopelo que tenía en el bolsillo—. Solo necesita un pequeño recorte. Un toque aquí, una probadita allá... Observe, ya verá.

Marianne así lo hizo. Estaba encantada con lo que él le hacía con tanta destreza. En lo que parecieron segundos, le había dado forma a su pelo. Lo había cortado en forma de cuña para que quedara ordenado incluso cuando estaba desatado. Caía en suaves ondas que yacían desordenadas sobre sus hombros, pero de forma artística. Tenía un aspecto elegante cuando le recogió la mata y se la sujetó en lo alto de la cabeza, dejando que solo algunos mechones revolotearan alrededor de su cara.

Marianne sonrió ante su reflejo... Hasta que vio que Jocelyn intercambiaba una mirada ceñuda con Finch por encima de su cabeza.

—¿Puedes hacer algo con...? —le preguntó a Finch.

Ella asintió.

—Sí. He estado pensando en ello. Menos mal que he traído mi maletín. Tengo justo lo que necesito. —Se dirigió a un maletín negro que había dejado sobre la cama.

—Yo no lo haría —musitó Blau, levantando la vista de un patrón—. A algunos hombres les gustan los defectos, es lo que les atrae.

—A él no —contradijo Finch—. Y yo lo sabría, ¿no? Las chicas con las que trabajé me habrían dicho algo.

Marianne jadeó y sus ojos se abrieron de par en par.

—Las chicas del teatro, mi niña. ¿De qué creías que estaba hablando? —dijo Finch con altanería al ver la reacción de Marianne—. Fui actriz antes de elegir mi profesión actual. Ahora, date la vuelta. No soy una *prima donna*, como Joss. No quiero que me mires, entorpece mi concentración. Y, por favor, no te acobardes. No voy a hacerte daño, solo...

—Va a realzarte —terminó Jocelyn por ella—. Nuestro querido Finch utiliza cosméticos para iluminar a las jóvenes. Es provinciano protestar. Las damas que van a la moda hacen lo que deben para estar bellas. Es lo que se espera de ellas.

—Es necesario —le dijo Finch a Marianne—. Sobre todo, para alguien como tú, como ya debes saber. Pobrecita.

Marianne bajó la cabeza y Finch le puso inmediatamente un dedo bajo la barbilla para empujarla de nuevo hacia arriba.

—Debo trabajar. —Al ver la expresión de Marianne, cambió a un tono de voz mucho más suave que ninguna otra que hubiera utilizado hasta entonces—: Ay, no te preocupes. Solo espera a ver lo que yo, y algunas de mis pociones, podemos hacer por ti, querida.

Marianne pensó que resultaba extraño tener a una desconocida frente a ella frunciendo el ceño mientras la miraba fijamente a la cara. Más extraño aún, cuando empezó a untar la cara de Marianne con lo que parecía un ungüento espeso. Lo sintió frío y luego caliente, como si se calentara al contacto con su piel. La cara de Marianne se sentía extraña, tensa y… caliente.

—¡No hagas eso! —le espetó Finch—. Si retuerces la cara se te agrietará. Deja que se seque y quédate quieta. Arriba, arriba, mantén la cabeza erguida —murmuró mientras frotaba algo en los párpados de Marianne.

Todo lo que Marianne podía hacer era preocuparse, y no por el aspecto que tendría cuando Finch terminara. Después de todo, siempre podía lavarse la cara cuando se hubieran ido. Pero ahora tenía tiempo para pensar en cómo actuaban todos con ella. La trataban como a un objeto. Supuso que un costurero, una peluquera y una experta en cosmética podrían considerar como tal a la persona en la que estaban trabajando. Era la forma en la que le hablaban lo que le resultaba tan preocupante. Eran más que familiares y menos que amistosos. No le hablaban como lo habrían hecho con Shirley o con la tía Constance, de eso estaba segura.

—¡Hecho! —dijo Finch, interrumpiendo la preocupación de Marianne.

—Bueno, bueno, bueno —expresó Jocelyn, rodeando a Marianne como un tiburón alrededor de un barco volcado—. Lo has conseguido, vieja amiga. Enhorabuena.

Blau levantó la vista de sus patrones y estudió a Marianne.

—Sí —corroboró—. Pero aún no sé si le gustará al vizconde. Los hombres tienen caprichos raros. Antes era única.

—¡Ahora está deslumbrante! —cacareó Finch.

Marianne giró sobre sí misma y se miró en el espejo. No podía hablar. Su mano se deslizó hacia arriba para tocarse la cara, la cicatriz, para asegurarse de que se estaba mirando a sí misma y no a otra persona.

—¡No hagas eso! —chilló Finch.

Marianne bajó la mano y se quedó quieta, mirándose.

Sus ojos podrían parecer más brillantes debido a las interesantes sombras que Finch le había puesto, y sus mejillas y labios también podrían estar más rojos, pero ella no vio nada de eso. Solo vio que era hermosa. Era la chica de sus sueños. Era la mujer que habría sido si aquel perro no le hubiera hundido los dientes en la piel. Una piel que ahora era suave, blanca y estaba entera. No tenía ninguna cicatriz. Ninguna.

—Maquillaje —dijo Finch con una sonrisa satisfecha—. Me extraña que nadie te lo hubiera dicho antes. Además, es casi de tu color exacto de piel. Te daré un bote y te enviaré más cuando los necesites. No tiene ningún truco. Póntelo a montones, sobre todo sobre la cicatriz, y luego espárcelo. Póntelo a primera hora de la mañana y quítatela solo cuando te vayas a dormir. No te la dejes puesta todo el tiempo, tiempo terminará estropeándote la piel. Y ten cuidado. Nada de lágrimas ni gritos, a menos que aprendas a hacerlo entre dientes. Y nunca, nunca debes sonreír, excepto con los ojos. Te hará parecer misteriosa. Le encantará al vizconde.

Pero Marianne apenas escuchaba, pues solo podía mirarse en el espejo. Por fin su cara estaba entera. Todo esto por lo que había pasado; sus insinuaciones, su proposición, dejar a su tía, quedarse aquí con él, le había parecido irreal. Pero ¡esto! Esto era lo más asombroso de todo. Marianne cerró los ojos. Podría ser solo la mejor y última parte del sueño. Tenía miedo de abrir los ojos y descubrir que, después de todo, no se había transformado en aquella encantadora criatura perfecta. Se atrevió a echar un vistazo de nuevo.

La mujer de ojos inmaculados volvió a mirarla. Entonces supo lo que era la dicha. Si no

hubiera estado tan aterrorizada de arruinar el trabajo de Finch, habría llorado.

El trío de ayudantes abandonó por fin su habitación.

Los oyó felicitarse durante todo el camino escaleras abajo y salir de la casa. Ahora Marianne también estaba lista para bajar. Echó otra larga mirada a la elegante desconocida de rostro terso que había en su espejo. Le resultaba muy difícil seguir las instrucciones de Finch y no sonreír.

Bajó la larga escalera. Nadie volvería a mirarla mal ni a sentir lástima por ella. Ni siquiera él podría. ¿No estaría sorprendido y orgulloso? Ahora podía enfrentarse a él con toda la cara y ser su igual en eso, al menos.

Oyó el profundo rumor de su voz en cuanto bajó de la escalera y salió al vestíbulo. Procedía de la puerta abierta de la biblioteca, donde, por supuesto, estaba hablando con su amigo. «¿Acaso ese maldito de Rafe se quedaría también perplejo al verlo? », pensó encantada. Pero Mark... Estará tan contento. Marianne pasó las manos por la falda de su nuevo vestido. El vestido solo estaba hilvanado, pero no había dejado que Blau se lo llevara. Hoy no. No podía soportar desprenderse de él. Su nuevo rostro no combinaba con su antigua ropa, pero este vestido de oro oscuro sí. Era magnífico. Se sorprendería al verla, estaba segura.

—Me sorprende —oyó decir a Rafe con dureza—. No es propio de ti jugar con inocentes, Mark.

—¿Sabes que es una inocente? —preguntó Mark.

—No hace falta ser un genio para verlo. Está verde como la hierba. No hay nada malo en ello; los gustos de un hombre cambian con los años, supongo. Cualquiera podría desarrollar un gusto por el cordero.

—Cuida tu lengua —dijo Mark con suavidad, pero con advertencia.

—Por favor, no es propio de ti, Mark.

—Puede que no me conozcas, después de todo.

—Puede que no quiera si... —dijo Rafe.

Marianne estaba de pie en el umbral de la puerta. Levantó la cabeza y extendió una mano hacia Mark, llamando su atención y posando para él. Él se quedó mirándola, con los ojos muy abiertos. Su expresión era ilegible.

—No necesitaba toda la ropa que mandaste confeccionar para mí —comenzó a decir—, y así se lo dije al modisto, y por eso no tendré tantas cosas como tú querías. Pero eso no me importa, esto sí. Nunca supe que podía lucir así. Oh, gracias, Mark. Esto va más allá de todo, de lo que jamás imaginé.

—Mis disculpas, viejo amigo —musitó Rafe con una sonrisa retorcida—. Está claro que he cometido un error.

—Buenas tardes, Rafe. Volveremos a hablar de esto más tarde —dijo Mark sin mirar a su amigo.

Rafe hizo una reverencia y se marchó, silbando una alegre melodía.

Marianne quiso sonreír triunfante. Menos mal que tenía la cara demasiado tensa para permitírselo. No estará bien parecer demasiado engreída, pensó, esperando que él la elogiara, que

encontrara palabras para mostrar lo asombrado y complacido que estaba, pero Mark no habló durante un rato que se le hizo demasiado largo.

—Sube —dijo por fin con voz apagada—. Quítate ese maldito potingue de la cara.

Ella parpadeó.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando? ¿No lo ves? ¿No es maravilloso?

—Veo que ahora pareces una puta, eso es lo que veo. —Estaba furioso—. ¿Qué te ha poseído? ¿O es solo tu verdadera naturaleza saliendo a la luz? ¿Pensaste que una vez que estuvieras en mi casa, bajo mi protección, podrías por fin sacar a relucir tus verdaderos encantos? Aún no estamos casados, querida, y tal y como están las cosas ahora mismo, puede que nunca lo estemos.

—¿Qué? —El rostro se le resquebrajó bajo una máscara de dolor mientras las lágrimas empezaban a derramarse de sus ojos—. ¿Qué estás diciendo? Estoy preciosa, todos lo han dicho. Mira. —Levantó la cabeza para que le viera la cara. Era casi incapaz de ver nada por culpa de las lágrimas—.No puedes no haberlo visto. No hay ninguna cicatriz, Mark. Mira, ninguna en absoluto. Ha desaparecido. No soy un...

Se puso una mano sobre los ojos y sus hombros se desplomaron.

—Oh, Dios —musitó—. Claro que no. ¿En qué estaba pensando? Marianne, no llores. —Estaba pidiéndole lo mismo que le había pedido Finch. Finch. Pero Finch había tenido razón al pedírselo, porque cuando Marianne se llevó la mano a las mejillas para intentar secarse las lágrimas, sintió que la superficie lisa se había vuelto húmeda y viscosa, y cuando se miró la mano, vio una mancha blanca y pegajosa, junto con trozos de yeso agrietado aferrados a sus dedos.

Eso la hizo llorar más fuerte, de vergüenza y de desesperación, porque la bonita imagen se estaba haciendo añicos.

—Pero tú los enviaste —dijo confundida.

—Para vestirte, no para cambiarte la cara. En contra de sus protestas llorosas, la estrechó entre sus brazos—. —susurró—. Soy un tonto. No lo pensé cuando los envié. Marianne, mi adorable Marianne, es un truco de teatro. Finch, supongo. O ese loco de Jocelyn. Pero eso no es para ti. Nunca para ti.

—Cuando lo vi en el espejo me gustó. —No dejaba de llorar—. Me veía maravillosa. —Él pudo sentir cómo ella respiraba agitada y de forma acelerada. Ella lo miró, con voz temblorosa pero decidida—. Madame Blau dijo... dijo que a algunos hombres les gustan los defectos. Dijo que, algunos hombres, tienen extraños caprichos. ¿Es eso, Mark? Si lo es, por favor, dímelo ahora mismo.

—No. —Su voz sonaba áspera—. Mi «extraño capricho» es verte sana. Las actrices solo llevan ese tipo de cosméticos unas pocas horas seguidas, y aun así corren peligro. Fuera del escenario, ese brebaje es para mujeres enrojecidas o cortesanas que envejecen. Envenena su piel. Es solo para quienes tienen mucho más que disimular que tú. —Sus ojos eran oscuros y serios. Lanzó un profundo suspiro y la sujetó por los hombros para poder mirarla a los ojos.

Pero entonces sintió lo delicados que eran aquellos hombros bajo sus manos y cómo los estremecedores sollozos aún los sacudían mientras ella intentaba recuperar el control. Sus

pulgares trazaban pequeños círculos sobre su suave piel mientras hablaba, mientras intentaba acariciarla y decir una verdad que para ella era difícil, al mismo tiempo.

—Escucha, querida —comenzó a decir de forma suave, intentando captar su mirada para que viera la preocupación en sus ojos—. Hay enfermedades que las mujeres, y los hombres, pueden contraer. Enfermedades de la parte inferior del cuerpo que provienen de las relaciones sexuales con una pareja enferma. Estas afecciones también agujerean y destruyen la piel. Entonces, se utilizan estos cosméticos porque la realidad es mucho peor. Pero tú... Ya te lo he dicho, la cicatriz no me parece un defecto en de ti aspecto.

Ella levantó la cabeza. Tenía la cara embadurnada, el cosmético agrietado hecho pedazos, mostrando su propio complejo de melocotón pálido debajo. Miró sus graves ojos grises brillantes por las lágrimas y recuperó el aliento. Fue como si viera a una hermosa mujer viva emergiendo del mármol en el que había sido esculpida. La escultura, pensó, podría haberse titulado: «Miseria». Bajó sus labios hasta los de ella y la besó despacio, luego se retiró.

Los ojos de ella se abrieron de par en par.

—¡Mark! ¡Tu chaqueta! Parece como si alguien la hubiera cubierto de yeso.

Él miró hacia abajo. Su chaqueta azul oscuro estaba estropeada.

—Alguien lo hizo.

Ella se mordió el labio y, entonces, lenta, inesperada, «y encantadora», pensó él, una sonrisa se le formó en sus labios, haciendo que lo que quedaba de esa máscara se astillara en una red de grietas.

—Te lo mereces —dijo ella con más ánimo—. Decir que parecía una... —Su sonrisa se desvaneció. Miró el cosmético apelmazado en su mano, no a él, y tomó aire—. Lo que has dicho…. También creo que también es mejor que no nos casemos. Sí. Veo que, después de todo, todo esto ha sido una mala idea. No puedo volver con la tía Constance, pero tengo a mi madre. —Volvió a mirarlo—. Solo te pido... Esto es tan embarazoso, pero... ¿podrías, por favor, prestarme unos chelines? Para el pasaje. Te prometo que te los devolveré.

—Marianne, perdóname —respondió con pesar—. He tenido una mañana del demonio. Intentar que la ley se mueva rápido es como intentar que la Cámara de los Lores baile un vals. Llevará un día, quizá más, conseguir una licencia especial, que es mucho más rápido de lo que cualquiera puede conseguir, pero demasiado lento para mí, incluso con todas mis conexiones. Y luego volver a casa para encontrar a Rafe sonriendo y a ti con cara de... pero de nuevo, perdóname. Sean cuales sean mis problemas, no tenía derecho a sacar conclusiones precipitadas, y tan estúpidas, además. Lo siento. Y si no te casas conmigo —añadió—, te demandaré por incumplimiento de promesa. Olvidemos esto, lávate la cara y te llevaré a cenar. Disfrutaremos de Londres esta noche. Ese vestido nuevo es demasiado bonito para desperdiciarlo.

—Pero solo está hilvanado. Podría deshacerse al más mínimo roce.

—¿Es una promesa? —preguntó él con una sonrisa torcida.

Salieron de su casa de la ciudad al caer la tarde. Viajaron en su carruaje con un cochero a las riendas y un lacayo detrás. Marianne se sentó en el lujoso carruaje un poco nerviosa, pero también alegre. Si se cruzaban con Shirley, sería incómodo, pero Marianne decidió que la saludaría y la perdonaría a ella y a la tía Constance. Se sentía muy caritativa esta noche.

No llevaba cosméticos. Había acabado con esa fantasía. Pero de todos modos se sentía como si viviera en una. Se puso el vestido dorado, porque Mark había hecho que la costurera enviara a su ayudante para coserlo bien. El vestido era dorado, y llevaba un precioso chal nuevo de cachemira, suave como la noche de primavera, fragante como un ramo, en tonos rosas y dorados. Llevaba zapatillas nuevas y un precioso abanico, cortesía de Finch. El pelo, recogido en lo alto de la cabeza, tal y como Jocelyn le había enseñado. Y llevaba la cabeza bien alta, porque Mark estaba sentado a su lado, severo como un cura vestido de blanco y negro, pero atractivo como el mismísimo diablo.

—¿Vamos a una fiesta en casa? —preguntó—. ¿Un concierto, un baile? ¿O al teatro? ¿A la ópera? Dímelo, por favor. Sé que te gustan las sorpresas, pero el suspense es espantoso. Me gustaría prepararme, mentalmente, es decir, porque no sé cómo podría tener mejor aspecto, incluso con medio kilo del brebaje de Finch —añadió con una risita. Ahora podía reírse de ello. Esta noche podía reírse de cualquier cosa.

—No, ni fiesta ni baile. —Su voz profunda era un poco pesada—. Tampoco al teatro o a un concierto. Aún no podemos salir en público, Marianne. Recuerda que aún no estamos casados. No tenemos acompañante. Has abandonado la protección de tu familia. Pero conozco un restaurante que es discreto.

El restaurante estaba en una casa adosada y se entraba por un lateral. Estaba decorado con estatuas doradas en la antesala y había pesadas cortinas color carmesí por todas partes. No es que Marianne llegara a ver mucho. El anfitrión los hizo pasar a su alcoba privada con cortinas un instante después de que pusieran un pie en el lugar. Se sentaron en una mesa pequeña. Marianne pensó que era casi como si estuvieran comiendo en un armario muy elegante. No pudo ver a ningún otro comensal, pero había flores por todas partes. Músicos ocultos tocaban música suave desde un balcón envuelto en carmesí.

La comida era francesa y había muchos platos, pero Marianne jugueteaba con lo que Mark le ponía en el plato. Su comida y su risa parecían atascarse en su garganta. Mark intentó bromear con ella, pero al cabo de un rato él también se quedó callado, con el rostro apagado y pensativo.

—¿Sigues enfadada conmigo? —preguntó al fin. Golpeó la mesa con la cuchara mientras esperaba la respuesta.

Ella levantó los ojos tristes hacia los suyos.

—No. Ya te dije que lo entendía. Es solo que me siento como una marginada: no lo bastante buena para la sociedad, no lo bastante mala para las calles.

Su cuchara dejó de golpear el plato.

—De acuerdo —dijo con pesar—. Iremos a Vauxhall, aún es temprano. Pasearemos por el recinto, veremos las exposiciones. Está lo bastante oscuro como para desanimar a los cotillas, pero lo mantienen lo bastante bien iluminado como para verlo todo. Hemos pasado buenos ratos en los jardines, Marianne, ¿verdad?

Ella sonrió, y seguía sonriendo cuando él llamó al camarero y pagó la cuenta. Se dirigieron

a la puerta, pero tuvieron que hacerse a un lado cuando entraron varios comensales nuevos envueltos en ráfagas de risas perfumadas con licor y pesados humos. Los hombres iban vestidos como Mark, pero las mujeres no eran damas; sus vestidos eran demasiado vaporosos, sus risas demasiado sonoras. No llevaban maquillaje, pero sus labios y mejillas eran de un rojo baya y sus pestañas estaban recubiertas de negro. Uno de los hombres miró fijamente a Mark.

—¡Malcom! —gritó—. ¡Cuidado con vuestras mujeres, muchachos!

—No necesita a mi mujer. —Rio otro—. Tiene la suya propia, y es muy original. Malcom encuentra siempre lo más inusual.

—Bonita como un cuadro, aunque el cristal esté agrietado —coincidió el primer hombre—. Lástima que la vieras tú primero, Mark. A mí también me apetece un poco de rareza de vez en cuando.

—Buenas noches, caballeros —dijo Mark con firmeza. Como parecía que ella no podía moverse, puso la mano en la espalda de Marianne y la apresuró a salir por la puerta.

Ella no dijo nada hasta que llegaron a su carruaje.

—Quiero irme a casa ahora —susurró en voz baja antes de subir.

Hizo una pausa y luego asintió.

—A casa —le pidió seco al cochero—. Quería ir a por sus gargantas, ¿sabes? —comentó en el silencio de la noche mientras el carruaje los llevaba de vuelta a su casa de la ciudad—, pero habría empeorado las cosas. Cuanto menos se hable de nosotros antes de casarnos, mejor. Parece que mis amigos solteros ya no me convienen. No me habría dado cuenta de no ser por ti. Así que ahora también veo que no hay ningún lugar en Londres al que podamos ir esta noche. Pero cuando volvamos de casa de mi padre te prometo que el Rey en persona te verá.

—Dicen que el Rey está loco. Y que también ve espíritus.

Sonrió a su pesar.

—Entonces el Príncipe te verá, y él, te lo prometo, estará loco por ti.

Varios minutos después, mientras cerraba la puerta principal de su casa detrás de ellos, Mark preguntó:

—¿Te apetece un café? ¿Un poco de té? ¿Oporto?

—Me gustaría irme a la cama —dijo ella en voz baja.

—A mí también. —Cuando los ojos de ella se abrieron de par en par, él se encogió de hombros—. Lo sé, todavía no. Saldré mañana y derribaré el Parlamento si no consigo esa maldita licencia. No solo porque te quiero en mi cama. —Le acarició la mejilla—. Sino porque te quiero en todas partes de mi vida. Te he pedido disculpas dos veces hoy. Traes todo tipo de experiencias nuevas, ¿sabes? Deseo insatisfecho y culpa, todo en un día.

—Tú también me las traes. —Hablaba seria—. Vergüenza y arrepentimiento, todo en una noche.

—¿Eso es todo? —Él le movió un dedo—. Pues vergüenza otra vez, Marianne, porque te he pillado en una mentira. Olvidaste el deseo insatisfecho, ¿verdad?

—No —dijo ella con tristeza—, pero, milord, eso no es nuevo para mí.

Él la miró subir las escaleras. Ansiaba ir con ella. Compartirían la noche bajo el mismo techo, pero no la misma cama, y eso era algo muy diferente para él. «Y una de las razones por las que estaba tan obsesionado con ella», pensó. Había deseado a otras mujeres, demasiadas para contarlas, pero esto era diferente, o eso se decía a sí mismo. Aunque recordaba que se lo decía siempre.

Pero esta vez, pensó con urgencia, quería algo más que el cuerpo de una mujer; quería también su mente y su corazón. No sería sencillo. Nunca lo fue. Pero esto era único y peligroso, incluso para él. Aun así, y quizá incluso porque era así, volvió a sentirse vivo por primera vez desde que había dejado el Continente.

Permaneció tenso, observando la lentitud con la que ella subía las escaleras, cada paso mostrando su tristeza, vacilación y miedo. Se contuvo, negando los impulsos naturales de su cuerpo, las exigencias de su mente. Sabía que podía subir las escaleras tras ella. Podía llamarla, detenerla, darle la vuelta de muchas maneras. Entonces, podría enseñarle cómo podían curarse mutuamente las decepciones y las dudas. En su actual estado de ánimo solemne y necesitado, él podría insistir en ello y persuadirla. Lo sabía. Tenía maestría y ella pocas defensas. Pero él no la quería así. Era a su manera o de ninguna manera. Y solo faltaban horas para mañana.

Capítulo 9

Marianne vaciló en los escalones de la iglesia. Era una distancia pequeña hasta la puerta, pero un paso enorme e irrevocable el que estaba dando. Se detuvo para pensarlo por una última vez.

«Seguramente, nadie se había casado nunca con tanta prisa», pensó. También había tenido tiempo para preocuparse. Ayer, la mañana siguiente a aquella embarazosa cena en el restaurante, se había despertado y había encontrado un mensaje de Mark.

Marianne, querida:

He *movido cielo y tierra para conseguir una licencia especial para nuestro matrimonio. Me gustaría decir* que *no volveré hasta que lo haya conseguido, pero soy realista. Te veré en la cena. Con suerte, antes. No puedo esperar*.

Tú Mark

Después del almuerzo recibió otro mensaje.

¡Triunfo!

He conseguido la licencia, pero ahora tengo que permanecer fuera de casa, corriendo por Londres para hacer todos los preparativos de nuestra boda. Volveré en cuanto pueda.

Tú Mark

Después de una cena tardía en la que ella se afanó, esperando verlo entrar por la puerta a cada segundo, el mayordomo le entregó otra nota.

Por fin. Todo está a punto. Me han dicho que da mala suerte verte antes de nuestra boda. También tengo amigos que quieren cenar conmigo mi última noche de soltero. No te preocupes. Seré muy bueno, aunque solo sea porque quiero ser muy bueno para ti mañana por la noche.

Hasta mañana...

Tú Mark

Era entrañable y desafiante, todo a la vez. Cómo se parecía a él, pensó. Y qué propia de esta nueva Marianne, se dio cuenta alarmada, estar entusiasmada por ello.

Le había enviado un vestido, todo de encaje de un antiguo color crema, para que se lo pusiera a la mañana siguiente. Se quedó sentada hasta bien entrada la noche admirándolo. Por la mañana, la despertó la criada que él había enviado para ayudarla a vestirse para el gran día. Había un ramo de rosas y gardenias para que lo llevara, y algunos otros para colocárselos en el pelo. Cuando estuvo vestida, su cochero la llevó a una vieja iglesia en un barrio apartado.

Cuando el carruaje se detuvo, Marianne miró la iglesia por la ventanilla y, por primera vez desde que Mark había puesto en marcha su boda, se detuvo. Se le ocurrió que no solo no conocía el barrio, ¡sino que no conocía a nadie dentro de la iglesia, salvo a su novio! Ni siquiera había sido *invitada* a una boda así antes. Bajó del carruaje y volvió a dudar.

—¿Señorita Prescott?

Levantó la vista para ver a Rafe, el amigo pelirrojo de Mark, bajando los escalones hacia ella. Iba vestido con ropa formal de mañana, su rostro solemne. Hizo una reverencia.

—Lord Raphael Dalton, a su servicio —dijo, ofreciéndole su brazo—. Espero que me permita ser su acompañante hoy. El caso es que Mark quería que alguien la entregara. Me atrevo a decir que puedo hacer el trabajo tan bien como cualquiera, aunque nunca lo he hecho antes, y menos con una mujer tan despampanante como usted.

—Bueno, yo tampoco he hecho nunca una cosa así, así que no pasa nada. —Sonrió nerviosa.

Sus labios se tensaron, pero asintió. Le puso la mano en el brazo y subió las escaleras con él, intentando no pensar en lo mal que se sentía por no conocer a ningún caballero que pudiera ocupar el lugar de su padre. Su único amigo varón era con el que estaba a punto de casarse y, en realidad, ni siquiera estaba segura de poder considerarlo *un amigo*.

Por un momento, consideró la posibilidad de arrojar su *bouquet*, bajar corriendo los escalones e irse a algún lugar lejano. Pero por supuesto no lo hizo. No había ningún lugar al que huir y, en realidad, la única persona con la que quería hablar de ello la estaba esperando dentro de la iglesia.

Las puertas dobles de roble del viejo edificio se abrieron de par en par. Una niña con el pelo brillante del color del sol estaba allí esperándolos. Iba vestida con un precioso vestido rosa y sostenía una cesta repleta de violetas. Hizo una reverencia y le dedicó a Marianne una sonrisa gloriosamente abierta.

—Una pequeña encantadora, ¿verdad? —comentó Rafe.

—¿Quién es? —susurró Marianne, un poco asustada por averiguarlo. Hubiera jurado que había oído que Mark no había tenido hijos con su difunta esposa, pero entonces ella no sabía tanto sobre Mark. Su corazón se hundió. Se odió a sí misma por ser tan confiada, tan débil de voluntad, tan deslumbrada e intimidada por él que no había hecho más preguntas.

—Mark dijo que la conocerías. —Rafe frunció el ceño—. La chiquilla ha estado toda la mañana sonriente porque le compró ese vestido y también todas sus violetas.

Marianne parpadeó. Era increíble lo que un baño y ropa nueva y limpia podían hacer. Se quedó mirando a la niña, que le hizo un enorme guiño.

—La chica de las flores, de *Regent's Park*. —Suspiró al reconocerla.

—Sí. Mark dijo que quién mejor para ser florista que una florista de verdad. Al tipo le

encantan las bromas. Dijo que usted también lo disfrutaría.

Así era, y sintió un repentino resplandor que le quitó el frío de las manos y del corazón. Entró en la iglesia y recorrió el pasillo con la pequeña florista dando saltitos delante de ella.

Había menos de una docena de personas en la vieja iglesia sentadas juntas. Todos los bancos vacíos hacían parecer que había aún menos. Vio al mayordomo de Mark de pie, un poco apartado, observándola acercarse al altar. Vislumbró rápidamente a una pareja de aspecto regio que rondaba la edad de Mark, a un gallardo soldado con un abrigo rojo brillante, a dos caballeros de rostro sobrio, a un hombrecillo bien vestido, al vicario, a una mujer de rostro sencillo y aspecto hostil que debía de ser su esposa... y a Mark. Y Marianne no tenía ojos para nadie más.

Llevaba un chaqué gris paloma, pantalones color pizarra y un chaleco plateado. En la solapa lucía una única rosa de color crema y una perla gris luminosa brillaba en el alfiler de su elaborado corbatón. Irradiaba confianza y satisfacción. Sus ojos la aprobaron. La cogió de la mano y la condujo al altar.

La brillante luz del día brillaba a través de los altos rosetones. Aunque los rayos estaban teñidos de malva y lila por el dibujo de las vidrieras, Marianne inclinó la cabeza en cuanto los sintió incidir en su rostro. Era una reflexión, lo que siempre hacía en público. Pero ahora se alegraba de ello. No conocía a esas personas que habían venido a presenciar su boda, y no quería ver sus expresiones mientras esta se celebraba.

Salió tan rápido que había terminado antes de que ella tuviera la oportunidad de asustarse mucho. Seguramente debió de oír mal, o el tiempo mismo se había ralentizado, porque en un momento oyó al vicario comenzar el servicio matrimonial, y le pareció solo un escaso segundo después que le preguntaba si estaba de acuerdo. Debió de chillar su consentimiento, porque oyó a Mark murmurar el suyo, y después oyó al vicario decirle que podía besar a la novia. Mark se volvió hacia ella y le levantó la barbilla con los dedos. Ella lo miró confundida y sorprendida. ¿Era su novia? No sabía si estaba preparada para eso.

Le pareció que él pasaba más tiempo mirándola a los ojos que lo que había durado todo el servicio nupcial. Su rostro era grave, y ella no sabía qué buscaba él en su expresión; estaba demasiado ocupada intentando leer todos sus secretos en sus tormentosos ojos color avellana. Alguien tosió y Mark pareció acordarse de actuar. Inclinó la cabeza y le rozó los labios con un beso, ligero como una pluma. Luego se volvió para aceptar la felicitación de su amigo, dejándola sola, aún más sorprendida y confusa que antes, pero no le soltó la mano.

«No recibía muchas felicitaciones», pensó Marianne con desdicha. El vicario le estrechó la mano. La esposa del vicario negó con la cabeza, escrutando a Marianne con los ojos entrecerrados. El mayordomo felicitó a Mark y se inclinó ante Marianne.

—Eres una chica afortunada —le dijo a Marianne la dama de aspecto regio—. Es todo un caballero. Te tratará bien.

Mark la escuchó. Rodeó la cintura de Marianne con el brazo.

—No, milady —masculló—, el afortunado soy yo.

—En efecto —dijo el marido de la dama mientras se inclinaba ante Marianne—. Permítame que me presente. Soy Charles, barón Burnam, a su servicio. Esta es mi encantadora esposa, Millicent. Es incómodo conocer a la novia el día de su boda, y lo siento, pero Mark me explicó el motivo de su prisa. Me preguntaba por qué quería un asunto tan apresurado. Pero

ahora que la veo, sé que mentía.

Marianne parpadeó. El rostro de Mark se tensó. Su amigo Rafe levantó la cabeza.

—¡Dios mío, Burnam! —protestó Rafe.

—Por supuesto que mintió —continuó Burnam, imperturbable—. Tampoco se le puede culpar por ello. Dijo que era nueva en Londres, y eso puede ser cierto, porque si hubiera estado aquí más de una semana, habrías encontrado un compañero mucho mejor. Ah, no te preocupes, querida, lo conozco desde el principio de los tiempos. Los viejos amigos tienen la responsabilidad de burlarse unos de otros, ¿no lo sabía?

«Amigos raros, no viejos», pensó Marianne molesta. «Pobre Mark. Uno de sus amigos viene a comer cuando le apetece, el otro lo insulta y cree que es divertido». Se sorprendió de lo enfadada que estaba. Por Mark, no por ella. Después de todo, estaba acostumbrada a las faltas de respeto.

Los dos sobrios caballeros se inclinaron sobre su mano y le desearon mucha felicidad.

—No te culpo —le dijo uno de ellos a Mark.

—Hombre afortunado. Ahora supongo que no te veremos mucho durante un tiempo —concluyó el otro.

El soldado le deseó felicidad, le dio una palmada en la espalda a Mark y luego se quedó riendo con Rafe.

El hombrecillo pulcro resultó ser el ayuda de cámara de Mark. Era aún más formal de lo que el mayordomo había sido con ella.

—Tenemos que firmar el registro antes de poder irnos —le dijo Mark a Marianne.

La condujo al despacho del vicario en un lateral de la vieja iglesia. Ella cogió el bolígrafo recién mojado que le entregaron, pero cuando se inclinó para firmar los papeles que él le ponía delante, se oyó un ruido sordo y un grueso anillo de oro se le cayó del dedo. Ella no había recordado que él se lo hubiera puesto allí. Mark lo recogió antes de que ella pudiera hacerlo y frunció el ceño.

—Ya me lo imaginaba. Y ahora que lo veo en tu dedo, veo que también es demasiado común. Es lo mejor que pude hacer con tan poco tiempo. Te mereces uno más raro y mejor, y lo tendrás: el de mi madre. Hay joyas que van con esta posición, ya lo sabes. Van de vizcondesa a vizcondesa. Son hermosas, pero no pueden ser tuyas en el sentido que yo quiero. Oro de hadas, los llamaba mi madre, ya que no se poseen en el sentido más verdadero y deben desaparecer con cada sucesión. Los usas para ocasiones de estado y luego los pasas a la mujer de tu hijo. —Su voz se hizo más grave mientras la miraba—. Necesitas algo que vaya con esos ojos brumosos tuyos. Zafiros, creo, y ópalos, para enfriar el fuego de los diamantes. Dulces y sutiles, como la dama a la que adornarán. Sí. Pero creo que te gustará su anillo.

—Será un honor llevarlo —susurró Marianne.

—No, seré yo quien se sienta honrado. —Mojó de nuevo la pluma—. Toma, firma de una vez más y ya habremos terminado.

Marianne apenas se dio cuenta de lo que firmaba, pero Mark cogió el pergamino en cuanto escribió su nombre.

—Me quedo con esto. —Deslizó el papel y el anillo en su bolsillo—. He trabajado demasiado y he pagado demasiado como para arriesgarme a perder de vista este documento. —La condujo fuera de la recámara—. Y ahora —anunció al pequeño grupo de personas que había junto al altar, os invito a todos a pasar a mi casa para tomar un refrigerio ligero.

—Lo siento, debo volver a la oficina —dijo uno de los dos sobrios caballeros. El otro asintió.

—Nos encantaría —dijo la esposa del barón Burnam. Su tono de voz reflejaba que lo que decía era mentira—, pero tenemos un compromiso previo. Esta invitación ha sido tan repentina que no sé cómo hemos podido venir.

—Encantado de que hayáis podido hacerlo. —Mark también sonaba algo falso.



Había cinco invitados en la recepción de la boda de Marianne: Rafe, el amigo de Mark, el joven soldado, la florista, el mayordomo y el ayuda de cámara. Había una mesa cargada de manjares y el vino fluía libremente. Pero como el mayordomo y el ayuda de cámara solo se quedaron para compartir el primer brindis, y la florista estaba más interesada en comer hasta saciarse, solo quedaban dos invitados para seguir brindando por el complacido novio y la nerviosa novia.

Después de una hora alegre, el soldado se acordó de que tenía otra cita. Rafe, dándose cuenta de que sería el único adulto que quedaría con la feliz pareja, les deseó lo mejor y se marchó con el soldado. Entonces solo quedaba una invitada. Seguía comiendo, pero ya con desgana, picoteando de un plato, probando de otro. Pero permaneció de pie junto a la mesa, mirando hambrienta toda la comida y la bebida.

De repente, se hizo el silencio en la habitación. Mark estaba de pie junto a Marianne y por el rabillo del ojo pudo ver que la miraba fijamente. «Bueno, pero ahora estoy casada», pensó con la respiración agitada. «Aun así, es pleno día, sería indecente». Pero, después de todo, ¿qué sabía ella de lo que él consideraba decente? ¿Qué sabía ella de él? Su respiración se volvió superficial, su corazón se aceleró.

Mark observó cómo los pechos de Marianne subían y bajaban con rapidez. Sabía que si le tomaba la muñeca sentiría cómo le temblaba el pulso.

«Encantador», pensó con ironía, «exactamente así es como debe de ser con una tímida recién casada». Suspiró. Solo podía ser una de dos cosas, y él sabía que no era deseo. Estaba claro que estaba aterrorizada.

—Tenemos todo un día antes de partir hacia la finca de mi padre —le dijo. Vio que sus hombros daban un respingo—. Podríamos, por supuesto, partir ahora, pero es mejor para los caballos y los pasajeros partir por la mañana temprano; los mantiene frescos a ambos. No quiero que se agoten en nuestra primera noche juntos. ¡Maldita sea, Marianne! —gruñó cuando ella se puso más pálida—. Un trozo de papel no me ha convertido en una especie de bestia. No voy a saltar sobre ti ahora que tengo derecho a hacerlo, así que ¿podrías respirar hondo y dejar de estar nerviosa?

Le cogió la mano, la encontró helada y puso la otra sobre ella, sosteniéndola con suavidad.

Bajó la voz.

—Como he dicho, tenemos un día que llenar de alguna manera. Ojalá tuviera la casa llena de invitados para entretenerte. Pero llevo mucho tiempo fuera de Londres. Como viste la otra noche, la mayoría de los amigos que he hecho desde que regresé no son adecuados para estar en una habitación contigo. Mis amigos mayores no estaban disponibles con tan poca antelación. Así que solo quedamos nosotros, querida, y nuestra pequeña vendedora de flores. ¿Qué te gustaría hacer? Aparte de eso, claro —añadió con una sonrisa.

Los ojos de ella se abrieron de par en par, y él supo que había expresado sus pensamientos en voz alta. Se echó a reír.

—En serio, tienes que aprender a ocultar tus emociones. No, no lo hagas. Olvida lo que he dicho. Podría haberme casado con una dama con una mente tan suave y en blanco como su expresión. No quería eso. Te quería a ti. —Él la miró hambriento y se llevó la mano a los labios.

Ella estaba halagada y consternada, ansiosa, pero insegura. Él vio todo eso en su cara. Se aclaró la garganta.

—Entonces. —Le soltó la mano—. ¿Qué te gustaría hacer hoy? Es un día precioso, el día de nuestra boda, y tenemos todo Londres a nuestras órdenes.

Antes de que ella pudiera contestar, el mayordomo apareció de nuevo con cara de fastidio.

—Milord —dijo—, hay una persona *que exige* ser admitida.

—¡Así es, tonto! —gritó una voz con un tono agudo—. ¡Ah, ahí estás, Betsy! —Un joven apareció detrás del mayordomo y se abrió paso en la habitación. Era delgado como una caña, vestido con ropas raídas una talla más grande. Su mata de pelo azafranado estaba peinada hacia atrás pegada a la cabeza; tenía las mejillas hundidas, los ojos extrañamente amarillos y estaba pálido como un espectro. «Parecía un pequeño espantapájaros de cabeza amarilla», pensó Marianne. Se arrodilló y acercó a la florista—. ¿Dónde has estado? ¿Qué estabas haciendo? Estaba muy preocupado, Oh, Betsy, ¡estaba medio loco!

—Estaba con nosotros —contestó Mark en un tono tan duro que incluso hizo que Marianne se sintiera pequeña—. ¿Y *quién*, si puedo preguntar, es usted?

—Su hermano —dijo el joven demacrado, mirando fijamente a Mark—. No volvió de su trabajo a tiempo. Sabía que trabajaba en una boda esta mañana; la llevé allí, ¿no? Pero no había vuelto a su lugar habitual en el parque al mediodía.

—La invitamos al banquete de bodas. Nunca dijo que la estaban esperando en otro sitio.

—¡Había tanta comida buena! —le explicó Betsy a su hermano emocionada—. ¡Comí y comí y, cuando no pude más, estuve pensando en cómo podría llevarte un poco a casa!

—No necesito comida. Me las arreglo bien para nosotros, ¿no? —murmuró su hermano—. Pero deberías haberme avisado, Betsy,

—¿Pero por qué? El caballero es un verdadero vizconde, Gilly —protestó la muchacha—. ¡Tiene una hermosa dama, y no hay más que ver esta casa!

—Puede que tenga una reputación terrible, pero a pesar de todos mis pecados, nadie ha dicho nunca que no me gusten los niños. No queríamos hacer otra cosa que darle a tu hermana un buen almuerzo por sus esfuerzos. Y una señorita como usted también es bienvenida —dijo Mark

como si nada.

El joven se puso color carmesí.

—Señor, ¿con quién cree que está hablando?

—Con usted, querida —respondió Mark con suavidad—. No tiene sentido que intente engañarme.

Marianne se quedó boquiabierta. Cuando miró con más atención, empezó a ver que el joven tenía las mejillas suaves y los rasgos refinados. Su esbelta figura era delicada en lugar de descarnada, y ahora se sonrojaba de un rojo rubí. Una vez que Marianne empezó a ver a la mujer que se escondía bajo esas ropas, no supo cómo había podido confundirla con un chico.

—¿Cómo lo has sabido? —le preguntó Marianne a Mark.

—*Soy* un libertino, ¿recuerdas? —dijo él, y luego, con una suave sonrisa, añadió—: O lo era.

La chica se encogió de hombros.

—La mayoría de los caballeros no lo descubren. La vida es dura en el *Rookery*. A cualquier edad, a una chica no le va tan bien como a un chico, eso es seguro. Sin embargo, como chico es un poco más fácil —le dijo a Mark con admiración, aunque a regañadientes.

—Estoy seguro de ello. Ahora, coge la comida que te ha empaquetado Betsy, y no te preocupes, no es caridad. Milady y yo nos vamos de Londres mañana y no tiene sentido dejar que se desperdicie tanta comida buena. —Hizo una pausa, pensativo. Sonrió a Marianne—. ¿Vamos también al parque? Hace un buen día y es una forma tan buena como cualquier otra de pasar el día. ¿Qué te parece?

—¡Sí! Es una buena idea .—Marianne sintió tanto alivio como admiración—. Solo deja que coja el gorro. Jocelyn dijo que está de moda.

—No lo dudo. Y, aunque no lo estuviera, no me atrevería a desafiar a Jocelyn. —Mark sonrió.

La hermana de Betsy también la hizo cambiarse de ropa, ordenándole que doblara con cuidado el vestido nuevo y volviera a ponerse los harapos.

—Puedo cuidar de ella, pero no tiene sentido hacerlo más difícil —explicó Gilly—. ¡Que vaya a trabajar con ropa tan fina solo le traerá problemas! Habrá quien se lo quiera quitar para venderlo, otros se la llevarían, pensando que es la hija de un noble a la que pueden pedir rescate. Los harapos le dan más monedas. El encaje sólo le comprará problemas.

Marianne y Mark se despidieron de la extraña pareja a las puertas del parque, Betsy más rica por un vestido nuevo, una cesta de comida y una moneda extra que Mark le dio por un trabajo bien hecho.

Su hermana frunció el ceño cuando le entregó la moneda de oro a la muchacha, con los ojos llenos de sospecha de nuevo.

—Es costumbre que el novio entregue monedas el día de su boda, querida. No tengo otro motivo.

—No creí que lo tuviera —refunfuñó Gilly cuando la moneda apareció en su bolsillo—, pero una chica nunca puede estar demasiado segura. Muchas gracias, milord, y buena suerte a las

dos.

Betsy y su hermana hicieron una reverencia y desaparecieron en las verdes profundidades del parque, dejando a Marianne y Mark solos, con el día de su boda ante ellos.

Hubo un momento incómodo cuando Marianne levantó la vista hacia los ojos de Mark, vio el verde frondoso del parque reflejado en sus brillantes profundidades y no pudo apartar la mirada de nuevo.

Hubo otra en la que Mark le sonrió, vio subir el tenue color de sus mejillas y bajó la cabeza hacia la de ella sin pensar, y solo se dio cuenta de que no estaban solos cuando oyó la risa repentina de un niño.

Y luego estaba la vez en la que sus muslos se tocaron por casualidad mientras estaban sentados en un banco para escuchar un concierto improvisado de un trío de músicos callejeros ambulantes. Se quedaron quietos como piedras, conscientes de la forma y el calor del cuerpo del otro. Era natural. Mark llevaba ropa fina y ceñida, y el nuevo vestido de Marianne era todo gasa y estilo y muy poca tela. Y, por supuesto, ahora se besuqueaban el uno al otro. Cuanto más lo ignoraban, más intenso se volvía todo.

Sus manos se tocaron cuando él le entregó un hielo que había comprado a un vendedor que pasaba por allí. Ella miró sus manos. Él no llevaba guantes. Se dio cuenta de que sus manos eran delgadas y estaban bronceadas. Palpó la suave piel de su palma y sintió que la mano de ella temblaba un poco cuando le cogió el hielo. Sus ojos se encontraron: los de ella abiertos y alerta, expectantes, tan recelosos como excitados; los de él medio ocultos por sus párpados, ocultando su conocimiento de la creciente excitación que los consumía a ambos.

No se parecía en nada a su última visita al parque. Esta vez apenas hablaron. No se besaron. No sonrieron a los niños que pasaban ni se detuvieron a acariciar a ningún perro que brincaba. Pasearon. Miraron las vistas. Pero solo se veían el uno al otro. Todo lo que podían hacer era pensar el uno en el otro, tan cerca, tan juntos. «Tan casi casados de verdad», pensó Marianne. «Tan casi mía», pensó Mark.

Regresaron a su casa mientras el día se desvanecía en sombras pastel.

«Bueno, al menos oscurecerá pronto», pensó Marianne nerviosa. Ella sabía lo que pasaría. Después de todo, tenía veinticinco años. Y la loca de su prima Mary había llevado una vida interesante que insistía en compartir con todo el mundo en su avanzada edad, lo cual era una de las razones por las que la familia había enviado finalmente a Marianne lejos. Se habían mortificado por las cosas que le decía la prima Mary. Marianne era más realista. Tenía la mente abierta sobre lo que estaba por venir. La prima Mary se lo había pasado bastante bien, aunque Marianne pensaba que lo que había descrito le resultaba... fascinante.

—No podemos salir esta noche porque mañana tenemos que irnos muy temprano —le comentó a Marianne cuando entraron de nuevo en la casa—, así que le he pedido a la cocinera que nos prepare otro banquete de boda. Es tan perfeccionista que no estará listo hasta dentro de unas horas. Menos mal, ya que fue un desayuno de boda enorme, ¿no? Tengo un mensaje que escribir a mi padre y planes de viaje que hacer mientras tanto, pero no me gusta dejarte sola el día de nuestra boda. ¿Por qué no subes y descansas? Mejor aún, date un buen baño en la bañera hasta que la cena esté servida. Luego puedes vestirte con algo magnífico y fingiremos que estamos en un banquete.

—Eso suena maravilloso —suspiró aliviada.

—Siento que aún no tengas tu propia criada, pero pensé que como nos íbamos tan pronto de Londres, no tendría sentido contratar una ahora. Habrá muchas sirvientas para atenderte cuando lleguemos a la mansión; mi padre mantiene una plantilla completa. Si necesitas ayuda mientras tanto, estaré encantada de asistirte....

—Oh, no, puedo valerme por mí misma, siempre lo he hecho —le aseveró nerviosa y se apresuró a subir las escaleras hacia su habitación.

«¿Mi habitación?», pensó mientras se quitaba su vestido nuevo y se ponía una bata nueva. ¿Esperaría entrar aquí esta noche? ¿O esperaría que ella fuera a su habitación? Para el caso, ¿compartirían una habitación o tendrían alcobas separadas, como solían hacer las parejas ilustres? «Más tarde, más tarde, más tarde», pensó mientras bajaba por el pasillo hacia el baño. Ella tenía tiempo, y él sabría qué hacer. «Lo bueno de los libertinos es que ya han hecho todo esto antes, no es nada nuevo para ellos». Pero ese pensamiento también la hizo sentirse un poco triste.

El baño era lujoso. Encontró un frasco de sales y vertió un poco en la bañera. Hicieron que el agua oliera a pino dulce y a flores. Hizo espuma y efervescencia alrededor de su cuerpo cuando se metió en el agua. Se había recogido el pelo para evitar que se mojara y el agua perfumada le llegaba hasta las clavículas. «Ahhh, un cuerpo podría ahogarse de placer en esta casa», pensó lánguida mientras flotaba en el agua y luego, al pensar en lo que pasaba por su mente, se sentó de nuevo y empezó a lavarse con demasiado vigor.

Pero la toallita se ralentizó a medida que lo hacían sus pensamientos. Tendría que asegurarse y lavarse por todas partes, porque una nunca tenía ni idea de lo que podía hacer un hombre. La prima loca Mary había conocido a un dragón con las preferencias más extrañas... o tal vez, pensó Marianne mientras se relajaba en el agua, su mente se ralentizaba y sus sentidos se agudizaban, tal vez no fuera tan extraño, después de todo. No podía ver algunas de las partes de las que la loca prima Mary había cacareado. Pero cuando miró hacia abajo, lo que vio le dio sentido a algunas historias que había oído. Sus pechos eran muy bonitos, con sus puntas rosadas y su agradable forma, tan boyantes en el agua ante ella, no era de extrañar que a un hombre le gustaran... y en cuanto a las otras partes...

«Tu mente también debería lavarse, mi niña», se dijo una escandalizada Marianne, porque el agua se enfriaba, su cuerpo se calentaba y el tiempo pasaba. Se concentró en lavarse. Cuando estuvo segura de haber terminado, salió de la bañera y buscó una toalla, y en su lugar se encontró envuelta suavemente en una. Menos mal que él le cogió la mano extendida, de lo contrario habría tropezado. Se dio la vuelta, con los ojos muy abiertos. Él también llevaba una bata. Tenía el pelo húmedo y, aunque su voz era tranquila y profunda, su rostro era duro y tenso.

—Yo también me estaba lavando —dijo Mark mientras doblaba la toalla alrededor de ella —, y se me ocurrió que podrías necesitar ayuda. Te he dejado sin palabras, ¿verdad? No te culpo. Desde luego, nunca he oído una mentira peor. No quería pasar por la incómoda cena, la incómoda conversación de después y luego todas las insinceras maniobras para llevarte arriba, desnudarte y tenerte en mis brazos. Solo he acortado el proceso. Ah, ¡pero eres exquisita!

Él había apartado la toalla. Ella se quedó de pie, con la cabeza gacha, sin atreverse a abrir los ojos para ver su propia desnudez, o el deseo desnudo que oía ahora en su voz.

—Marianne.

La tomó en sus brazos, lo que era mejor para ella porque, obviamente, no podía verla, pero peor en otros, porque podía sentir cada centímetro de su largo y duro cuerpo contra el de ella. Y era, sin duda, más de lo que había sentido antes. Ahora no había duda de lo que había bajo su bata: nada más que ese cuerpo fuerte y delgado, que había cambiado. Sintió el duro y desconocido contorno de su sexo apretado contra su vientre y eso hizo que se le cortara la respiración.

—Si puedes decir, con sinceridad, que no me deseas... susurró él, inclinando la cabeza para que sus labios estuvieran junto a su oreja.

—¿Esperarías hasta otro momento? —preguntó ella casi sin aliento.

—Desde luego que no —dijo él soltando una carcajada. Su mano acarició la piel sedosa de su espalda, sus costados, hasta la curva de su trasero—. Señor, cómo me gusta tocarte —murmuró, y se acercó a su oído—: ¿No sientes curiosidad? ¿Cómo puedes escucharme, hablarme, entender una palabra de lo que digo, cuando estás tan ocupada preguntándote cómo estaremos juntos? No puedo pensar por deseártelo que te deseo. ¿Cómo podemos conocernos mejor si no nos conocemos el uno al otro ahora?

«Bueno, ese era, desde luego, un buen argumento», pensó Marianne aturdida, sintiendo la mano de él trazando círculos sobre su cuerpo, sintiendo su excitación en los lugares más extraños, sintiendo la excitación de él cuando le ahuecó el trasero y la atrajo contra sí. «Sin duda, un buen argumento», ¡oh cielos!

Echó la cabeza hacia atrás y la miró.

—Marianne, si odias esto...

—Oh, pero no lo odio. Solo estoy un poco...

—Lo sé —dijo él con una sonrisa lobuna—. Podemos hacer algo al respecto. Lo haremos.

—No sabes lo que iba a decir —empezó a decir, y luego chilló sorprendida cuando él la levantó en brazos con tanta facilidad como si fuera una niña. Nadie la había cargado desde que tenía un año. Se sintió muy vulnerable mientras él la sacaba de la habitación y la llevaba por el pasillo. Fue maravilloso.

—Ibas a decir que tienes miedo o que estás nerviosa, pero no hace falta; los latidos de tu corazón lo dicen por ti. El mío late igual de rápido y sé lo que está por venir. —Le puso la mano en el pecho desnudo. Ella sintió el latido de su corazón bajo la piel peluda—. Aquí, ¿sientes eso? —preguntó él, pero ahora ella sentía el músculo acerado moviéndose bajo esa piel caliente, y casi entendió lo que él le había preguntado—. Justo así. Seremos muy buenos el uno con el otro, aunque digas que es tu primera vez.

—¡Lo es! —gritó ella indignada, apartándole la mano. Haciendo que la ira reemplazara a la pasión que acaba de sentir—. ¿No me crees? —Menos mal que él ya la había tumbado en su cama. Todo su cuerpo se puso rígido ante sus palabras.

Hizo una pausa, con una rodilla sobre el colchón de plumas.

—No estaba pensando —murmuró—. Lo siento, lo olvidé. Por Dios, Marianne, ya te lo he dicho, no puedo pensar contigo tan cerca. Sólo mírate.

Ella lo hizo y sintió que su cara se calentaba. Pero no tan caliente como la mirada de él mientras la miraba fijamente.

—¿Tenemos que empezar de nuevo? —gimió él—. ¿Debo contarte tonterías, fingir que hago otra cosa, fingir que pienso en otra cosa? Te deseo ahora, Marianne. ¿Qué es lo que quieres de mí?

Ella loe miró. Su bata se había entreabierto y pudo ver, por fin, el extraño y excitante vello oscuro de su pecho y la rapidez con que ese ancho pecho subía y bajaba. Miró más abajo, parpadeó ante lo que veía y sintió que la sangre le subía a las mejillas. No sabía si era por la alarma o por la excitación. Nunca había visto nada igual, y no sabía adónde mirar: hacia atrás, a la asombrosa evidencia de su deseo, o hacia otro lado. Levantó la vista para ver cómo apretaba la mandíbula o sus ojos ávidos.

Esperó a que el miedo de una inocente la hiciera temblar. No lo hizo. No había ninguno. Ella lo deseaba tanto como él a ella. Quizá no por las mismas razones, porque no estaba segura de lo que le esperaba. Pero lo quería feliz, quería su amor y su aprobación, y deseaba tanto saber qué quería hacer él con ella.

Así que le dijo exactamente eso.

Levantó la cabeza y sus fosas nasales se abrieron. Se llevó la mano a la boca. No podía creer que de verdad hubiera dicho eso. Cogió su mano y se la llevó a los labios.

—Hecho, y con mucho gusto. —Soltó una risita—. Tendrás todo eso y más. —Se quitó la bata, se movió sobre la cama, la acercó a él y la besó. Abrió la boca, profundizando el beso, tensándose contra ella mientras la acariciaba y la calmaba y la excitaba de forma salvaje.

Era más excitante de lo que ella había imaginado. Sus súplicas unidas a las de ella. En la penumbra, pudo verle la cara con claridad. Vio sus pestañas perfiladas contra sus altos pómulos mientras sus labios abandonaban su boca para dirigirse a su pecho. Pudo ver sus anchos hombros moviéndose sobre ella, su rostro concentrado, duro de pasión. Su boca en sus pechos, primero uno y luego el otro, la llevó a una especie de dulce fiebre, las punzadas de un placer de bordes afilados tan delicioso que deseó que él nunca se detuviera. Sus manos eran hábiles, su boca suave, pero exigente, su piel caliente y perfumada. Estaba tan seguro, tan logrado, tan conocedor de lo que había que hacer.

Dejó de besarla y se quedó quieto. Se elevó por encima de ella, equilibrándose sobre los codos, sus cuerpos apenas rozándose. Luego, cerró los ojos y agachó la cabeza, inspirando hondo y dejándolo salir el aire despacio. Y luego no hizo nada más durante varios segundos.

—¿Va todo bien? —preguntó por fin con la voz aturdida por el placer, y por el repentino cese de este.

—Marianne —dijo él sin aliento, poniéndose sobre un codo a su lado, con el cuerpo tenso y la voz crispada—, ¿crees... es decir... me pregunto... si te gustaría participar, querida?

Capítulo 10

Pudo haberse mordido la lengua, pues ella parecía tan afectada. Había tenido que decirlo, pero no estaba seguro de que hubiera sido lo correcto decírselo a una virgen. No sabía mucho sobre ellas; había estado más interesado en cambiar su estado que en investigarlo. Ahora se arrepentía de ello.

Apoyó la frente húmeda en la almohada junto a la de ella y respiró de forma entrecortada. No había sido fácil parar. Casi se moría de frustración. Pero le habría resultado impensable seguir, porque aquello era muy importante para él y no era hombre de ignorar algo tan importante como el placer.

Abrió un ojo y la miró.

—Quizá lo he dicho mal, Marianne. ¿De verdad te gusta lo que estoy haciendo? —preguntó con cautela.

—Oh. Por supuesto. —Se movió nerviosa bajo su cuerpo extendido, haciéndole desear que se callara y siguiera adelante, como su cuerpo ansiaba hacer.

Pero él sabía lo que quería. Más que eso, sabía lo que necesitaba y lo que se requería si quería que hubiera algún futuro en esto para ellos.

—Bueno, entonces —dijo con cuidado—, la cuestión es que es algo para que lo hagan dos personas, no solo para que uno se lo haga al otro. Marianne. —Le levantó la cabeza y la miró a los ojos—. Besas muy bien. Me lo permites todo. Pero no me has tocado. ¿Hay alguna motivo?

Ahora se sostenía sobre sus brazos y, musculosos como eran, temblaban mientras esperaba su respuesta.

—Oh. Te he rodeado con mis brazos.

—Lo sé, y gracias, pero no me refería a eso.

Ella levantó el rostro serio hacia el suyo. Estaban casi nariz con nariz, y era un momento ridículo para mantener una conversación, pero él tenía que saberlo.

—¿Lo dices porque no te hago lo que tú me haces a mí? ¿Es eso? ¿Se supone que debo hacerlo?

—No, exactamente. —Se maldijo por iniciar un debate cuando su sexo clamaba por saciarse y su cuerpo palpitaba con la incomodidad de interrumpir algo glorioso—. Me refería, solo, a por qué no me has tocado nada.

Frunció el ceño pensativa.

—Bueno, verás... No me atreví, supongo. No sabía que querías que lo hiciera, y bueno, Mark, pareces tan seguro, tan sabio. El poderoso Vizconde Malcom solo para mí. Aún no

termino de creérmelo.

—Pues créetelo. Ahora eres mía, como o soy tuyo —dijo él con impaciencia.

Ella puso una mano tentativa en su pecho y lo sintió coger aire. Ella estuvo a punto de apartar la mano. En lugar de eso, curiosa, con los ojos bajos, se aventuró a acariciar con un dedo tentativo el vello que crecía allí.

—Sí. Oh, sí —susurró él cuando ella le pasó la mano con cautela por el pecho hasta llegar al vientre plano. Se maravilló ante los duros músculos que encontró allí y no supo, al principio, qué era lo que sintió. Entonces, bajo la mano hasta su ombligo, esa longitud cálida, suave y esforzada que surgía hacia su mano.

Apartó la mano, escandalizada de sí misma. No podía hacer mucho. Esta intimidad era emocionante, pero leguas más allá de lo que ella había imaginado. No sabía cómo había llegado tan lejos, tumbada desnuda en los brazos de un hombre y deleitándose en ello. Se detuvo y se preocupó por lo que estaba pasando. Si pensaba en lo que estaba ocurriendo, quizá no pudiera continuar. Le habían enseñado que su marido podía hacer cualquier cosa, pero en cuanto a lo que ella podía hacer, realmente tenía muy poca idea. Su educación se interponía entre ella y su pasión. Le habían enseñado a ser una chica buena y de buena moral.

Él vio su incertidumbre. Dios sabía, que si ella abriera los ojos podría ver a través de los suyos.

—Marianne —la persuadió, con sus labios en los de ella—, ¿por qué debería angustiarte que me ames cuando no lo hace que yo te ame a ti?

Eso tenía sentido para ella. Y era lo que él quería, ¿no? Después de todo, era su marido. Pues bien. Podía permitirse ser libre. La sociedad lo esperaría, después de todo. Y ella tenía tantas ganas de hacerlo. Se permitió descubrirlo, volviéndose cada vez más atrevida en cuanto a arrebatos y arranques de excitación. Tocándolo, retrocediendo sorprendida... y luego volviendo a tocarlo cuando su respiración se volvía agitada.

Su tímida e inexperta forma de hacer el amor era una deliciosa novedad para él. Necesitó toda su determinación para contenerse, pero eso pronto se convirtió también en un tortuoso placer para él.

Ella le acarició la espalda, incluso pasó las manos por su trasero prieto y duro. «¡Míralo!», pensó asombrada. «Siempre está tan tranquilo y divertido, pero no cuando le toco». Fue una revelación para ella y una alegría.

Lo oyó gemir cuando por fin se atrevió a tocarle *ahí*. A su susurrante insistencia, se atrevió a cogerlo con la mano, su confianza crecía a medida que él lo hacía. ¡Qué parte tan asombrosa de un hombre es este!, pensó de forma fugaz. «Tan grande y, sin embargo, siempre tan oculta. Pero ahora no». Se preguntó si la sábana podría ocultarlo. Tan suave y fuerte y, sin embargo, tan sensible a su más ligero y vacilante roce. Como lo era él.

Ahora no se mostraba reservado. Su cuerpo estaba caliente, su piel ligeramente cubierta de sudor. Su atención, su concentración, todo su intelecto y su pasión estaban centrados en ella. Nunca se había sentido tan importante.

Volvió a moverse sobre ella, separándole más las piernas. Ella se quedó quieta. Él recordó su miedo.

—No te preocupes —consiguió decir—, no te haré daño. No, es mentira. Me han dicho que puede que sí, la primera vez. Puede que te haga daño en ese momento, pero nunca te haré daño a propósito, eso te lo prometo. —Entonces ya no pudo hablar. Se acercó a ella y se detuvo, atónito.

¿En qué estaba pensando? Ella lo había hechizado, haciéndole olvidar años de experiencia. Era evidente que no estaba preparada. Era feliz experimentando con él, pero no ardiendo de pasión. Él no la tendría de otra manera. Respiró de nuevo, ganando el control.

—Mi turno —susurró, poniendo sus labios en su cuello, sus manos en sus pechos.

—Creía que era cosa de dos. —Su voz sonaba nerviosa.

—Así es. —Se inclinó sobre ella con una sonrisa temblorosa en la voz—.No tienes que parar, ¿sabes? —Pero lo hizo, porque él empezó a acariciarla de nuevo, a tocarla otra vez, a besarla en lugares nuevos. Su respiración se volvió cada vez más tumultuosa mientras ella cerraba los ojos y giraba la cabeza para no verse disfrutando de esas cosas escandalosas que le hacía. También íntimas y deliciosas.

Ahora ardía de verdad. No podía esperar ni detenerse de nuevo, ni siquiera si ella se lo pedía. Pero ella no lo hizo. Se movió para él, y todo lo que él sabía le decía que estaba lista. Su cuerpo era cálido y estaba sedoso y húmedo; yacía aturdida por el placer.

Cuando por fin se introdujo en ella, estaba más que preparada para él. Marianne sintió un momento de ardor repentino, y no era deseo. Pero el dolor pasó rápido y pronto se olvidó en su deleite por su cercanía y el evidente disfrute que él estaba sintiendo. Ahora era más que eso. Su amante, fácil y risueño era, de repente, atento, serio e impulsivo. Pero siempre amable, excepto cuando ya no tenía elección. Cuando su cuerpo se tensaba, los músculos de su espalda y sus hombros se agarrotaban y él se introducía en ella, ella lo aceptaba de buen grado. Se movía con él, aunque no tanto como él. Pero eso era solo porque estaba demasiado asombrada por lo que él le estaba haciendo. Se aferró a su cuerpo mientras se movía cada vez más dentro de ella, y lo sostuvo pegado a su cuerpo mientras él se convulsionaba hasta alcanzar el clímax.

Cuando por fin se calmó, se puso de lado con ella aún en brazos y volvió a tumbarse a su lado.

Ella le tocó el pelo húmedo.

—Esposo —susurró orgullosa.

Él se levantó de la bruma en la que había estado dormitando. Las mujeres le habían dicho muchas cosas en por el éxtasis mientras hacían el amor, y después también. Había oído blasfemias en abundancia, exigencias, a veces, y, a menudo, palabras de placer o alabanza. Pero nunca algo así. Lo hacía sentirse extraño, molesto y, también, triunfante. Buscó lo correcto, lo honesto, lo mejor que podía decirle en esos momentos.

—Marianne. —Apartó con un beso cualquier respuesta que ella pudiera hacer.

No se durmió enseguida, aunque pronto oyó su respiración suave y regular y supo que se había quedado dormida. Aunque, normalmente, prefería ponerse de lado y dormir solo, aun así la abrazó; ella se lo había pedido.

—Me gusta tanto —había confesado somnolienta, frotando la mejilla contra su pecho—. Es tan bueno que te abracen.

Eso lo había sorprendido. Pero ella lo había sorprendido en muchos aspectos: su modestia,

la forma en que había sido capaz de sonrojarse incluso después, cuando él le acercó una palangana y la ayudó a limpiarse todos los rastros del place y la inevitable mancha por su inocencia. Eso también había sido nuevo para él. Algunos hombres encontraban más placer en una liberación rápida, pero él conocía demasiado bien a las mujeres. Sin embargo, era la primera vez para ella y, en contra de todo lo que sabía de las mujeres, se había apresurado a evitarle molestias. Aun así, había sido exquisito. Aunque al principio se había mostrado tímida y vacilante con él, resultó que nada de lo que él hacía la angustiaba. Apenas podía esperar para hacer más y enseñarle a obtener más de lo que él hacía.

Sorpresas, placeres y risas de por medio: «Ella era exactamente lo que había estado buscando», pensó satisfecho mientras se relajaba y empezaba a unirse a ella en el sueño. Había tenido mucha suerte. Solo podía esperar por su bien que ella pensase lo mismo.



Cuando sus ojos se abrieron, Mark le sonrió y se inclinó para pellizcarle el hombro descubierto. Luego, dejó caer un ligero beso sobre sus labios.

—Buenos días. —Sus ojos estaban suaves y sonrientes—. Hubiera preferido otra forma de despertarte, pero hoy nos vamos de viaje, ¿recuerdas? No, no, no te levantes así; tienes una hora para arreglarte. Me he tomado la libertad de hacer que mi ayuda de cámara haga la maleta por ti. Todo lo que tienes que hacer es levantarte y brillar... y dejar de mirarme así o nunca saldremos.

Cuando se enderezó, vio que estaba de pie junto a la cama, lavado, vestido y perfumado con jabón de afeitar. Inmaculado, como siempre. Era casi como si hubiera soñado al apasionado hombre desnudo entre sus brazos. Hasta que vio que se le encendía de nuevo Los ojos.

—Estaré lista enseguida —prometió. Aferrando la sábana a su pecho, balanceó los pies sobre la alta cama y bajó. Hizo una mueca de dolor.

—Otra razón para no despertarte así —musitó Mark con pesar—. Lo siento. El dolor desaparecerá y te acostumbrarás.

—Eso he oído. —Apartó la mirada, con la cara cada vez más caliente—. Es como montar a caballo, o eso dicen. Los músculos se adaptan pronto.

Él se rio.

—¡Qué cumplido! Espero que no pienses que es como viajar en el viejo Dobbin. Tendré que hacer algo al respecto si es así. Pero no por un tiempo. Por ahora, por favor, prepárate. —Se dirigió a la puerta.

Pero ella seguía con el ceño fruncido.

—¿Mark? —dijo con una vocecita mientras se ponía de pie y se estudiaba los dedos de los pies—. Anoche, ¿era... era yo... lo que querías?

Él se volvió, cruzó la habitación y la tomó en sus brazos.

—Eras más de que lo que quería. Eras una fantasía hecha realidad, y soy un tonto por no habértelo dicho. No suelo cometer ese error. ¿Lo ves? Hay pruebas. Fuiste tan deslumbrante que hiciste que un libertino olvidara sus artimañas. Pero lo que debería hacer —murmuró con rabia

casi para sí mismo—, ¡es dejar de decirte lo que solía hacer! Qué torpe soy. Perdóname. Era maravilloso, Marianne, no lo dudes. Ahora, aunque me encantaría quedarme y tranquilizarte, hay cosas que debo hacer. El desayuno espera, así que por favor date prisa.

—¡Lo haré! —Se dirigió bailando a su baño. Su humor era aún más halagüeño cuando volvió para ver lo que debía ponerse. El ayuda de cámara de Mark tenía buen gusto. Madame Blau le había entregado parte de su nuevo vestuario, y él lo había empaquetado todo, excepto un precioso vestido de novia nuevo de color rosa oscuro. Marianne se lo puso, se arregló el pelo, cogió un chal a juego y bajó las escaleras a toda prisa.

Esta vez no había nadie en el salón, así que desayunó a solas. Estaba a medio terminar cuando apareció el mayordomo.

—Señorita… perdón, milady —se corrigió, aunque llevaba el ceño levemente fruncido y dijo las palabras como si estuvieran en algún idioma ajeno—. Hay personas que desean verla. He dudado en despedirlas ya que ayer fueron admitidas. ¿Las hago pasar?

—Por supuesto. —Sentía curiosidad.

—¿O prefiere verlas en el estudio?

Ni siquiera estaba segura de dónde estaba el estudio. Pero ahora era, supuestamente, la señora aquí, y era hora de empezar a actuar como tal.

—Hágalos pasar, por favor. —Intentó sonar tan altiva como pudo, aunque con menos confianza al final porque se dio cuenta de que no sabía el nombre del mayordomo.

Hicieron pasar a Betsy, la pequeña vendedora de flores, y a su hermana mayor, Gilly.

—Señora —dijo Betsy, haciéndole una reverencia, pero mirando el desayuno dispuesto sobre el aparador. Llevaba de nuevo su vestido nuevo. Su hermana mayor aún llevaba ropa de chico.

—Buenos días, milady —dijo la mayor—. Venimos porque hay una cosa que quiero pedirle. Solo deseo que me escuche.

—Bueno, puede pedirlo, pero no estoy segura de poder concederte nada. ¿Te gustaría esperar hasta que el Vizconde... mi marido —dijo, saboreando la nueva palabra con placer—, regrese?

—No. No hay razón para ello, sobre todo desde que esperamos a que se fuera para entrar. La verdad es que no me gusta mucho tratar con caballeros, y es algo que creo que solo una dama entendería.

Todo instinto le decía a Marianne que pidiera a las chicas que desayunaran algo. Ambas estaban muy delgadas y los ojos de Betsy eran enormes mientras miraba fijamente el aparador. Pero Marianne era ahora una vizcondesa. «Y tú sigues siendo primero una persona», se reprendió a sí misma. «Qué vergüenza, solo llevas siendo una dama medio día y ya te pareces demasiado a tu prima Shirley». La conciencia de Marianne la aguijoneó de una forma tan brusca que se incorporó como si se hubiera sentado sobre una tachuela.

—Bien. ¿Te apetece desayunar algo?

Betsy corrió hacia el aparador, pero su hermana le puso una mano en el hombro y la retuvo.

—La señora solo estaba siendo amable, cariño. No debes sentarte a comer con ella. Si te portas bien, te cogeré algo para que te lleves. ¡Ahora siéntate en ese rincón y estate quieta! Tampoco voy a sentarme con usted, milady. No sería apropiado, pero gracias por preguntar —le dijo a Marianne. Cuando Betsy hubo cruzado la habitación hasta una silla junto a la ventana, continuó. —Escúcheme, milady.

Sujetó su sombrero con sus manos ásperas y levantó la cabeza en alto. «Realmente tiene unos ojos preciosos color oro tigre», musitó Marianne. «Sería encantadora si su cara no estuviera sucia, si no estuviera medio muerta de hambre, si no estuviera vestida con ropas de hombre y y si no pareciera tan dura como unas botas».

—Trabajo en el mercado de flores por las mañanas y en las pocilgas por las tardes. —Gilly sonrió mostrando unos dientes pequeños y parejos—. Por las noches, trabajo en lo que puedo. ¡Todos trabajos decentes! Nunca verá a Gilly Giles vendiendo nada más que el sudor de su frente en un trabajo honesto, puede preguntarle a cualquiera. Aun así, hay quien sabe que soy mujer, y es cierto que me preguntan lo contrario, de vez en cuando. Pero nunca me lo preguntan más de una vez. No es que algunos no intenten llevarse lo que no vendo. Las que lo intentan siempre tienen algo por lo que recordarme, y les prometo que tampoco es placer —añadió con satisfacción. Tenía un aspecto tan feroz que Marianne se movió un poco hacia atrás en su silla—. La cosa es que yo también tengo que cuidar de Betsy, y cada vez es más difícil, porque está llegando a una edad que atrae a ciertos caballeros.

—¡No! —La voz le salió en un graznido. ¡Betsy seguramente no podía tener aún ni siete años!

—Oh, sí. Yo tenía la misma edad que ella cuando uno me atrapó. Pero no voy a hablar de eso, aparte de decir que no quiero que le pase lo mismo a nuestra Betsy. *Mataría* para que no le ocurriera, se lo prometo. Pero verá, nuestra madre se ha ido, y solo quedamos Betsy y yo y no puedo estar en todas partes a la vez. Así que me puse a pensar, siendo usted tan buena señora y todo eso, y marchándose de Londres hoy mismo... Señora, ¿podría contratarla? Trabajaría en cualquier cosa, es brillante como un penique nuevo y buena como el oro. Pero haga lo que haga, estaría más segura en el campo que en Londres. Hay quienes le han echado el ojo, eso es lo que me preocupa.

¿Los hombres querían a esa niña? Marianne estaba horrorizada. Hacerlo sin amor a cualquier edad sería terrible, ahora lo comprendía. ¿Pero a una niña?

—Por supuesto —dijo de inmediato, y luego se mordió el labio—. Pero tendré que preguntarle a mi marido. Es su casa, después de todo.

—¿Preguntarme el qué? —Mark estaba entrando en la habitación. Marianne vio el retraimiento de Gilly; la vio levantar la barbilla y separar los pies, como preparándose para el golpe. De forma rápida y suave, Marianne le contó lo que le habían preguntado y por qué.

Mark escuchó atento, mirando a Gilly de arriba abajo.

—Ya veo. —Sonó pensativo—. ¿Y qué te hace pensar que puedes confiar en mí?

Marianne jadeó.

Pero Mark y la feroz chica de los barrios bajos se miraron fijamente, midiéndose.

—No te gustan las niñas pequeñas, eso está claro —dijo finalmente Gilly—. Tampoco la querrías ni siquiera cuando creciera. Ahí tienes a tu dama. Y, aunque te cansaras de ella, no eres

de los que se llevan a sus criadas a la cama. Lo sé. He preguntado por ahí. No pasa nada en London que una persona no pueda averiguar si pregunta en los lugares adecuados. Te gustan las damas, pero nunca tocaste a una que no te quisiera, y nunca a una niña. Confío en que ella estará bien con usted. A su manera, es un caballero —admitió a regañadientes.

Mark se rio.

—Pragmática y educada. Por suerte para ti, me gustan los halagos, pero haz correr la voz de que ahora solo me interesa tocar a mi dama. ¿En cuanto a tu petición? Hecho. Nos la llevaremos hoy mismo. Milady aún no tiene su propia criada. Betsy es demasiado joven para ese puesto, por supuesto, pero podría ser útil si está dispuesta a ayudar en lo que pueda en nuestro viaje. Cuando lleguemos a la mansión, estoy seguro de que allí podremos encontrar sitio para otra chica. —Hizo una pausa y miró a Gilly—. ¿Qué tal dos? Se me ocurre una idea. ¿Te gustaría probar suerte a ti también en el campo?

—¿A mí ? —preguntó Gilly, sobresaltada. —No. Londres es mi hogar y puedo cuidar de mí misma perfectamente, pero gracias por llevarse a Betsy.

Mientras el sol de la mañana se elevaba en lo alto, dos carruajes se alejaron de la casa del vizconde Malcom, uno con el vizconde y su dama, el otro lleno de equipaje, sirvientes y una asombrada y fascinada Betsy. Los seguían dos jinetes que conducían otro par de caballos.

Hacia el mediodía, se detuvieron en una posada junto a la carretera. Había unos cuantos lugareños bebiendo cerveza y un par de hombres de aspecto elegante que miraron a Marianne cuando entró. Luego, al ver con quién estaba, saludaron a Mark en voz alta. Mark sentó a Marianne en una mesa y se acercó a charlar con ellos. Pronto regresó, para verla sentada, rígida y quieta, con la cabeza vuelta hacia un lado, de modo que su lado cicatrizado miraba a la pared. Frunció el ceño.

—No te los he presentado porque no son el tipo de hombres que quiero que conozcas. Mis años oscuros vuelven para atormentarme. ¿Por qué no puedo encontrarme con ningún caballero digno? Probablemente, porque no conozco a muchos. —Suspiró—. Eso cambiará, no te preocupes por eso. Mira, ellos ya se van. Y yo también, pero solo un momento. Tengo que consultar con el cochero y los jinetes sobre cosas como las millas y los mapas.

Marianne se relajó cuando los caballeros se marcharon, aunque los vio darle palmadas a Mark en la espalda y reírse con él junto a la puerta. Uno miró hacia atrás y le guiñó un ojo. Se preocupó por un momento, preguntándose si su cicatriz era la verdadera razón por la que Mark no la había presentado, pero los hombres se marcharon pronto y ella pudo señalar la idea como ridícula e indigna. Ahora era su esposa. Ella también tenía que cambiar. Su pasado podía estar lleno de excesos, pero el de ella también tenía sombras. «Y nada puede crecer en la oscuridad excepto los hongos y el moho ж, se dijo a sí misma. Tenía que deshacerse de tantas viejas heridas y miedos.

No era una gran posada, así que solo tenían una sala común para que todos comieran. Marianne se alegró de ver a Betsy riendo en la mesa que compartía con el lacayo y el ayuda de cámara de Mark. La muchacha había llorado cuando su hermana se marchó, pero los criados la

habían engatusado para que sonriera para ellos. Ahora, por supuesto, los tenía a los dos comiendo de la palma de su mano. Marianne sonrió al ver la cantidad de comida que habían pedido para ella. Se preguntó sobre la sensatez de que la dejaran comer tanto. Sería un largo viaje hacia el norte y el interior del carruaje podría acabar pareciéndose al interior del estómago de la chica si no tenían cuidado.

—Todo va bien —anunció Mark, sentándose de nuevo a su lado—. Un almuerzo ligero y partimos de nuevo. Deberíamos estar allí al atardecer.

—¿Qué velocidad tienen tus caballos? —inquirió Marianne—. Pensé que tardaríamos dos días, como mínimo, en llegar a Shropshire.

—Así sería —dijo Mark mirando las lonchas de embutido que el posadero había puesto en la mesa—, si fuéramos allí.

—Creía que íbamos a ver a tu padre. —Estaba confundida—. Dijiste que vivía en Shropshire. Pensé que teníamos prisa por llegar allí. Por eso nos casamos tan rápido, por eso...

—Calla. —Colocó su mano sobre la de ella—. Da la casualidad de que tengo un pequeño escondite junto a la carretera del norte, a no demasiadas horas de aquí. Es un lugar encantador, lo suficientemente cerca de Londres para llegar con facilidad y lo suficientemente lejos para relajarse. Perderemos algo de tiempo yendo allí, es cierto. Pero lo recuperaremos. Es mejor que seguir conduciendo hasta caer la noche y es un lugar mucho mejor para alojarse que alguna extraña posada en la carretera. Hay posadas que son terribles. Aún tengo la cicatriz de una chinche que me encontré una noche en Calais.

—¿Estuviste en Calais hace seis meses? Pero nosotros estábamos en guerra entonces. —Arrugó el entrecejo mientras intentaba recordar cuándo había terminado la larga guerra.

—En efecto, lo estábamos. Yo también lo estaba, aunque no como soldado. Más bien, como... digamos que me dedicaba a recopilar información para la Oficina de Guerra. Pero intentaba conseguirla de forma extraoficial y desapercibida.

—¿Un espía? —jadeó.

—No es un término agradable. Aun así, es mucho más agradable que los otros nombres que me pusieron después de que los que hablaban conmigo descubrieran lo que había estado haciendo.

—No lo sabía.

—¿Qué creías que estaba haciendo todos esos años en el continente? Por supuesto, te creíste todas esas historias sobre el hombre que solo buscaba el placer, sin conciencia, y que correteaba por tocadores e infiernos de juego por toda la faz de Europa. Pues bien. Eso es lo que se suponía que debía hacer. No es que yo no buscara el placer. Ya no tiene sentido contar mentiras ahora que estoy fuera de todo eso. —Sonrió un tanto irónico.

Pero Marianne no se rio. Estaba horrorizada... de sí misma. ¡Qué poco sabía de él después de todo! Lo miró la cara, toda ángulos duros y alegría oculta. Atractivo, sí, y tan disciplinado que llegar más allá de esa sutil máscara había sido un triunfo para ella, pero ¿cuántos secretos se escondían tras ese rostro fascinante? Sabía lo bien que besaba, por supuesto, la facilidad con la que podía encandilarla, cómo podía aturdirla con sus atenciones de un modo tan absoluto que ella olvidaba todo lo demás.

Había pensado que él era el sensualista con una sola cosa en la cabeza, pero ahora que lo conocía mejor se daba cuenta de que conocía sus modales en la cama mejor de lo que conocía su vida fuera de ella.

—¡No lo sabía! —volvió a decir, sacudiendo la cabeza.

—No preguntaste —dijo él con suavidad.

Se mordió el labio. Eso lo empeoraba, porque era cierto. Seguro que había mucho más de lo que ella ni siquiera sabía lo suficiente como para pensar en preguntar más. Volvió a sentarse erguida y lo miró. Él le devolvió la mirada con un brillo divertido en sus ojos cómplices. Ella respiró hondo. Estaba claro que había algo más que tenía que averiguar, aunque empezaba a estar un poco nerviosa por las respuestas, y es que se daba cuenta de que, fueran cuales fueran esas respuestas, en muchos sentidos ya era demasiado tarde para hacer nada.

Capítulo 11

-Mentiste —afirmó Marianne con rotundidad. Mark enarcó una ceja—. Está escondida, pero no es pequeña —insistió nerviosa mientras miraba la casa a la que había llegado el carruaje. Se detuvo en el camino circular de guijarros, frunciendo el ceño ante su «—pequeño escondite».

Cuando se habían desviado de la carretera, había pensado que se adentraban en un bosque, porque los árboles eran muy altos y viejos. Había esperado ver una encantadora casa de campo, Pero la carretera se convirtió en un camino privado que conducía a un largo prado con ganado pastando. Entonces vio la casa: una enorme estructura de ladrillo y madera con una amplia entrada. Tenía al menos dos pisos de altura y se extendía mucho más. No solo era más grande que diez casas de campo empedradas juntas, sino incluso más grandiosa que su casa adosada en Londres.

—Ahora es solo un escondite —dijo Mark—. Solía ser una posada, una parada de carruajes, en realidad, en el siglo XIV. Pero el camino principal se fue a otra parte con el paso de los siglos. Un antepasado la compró y cerró el patio, convirtiéndola en parte de la casa. Lo utilizó como pabellón de caza en la época en que había algo más grande que conejos que cazar tan cerca de Londres. No es muy grande una vez que se entra.

—Solo quince habitaciones —murmuró ella.

—Doce —aseguró él—. ¿Entramos?

—Mark. —Sonaba un poco desesperada—. Si consideras esto pequeño, ¡la casa de tu padre debe de ser un castillo!

—Lo es. ¿Y qué?

—¿Cómo voy a caber allí? —se lamentó ella.

—Mucho más fácilmente. Te lo aseguro. Tiene veinte habitaciones, ya lo verás.

—Eso no tiene gracia.

—Lo sería si no fueras tan humilde. —La cogió del brazo y la condujo a la casa—. Sueles ser rápida para pillar las bromas, pero debes de estar cansada, hemos estado viajando todo el día. Una buena noche de descanso te sentará bien. —Se inclinó para susurrarle al oído—. Lástima que no vaya a dejarte tener una.

Una docena de réplicas brotaron de sus labios, solo para morir en ellos cuando un lacayo abrió de par en par la puerta principal. Era fácil ver que la parte delantera de la casa había sido una vez un patio, y uno enorme. Lo habían cerrado por todos lados y habían hecho un techo abovedado de cristal para cubrirlo. Dentro era luminoso como el día. Palmeras en macetas florecían en jardineras junto a cada una de las dos escaleras curvas, una a cada lado del vasto espacio. Las escaleras se unían en la parte superior en un largo balcón que daba a la sala. Al

fondo, a la derecha, pudo ver otra sala con una inmensa chimenea. A la izquierda, un pasillo conducía a otras partes de la casa. Mark esperó a que Marianne entrara, pero estaba tan asombrada que dudó. Él se rio, la levantó en brazos y la llevó dentro. Tras el primer momento de sobresalto, le echó los brazos al cuello y le plantó un rápido beso en su mejilla.

—¡Mark! Qué bonito, te has acordado.

—¿Recordado? —preguntó él, quedándose quieto y mirándola.

—De llevar a la novia al otro lado del umbral. Confieso que yo misma lo había olvidado, pero me alegro de que no lo hicieras. Dicen que da buena suerte.

Rara vez lo había visto avergonzado, pero la piel sobre sus altos pómulos se enrojeció bajo la luz brillante. Ella vio pesar y algo más; algo triste y perdido, brillando en sus ojos. Pero en un momento volvió a ser el de siempre.

—A decir verdad, yo también lo olvidé —dijo mientras la dejaba en el suelo, manteniendo las manos sujetas en la parte baja de su espalda para poder estrecharla contra sí—. Fue una feliz casualidad. Me alegro de que te haya complacido—. Mientras ella lo miraba confundida, él dijo —: Por muy fácil que fuera, y por muy agradable que me resultara que pensaras que me había acordado, no me gusta mentir. No si no tengo que hacerlo.

—¿Porque tuviste que hacerlo mucho en el pasado? —preguntó ella, decidida a conocer sus emociones además de su historia.

—Porque no me gusta hacerlo. —Bajó la cabeza y la besó, cerrando zanjando así el tema.

Le presentó al mayordomo, al ama de llaves y a la cocinera mientras los demás sirvientes, los lacayos y las criadas permanecían en firmes. Como muchos nobles ricos, los veía con poca frecuencia, pero pagaba sus sueldos con regularidad para tener personal a su disposición siempre que el capricho lo moviera a visitar esta casa. Ahora también les prestaba poca atención. No apartaba los ojos de Marianne. Incluso insistió en mostrarle él mismo su alcoba.

Era magnífica, tan luminosa y hermosa y exquisitamente amueblada como las otras partes de su asombroso «escondite» que ella había conseguido ver en su apresurado camino escaleras arriba. Pero esta habitación estaba amueblada con muebles modernos de estilo egipcio, popularizados por los éxitos de Wellington allí. Había delicadas sillas doradas, salones con patas de cocodrilo y elegantes mesas y burós de madera con incrustaciones. La cama y el armario eran de una generación anterior, de maderas oscuras, relucientes y enormes, pero la habitación era lo bastante grande para contenerlos a todos con suficiente espacio entre ellos para que pareciera desordenada.

—¿Para qué molestarse con el exterior? Se podrían cazar conejos aquí dentro —murmuró Marianne para sí misma mientras se alejaba de la chimenea hacia las ventanas que daban al hidromiel.

—Se me ocurren cosas mejores que hacer que cazar un conejo aquí dentro —susurró Mark tan cerca de su oído que ella dio un respingo.

—No sabía que seguías aquí. —Se sentía entre nerviosa y complacida.

—Esta es mi alcoba... y la tuya, si así lo deseas. Por supuesto, algunas damas prefieren sus propios aposentos, así que si lo deseas…

—¡No! —dijo ella rápidamente—. Me gustaría quedarme contigo.

—Hecho, entonces. —Sonaba complacido—. Ahora, en cuanto a esta noche, querrás un baño. Yo también, y no solo por el polvo del camino. Te tengo reservado un capricho. No tienes ni idea de las instalaciones que tenemos en el baño. Aquí había un manantial de agua caliente, y todavía fluye. Nada como Bath, por supuesto; ni tan caliente, ni tan maloliente tampoco, por fortuna. La bañera es más como una piscina, con espacio para seis personas por lo menos, aunque me conformaré con dos.

Ella vio que hablaba en serio. Los latidos de su corazón se aceleraron. ¿Bañarse con él? Lo que hacía con él por la noche, en su cama, en la oscuridad, era una cosa. ¿Pero bañarse juntos? Tendría que haber luz, tendría que haber intención, sus ojos estarían abiertos y habría tanto que ver, incluso interiormente. No podía absolverse fingiendo ser solo una chica obediente.

Agachó la cabeza y miró hacia otro lado.

—No creo que sea lo mejor, Mark. —Su voz sonaba ahogada—.Hay mucho que puedo hacer, mucho que he hecho y que nunca pensé que haría, pero algunas cosas parecen... demasiado para mí en este momento.

—Oh, bueno, fue una idea encantadora. —Se encogió de hombros—. Pero si los deseos fueran caballos, este viejo Dobbin cabalgaría. —Sonrió al ver cómo los ojos de ella se abrían de par en par ante esa referencia—. No te preocupes, seré un caballero y te dejaré usarlo a ti primero. Yo me conformaré con una palangana o el pequeño arroyo helado que hay detrás de la casa. ¡Tu cara! No, estoy bromeando. No te preocupes, disfruta de tu orgía romana tú sola, criatura egoísta. Pensar en lo que te pierdes me reconfortará. Te veré en la cena.

Pero cuando llegó a la habitación con la piscina, se dio cuenta de que, fuera lo que fuera, sin duda había sitio para hacerlo allí. «Podrían jugar al críquet aquí», pensó mientras entraba de puntillas en la gran habitación de azulejos.

Era como un templo romano. Había una piscina rectangular larga y poco profunda en el centro, y podía ver los diseños de los azulejos en el fondo. Sátiros y doncellas, aves y flores: «¡es una galería de arte submarino!» pensó maravillada. Dejó su bata en un banco de piedra y, sintiéndose extraña por estar desnuda en un lugar tan vasto, bajó rápida y cauta los anchos escalones de mármol hasta el agua. Estaba caliente y solo le llegaba a los muslos, se dio cuenta con alivio. Soltándose de la barandilla, se hundió en la dicha.

Pasó los primeros minutos relajándose, intentando que su cuerpo olvidara los kilómetros de carretera que había recorrido a sacudidas. Incluso el vagón más cómodo se sentía como el aparejo de un granjero después de un día de viaje. Pudo fijarse mejor en lo que la rodeaba. Levantó la vista y chilló. Se rodeó con los brazos y se dobló sobre sí misma. Se atrevió a echar otra mirada hacia arriba y se sintió como una tonta. No estaba abierta al cielo en absoluto, solo era otra cúpula de cristal.

Miró hacia abajo y vio los dibujos en el suelo de la piscina desde tan cerca. Aun así, pronto estaba bordeando la piscina, caminando de rodillas, asomándose al agua. Todo provenía de los mitos romanos.

Mark se detuvo ante la puerta de la sala de baño. Se detuvo, un poco apenado, un poco avergonzado. ¿Todos sus encuentros debían comenzar con un baño? Anoche la había sorprendido en el mismo y había insistido en el asunto para evitarle la ansiedad de esperar a que hicieran el amor.

Pero esta noche quería llevarla lentamente al placer. Si empezaba con un baño o no, no importaba. Se encargaría de que terminara en una llamarada que los consumaría a ambos. Sonrió ante la idea.

Solo llevaba una bata y esa sonrisa y portaba una bandeja de plata. Estaba repleta de platos de frutas y golosinas azucaradas, manjares que un hombre y una mujer podían darse el uno al otro, el tipo de golosinas que eran fáciles y agradables de mordisquear a placer mientras se holgazaneaba en una piscina. Él lo sabía. Lo había hecho a menudo.

«La última vez, con aquella rubia de grandes pechos... ¿o era la morena que se negaba a mojarse el pelo? Aquella no fue, definitivamente una buena noche», pensó, levantando una mano para facilitar la apertura de la puerta. Se detuvo, con la mano en la puerta, antes de hacerlo.

Dentro estaba Marianne. Era diferente en muchos aspectos; eso era lo que él valoraba de ella. Si repetía las travesuras que había hecho para divertirse de forma lujuriosa en el pasado, ¿no la estaba haciendo, de alguna manera, como las demás? No lo era. Ni él sentía lo mismo por ella, ni quería sentirlo.

Dejó caer su mano. Ella se merecía algo mejor por suparte. No quería fundirla en su mente con todas las demás con las que se había acoplado de una forma tan breve.

Mark se dio la vuelta y se dirigió a su habitación. Dejó la bandeja y llamó a su ayuda de cámara para que lo vistiera para la cena.

—Debería llamarse comedor —dijo Marianne nerviosa cuando entró en el cavernoso comedor.

No había criados a la vista. Mark le tendió una silla, esperando a que ella se sentara antes de sentarse él. Tenía un aspecto elegante. Iba vestido de forma casi tan formal como en Londres, con una chaqueta oscura y el paño del cuello crujiente y blanco. La única concesión al campo eran las botas altas que llevaba.

Ella también se alegró de haberse vestido con estilo. Se había puesto uno de sus vestidos nuevos, de seda, con mangas abullonadas y color verde lima pálido, sencillo y caro como un billete nuevo. La hacía sentirse elegante, pero al ver su absoluta compostura, se sintió incómoda. No sabía cómo lidiar con esa formalidad suya, al menos no ahora que habían conocido la intimidad. Él parecía ser dos hombres en uno. Supuso que todos los caballeros eran así, y se preguntó si alguna vez sería lo bastante dama como para aceptar que su marido fuera íntimo en la cama, pero fríamente formal fuera de ella.

«Al menos se sentó a su lado», pensó aliviada. Si él estuviera en la cabecera de la mesa y ella a los pies, tendrían que gritar sobre la comida o el tiempo u otra charla de la hora de la cena. La habitación era enorme, pero de algún modo acogedora. Había espacio para la mesa y el aparador, así como sillas y sofás de aspecto confortable. Las paredes eran de roble pulido y las ventanas daban al césped donde las sombras del atardecer moteaban la hierba guadañada. Era una noche fresca, por lo que un alegre fuego crepitaba en el enorme hogar.

—Debió de ser una posada encantadora —dijo Marianne.

—Es una casa confortable. Dime, ¿disfrutaste de tu baño?

—Lo hice. —Bajó la vista hacia su vaso. Miró arriba su alrededor para asegurarse de que no había criados cerca—. Pero...

—¿Pero?

—Pero... estaba sola.

Él pensó que había oído mal, hasta que vio la sonrisa que se dibujaba en sus labios. Dejó el vaso y echó la cabeza hacia atrás, soltando una carcajada. Una que fue recibida por ella con otra sonrisa.



Fue una suerte que Brook House no tuviera antecedentes de fantasmas, porque cuando los lacayos entraron a servir los primeros platos no quedaba nadie en la sala y no se veía ni oía nada más que el eco de las risas que bajaban flotando desde lo alto de la escalera.

—Lo mismo de siempre —le dijo un lacayo al otro—. Mejor volvamos todos a la cocina y hagamos que la cocinera prepare una bandeja, como es la costumbre cuando su señoría agasaja a una muchacha.

—Creía que esta era diferente —dijo el otro escuchando los sonidos desvanecidos de la algarabía.

—¿Diferente? Es una mujer, ¿no?

—Pensé que había dicho que esta vez era diferente —insistió el primer lacayo.

—Sí, claro —se burló el otro.



Su vestido era solo un soplo de gasa tan fácil de quitar como de poner. Pero ella no había sabido que un hombre elegante pudiera quitarse la ropa, las botas, el paño del cuello, los calzones, el chaleco y la ropa pequeña con tanta rapidez. Pareció solo un instante después de haber llegado a su habitación que llegaban a la cama, y un segundo después, ella sintió la bendita emoción del calor y la conmoción de su cuerpo desnudo junto al de ella.

Esta vez ella estaba tan ansiosa como él.

Él gimió.

—Marianne, espera, déjame, déjame. Ah, Marianne, ¿qué me estás haciendo?

Sus brazos alrededor de su cuerpo, sus manos moviéndose sobre él… Estaba tan aliviada de volver a encontrar a su Mark. Su Mark, tan risueño, íntimo y excitado. Estaba enrojecida de deseo, acalorada por los largos momentos en su baño y los momentos más largos recordándolo a él.

Hizo todo lo posible por avivar las llamas y, entonces, cuando ya no pudo luchar contra la curiosidad de ella ni contra su deseo desenfrenado, los unió, y suspiró con el placer más absoluto. Se tranquilizó a sí mismo, luchó contra sí mismo para poder moverse lento, combatió su deseo desenfrenado para poder demorarse, aunque la sola idea le producía un dolor que matizaba su placer. Entonces, al final, cuando oyó su respiración entrecortada, cedió.

Pero solo hasta cierto punto porque, al final, en el último empujón que pudo controlar, se apartó de ella antes de que su placer pudiera estallar.

Ella había estado subiendo en espiral hacia una nueva altura que nunca había conocido. Pero cuando él la abandonó de repente, la espiral se detuvo y ella cayó estrepitosamente a la realidad. Observó confusa cómo él se alejaba. Apoyó la frente en la almohada, su ancha espalda convulsionaba, pero mantuvo un brazo alrededor de ella y jadeó en su oído cuando llegó a su fin junto a ella, sin ella.

—¿Mark? —preguntó ella con una vocecita cuando él se quedó quieto al por fin—. ¿Mark? ¿Qué ha pasado?

—Lo que ha pasado —dijo él sin aliento, levantándose sobre el codo para poder mirarla—, es que te he ahorrado un hijo.

—Oh. Frunció el ceño. Sus ojos se abrieron de par en par y se asustó—. ¿No quieres que tenga a tu hijo? ¿Pero por qué? Soy tu esposa, Mark.

Respiró hondo. Jugueteó con un mechón de su pelo. Sus dedos acariciaron su mejilla.

—Marianne, eres nueva en este juego nuestro. Seguro que no quieres ser madre, al menos no todavía.

Sus ojos eran enormes, grises como el crepúsculo.

—No soy tan joven, Mark. ¿Es... es que no quieres que dé a luz...? Mark, una cicatriz externa no significa que el bebé vaya a estar marcado. Eso es un cuento de viejas. Lo sé, le pregunté a un doctor.

—¡Maldita sea! —Se sentó, tirando de ella hacia arriba y colocando sus manos sobre sus hombros—. ¡Ya lo sé! No estaba pensando eso. Intentaba evitarlo. La mayoría de las mujeres no quieren...

—No soy la mayoría de las mujeres, Mark —contestó en voz baja.

—Sé que no lo eres. —Se echó a reír—. Dios mío, cómo lo sé. Muy bien. ¿Supongo que me quieres a mí, y a todo yo, sean cuales sean las consecuencias?

—¿Quieres menos de mí? —preguntó ella como respuesta.

—Quiero todo lo que pueda tener de ti —gruñó, tirando de ella hacia abajo a su lado de nuevo, su ira convirtiéndose en pasión, los temores de ella convirtiéndose en yesca.

Yacieron enredados, silenciosos al fin. La luna estaba alta y arrojaba sombras blancas sobre sus cuerpos desnudos, resaltando una curva de pecho aquí, una pierna extendida allá. Ella se tumbó sobre su pecho, su mano jugueteando sobre él. Él se recostó sobre la almohada, un brazo detrás de la cabeza, una mano aún acariciándole la espalda.

—¿Así que eso es lo que sientes siempre cuando haces el amor? —preguntó ella lánguida.

—No siempre. Nunca así, no.

—Gracias, pero me refiero a lo que sentí. Ese momento de absoluta... bueno, ya sabes. —Se sonrojó en la oscuridad, pensando en cómo él le había arrancado esos suspiros y gemidos de placer, hasta que se había oído a sí misma y ni siquiera, entonces, había podido contenerse. Y, desde luego, no después de que él la hubiera oído e instado a proferir más—. ¿Siempre es así para un hombre?

—Nunca fue así para mí —dijo él de nuevo—, y por eso no podría decirlo. Sospecho que fue solo el principio para ti. Ya lo verás.

—¿El principio? —Estaba asombrada.

—Bueno, por muy gratificante que fuera verte aprender tan rápido, creo que aún podrías recordar tu nombre y dónde estabas. Tendré que hacerlo mejor. —Se rio entre dientes.

—Oh, vaya. —Se quedó quieta, escuchando el latido constante de su corazón. Había poco más que oír en la tranquila noche campestre. Le recordó algo—. ¿Sabes por qué mi madre me puso Marianne?

—No. —Bostezó un tanto somnoliento.

—Bueno, no tenía hermanas ni hermanos y me sentía sola. Así que, a veces, cuando no quería irme a dormir en noches de verano como esta, ella me decía que me quedara muy quieta en mi cama a oscuras. Decía que, si lo hacía, y escuchaba muy de cerca, oiría a todas las criaturas hablándome, diciendo mi nombre. Cuando era acompañante de una u otra prima durante todos esos años tan solitarios, a veces, por la noche, escuchaba y me sentía mejor, sabiendo que todos los animales me llamaban.

Él sonrió.

—Todos los animales, ¿eh? ¿Incluyéndome a mí? —preguntó mientras agachaba la cabeza, inclinando la de ella para recibir su beso—. Ya no te sentirás sola, querida.

Ella se acomodó para dormir de nuevo, con la mano en su corazón.

—No me lo has dicho —dijo él, su voz baja.

—¿Mmm? ¿El qué?

—Por qué tu madre te puso ese nombre.

—Ummm… —Intentaba pensar en algo ingenioso, pero tenía sueño y estaba demasiado contenta para convocar algo más que un eco—. ¿Por qué Mark?

—Palabras textuales, porque decía que era el nombre de un ganador y que me daría suerte. Y es verdad. Marianne, si se te ocurre ponerme a prueba, recuerda que siempre gano.

—Bueno, está bien saberlo. —Se quedó dormida sin dejar de sonreír.

Marianne sonrió al despertarse. La luz temprana se filtraba por las ventanas. Era una bonita mañana. Más bonita porque, por primera vez en su vida, se había despertado para encontrar a un hombre en la cama a su lado. No solo un hombre: su marido. No solo su marido: su Mark.

Pasó unos minutos observándolo dormir. «Le estaba creciendo el pelo y empezaba a enroscarse alrededor de las orejas, que estaban pegadas a la cabeza y muy bien formadas», pensó con orgullo. Sus pestañas eran muy largas, observó. Una tenue barba oscura perfilaba aquella dura mandíbula. Ahora que estaba tan quieto, pudo ver que la mitad de su atractivo procedía del espíritu que animaba su rostro, porque aunque no era poco atractivo, no era clásicamente en ningún sentido. «Lo suficiente para hacerla perder el sentido», pensó, suspirando de felicidad.

Empezó a escabullirse de debajo de las sábanas. Un largo brazo serpenteó alrededor de su cintura y la retuvo.

—¿Has terminado de vigilarme? —preguntó Mark con una sonrisa en la voz—. ¿O echaste un buen vistazo y decidiste dejar a un tipo tan mal parecido?

Volvió a caer en la cama, riendo. Se arrodilló junto a él, sosteniéndose sobre las manos y mirándolo, con el pelo cayéndole hasta formar una cortina alrededor de la cara.

—¡Miserable! ¿Nunca duermes?

—No me atrevo. Podría roncar y tú podrías abandonarme.

—Podría abandonar mis sentidos, querrás decir. Pero tengo que levantarme ya. Tenemos un viaje muy largo por delante. Otra cosa que nunca se me ocurrió preguntar. ¿Son dos días o tres para llegar a casa de tu padre?

Pero ahora él la miraba fijamente a los ojos.

—Grises en la oscuridad, plateados al amanecer: tienes los ojos más asombrosos que he visto —murmuró.

—Bueno, me alegro, pero no los veo mucho —dijo ella, desestimando su cumplido para ir a los hechos—. ¿Hasta dónde debemos viajar hoy, Mark?

—¿Hasta dónde? Hasta la comodidad y vuelta, hasta la mesa del comedor y vuelta... es decir, si realmente sientes que tienes que salir de esta cama —jadeó él, rozándole la frente con un beso.

—No bromees. Me gustaría saberlo.

—Nunca he hablado más en serio. —Ella pudo ver las intenciones en sus ojos. Pero no tenía nada que ver con dejar la cama y seguir viaje.

—¡Mark! De verdad, tenemos que irnos.

—Precisamente lo que yo pensaba. —Sonrió y tiró de las mantas de la cama que ella sostenía contra su pecho.

—Me refería a tu padre —protestó—. Dijiste que teníamos que irnos pronto.

—Eso dije —murmuró él mientras acercaba sus labios al hombro de ella—, pero me equivoqué.

—¿Qué? —Marianne le puso las manos en el pecho para retenerlo, con los ojos turbados —. Mark, nos casamos deprisa, cabalgamos como locos para llegar aquí, ¿y ahora dices que ya no tenemos que darnos prisa? No lo entiendo.

Cogió sus dos manos con una de las suyas y se las llevó al corazón, sus ojos se entrecerraron al ver cómo las sábanas se habían caído de sus pechos, mostrándolos coralinos e

inclinados. «Los lleva como adornos en ese esbelto armazón», pensó.

—Bajé al amanecer, mientras dormías, para ver si había un nuevo mensaje de mi padre. Ya te dije que recibo informes a diario. Como aquí estamos más cerca de él que en Londres, pensé que el mensaje podría llegarnos antes, y así fue. Está mejor, Marianne. No sé si fue la noticia de mi matrimonio o la propia voluntad de Dios lo que lo hizo, pero está mejor.

Ella lo miró, adorablemente confusa. Él sonrió y su voz era suave mientras continuaba.

—Verás, no es un hombre enfermizo, en el sentido normal de las cosas, pero contrajo una agüita el invierno pasado. Creció hasta convertirse en fiebre y luego empeoró. Mucho peor. Tuvo una crisis. Pero ya ha pasado. Su fiebre por fin se fue con el amanecer de ayer, por eso me atreví a parar aquí. Ahora su médico dice que solo debe quedarse en cama. Y hoy me ha escrito. Por fin ha tenido fuerzas para escribirme él mismo. —Su sonrisa era muy amplia—. Me ha dicho que prefiere no encontrarse contigo en la cama. Es una maravilla que el tipo sea mi padre, ¿verdad? Supongo que quiso decir que no quería que te encontraras con él mientras estaba en la cama.

Volvió a sonreír. Esta mañana era todo sonrisas.

—Y —continuó, tocándole con un dedo la punta de la nariz—, dice que quiere que tengamos una luna de miel como es debido. Me dijo que me tomara unas semanas para celebrar mi matrimonio contigo y que le dejara ese tiempo para recuperarse. Vanidad. Somos un par de machos vanidosos. Quiere que te sientas impresionada por él cuando os conozcáis. Así que eso es todo. No hay mejor lugar para pasar un mes encerrados que este. Así que no viajaremos a ninguna parte hoy, Marianne... A menos que pueda convencerte de hacer un pequeño viaje conmigo ahora.

—¿Un viaje? ¿Adónde?

—Estaba pensando en algún lugar donde ambos fuéramos felices —murmuró mientras bajaba sus labios hacia los de ella—. A las estrellas, creo, para empezar.

Pero mintió, porque pronto la llevó al corazón del sol. Ella lo seguiría donde él la guiase. Dejó que la estrechara entre sus brazos, que la condujera de nuevo por los senderos que habían explorado por la noche y que luego tomaran nuevos giros a la creciente luz del día. Si no hubiera sido por un extraño momento de duda sobre lo que él había dicho, habría sido totalmente exquisito para ella. Pero eso no importaba. Porque ella estaba ciega por él.

Capítulo 12

Marianne llegó a comprender por qué el período posterior a una boda se llamaba luna de miel. Cada día era lento e increíblemente dulce, derivando hacia una deliciosa noche, ya que los días y las noches parecían correr juntos hacia un estanque de deleite.

Pero ella tenía un alma práctica; había tenido que tenerla para sobrevivir tanto tiempo sin amor. Así que, incluso en medio de la burbuja en la que vivía, a veces intentaba recordarse a sí misma que no se puede vivir siempre en una luna de miel, que probarla un poco era suficiente, que demasiada empalagaría y jadearía el paladar.

Eso no ocurrió.

Llegó a conocer a Mark mejor de lo que creía que una mujer podía llegar a conocer a un hombre. Memorizó su cuerpo, quedó fascinada por él, se sorprendió una y otra vez por su poder y por la delicadeza con el que él podía utilizarlo. Después de solo una semana, sabía qué lo hacía suspirar o estremecerse, qué simple caricia podía encender de repente sus pasiones.

Estaba asombrada por sus propias pasiones. No sabía que las tenía. Había un montón de cosas que podía sentir que nunca habría imaginado, y ahora no podía recordar cómo había vivido sin los placeres que él podía hacerle sentir. A veces, solo una mirada conseguía hacerla suspirar.

Después de unos días, también había aprendido sus comidas, olores y canciones favoritas. Hacía preguntas y recibía respuesta, a veces con una broma, a veces con un beso, o a veces con un abrazo que la hacía olvidar el resto de las preguntas que quería hacerle.

También descubrió datos valiosos. El nombre de su padre era Simon Cuthbert Malcom, el de su madre había sido Mary Elizabeth. Había tenido un hermano y dos hermanas, pero ninguno había sobrevivido a la infancia. Disfrutaba nadando, le gustaba montar a caballo y practicar la esgrima, no le importaba no volver a cazar, pero le encantaba pescar. Confesó que le gustaba ver a un buen par de púgiles haciendo sparring, leía los periódicos todos los días e intentaba leer un libro cada semana. Por supuesto, como le dijo con un beso repentino mientras la llevaba de vuelta a su cama, eso fue antes de que ella entrara en su vida y desterrara para siempre los libros y los periódicos de su mundo.

—Sí, supongo que a veces he estado en peligro, aquellos años en los que estuve en el Continente, actuando para Inglaterra —dijo un día cuando le preguntó por ello mientras estaban sentados juntos en los jardines—. Pero ¿y qué? Tenía amigos que estaban en peligro constante. Luchaban contra Napoleón en sangrientos campos de batalla. Yo intentaba hacerlo en salones y en bailes. Se enfrentaban a sables y obuses. Yo chismorreaba en alcobas e infiernos de juego mientras ellos eran despedazados en infiernos reales. Nunca fue cuestión de que me detuviera por el peligro.

—Pero podrían haberte descubierto. Podrías haber muerto —protestó ella. Él se encogió de hombros.

—Estábamos en guerra. No podía alistarme en el ejército porque era el único hijo y heredero de mi padre, pero tampoco habría podido vivir conmigo mismo si me hubiera quedado fuera de la guerra. Algunas cosas son más importantes para un hombre que la vida.

—El honor. —Asintió.

—Y el amor. —Se volvió y la tomó entre sus brazos, deteniendo sus preguntas durante otra hora.

Algunas cosas le resultaban difíciles de preguntar, pero se armaba de valor... cuando no lo miraba a la cara ni él a la suya.

—¿Mark? —preguntó ella una noche mientras yacían en la cama.

—¿Mmm? —murmuró él, medio adormilado después de hacer el amor.

—¿Aquella vez que me dejaste antes de poder... cuando te alejaste de mí cuando nos... ya sabes? —Habló de forma apresurada, con la voz una octava más alta de lo que le gustaba, porque aún le daba vergüenza hablar de algunas cosas, aunque ahora podía hacerlo de la mayoría. Pero necesitaba saberlo—. ¿Por qué lo hiciste? Sé que dijiste que era para evitarme un bebé, pero dijiste que te casaste conmigo para poder tener un bebé por el bien de tu padre. —El tiempo pasaba y él no contestaba. Pero ella sabía que no estaba durmiendo.

—Oh, *aquella* vez. Supongo que fue la vez que más cerca estuve de mentirte, pero solo me mentía a mí mismo. Querida Marianne, me duele decírtelo, pero creo que te dije una verdad a medias. Por una parte, sentía que eras nueva en esto y que no estabas preparada. Por otra, si te soy sincero, fue por costumbre. —Ella se quedó muy quieta. Él le acarició la espalda con una mano cálida mientras hablaba, con voz baja y engatusadora—. Sabes que no era monje antes de conocernos, querida. Nunca quise tener hijos de esa forma, y estaba acostumbrado a parar antes de acabar... Así que no lo pensé, supongo. Tienes una manera innata de convertir mi ingenio en agua, ya lo sabes. Veamos si todavía puedes hacerlo.

Ella había aprendido que él podía convertir la sangre de sus venas en fuego. De algunas cosas hablaba poco, y solo si ella persistía. Ella le preguntaba a menudo por su pasado, y él le contaba un poco de su infancia, sus días en la escuela, sus viajes a lugares exóticos en el extranjero. Pero soo cuando ella se armaba de valor y preguntaba directamente, él hablaba de lo que ella más quería saber.

—¿Mi mujer? —le contó por fin una mañana cuando paseaban junto al arroyo. Hizo una pausa y luego eligió sus palabras con cuidado, siendo escueto con ellas—. Sí, era hermosa. Y joven, como yo. No estuvimos juntos mucho tiempo.

Estaban bajo los árboles, en una sombra frondosa. Podía sentir el juego de luces y sombras sobre su rostro y se alegraba por ello, ya que sentía que la luz moteada disimulaba de algún modo su cicatriz. A veces casi la olvidaba. Pero nunca cuando estaba fuera, y nunca a la luz del día.

—Debió de ser trágico para ti —dijo vacilante, porque nunca se había atrevido a preguntarle detalles de su primer matrimonio y su comportamiento era muy reservado.

—¿Te muestras vacilante, mi valiente Marianne? ¿Crees que suspiro por ella? ¿O que te

comparo con ella? Pues no lo pienses. No lo hago. Nunca lo he hecho. No podría.

—Pero nunca me has hablado de ella. Nada. Quiero decir, ¿era rubia? ¿O morena? Más pequeña que yo, o…

—No importa. —Cogió una piedra y la lanzó al agua—. Nunca importó. Nuestros padres querían ese matrimonio, lo arreglaron y nosotros estuvimos de acuerdo. Los dos éramos buenos hijo —añadió con una sonrisa retorcida.

—Pero cuando ella... se fue, fue cuando empezaste a reunir información en el extranjero, ¿no? ¿Estabas intentando olvidarla?

—Era lo que todo el mundo debía pensar. —Se quedó mirando el agua que corría—. Porque un joven enfermo del corazón que intenta ahogar sus penas en placeres sin sentido puede entrar en muchos sitios.

—¿Pero era cierto?

—Una cosa sí lo era: No parecía tener sentido volver a Inglaterra de inmediato. El tiempo pasó y los meses se convirtieron en años. La guerra se prolongó, y yo también, y las razones por las que entré en ella las olvidé. No sientas compasión por mí. Tomé una mala situación e hice algo bueno de ella. ¡Marianne, esto es deprimente! Hablando de la guerra: ¡qué manera de desperdiciar un buen día! Te diré una cosa: te enseñaré a pescar. El agua me ha recordado cuánto me gusta. Seguro que hay algunas cañas en casa. ¿O te dan miedo los gusanos?

—No me gustan. —Arrugó la nariz—. Pero si me prometes no tirármelos en la cara, como hacían los hijos de mi prima Sylvia, creo que podré lidiar con ellos.

—¡Te doy mi palabra! —contestó con fervor, sonriendo como un niño—. Pongámonos a ello antes de que cambie el tiempo. —La cogió de la mano y corrieron de vuelta a la casa, riendo. Se reían aún más una hora después.

—Sí. —Le soltó una risita al oído mientras yacían satisfechos en la cama de su alcoba bañada por el sol—. Una caña maravillosa me has enseñado, milord.

—Y mira lo que he pescado con ella. —Cogió un puñado de su pelo y lo dejó caer para cubrirlos a ambos—. Mucho mejor que un pez: tiene la sangre caliente y un cuerpo esbelto que se retuerce y gira en mis brazos. Señor, Marianne, es tocarte y ya vuelto a tener ganas de ti. ¿Este deseo que siento llegará algún momento a su fin?

Parecía que no, pero se acostumbraron más a él, como se acostumbra uno a cualquier lujo.

Pero Marianne empezó a sentirse incómoda. Su nerviosismo yacía bajo la superficie, asomando a la superficie, creciendo despacio a medida que pasaban los días. Una mañana se dio cuenta de por qué lo sentía.

Estaba escribiendo de nuevo a su madre. Mientras pensaba en lo siguiente que iba a decir, observó distraída la fecha en la parte superior de la página que estaba escribiendo. Habían pasado dos semanas. «Dos semanas», pensó conmocionada, y aún permanecían en su escondite, haciendo el amor y riendo como si no hubiera futuro.

Pero este se acercaba y ella aún no sabía cómo ocupar su lugar en la vida de Mark y no tenía forma de aprenderlo. No había conocido a su padre ni a ninguno de sus parientes, salvo al hombre pelirrojo de Londres y las pocas personas que habían estado en la boda. No conocía a ninguno de sus amigos. No había conocido a nadie desde entonces, salvo a los criados de la casa. Mark se la había llevado de Londres y la había preservado en esta reluciente joya de ámbar dorado que era su «luna de miel». Se preocupaba por el futuro, aunque se sentía ingrata por hacerlo.

—¡Qué cara! —dijo Mark al entrar en la habitación desde el baño, frotándose el pelo con una toalla—. ¿Por qué tanta melancolía?

Ella levantó la vista, avergonzada.

—Solo estaba pensando.

—Sí —dijo él mientras se sentaba a su lado y le ponía un brazo alrededor—, eso es obvio. Porque lo que piensas se te nota en la cara. ¿Qué tragedia te preocupa?

—Es solo… ¡Mark, llevamos casados dos semanas!

—Una tragedia —estuvo de acuerdo—, y con un poco de suerte, antes de que nos demos cuenta, serán tres semanas. Si ahora estás deprimida por eso, no quiero ni pensar en cómo estarás entonces.

—¡Pero Mark, nadie me conoce! Es decir, tu familia y tus amigos se han enterado de que nos casamos, pero yo solo soy una rumor para ellos. Bien podría estar en la luna.

—Ah, ya veo. ¿Querías pasar la luna de miel en compañía?

—¡No me refería a eso! Sabes lo encantador que ha sido. No quiero que esto termine nunca. Solo quiero decir que pronto conoceremos a tu padre, y después a todos, me imagino. Pero llevamos aquí dos semanas, y debes conocer a la gente de aquí, y sin embargo yo...

—¿Sientes que te estoy ocultando? —preguntó él, de repente tan serio como ella. Él la miró a los ojos grises y asintió—. Bueno, entonces, eso tiene fácil remedio. Iremos a la ciudad esta misma tarde. Ponte tu mejor cofia y cuida tus modales, te presentaré el mundo de Little Newton.

Era una tontería estar tan entusiasmada con un viaje a la pequeña ciudad, pero Marianne estaba entusiasmada. No le hacía ascos a semejante capricho. Cuando había sido acompañante, su único recreo habían sido los viajes a los pueblos cercanos y, después de todo, este era el hogar de Mark. Así que se puso uno de sus vestidos nuevos, un bonito vestido rosa con una sobrefalda de rayas rojas. También se puso una cofia nueva, no como una broma, sino porque era lo que estaba más de moda, con el ala vuelta hacia arriba.



Los caminos rurales habrían hecho estragos en las enjutas ruedas de un faetón como el que Mark conducía en Londres. Aquí, en el campo, conducía en cambio un carruaje ligero.

Todo el pueblo de Little Newton no eran más que dos calles. Había un prado cerca, pero el único tráfico que Marianne vio fue una fila de patos que volvían al estanque. Había una iglesia

en la cuesta más alta; más abajo había una herrería, una tienda de ultramarinos y algunas otras tiendas cuyos letreros estaban demasiado desgastados para poder leerlos. Había, incluso, una modesta posada, con un pequeño jardín exterior.

—No es un lugar histórico —dijo Mark mientras atajaba a sus caballos—. El pueblo es antiguo, excepto la iglesia. La original se quemó varias veces y siguieron reconstruyéndola. Uno pensaría que podrían haber empezado a preguntarse si la deidad realmente quería una iglesia justo ahí, pero Little Newton no se cuestiona mucho. Podríamos pasear por las calles y arriesgarnos con la bulliciosa multitud pero mejor tomemos un refresco en la posada y dejemos que la ciudad nos descubra a nosotros, ¿de acuerdo?

El *Stars and Garter* estaba en penumbra y olía a cerveza por dentro. Unos cuantos ancianos sentados en una mesa cerca del grifo los miraron. Se tocaron los sombreros al ver a Mark y luego volvieron a hablar entre ellos en voz baja. Mark condujo a Marianne a una mesa junto a una ventana. El casero se apresuró a servirles.

—Milord —dijo, inclinándose ante Mark—. Señora —le dijo a Marianne, mirándola a los ojos y luego apartándose rápido—. Carne y queso es lo que solemos servir. ¿Les parece bien? Entonces, Sukie se lo traerá lo antes posible. ¿Cerveza para usted, milord? —

Mark asintió—. ¿Y querría la señora limonada? La hago fresca.

—Eso estaría bien —contestó o Marianne, pero cuando el camarero se fue frunció el ceño.

—¿No te apetece limonada? —preguntó Mark, reclinándose en la silla y estudiando su rostro.

—No es eso. Solo pensé que, como esta era tu casa, aquí te recibirían con más cariño.

Se rio.

—Es algo difícil. Solo vengo aquí de vez en cuando y solo un día. Como mucho una semana o dos juntas, y no tan a menudo a lo largo de un año. Cuando lo hago, suelo quedarme en la Casa Brook solo o con los amigos con los que genido. A la mayoría de ellos no les gusta tanto el pueblo como a ti, así que los aldeanos no me conocen muy bien. Y si creen que me conocen, piensan en mí como un malvado libertino.

—Oh. —Estaba decepcionada, pues no tenía mucho sentido conocer a gente que pensara mal de su marido.

Sin embargo, la camarera estaba claro que no lo hacía. Llegó a su mesa con una sonrisa muy amplia dirigida solo a Mark. Les trajo el almuerzo, y parecía llevar con él su propio y considerable pecho en la bandeja. «Era rubia y tenía hoyuelos, bonita, aunque tuviera demasiado pecho», pensó Marianne nerviosa porque ¿quién sabía si un hombre pensaba alguna vez que una mujer tenía demasiado pecho?

Marianne observó a Mark. Estaba admirando su ternera fría y no la otra suntuosa carne que se presentaba ante él para su inspección. La muchacha dejó todos sus platos y, por fin, se alejó con cara de resentimiento.

—Podrías haberle dedicado una sonrisa —dijo Marianne—. No me habría importado. Sé que te fijaste en ella.

—Oh. ¿Regalarle una sonrisa en lugar de hervir de lujuria frustrada? —preguntó con demasiada ligereza—. Querida, me he dado cuenta, pero no estaba interesado. Y una mujer como

ella consideraría una sonrisa como una invitación. ¿Confías en mí o no? Decide.

—Lo siento. —Se sentía un poco tonta —. Sí que confío en ti, pero supongo que tengo miedo. ¿Tiene eso algún sentido?

—Demasiado —murmuró él.

Una mujer diferente, esta sencilla y seria, les sirvió el resto de la comida. Esta vez Mark frunció el ceño. Miró con rabia a la mujer mientras abandonaba su mesa.

—¿Qué ocurre? —preguntó Marianne—. ¿Pasa algo con la comida?

—Con el servicio —gruñó—. Creo que tendré que hablar con el posadero.

¿El servicio? Marianne no había visto nada malo; la mujer no era muy amable, pero era pulcra y rápida. Lo único que se le ocurrió a Marianne que podría haber molestado a Mark la puso tan nerviosa que tuvo que bromear al respecto.

—¿Así que ya echas de menos a la rubia?

—Esta no tiene modales —comentó Mark con gesto adusto.

Marianne también frunció el ceño... hasta que se dio cuenta de lo que quería decir. Había sido consciente de ello de un modo ausente porque estaba muy acostumbrada.

—¡Oh! ¿Quieres decir porque no deja de mirarme... o mejor dicho, a mi cicatriz? Al menos me miró. —Se rio—. Tu belleza rubia ni siquiera reparo en mí, creo. —No sonrió. Ella puso su mano sobre la de él—. No montes un escándalo. Estoy segura de que no quiere decir nada con ello. A algunas personas les pasa. No pueden apartar la mirada. No me importa.

—Debería —gruñí de nuevo.

—¿Por qué? No lo hacen de forma intencionado. Tampoco es peor que la gente que la mira y luego aparta la vista, como si acabara de ver un accidente de carruaje y no pudiera soportar ver nada más. El propietario ha hecho precisamente eso. Me he sentido acusada. De hecho, es tu reacción la que no puedo entender.

—¿La mía?

—Dijiste que no te importaba.

—Dije que te realza. Entiende bien mis palabras, por favor. Ah, Marianne, ¿cómo debo tratar esto contigo? —Puso su mano sobre la de ella. Hablaba en voz tan baja que ella tuvo que inclinarse hacia delante para oírlo—. Tengo que confesarte algo. A veces anhelo besar esa cicatriz, ¿lo sabías? Sí, mírame sorprendida. He querido poner mis labios sobre ella, trazarla con mi lengua, incluso, para reconocerla, por ti y por mí. He estado tentada de hacerlo tantas veces, pero tenía miedo de lo que pensarías. No es porque sea perverso o tan perverso. —Sonrió—. Ni porque sienta pena por ti ni porque intente curar el daño que sufriste ni nada de eso. Sino porque si no fuera por esa cicatriz nunca nos habríamos conocido. ¿Has pensado alguna vez en eso?

—¡No! —Inclinó la cabeza hacia un lado mientras lo consideraba—. Creo que es el cumplido más bonito que me has hecho nunca.

—Entonces tendré que hacerlo mejor en el futuro —dijo, y volvió a su ternera.

Terminaron de comer y se sentaron a mirar por la pequeña ventana. No pasaba mucha gente.

—Supongo que si quieres conocer el pueblo tendremos que pasear —murmuró Mark por fin.

Caminaron hasta la iglesia y luego bajaron de nuevo al carruaje. Para entonces, el rostro de Mark era de enfado. Habían conocido a poca gente, y a los que conocieron no habían sido muy amistosas. El vicario había sido cortés, pero distante. El herrero los saludó, pero evitó mirar a Marianne cuando los presentaron, y un anciano saludó a Mark con un toque a su sombre y la miró a ella con detenimiento.

—La mitad de ellos son idiotas y la otra mitad cree que soy el mismísimo diablo. Mi reputación ,e precede —murmuró Mark con enfado mientras la ayudaba a subir de nuevo al carruaje—. Lo siento.

—¿Por qué? —Intentó sonar despreocupada—. —Tu reputación mantuvo a todas las jóvenes agradables alejadas de ti, ¿verdad? Tu reputación, mi cicatriz. Qué suerte tenemos los dos. —No sonó tan divertido como ella había pensado.

Mark condujo de vuelta lo más rápido que pudo, alegando que iba a llover. Hablaron del tiempo de camino a casa, pero lo único que Marianne podía hacer era preocuparse por si, de algún modo, lo había avergonzado.

Estuvo nerviosa e incómoda durante el resto de la tarde. Escribió una nota a su padre. Escribió una carta a su madre y luego la rompió, dándose cuenta de lo que parecería enviar dos cartas en un día mientras estaba de luna de miel. Dejó la pluma y suspiró, dándose cuenta de que lo más probable es que la luna de miel había terminado.

Mark no pensaba lo mismo. Seguía sentado en su escritorio, cavilando, cuando sintió los labios de él rozándole la nuca.

—Hagamos que sea una noche espectacularmente buena, para compensar el día que hemos tenido —susurró él contra su garganta—. Creo que necesitamos disfrutar de una cena deliciosa iluminada por muchas velas y luego, quizá, podamos pensar en una forma de pasar el resto de la noche también iluminándola. Iré a cambiarme a mis aposentos. Nos reuniremos en el comedor a las siete.

—¿Como si no estuviéramos casados? ¿Por qué tan formal?

—Porque creo que tengo que cortejarte para que vuelvas a mí otra vez. —LA besó tan a fondo que ella supo que estaba bromeando. Seguro que se daba cuenta de que ella era suya por completo. Se aferró a él tanto tiempo que él susurró—: Quizá deberíamos... no. —Se apartó de ella—. Mi idea es buena. Así cogeremos con más ganas lo que venga después. Nos lo tomaremos como un juego, sí. Una luna de miel es un buen momento para practicar juegos. Ya lo verás.

Cuando él se marchó, su estado de ánimo siguió intranquilo.

Se había vestido de negro, de modo que el blanco de su ropa blanca deslumbraba. Llevaba el pelo oscuro y rizado peinado hacia atrás y sus ojos brillaban contra el bronceado dorado que el sol del campo había rozado su rostro. Tenía un aspecto leonino, orgulloso e, increíblemente, elegante. Le cogió la mano y se la besó cuando ella entró en la habitación. Le entraron ganas de

llorar. Una de sus oscuras cejas se alzó extrañada.

—Mark —dijo ella, e hizo una pausa, porque los lacayos estaban sirviendo la cena.

Cuando estos se fueron, él mismo le sirvió la comida poniéndole jamón, ternera y ave en el plato. Cada vez que le ofrecía algo, ella asentía. Por fin se detuvo.

—Si te pongo algo más necesitaremos otro plato, aunque te juro que no pareces hambrienta. Aunque sí que pareces encantadora. ¿Qué pasa, querida?

—Oh, Mark. —Soltó un suspiro entrecortado—. Apenas sé cómo decírtelo....

—¿Qué pasa? —preguntó él, con la preocupación salpicándole los ojos. a los ojos.

—Bueno, es una tontería, pero es que... Mark, querías que esta noche fuera tan especial y romántica. Pero... bueno... es mi época del mes.

Él frunció el ceño durante una fracción de segundo, luego echó la cabeza hacia atrás y soltó una larga carcajada hasta que vio la cara de ella. Se detuvo, conteniendo una sonrisa.

—No tiene gracia —dijo ella con tono enfadado—. No sé qué se supone que debo hacer contigo, quiero decir,, cuando eso ocurra. ¡Oh, cielos! Ni siquiera sé cómo hablar de ello contigo.

—Como hablarías de cualquier otra cosa. Querida, hemos intimado en todo lo demás, ya lo sabes.

—Lo sé. —La vergüenza le tiñó las mejillas al recordar todo lo que habían hecho—.Pero ahora no podemos. ¿O sí que podemos? ¿Hay algo que pueda hacer por ti? ¿O deberíamos seguir adelante y...?

—Marianne —intentó sonar tranquilo, aunque la risa aún acechaba en sus ojos—. Solo deberíamos hacer lo que nos resulte placentero a los dos. Imagino que te sientes como si te hubieran dado un puñetazo en el estómago. —Ella asintió—. ¿Te duele? —Volvió a asentir—. Entonces no es precisamente el momento ideal para hacer el amor, ¿verdad? Aunque es cierto que hay otras cosas que podríamos hacer, si quisiéramos. Solo que aún no hemos llegado a eso, y ahora no es el momento de empezar. ¿Crees que soy tan hedonista que no puedo pasar una noche sin hacer el amor?

—Bueno, podrían ser tres, o incluso cuatro, noches más. —Quería ser sincera con él.

—¿Tanto tiempo? ¡Dios mío! ¿Cómo sobreviviré? —La risa abandonó sus ojos—. Muchas gracias toda la preocupación que siente de mí. —Sonaba con pesar. Antes de que ella pudiera protestar, él murmuró—: Aun así, ¿cómo puedo culparte? Te cortejé con pasión, por pasión, y te he tratado con poco más desde entonces, ¿verdad? Pero escucha. Hay otras cosas que compartir además de nuestros cuerpos. Estamos juntos, tenemos el resto de nuestras vidas para descubrir todos los placeres que podemos sentir. Tranquilízate.

Lo estuvo durante el resto de la velada. Él se aseguró de ello. Pasearon después de cenar. Él tocó el piano para ella, ella cantó algunas viejas canciones para él. Se fueron a la cama. Ella yacía rígida, preguntándose cómo se sentiría él de verdad... hasta que sintió su fuerte brazo engancharse alrededor de su cintura. Él la acercó, metiendo su trasero en el calor de su abdomen, poniendo su gran mano sobre su dolorido estómago. Pero por muy bien que se sintiera, ella no podía relajarse.

—Duérmete y deja de preocuparte —le susurró—. Estoy cansado y muy lejos de la ciudad,

así que no me iré mientras duermes. Además, ¿cómo sé que la encantadora rubia de la posada no está en las mismas condiciones que tú esta noche?

Lo golpeó con la almohada mientras él se reía como un loco. Luego se acurrucó contra él y se durmió, satisfecha de que, por el momento, al menos, él la deseara para algo más que sentir pasión.

Pero, por la mañana, le dijo que se marchaba.



Se sentó a la mesa del desayuno y la temprana luz del sol no mostró más que consternación en sus ojos. No era nada comparado con lo que vio en su cara cuando le dijo que había recibido un mensaje y tenía que irse enseguida.

—No, no es mi padre, gracias a Dios —la tranquilizó rápidamente—. Es de Londres, de la oficina con la que trabajé cuando estuve en el Continente. No puedo contártelo todo, pero puedo decirte que tienen un problema. Hay revuelos, rumores desde Elba. El hombre que ocupa ahora mi lugar no sabe en quién puede confiar, pero yo sí. Me necesitan allí.

—¿En Francia? —jadeó.

—No, no, mis propósitos son demasiado conocidos ahora. No solo no estaría a salvo, sino que mi presencia pondría en peligro a cualquiera que tuviéramos allí. Necesitan que hable con el hombre que van a enviar en mi lugar, y quieren que responda a algunas preguntas que me han enviado desde el extranjero. No tardaré mucho. Un día para llegar, un día allí y un día para volver. Tres días, cuatro como mucho. Pero debo irme ya…

—Iré a ocuparme de empaquetar mis cosas —dijo Marianne, levantándose de un salto de su asiento.

Él le cogió la mano para detenerla.

—No. No hay razón para que te vayas. De hecho, no puedes. No puedo viajar en carruaje, es demasiado lento. Voy a caballo, sin llevar nada más que mis alforjas. Mi ayuda de cámara se viene conmigo, pero solo para que pueda recoger el resto de tu vestuario mientras está en Londres. Estarás más cómoda aquí, volveré antes de que me eches de menos.

—Imposible —susurró.

Intentó controlarse mientras se despedía de él, aunque era evidente para que le estaba resultando difícil. Se pararon en el camino de entrada. Su ayuda de cámara estaba sentado en su caballo, esperando a su señor. El caballo de Mark estaba ensillado, esperándolo también.

—No te preocupes tanto. —La miró con ojo firmes y sobrios, sosteniéndole la mirada mientras sujetaba sus dos manos entre las suyas—. Es solo por unos días.

—Lo sé, es solo que no quiero que te vayas. Una tontería, lo sé. Pero ahora que te vas, me doy cuenta de que hay muchas más cosas que quería preguntarte. —Tuvo que dejar de hablar para tragarse las lágrimas que amenazaban con salir. Pero sol serían unos días, y él pensó que su estado de ánimo estaba influido por el estado de su cuerpo. Aun así, él también tenía la idea de que esta era una parte importante y peligrosa, pero no sabía por qué, así que desechó esa

sensación—. Yo también quería preguntarte algunas cosas, y también había algo que quería decirte. —Hizo una pausa, considerando cada palabra antes de pronunciarla. Hizo que su voz fuera más vacilante, más lenta y deliberada—. Es algo que nunca pensé que querría decirte, pero es que no sabía cómo serían las cosas entre tú y yo.

Lo que dijo era tan cierto que no pudo seguir hablando. Hizo una pausa, sorprendido de sí mismo. Algo importante estaba sucediendo. Se había despedido de docenas de mujeres en su vida. No había sabido que le dolería tanto dejarla. No lo habría creído ni siquiera hace una semana.

Pero no había nada más que pudiera decir, al menos no aquí y no ahora. O más bien, había demasiadas cosas que quería decir y tenía que pensárselo antes de hacerlo. No era un hombre de actuar por impulso, excepto en asuntos carnales. No estaba acostumbrado a escuchar a su corazón y no confiaba en él.

En su lugar, bajó la cabeza y la besó suavemente. Murmurando algo en voz baja, la tomó entre sus brazos y la besó con fuerza. Luego, seducido, la besó con ternura. Su boca estaba caliente, temblorosa de deseo y pena. Era muy difícil dejarla marchar, pero él no podía dejar que ella lo viera.

Cuando se separaron, pudo ver cómo sus ojos brillaban por culpa de las lágrimas. Su cicatriz resaltaba en negrita sobre su rostro ceniciento. Le dolió verla así y tuvo que contenerse para no rozarla con sus labios.

—Qué teatrales nos hemos vuelto, querida —comentó o con ligereza mientras le soltaba las manos. Riendo, se balanceó sobre su caballo—. Espero que mi bienvenida a casa sea tan ardiente como lo es mi despedida. Que te vaya bien, mi encantadora Marianne. Sigue pensando en mí, no te olvidaré.

Eso también era nuevo para él, sorprendente y cierto. Levantó una mano, hizo girar su caballo y se alejó. Sintió deseos de mirar atrás, pero no se atrevió.

Capítulo 13

-¡Oh, pero si lo estás aplastando! —gritó Betsy.

—Lo arreglaremos con la plancha cuando desempaque —le dijo Marianne a su pequeña ayudante entre dientes. Se atrevió a levantar la tapa del baúl y mirar toda la ropa que había aplastado dentro. Suspiró. Betsy estaba sentada en la cama de Marianne, observándola, haciendo comentarios a toda hora sobre el desastre que estaba haciendo con su equipaje.

—Me refería al sombrero —murmuró Betsy poniendo cara de tristeza al ver en qué se había convertido el objeto.

—Lo sé —espetó Marianne—, pero estoy segura de que podré solucionarlo cuando llegue a Londres.

Betsy se quedó quieta, con los ojos azules muy abiertos. La voz de Marianne había contenido impaciencia y amenaza. Y lo que dijo no tenía sentido; ambas lo sabían.

—Lo siento —se disculpó Marianne en seguida—. Tienes razón, por supuesto. Pero, de todos modos, nunca me gustó esa cofia.

Los ojos de Betsy se agrandaron. Sabía que Marianne estaba mintiendo, y Marianne nunca mentía.

guardarle estaba costando la ropa en orden. Siempre lo había hecho por sí misma, pero antes la cosa era más fácil porque, antes de conocer a Mark, nunca había tenido muchas cosas que empaquetar. Su ayuda de cámara había hecho un trabajo rápido y ordenado guardando su nuevo vestuario cuando habían salido de la ciudad, pero no había vuelto de Londres. Tampoco lo había hecho Mark. Por eso Marianne estaba haciendo las maletas.

Los tres días prometidos habían llegado, y después otros tres, y Marianne estaba haciendo las maletas para marcharse porque no sabía qué más hacer. «Al menos, hacer las maletas era hacer *algo*». La única otra cosa que había hecho desde que él se había ido era esperar y ya estaba cansada de eso.

Lo había echado de menos con dolorosa intensidad durante dos días, y el tercero estuvo esperando su regreso todo el día. Aquella noche se fue a dormir con los ojos entreabiertos y los oídos aguzados para escuchar el menor ruido de su llegada. No había oído más que grillos y ranas, y por más que la llamaban por su nombre, solo podía pensar en él. Los días cuarto, quinto y sexto habían sido insoportables, así que ahora ella también se iba. «O al menos, preparándose para irse», se dijo así misma. Arrojó un chal de su armario sobre la cama.

—Los chales son fáciles de guardas. —Betsy, alegre, cogió la prenda y la dejó sobre la cama para poder doblarla.

—Lo son, y también las sábanas. Las damas romanas no tenían más que sábanas para empacar, o al menos sus batas parecían sábanas y las llevaban envueltas alrededor del cuerpo.

«La niña necesitaba una tutora», pensó Marianne. Así que, ¿por qué no convertir una simple tarea en un juego para aprender? Disfrutaba de la compañía de Betsy. La niña se había quedado mirando su cicatriz el día que se habían conocido, y ya nunca más. «Los niños eran así. Una persona podía tener un tulipán creciendo en su nariz y un niño se lo quedaría mirando durante un rato y, luego lo superaría y a otra cosa», pensó. Nunca había tenido problemas con los niños.

Betsy también era una ayudante ansiosa, y a Marianne le venía bien un poco de compañía. Se había convertido en la niña mimada de la casa, pero Marianne no les caía bien. Los sirvientes eran educados con ella, pero solo eso, y ella se negaba a arrastrarse para ganarse una simple sonrisa por parte de ellos. Además, no creía que funcionara.

Si no les caía mal, parecían decididos a ignorarla. El mayordomo podría haberse construido a la vez que la casa, pues era igual de robusto y viejo que esta. Trataba a Marianne con educada distancia. Por supuesto, también lo hacía su personal. Incluso los jardineros se mostraban recelosos y taciturnos con ella. Betsy era la única persona con la que había charlado desde que Mark se había marchado.

Desde luego, no se atrevería a volver a ir en Little Newton. Si la gente del pueblo había sido grosera y huraña cuando Mark estaba allí, odiaba pensar cómo la recibirían si estaba sola.

Había enviado un mensaje al cuarto día.

Queridísima Marianne,

¿Me echas tanto de menos como yo *a ti*? *Difícilmente es posible. Pero las cosas no han ido tan rápido como esperaba. Retrasos y más retrasos. Volveré tan pronto como pueda. Sí, ya sé que es un verso trivial, pero me gusta pensar que sonríes.*

Tú Mark

Una nota encantadora, pero no inspiraba confianza. Habría querido algo más íntimo, aunque lo que de verdad quería era su cuerpo cálido junto al suyo, sus brazos rodeándola, borrando el mundo real. Un mundo que, lo más seguro, se preguntase por qué un noble elegante se casaría con una solterona llena de cicatrices, sin un penique a su nombre y, encima, con tanta prisa, y luego se apresuraría a esconderla. Eso era lo que se preguntaba.

Así que, si no llegaba antes del fin de semana, decidió que iría a verlo. O iría a casa de su padre y se encontraría con él allí. Este lugar había sido su paraíso durante su luna de miel. Ahora era el limbo.

Ella le había dado su mano, su corazón y su cuerpo, todo lo que él había dicho que quería, así como su alma, pero se preguntaba sobre la coincidencia de que él la había abandonado en el momento en el que su cuerpo dejó de estar temporalmente disponible para él. Y ahora que él estaba en Londres, y ella en esa casa, no podía evitar pensar en todas las demás mujeres disponibles que también estaban allí. Ella debía poder evitarlo, lo sabía. Estaba mal sospechar de él simplemente porque nunca había creído que de verdad alguien pudiera desearla durante más de un día. Pero lo que estaba mal y lo que era real eran dos cosas diferentes.

—¿Milady? —preguntó una criada desde el vano de la puerta—. Hay un mensaje para usted.

Marianne dejó caer la ropa que sostenía y cogió el mensaje audazmente garabateado con manos temblorosas.

Queridísima Marianne,

Te ruego que no me separes el pelo con un hacha cuando regrese, pero la verdad es que ese feliz momento no será tan pronto como deseo. No puedo decir cuándo será. El destino *y los acontecimientos conspiran contra mí. Por favor, ten más paciencia que yo.*

Tú Mark

«Muy bonito», pensó Marianne. Intentó leerlo de nuevo, pero se le habían llenado los ojos de lágrimas. ¿Cuatro líneas? Ahora necesitaba al menos una novela escrita por él. Necesitaba torrentes de palabras que la tranquilizaran. Palabras...

—¿Sigue aquí el mensajero? —le preguntó a la criada.

—Sí. Está descansando un poco. Lleva cabalgando desde el amanecer.

—Entonces ve y dile que descanse un rato más. Tengo un mensaje para que se lo lleve a su señoría.

¿Por qué no se le había ocurrido antes? Marianne se dirigió a su escritorio con una sonrisa en la cara, sacó una hoja de papel y mojó la pluma en tinta. La sostuvo sobre el papel, intentando decidir qué escribir.

«Por favor, por favor, por favor, vuelve a casa. Te quiero y te echo de menos. Te has convertido en todo para mí. Me siento tan sola, y cuando estás fuera tanto tiempo me imagino las peores cosas». Eso era exactamente lo que ella quería decir.

Pero no quería su compasión, ni enfadarlo con sus tontas dudas. Tenía que encontrar la manera de decirle todo lo que llevaba dentro sin lloriquear. Tenía que guardar un pequeño rincón de su corazón, salvar esa parte de sí misma de su custodia, en caso de que sus temores más salvajes fueran ciertos. Tenía que tener un poco de orgullo. También tenía que ser tan ingeniosa y concisa como él; a los hombres les gustaban ese tipo de cosas. Tenía que ser lista.

—¿Vas a escribirle y preguntarle cuándo vuelve a casa? —preguntó Betsy, interrumpiendo sus pensamientos.

—No, porque me ha dicho que aún no lo sabe. —Marianne frunció el ceño ante la hoja de papel vacía.

—¿Vas a preguntarle cuándo nos vamos a casa de su padre?

—No, él tampoco lo sabe. —Sonaba distraída porque estaba intentando concentrarse.

—¿Vas a pedirle que venga a casa porque lo echas de menos?

Marianne miró a la niña de pelo dorado. Mordisqueó el extremo de su pluma, pensando. Luego, volvió a mojarla en tinta y la puso sobre el papel.

Queridísimo Mark,

Oh, cómo te echo de menos.

Tú Marianne



—¿Te gustaría dar un paseo? —le preguntó Marianne a Betsy tres días después.

La cocinera levantó la vista de su masa de hojaldre cuando Marianne dijo eso. Una criada se la quedó mirando y el chico que estaba removiendo la olla se quedó boquiabierto. Marianne fingió no darse cuenta de que todo el alegre parloteo y traqueteo de la cocina había cesado cuando ella entró. Puede que fuera porque era la primera vez que lo hacía... o porque lo había hecho. Ni siquiera estaba segura de si una dama debía entrar en su cocina, pero la criada del piso de arriba había dicho que allí era donde estaba Betsy, y Marianne estaba segura de que si no tenía pronto alguien con quien hablar empezaría a hablar con los cuadros de las paredes. Como en su mayoría eran paisajes, decidió que hablar con una niña de siete años era mucho mejor que charlar con unos arbustos pintados.

Ya habían pasado nueve días. Ocho noches desde que él la había abandonado. Ahora, ella le enviaba un mensaje al día a él y él le enviaba uno al día a ella. «No tiene por qué molestarse», pensó.

Seguían diciéndose las mismas cosas de una forma u otra: *Lamento haberme retrasado*, escribía él. *Ojalá estuvieras aquí*, le respondía ella.

Sus baúles estaban preparados y listos y eso, de alguna manera, la reconfortaba, aunque era difícil vivir de un baúl.

—¿Un paseo? ¡Me encantaría! —gritó Betsy entusiasmada. Le encantaba la libertad del campo, descubrir algo nuevo y maravilloso cada día. De repente, hizo una pausa y su carita se volvió seria—. Quería terminar de hacer la masa de tarta contigo —le dijo solemne a la cocinera —, pero hace un día tan bonito, ¿verdad?

La cocinera la sonrió.

—Eres graciosa hasta los huesos, pequeña —le dijo a Betsy—. Vete, me las arreglaré bien sola.

Marianne le dedicó a la cocinera una sonrisa conspiradora. Esta se le congeló cuando la cocinera ni siquiera levantó la comisura de sus labios, así que asintió, con lo que esperaba que fuera un gesto de dama gentil, cogió la mano de Betsy y salió de la cocina con ella.

—He pensado que podríamos dar un paseo hasta el arroyo y ver si hay alguna rana nueva —propuso Marianne.

—¡Oh, sí! —Betsy estaba entusiasmada porque no se animaba a ir allí sola.

Pronto se encontraron sentadas a orillas del arroyo, sin zapatillas, dejándose cosquillear los dedos de los pies por el agua burbujeante.

—La cocinera me está enseñando a hacer tartas —le explicó Betsy a Marianne mientras

balanceaba con los pies descalzos en el agua—. Eso me gusta. La señor Morton me está enseñando a pulir la plata. Eso no es tan divertido. El señor Moody me deja ayudarlo con los caballos y eso está muy bien, pero dice que no puedo ser mozo de cuadra por muy bien que se me dé. No es justo, ¿verdad?

—Supongo que no. —Levantó la pierna y vio cómo el agua espumosa le salpicaba los tobillos—. Pero así son las cosas. Aunque no tienes que ser cocinera o ama de llaves, puedes aprender las letras y ser algo más que eso.

Betsy la miró, sus ojos azules mostraban sabiduría.

—¿Qué hay mejor que eso? Consiguen una buena casa para vivir y todo lo que comen cuando quieren. Yo no puedo ser una dama como tú. Y no quiero ser una puta, de ninguna manera, aunque vivan en las casas de las alturas. Además, Gilly dice que solo viven bien por un tiempo, que luego se convierten en desperdicios que dejan tiradas por ahí, como las que están en las cunetas y con las que no debo hablar.

Marianne parpadeó. A veces lo olvidaba. Betsy sabía más que ella sobre el lado más oscuro de la vida, pero ella conocía un lado más brillante que Betsy no conocía.

—Si recibes una educación, podrías convertirte en maestra o institutriz. O en acompañante. —Marianne sonaba emocionada—. Con una buena familia, por supuesto.

—No sé si podría. Ni tampoco si querría.

—Bueno, podrías ser criada o costurera o sombrerera o... Bueno, podrías casarte con algún hombre agradable. —La voz de Marianne se entrecortaba mientras intentaba pensar en ocupaciones decentes al alcance de una muchacha huérfana y sin estudios.

—Como tú —dijo Betsy con emoción—. ¡Sí, eso sería lo mejor! El vizconde es un buen caballero, ¿verdad? Le cae bien a todo el mundo. La señora Morton dice que no hay ni un gramo de maldad en él.

—Qué bonito. —Marianne estaba incómoda.

—Dice como que está cansada de que él trate este lugar como una casa de conveniencia, sin embargo —informó Betsy, charlatana, mientras chapoteaba los pies en el agua—, dice que lo soporta porque, por lo demás, es justo. Pero que tiene que tener un cuidado especial cuando sus mujeres se marchan, y eso es duro. Dice que, cuando se marchan, tiene que ponerles tanta lejía en las sábanas que se van a caer a pedazos. Pero la cocinera le dijo que se callara ya que él paga muy bien y las trata fenomenal y, además, que no viene mucho por aquí. Entonces, me vieron y se callaron y actuaron como si estuvieran hablando de otra cosa. —Betsy soltó una risita.

—Oh. —Había tantas cosas que quería preguntarle a Betsy, pero estaba mal pedirle a la niña que repitiera como un loro cosas que no debería haber oído, en primer lugar. Y, además, no estaba segura de poder soportar oírlo otra vez.

Cuando se les enfriaron los pies, volvieron a ponerse las zapatillas y salieron a pasear, recogiendo flores silvestres, observando a las abejas que competían con las mariposas en el florido hidromiel y teniendo especial cuidado de no interponerse en el camino de las abejas. Betsy charlaba de cosas inocentes y Marianne escuchaba a medias, solo corrigiéndola gramaticalmente de vez en cuando, pues seguía apagada y pensativa cuando volvían hacia la casa.

De repente, vio el elegante carruaje de viaje parado en el camino de entrada. Era un lustroso carro negro con baúles en la parte superior y jinetes montados en finos caballos de pie a su lado.

Dejó caer las flores silvestres que habían recogido al suelo y echó a correr. Había un largo camino desde el alto prado hasta el camino circular frente a la casa, pero hacía mucho tiempo que no veía a Mark. Su cofia voló hacia atrás y rebotó en sus cuerdas en la nuca mientras corría. Se llevó una mano al pecho mientras sus zapatillas volaban sobre la hierba, porque se sacudía tanto que pensó que podría rebotar fuera de su vestido de cuello bajo. Se sujetaba la falda con la otra mano para no tropezar y salir despedida. Pero siguió corriendo. Era Mark, volvía a casa, y ella quería correr directa a sus brazos.

No lo hizo. Se detuvo tan deprisa que por poco pierde el equilibro y cae al suelo. Se quedó jadeando, con una mano aún en el corazón mientras miraba a la gente que había bajado del carruaje. Ninguno de ellos era Mark. Y todos la miraban boquiabiertos.

Había tres caballeros y tres damas. *Tres mujeres,* se dio cuenta Marianne, mientras su mirada se estabilizaba. Nadie las confundiría con damas. Iban muy bien vestidas, pero demasiado para ser de día. Había demasiado que ver en conjunto, cara y forma. Sus vestidos eran demasiado transparentes, sus cabellos demasiado brillantes y sus mejillas estaban demasiado coloreadas. Y, menos que todas acabaran de comer tartas de bayas, también llevaban demasiado colorete brillante en los labios. No, fueran lo que fueran, desde luego no eran damas.

Sin embargo, los caballeros sí lo eran. Marianne podía jurarlo. Caballeros de nacimiento, no caballeros que se habían hecho trabajando. Marianne había visto a los de su clase en Londres; hijos de nobles ricos sin nada por lo que trabajar salvo su propio placer, y no les gustaba trabajar demasiado para eso.

El caballero más alto fue el primero en hablar, y no se dirigió a Marianne, sino que habló por encima ella, lo que demostraba que tenía razón sobre ellos.

—Casi fue un saludo encantador —sentenció—. —Es poesía en movimiento, ¿verdad? —Por fin miró a Marianne—. Pero confieso que estoy herido. ¿Por qué se detuvo en el último momento?

—Creía que era Mark. Quiero decir, el vizconde Malcom —murmuró avergonzada.

—Ojalá lo fuera —suspiró el hombre alto—. El gusto de Mark es excelente, como siempre —le dijo al grupo que tenía detrás—. No me extraña que no hayamos oído hablar de él desde hace tiempo. Un tipo con suerte. Es única. —Levantó un dedo largo y fino hacia la barbilla de Marianne para inclinarla hacia arriba y verla mejor. Ella le apartó la mano de un manotazo. Sus ojos se entrecerraron.

—Le ruego me disculpe —dijo con frialdad, recuperando el control sobre sí misma—. No nos conocemos. Soy la esposa de Mark, la vizcondesa Malcom, ¿y usted, señor?

—Y yo, querida señora. —Se inclinó hacia delante mientras los demás hombres hacían los mismo, divertidos—. Estoy encantado, totalmente encantado. ¿De qué teatro te ha sacado Mark, perro afortunado? Porque te juro que eres la mejor actriz que he visto... Perdóname, querida Charlotte —murmuró por encima del hombro a una de las mujeres—, pero menuda actuación. Mi querida tía podría haber sido engañada con ella, y eso que es el terror de la corte.

Las mujeres ululaban de risa; los hombres, mucho más fríos, la trataban con sonrisas

despectivas o miradas lascivas. Marianne se puso roja, luego blanca de furia.

—Sí, podéis burlaros de vosotras mismas, lo que demuestra que solo sois una bandada de gansos tontos. —Estaba enfadada—. Seguro que Mark estará encantado con vuestro comportamiento. Cuando vuelva de Londres, me aseguraré de decírselo. Sería más valiente por su parte que me dijera su verdadero nombre —miró al caballero más alto, pero, por supuesto, solo un caballero haría eso.

Hizo una pausa. Era un hombre delgado, quizá de la edad de Mark, con el pelo negro lacio y un rostro duro, casi hogareño, salvado por un par de ojos azules extrañamente hermosos. Esos ojos escudriñaron su rostro con agudeza.

—Soy Drummond, querida. —Su tono al hablar le recordó al de Mark cuando estaba más altivo—.¿Mark no está aquí?

—Está, como he dicho, está en Londres —contestó Marianne con dignidad—. No me dijo que esperaba compañía. De hecho, sería extraño que lo hiciera, pues lo llamaron de forma abrupta para regresar a Londres, si no, no se habría ido. Es nuestra luna de miel, ya ve.

Los otros dos hombres empezaron a carcajearse y las damas soltaron una risita bajo. El hombre las silenció un gesto de la mano. Sus ojos siguieron estudiando el rostro de Marianne, y fue todo lo que ella pudo hacer para mantener la cabeza erguida mientras él contemplaba su cicatriz a la cruel luz de la tarde.

—Nos casamos hace quince días, en Londres. —Odió el pequeño temblor que agrietó su voz.

—Sí, yo estuve allí —intervino Betsy. Marianne la había olvidado, pero esta se arrimó al lado de Marianne y le cogió la mano mientras miraba al hombre alto, que la miraba a su vez con desconcierto—. Fui la florista. ¿Sabes lo que es eso? Solía vender flores en el parque, pero su señoría me dio un una guinea entera para llevar flores en su boda. Fue grandioso, hubo langosta y pollos y ternera y pescado, y ostras, y jaleas. ¡Y todo el pastel que pude comer!

Hubo un momento de silencio.

—Ya veo —indicó el hombre que se había hecho llamar Drummond—. Debió de ser realmente encantador. Siento habérmelo perdido. ¿Cuántos invitados había?

—Estaba ese hombre pelirrojo —comenzó a enumerar Betsy—, y el soldado, otros dos tipos y una pareja elegante. Henry, el mayordomo, también estaba allí y el ayuda de cámara. Eso significa que es el que se ocupa de la ropa del vizconde, ya sabe. Y yo, por supuesto. ¿Me he olvidado de alguien? —le preguntó a Marianne.

—No —murmuró Marianne en voz baja, preguntándose por qué este elegante tipo no había estado allí, o si había sido invitado.

—Ya veo. Una fiesta íntima. Y usted, querida —le preguntó a Marianne—. ¿Puedo preguntarle dónde la conoció mi primo?

Marianne tragó saliva con dificultad. ¿Su primo? Entonces, lo sabría todo... Si no ahora, lo haría pronto. Era más fácil, como siempre, decir toda la verdad.

—En un baile en Londres, señor.

—No la he visto en ninguno —musitó.

—Soy prima de la señorita Shirley Palmer y fui su acompañante —dijo Marianne, y para que sonara un poco mejor añadió—: Fue una boda íntima; mi prima y mi tía no estaban disponibles, mis otros primos viven demasiado lejos y mi madre vive en Irlanda.

—Ah, por supuesto. —Se la quedó mirando en silencio unos segundos. Marianne se dio cuenta de que había llegado a alguna decisión definitiva. Volvió a dirigirle su mirada extrañamente penetrante—. Perdóname, entonces, querida, por entrometerme. No sabía cómo hacerlo. ¡Este Mark! Uno pensaría que se acordaría de decírselo a la familia.

—Nos casamos de forma precipitada por culpa de su padre. —Trataba de mostrarse conciliadora, porque su actitud había cambiado de forma repentina y clara. Ahora la miraba con simpatía, sus ojos azules eran suaves y amables y la miraban como si esperara que continuase—. Como su padre estaba tan enfermo, Mark quería casarse para tranquilizarlo, pero nos enteramos de que estaba mejorando, así que Mark decidió quedarse aquí un tiempo... hasta que lo llamaron. —Dudó en decir por qué; supuso que el trabajo que hacía para el gobierno era secreto—. Dijo que volvería en cuanto pudiera. —Se encontraba nerviosa. Aquel era un terreno inestable para ella, y esperaba que él no preguntara cuándo. No lo hizo.

Obviamente, estaba pensando en algo, pues su rostro preocupado así lo demostraba. Tras unos minutos, volvió a inclinarse ante Marianne.

—¡Bueno, entonces, eso cambia nuestros planes! Atrás, amigos míos. —Se giró hacia los caballeros y las mujeres que estaban detrás de él.

—¿Qué? —bramó uno de los caballeros—. ¿Recorrimos todo este camino desde Londres con la promesa de pasar una semana en el campo solo para darnos la vuelta porque una cara bonita nos cuenta una mentira?? Yo diría que no.

—Lamento la intromisión, querida —continuó diciendo el primo—. Por favor, dile a Mark que siento no haberlo visto y asegúrate de decirle que no lo habría molestado por nada del mundo si hubiera sabido qué pasaba.

Esperó hasta que los demás, todavía refunfuñando, se dirigieran de nuevo al carruaje negro. Marianne apenas se dio cuenta, estaba demasiado ocupada preguntándose y preocupándose si debería haberlos invitado a quedarse. Era primo de Mark, después de todo, pero seguía siendo su luna de miel. Y ni siquiera sabía si era realmente primo de Mark. Mark no lo había mencionado, ni a ningún pariente cercano, excepto a su primo loco, Martin. El hombre se había hecho llamar Drummond, como si ella debiera conocer su título; pero podía no tener ninguno y no ser nadie.

Drummond la sacó de su ensoñación.

—Y por favor, acuérdate de mí —le dijo a Marianne mientras se detenía, con un pie en el escalón del carruaje, y sus ojos azul cielo escrutando su rostro—. Algún día será bueno que recuerdes mi nombre. No te olvidaré. Perdóname, querida. —Vaciló; pedir perdón no era, evidentemente, algo que estuviera acostumbrado a hacer—. Y, por favor, recuerda también que todos hacemos lo que debemos, aunque a veces deseemos hacer lo que queremos. Uno tiene obligaciones, querida, y a veces es difícil saber dónde están. Por ejemplo, ahora he enfadado a algunos de mis amigos, ¿verdad? Recuerda, por favor, cuando pienses en mí, que fue por tu bien.

Le dedicó una fina sonrisa, realizó una reverencia y subió al carruaje.

—No era tan malo para ser de la alta burguesía —le dijo Betsy mientras veían alejarse el

carruaje por el camino de entrada.

—No, no era tan malo —,convino Marianne, casi deseando que lo hubiera sido, porque la dejó aún más turbada de lo que estaba, lo cual era mucho.



Le dolía la cabeza, pero le dolía más la garganta, había hablado tanto hoy. «¡Malditos sean!» pensó Mark con cansancio. Se frotó la nuca con una mano y se quedó mirando los papeles que tenía delante sobre el escritorio. Ser espía no era un juego. Un hombre tenía que ser intrépido, no irresponsable. El idiota al que habían enviado en su lugar era lo bastante audaz, pero un insensato hasta la médula. Mark estuvo tentado de dejarlos a todos con sus tonterías, hasta que recordó que era su país y uno de sus mejores amigos al que esos idiotas podían poner en peligro.

Podría ir él mismo, a pesar de los peligros, pero recordó a Marianne y se dio cuenta de que no había suficientes argumentos en el mundo ni dinero en el tesoro para enviarlo en esos momentos al extranjero. No podía dejar de pensar en ella, incluso en medio de estos días tan agravantes. Tampoco es que quisiera hacerlo, aunque sabía que tenía que mantener la mente en su trabajo.

Pero un aroma vagabundo de flores cálidas o incluso un rastro de perfume burlonamente familiar podían hacer que su corazón se acelerara; entonces su rostro se presentaba ante él y volvía a anhelarla.

Ayer mismo había mirado por la ventanilla de un autocar y había visto la nuca de una mujer, el sol encontrando mechones dorados en su resplandeciente pelo castaño. Estaba a punto de detener el carruaje, abrir de golpe la puerta y correr hacia ella, a la vez sorprendido y encantado de que hubiera desobedecido y venido a buscarlo. Pero, entonces, la mujer se volvió y su corazón se hundió, porque no era su rostro lo que veía.

Solo lo veía en cada uno de sus sueños antes de dormir por fin durante estas largas noches inquietas desde que la había dejado. El sueño siempre tardaba en llegar, porque le parecía que su propia piel anhelaba su tacto tanto como él anhelaba tocarla a ella.

Lo asombraba. Era demasiado viejo para estar tan enamorado. La conocía desde hacía demasiado tiempo para seguir tan embelesado por ella. Pero ella desafiaba todas sus reglas y era la excepción a todas sus experiencias. Cuanto más la tenía, más la deseaba; ahora más que nunca.

Ella rondaba sus noches y todos sus pensamientos, durante el día, volaban libres hacia ella, y eran el tipo de pensamientos que no hacían ningún bien a un hombre cuando estaba tan lejos.

Pero estaba obligado a quedarse en Londres esa noche, y quién sabía cuántas más después. Así que tenía que escribir otra nota. Cogió una hoja en blanco e hizo una pausa. Tenía tantas cosas que contarle que necesitaba un libro. Tantas cosas, y tan sorprendentes que, a veces, no lo dejaban dormir por muy cansado que estuviera. También había cosas que necesitaba oírle decir a ella.

Y la única cosa que nunca pensó que le diría... pero ahora sabía que debía hacerlo.

Se pasó una mano por el pelo y gimió. El trozo de papel sobre el escritorio que tenía ante él estaba exasperantemente en blanco. «Imposible». Había mucho que decir para ponerlo en una

hoja. Demasiado difícil, demasiado arriesgado, demasiado peligroso. Ya era bastante difícil para él atreverse a decir las palabras que quería decir. No era un cobarde, pero tampoco era un tonto. Tenía que verla; su rostro sería su guía para saber cómo y qué decir. Esperaría hasta que llegase ese día...

Mi queridísima Marianne, escribió....

Capítulo 14

*Queridí*simo *Mark...*

Marianne dejó de escribir. De pronto, le pareció presuntuoso para ella dirigirse al distante y distinguido vizconde Sin clair como queridísimo. Parecía casi demasiado íntimo, aunque ella lo había conocido de forma más íntima que a ningún otro ser humano.

Pero cada día que pasaba se sentía menos segura. Hacía dos semanas que se había ido. Por supuesto que recordaba su rostro, su cuerpo, la emoción de su amor; no lo olvidaría, aunque viviera eternamente. Sus bromas, sus conversaciones; el tacto de sus labios cálidos; la sensación de su pelo, limpio y sedoso, enroscándose en sus dedos cuando ella lo recorría.

Pero ahora también recordaba la disparidad de sus estaciones. Y la increíble sofisticación y lo que era peor, la increíble reputación del hombre. Su breve tiempo juntos había sido como un sueño que se desvanecía. Y, como en un sueño, no era de los sentimientos que recordaba de lo que dudaba, sino de la realidad de su situación. Aun así, era su marido y lo quería.

Tragó con fuerza y volvió a sumergir la pluma en tinta. Se había casado con ella, ¿no? Tenía que haber algún tipo de amor ahí... ¿O era lástima? No importaba. Fueran cuales fueran sus razones, lo que ella escribiría no era mentira. Como su esposa, tenía derecho a escribirlo. Además, era verdad. Él era su amor más querido.

Queridísimo Mark,

Tu primo Drummond vino a visitarte ayer. No se quedó más de diez minutos, pero dijo que te mandara recuerdos. Le sorprendió que no estuvieras aquí. A decir verdad, yo también lo estoy. Sé que tus asuntos son urgentes. Dices que me echas de menos. Pero hace más de quince días que te fuiste. No quiero quejarme; tus sirvientes hacen lo mejor que pueden por mí. Aun así y todo, debo decirte que no soy feliz aquí. Va más allá de echarte de menos, aunque nada es peor que eso.

Fue incómodo conocer a tu primo, no saber qué decirle. Solo vine aquí por ti, y sin ti no tengo nada que hacer ni razón alguna para estar aquí. Creo que es hora de que siga adelante. Si aún crees que no hay necesidad de que vaya a verte, ¿puedo coger a Betsy *ir a casa de tu padre*?

Mis maletas están hechas. Solo envíale las instrucciones a tu cochero y podré partir de inmediato. O puedo tomar un autocar público; he *descubierto que la estación de autocares no está lejos de aquí. Puedo ir a Londres. Si me envías la dirección de tu padre*, puedo *llegar hasta allí, pero deseo ir. Por favor, cuídate. Espero ansiosamente tu respuesta.*

Tú Marianne

Leyó lo que había escrito y gimió. Era el tercer intento y ¡todavía no lo había hecho bien! No podía llega así a casa de su padre, sola y de sopetón. Sería incómodo, vergonzoso. Debería haber una línea en la misiva en la que le dijera que escribiera a su padre para avisarlo de su llegada. Sacó otra hoja de papel.

Pasaría un día antes de que ella recibiera su respuesta, dos si salía hasta tarde esta noche. Odiaba pensar en eso. Había demasiados peligros en Londres por la noche para él y para su tranquilidad. No eran los buscapiés o los carteristas con los que temía que se topara: eran todas las encantadoras damas con las que podría encontrarse en todos los bailes y fiestas a los que podría asistir. Ellas y los otros tipos de mujeres que podría conocer en el teatro o en las bulliciosas calles nocturnas. Londres estaba repleto de mujeres tentadoras. Y él era un hombre famoso por dejarse tentar. Él mismo lo había dicho.

Lo único que podía hacer aquí por la noche era escuchar a las ranas y los grillos. Incluso esa magia había desaparecido sin él allí. Podían llamarla por su nombre hasta que cayera la nieve, pero era su voz la que ella quería oír.

Queridísimo Mark, empezó a escribir de nuevo.

El salón de baile estaba resplandeciente. Los invitados también lo estaban, por el sudor, el esfuerzo y la falta de aire fresco. Era una suave noche de verano, pero ellos estaban sofocados. Estaban rubicundos y sudando a mares. Las cientos de velas que ardían en cada una de las enormes lámparas de araña que colgaban sobre el gran salón hacían que el aire espeso resplandeciera en una bruma brillante. Los invitados se apretujaban tanto en el salón de baile que apenas había sitio para doblar un codo, aunque lo hacían, bailando y bebiendo y abanicándose, quejándose del calor y de la multitud. Pero pocos lo querían de otro modo.

—Un flechazo, un flechazo total —le dijo una matrona a otra con satisfacción, y se sonrieron. Podía hacer tanto calor como para que se les cayeran los penachos de su pelo vaporoso, tanto calor que las bailarinas de la pista se podían oler tanto como ver cuando pasaban, retozando en sus conjuntos intricados.

Se trataba de un gran baile. La casa era una de las mejores direcciones de Londres, la compañía estaba en lo más alto. Y, aunque fuera difícil respirar, el aire estaba enrarecido por el número de personas ricas y nobles que había presentes. Aquí era donde una mujer podía encontrar un marido para ella o para su hija, o una aventura de la que no querría que su marido o su hija se enteraran. Por supuesto, también había cotilleos de primera que extraer, y un buen cotilleo era casi mejor que una moneda de oro en sus círculos.

Los caballeros sufrían más que las damas; sus ropas eran más ajustadas y llevaban más cantidad, y ninguna de ellas era de gasa, Estaban, literalmente, atados y enrollados en su ropa. Las camisas se abrochaban hasta el cuello, los chalecos estaban bordados y sobre ellos llevaban chaquetas ajustadas. Sus calzones eran de pesada seda o satén, tejidos demasiado finos para dejar pasar el aire. Los hombres pagaron esta noche por tanta elegancia, en todos los sentidos. Los paños de su cuello se marchitaban hasta parecer lino recién salido del escurridor, no las manos talentosas de sus ayuda de cámara.

Era una suerte que los caballeros llevaran ropa oscura. De ese modo, las manchas de humedad que crecían bajo sus axilas y en sus espaldas no podían verse. Pero todo lo demás sí podía verse, que era de lo que se trataba. El baile de esta noche era donde había que estar si uno quería estar en lo más alto o encontrar una esposa a la moda, o concertar un devaneo o aventura amorosa.

—Mark —le ronroneó la dama que estaba al margen del baile al caballero que tenía al lado —, ¿por qué no bailas conmigo?

—También podrías preguntar por qué no sudo contigo, querida —respondió Mark, con los ojos recorriendo la multitud.

Ella hizo una mueca.

—Está claro que hace calor, pero bailar podría mover el aire .—Agitó con más fuerza su abanico. Lo miró de reojo y añadió: —Alguien podría pensar que no quieres que te vean conmigo.

—Difícilmente somos invisibles, Claire. —Sonaba distraído, con la mirada aún recorriendo la habitación.

Un músculo se tensó en su mandíbula. No dio ninguna otra señal de que había visto a la nueva Incomparable de la temporada, la belleza rubia Shirley Palmer, y a su imponente madre. Las había saludado antes, con frialdad y cortesía, y luego se había puesto firme, esperando a que preguntaran por Marianne. Habían hecho una reverencia y no habían dicho más que: «Buenas noches, milord». Por la mirada ávida de sus ojos cuando vieron que estaba solo, supuso que habrían querido decir algo más, pero dudaba que algo de ello tuviera que ver con el bienestar de Marianne, así que hizo una reverencia y se alejó. Ahora lo miraban fijamente.

Estaban juntas, parecían las invitadas a una farsa de aficionados, una representando el asombro y la otra el desprecio. Se mostraban mirándolo a él y a la dama que lo acompañaba Lady Claire Kensington era bien conocida por el dinero que tenía, al igual que su marido. También era bien conocida por no permitir que el hecho de su matrimonio interfiriera en sus placeres. Y su marido no estaba en el baile esta noche.

—Pero quedarse aquí al margen del baile como un par de carabinas o alhelíes… —dijo con impaciencia la dama que estaba a su lado, y golpeó su brazo con su abanico.

—En una noche como esta harías mejor en utilizar esa cosa para el propósito que fue hecha en lugar de golpearme con ella —comentó él, bajando finalmente la mirada hacia ella.

La dama recuperó el aliento al encontrarse de repente en el centro de su errática atención. El juego de la luz danzante de las velas acentuaba los duros planos de su apuesto rostro. Alto, impecable; él, el único de todos los hombres de la sofocante habitación que no sudaba. Estaba fresco, sereno, parecía divertido y un tanto distante, como siempre. Ella lo deseaba mucho por eso. Quería verlo apasionado, quería verlo acalorado, excitado. Ese rostro tan duro y tenso concentrado en ella.

Quería que Mark Malcom gritara su nombre cuando llegase al éxtasis. Lo había deseado durante mucho tiempo. Lo conocía desde hacía mucho tiempo. Pero la misma primavera en que había hecho su primera aparición en la escena social, el vizconde Malcom se había casado con su encantadora Elise en lugar de con ella. Luego, se había marchado al Continente. Ahora estaba de vuelta, solo, y esta era por fin su oportunidad.

Tenía fama de libertino, pero no era solo su reputación lo que la atraía. Maldito fuera el hombre por ser tan elegante, distante y fascinante. Sus sonrisas eran poco frecuentes, pero deslumbrantes por sus dientes blancos y uniformes. Cuando se ganaba una, sentía que había ganado mucho más. Al igual que sus sonrisas, sentía que su amor sería poco frecuente pero emocionante.

Llevaba ya diez minutos de pie junto a él y apenas parecía darse cuenta de su presencia, aunque juraría que cualquiera podía oír el pulso que latía en su pecho mientras pensaba en él y en los planes que tenía para él. No había querido bailar con ella. Parecía contentarse con permanecer de pie escuchando sus comentarios ociosos. Sin embargo, no se había marchado, aunque tampoco había ido más allá. Dependía de ella, entonces. Maldito fuera, ella le haría pagar por esto... Después.

—Hace un calor ridículo aquí —murmuró, cerrando el abanico—. Me gustaría pasear por el jardín.

Inclinó la cabeza de forma cortés.

—Quizás nos veamos más tarde, entonces.

—¡Mi querido señor! —Forzó una risa, negándose a enfadarse—.Me refería a que quizás le gustaría acompañarme, por supuesto.

Él enarcó una ceja.

—¿Se refiere a acompañarla a dar un paseo por el jardín ahora y a soportar los escándalos de después? Mi querida señora, me gusta su compañía. La cuestión es si me gusta lo suficiente como para enfrentarme a los cotillas y a su marido en el campo de duelos mañana.

Ella se rio.

—¡A mi marido no le importa ni le importaría que usted paseara conmigo, se lo aseguro! O hiciéramos cualquier otra cosa que nos apeteciera hacer —añadió con voz más suave—. Tenemos un acuerdo.

—¿De verdad? Me sorprende. Lo conozco. Un hombre apresurado. Un hombre posesivo, apostaría.

—Entonces, perdería su apuesta.

—En efecto.. No parecía ni remotamente interesado. Sus ojos se endurecieron y dio un paso para alejarse de él, pero su voz la detuvo—. El jardín estará tan lleno como el salón de baile.

—Supongo que tienes razón. —Mientras pensaba, agitaba el abanico—.Cualquier lugar aquí lo estará, ¿no? Ahora, mi casa da a la plaza, cerca del parque. Si hace calor, solo tenemos que abrir las ventanas por la tarde para obtener las brisas más refrescantes. De hecho, ya debería hacer fresco allí.

—Qué suerte para usted y su marido, el buen barón —corroboró Mark.

—Bueno, lo sería si él estuviera en casa, pero no lo está.

—¿Ah? Me preguntaba dónde estaría. Creía que estaba en la sala de juegos.

—De hecho, ni siquiera está en Londres. —Sonrió. A sus ojos, parecía que estaba interesado—.Se fue hace dos días. No lo esperamos de vuelta hasta dentro de unas semanas.

—Me encanta el teatro, pero siempre he odiado las farsas —comentó Mark como si solo fuera una conversación más, aunque sus ojos viajaron de los labios de ella a sus pechos y de nuevo a sus ávidos ojos—. Los amantes, escondiéndose en armarios o saliendo por las ventanas cuando los maridos indignados aparecen de forma inesperada en escena, no es mi idea de diversión.

—Difícilmente puede hacer eso —espetó ella y luego añadió de forma más suave, porque él parecía de verdad dispuesto a discutir el tema—: Se ha ido al extranjero.

—¿Ah, sí? Qué atrevido por su parte. Son tiempos peligrosos. Las mareas políticas aún pueden cambiar. Qué extraño. No me pareció un tipo arriesgado.

—Tiene un primo en Italia. Está de camino hacia allí.

—¿Italia? —Mark soltó una risa bajo—. Es fácil decirlo, pero dudo que de verdad vaya allí. ¿Estás segura? Napoleón está encerrado en una pequeña isla ahora mismo, pero esa isla está frente a la costa de Italia. Su querido barón parece del tipo que duda en poner un pie en el mismo país que él, y mucho menos en el mismo continente.

—Pues claro que está en Italia. Dijo que iba a Piombino a reunirse con su sobrino en su gran gira, o algo así. No quería ir, pero el chico se rompió la pierna y su tío abuelo le pidió especialmente que viera cuál era la situación. Dudo que se inventase algo así, ¿verdad? Entonces, ¿está lo bastante lejos para ti?

—Qué triste debes de estar, lo echarás mucho de menos. Pero te reconfortará tener una casa tan fresca, sin duda.

—No más juegos —dijo ella en un áspero susurro.

Eso llamó su atención. Se echó a reír.

—Está bien, querida. No voy a ir fuera contigo ni ahora ni nunca. Buenas noche, milady.

—Buenas noches, milord —soltó ella indignada. Giró sobre sus talones y se alejó de él.

—Y ¿entonces? —preguntó el anciano y calvo caballero a Mark unos instantes después, mientras ambos recogían sus sombreros y bastones de manos de un lacayo.

Mark no contestó enseguida. Eso no molestó al anciano. Salió de la acalorada casa con Mark y paseó con él unas cuantas calles en silencio hasta que doblaron una oscura esquina y caminaron hacia donde los esperaba el carruaje del viejo caballero. Allí se detuvieron. Después de mirar a su alrededor de forma despreocupada, pero cuidadosa, hablaron por fin en voz baja.

—Sí. El barón está en el extranjero —dijo por fin Mark, como si hubieran estado hablando todo el tiempo—. De camino a Italia. Lo más probable es que haya ido para reunirse con Herr Berger *y* Monsieur Ricard, como pensábamos, y luego a Elba, como oyó Rafe. No se le espera de vuelta hasta dentro de un mes por lo menos.

—Bien, bien —dijo pensativo el anciano, asintiendo. Miró a Mark—. Eso fue bastante sencillo, ¿no? Para ti, al menos. Fue tan fácil para ti conseguir información que a nosotros nos

habría llevado días y muchos sobornos costosos averiguar. Y nos habríamos arriesgado a que el barón supiera que estábamos haciendo averiguaciones. Pero ¿por qué te opusiste tanto?

—Tenía cosas mejores que hacer.

—¿Por qué estás tan susceptible? Recuerdo una época en la que pensabas que ser un libertino era una buena descripción de ti mismo. Nos vino bien y a ti también, según recuerdo.

—¿Has olvidado lo que te dije? Supongo que sí, aunque tu memoria suele ser más precisa que la mía.

El hombre mayor bajó la mirada hacia su bastón. La voz de Mark hacía juego con su retorcida sonrisa, y había un atisbo de dolor en ella. Eso le sorprendió. No había pensado que el elegante vizconde Malcom pudiera sentirse herido por lo que dijera cualquier hombre, especialmente sobre él y cualquier mujer. Pero el Mark Malcom que él conocía de hacía tanto tiempo podía sentirse herido, y lo había herido.

—Perdóname, Mark —comentó con suavidad el hombre mayor—. Te conozco desde que eras un niño. Es cierto que me lo contaste, pero supuse que estabas bromeando.

—¿Por qué no? —se encogió de hombros—, dado mi pasado y lo que, obviamente, crees que es mi futuro. —Cortó las débiles protestas del hombre mayor con un movimiento de la mano. —Y no estabas tan equivocado, después de todo. Porque si un libertino es un hombre que pasa por encima de lo fácil y en su lugar se esfuerza al máximo para conquistar a alguien diferente, único, con profundidades que solo él puede descubrir, entonces yo debo seguir siéndolo, supongo.

—No. Eso no es ser un libertino, es ser inteligente y sabio. Mis disculpas. ¡Entonces! ¿La bella Lady Claire duerme sola esta noche? —añadió el hombre mayor, buscando una nota más divertida en su voz. Sacudió la cabeza—. ¡Caramba! Eso es como devolver un salmón de treinta libras después de haberlo pescado. Si solo tuviera diez años menos... Mmm. Teniendo en cuenta a la dama, mejor que sean quince. Aun así, aunque tienes los años para ello, también tienes derecho.

—¿Entonces puedo irme?

—¿Irte? Desde luego. Es tarde y me has dicho lo que quería oír. Buenas noches, entonces.

—Me refería a irme a casa.

—¿A casa? Si pretendes irte de Londres, me temo que aún no puedes. No me mires así. Necesitamos que nos aconsejes. La misión no ha terminado. Rafe no está seguro en su camino de regreso a casa. Ya lo sabes. Ten paciencia. No tardará mucho. Esto solo fue una diversión que pensé en darte como recompensa, una panacea para tu inquietud.

—La única cura para la inquietud es viajar.

—Pronto, muchacho, pronto.

El mensajero de Mark solía llegar al mediodía, con la misma regularidad con que se servía el

almuerzo en la bien organizada Brook House. Pero ahora eran más de las tres. Marianne se había almorzado y también paseado más de un kilómetro y medio, pero el mensajero aún no había llegado.

—Tal vez su caballo se rompió la pierna —dijo Betsy en tono de ayuda—. O se ha caído del caballo.

«Betsy ha visto demasiadas cosas», pensó Marianne sombría, pero se limitó a decir:

—Sin duda solo se ha retrasado.

—¿Entonces no nos iremos hoy?

—No lo sé —dijo Marianne, mirando de nuevo el reloj de la chimenea—. Se está haciendo tarde. Si no llega en una hora, no podremos irnos hasta mañana por la mañana. Queda mucha luz en esta época del año, pero no tiene sentido ponernos en camino si solo podemos hacer cuatro o cinco horas de viaje. Si hubiéramos metido las maletas en el carruaje, podríamos partir enseguida, pero no lo hemos hecho, así que cargarlas y despedirnos nos llevará aún más tiempo.

No había querido meter realmente sus cosas en el carruaje y despedirse de forma formar de Brook House hasta tener noticias de Mark. Ahora lo lamentaba. Pero también estaba tan nerviosa que estaba dispuesta a caminar hasta Londres o Wales. Así que, cuando el mayordomo llegó al salón, ella giró sobre sí misma y le miró las manos. Esperaba verlo portando el último mensaje de Mark en su bandeja de plata. No llevaba ninguna bandeja. No había ninguna expresión en su cara.

—Milady —anunció de forma pétrea—. Hay alguien que quiere ver a la señorita Betsy.

—Hágales pasar —dijo Marianne.

Vaciló, luchando por encontrar las palabras adecuadas.

—La persona que quiere ver a la señorita Betsy —dijo finalmente con rigidez—, no es el tipo de persona que el vizconde permitiría pasar a su salón.

—Si es una persona peligrosa —masculló Marianne alarmada—, entonces Betsy no puede verla en ninguna parte.

—No es peligrosa. Quizá la mejor palabra sería *inadecuada.*

—Ella tampoco puede ver a ese tipo de personas. ¿En qué estaba pensando? —exigió Marianne alterada que, por primera vez desde que había puesto los ojos en el mayordomo, no cuidó las palabras con las que se dirigía a él.

Él también la miró con respeto por primera vez.

—Tiene razón, pero creo que es imperativo que la señorita Betsy vea a esta persona.

—Basta de acribillamientos —dijo una voz cansada desde detrás del mayordomo—. Estoy aquí. Ella puede verlo con sus propios ojos, ¿verdad? ¿Quiere echarme, señorita Marianne?

La brillante luz de la sala del patio estaba detrás de la visitante, así que Marianne tardó un segundo en reconocerla. A Betsy no le llevó ni un segundo hacerlo.

—¡Gilly! —gritó, volando a través de la habitación para lanzarse a los brazos de su hermana—. ¡Gilly! ¡Gilly! ¡Eres tú!

—No querrás mancharte con la suciedad del camino ese vestido tan fino. Me he subido a

un carruaje o dos y he montado en el carro de un granjero, así que apesto como un caballo y parezco un pajar.

«Así era», pensó Marianne. La ropa de hombre mal ajustada de Gilly estaba cubierta de polvo y sus botas de suciedad. Al menos, Marianne esperaba que solo fuera suciedad. Su cara estaba tan mugrienta que resultaba difícil ver quién era, y mucho menos de qué sexo, aunque cualquiera pudiera verlo con claridad bajo su maltrecho sombrero medio doblado. Tenía menos aspecto de hombre que en Londres, pero tampoco nada de mujer.

—¡Pero mírate! —exclamó Gilly, apartando a Betsy y mirándola fijamente—. Fina como cinco peniques. ¿Te han tratado bien?

—¡Míralo tú misma! Tengo otros cuatro vestidos tan buenos como este y una buena bata para no hacer nada más que dormir. No hay ni una rata a la vista, por ninguna parte. Ni tampoco nadie durmiendo en el pasillo o bajo las escaleras en toda la casa.

—Veo que estás bien, pero es hora de que vuelvas a casa, Betsy.

Betsy se quedó callada, con los ojos muy abiertos. Pero no tan abiertos como los de Marianne. Incluso el mayordomo se quedó perplejo. El silencio que se hizo en la habitación no detuvo a Gilly—. Quiero que le des las gracias amablemente a milady, cojas lo que te dejen y luego vuelvas a casa conmigo —le dijo a su hermana con severidad.

—¡Oh, Gilly! —A Betsy comenzó a temblarle el labio inferior.

—No lo entiendo... Creo que tenemos que hablar de esto —dijo Marianne.

—No creo que tengamos que hacerlo —dijo a su vez Gilly con dureza.

—Puede irse. —Marianne se dirigió al mayordomo, que retrocedió de mala gana—. ¿Qué ha pasado? —le preguntó a Gilly en cuanto este se hubo marchado. Estaba confusa, conmocionada y preocupada. Cuanto más conocía a Betsy, más se daba cuenta de que ella y Mark habían salvado a la niña de un desastre, no solo de los barrios bajos.

—Ve a por tus cosas —le ordenó Gilly a Betsy—, mientras milady y yo hablamos. ¿Qué puede llevarse? —le preguntó a Marianne.

—¡Nada, pues no me ha dicho una razón para llevársela! —Estaba enfadada porque la expresión de la cara de Betsy era muy dolorosa de ver.

—No, no lo he hecho, y ahí está la razón. —Antes de que pudiera hablar, el mayordomo regresó. Esta vez llevaba su bandeja de plata con él.

—Milady. —Le ofreció a Marianne una nota.

La cogió y la desplegó con manos temblorosas. Era de Mark; ella conocía su letra atrevida. El mero hecho de sostenerla la hizo sentirse más firme. Leerla no lo hizo.

Mi queridísima Marianne,

No puedo volver ahora. Las palabras no pueden expresar lo enfadado y apenado que *estoy por eso, pero tampoco puedes irte. Espérame. Iré tan pronto como pueda. Tengo todas las razones para sospechar que será pronto, pero nunca lo suficientemente pronto para mí. No puedo esperar a verte. Entre todas las otras cosas* que *anhelo hacer, y solo puedo esperar que tú también las desees hacer, tengo cosas que decirte, cosas demasiado difíciles de poner en*

palabras escritas. Debo verte. Pero te *pido que confíes en mí y que me esperes. Espéreme allí.*

Tú Mark

Capítulo 15

Marianne leyó la nota dos veces, pero no sacó nada más de la segunda lectura. Cuando levantó la vista vio a Gilly esperando a que terminara, así que deslizó la nota en su bolsillo y cerró la puerta, indicándole a Gilly que se sentara. Se sentó frente a su visitante antes de volver a hablar.

—Dime. ¿Por qué querías llevarte a Betsy? Este lugar es bueno para ella, seguro que puedes verlo por ti misma.

—Sí, ahora lo es —dijo Gilly, dándole vueltas y más vueltas al sombrero que llevaba entre las manos. Aquellas pequeñas manos estaban rojas y callosas, las uñas manchadas y rotas. Eran manos que trabajaban, y trabajaban duro. Gilly se agachó sobre el desdichado sombrero, pero luego levantó la vista, sus peculiares ojos dorados llenos de pena y furia—. Pero ¿y dentro de un año o dos?

Marianne sonrió aliviada.

—Ya veo. No te preocupes, solo estoy esperando aquí; mi marido regresará de Londres en cualquier momento. Por eso sigo aquí sola y por eso Betsy aún no se ha instalado. Pero cuando lleguemos a la finca de su padre la acogeremos en una familia digna de allí. Me aseguraré de ello. No te preocupes; será educada, aprenderá.

—¡Eh! Eso es lo que me temo. —Gilly frunció el ceño, luego suspiró y agachó la cabeza, mirando el sombrero que tenía en las manos—. Escuche, milady, ya no tiene que fingir conmigo. No soy estúpida ¿sabe? No puede estar en Londres, eso es evidente. Y no es asunto mío que quiera ser su amante. Al fin al cabo es una buena vida para algunas. Pero no para gente como yo o Betsy. Quizá algunos puedan hacerlo, ¿pero yo? Ni siquiera me gusta tener que tocar la mano de un caballero.

Marianne no podía hablar. Lo que Gilly pensaba de ella era tan horrible que sintió una punzada en el pecho, como si la hubieran golpeado con un puño.

—Pero Betsy no está tan mal como… —continuó Gilly implacable—. Ella no se merece ese destino. Es demasiado amable y cariñosa para jugar a ese juego.

—¡Gilly! —jadeó Marianne, tan horrorizada por lo que Gilly insinuaba como por lo que decía. Pero la muchacha continuó implacable.

—Hay que tener un corazón frío y una cabeza dura para andar ese camino. Incluso si consigue un buen pellizco de su protector. Además, las que no conservan su oro acaban paseando por las calles. ¿Calles? ¡Ja! Alcantarillas, más bien.

—Gilly —dijo Marianne con firmeza—, eso es terrible. Comprendo tus temores, pero creo que no los has entendido. Estoy casada. Betsy estuvo en nuestra boda. Ahora soy su esposa y no su amante.

Gilly suspiró.

—Si realmente crees eso, entonces lo siento por ti, porque no es verdad. No eres vizcondesa ni tampoco su esposa. Escucha —suspiró dijo cansada—. ¿Por qué crees que he venido hasta aquí para recoger a Betsy? No quiero que viva aquí. Podría haber vivido como quisiera, con su propia habitación y una suave cama, en lugar de compartir una manta en un rincón conmigo. Pero no dejaré que Betsy viva aquí, por muy bien que viva.

Marianne estaba consternada por cómo veía Gilly el mundo, un mundo diferente a todos los que ella había visto. Pero ¿cómo podía decir todo eso sobre ella? Abrió los labios para enderezarla, pero Gilly la miró fijamente con una mirada encendida.

—No sé qué hacía Betsy en la ceremonia —masculló con pesar—, ni por qué hicisteis un banquete después porque, por lo que sé y por lo que pude averiguar, no estás casada con nadie.

Los ojos grises de Marianne se abrieron de par en par. Gilly continuó con dificultad, porque la reacción de Marianne la estaba alterando.

—Parece usted consternada, milady, pero hay que decir las cosas tal y como son. Verá, no había ninguna noticia en el *Times*. Ahora, si un caballero se casa, se publica ahí. Todo el mundo lo sabe. Yo no sé leer, por supuesto, pero conozco a gente que sí y me dijeron que nunca apareció. Pregunté y pregunté. Y sé dónde preguntar. Tampoco nadie que conozca al vizconde sabía que estaba casado. Lo estuvo, por supuesto, hace muchos años, pero no que ha vuelto a casarse.

La oscura cicatriz del rostro de Marianne resaltó en negrita sobre su repentina palidez, y Gilly hizo una pausa. Miró el sombrero que retorcía entre sus manos. Su voz se hizo más grave y triste.

—Puede que usted sea más verde que la hierba, pero tiene que saber que algunos caballeros harían cualquier cosa para llevarse a su cama a la mujer que les apetezca. Y Malcom, bueno, todos saben que es un libertino. Y este lugar... es donde lleva a sus mujeres. Un hecho bien conocido, incluso en Londres. Cuando supe que estaba aquí fue cuando empecé a preocuparme. Ahora veo que se ha ido y ya sé por qué.

—No puede ser. —Sacudió la cabeza—. ¡No lo es! —gritó con más vigor. Se acordó de Mark y levantó la cabeza—. Estoy casada, Gilly. A mi marido lo llamaron para ir a Londres, por eso todavía estoy aquí y no en casa de su padre. Acabo de recibir un mensaje suyo. Me envía un mensaje todos los días.... Me pidió que lo esperara. Llegará pronto —dijo con firmeza, tendiéndole la nota con mano temblorosa antes de recordar que Gilly no sabía leer... Antes de recordar que no tenía que demostrar nada a nadie.

Se guardó la nota en el bolsillo, respiró tranquila y habló con toda la autoridad que no sentía.

—Me lo explicará todo cuando llegue. —Se rio, pero la risa le salió estridente—. Deja que Betsy se quede hasta entonces. Solo hasta que vuelva a casa. Entonces lo verás. Sería un crimen llevársela ahora. De hecho —añadió rápidamente—, ¿por qué no te quedas tú también? Al menos hasta que vuelva mi marido. Estoy segura de que podemos encontrar una habitación para ti, aunque quizá no sea necesario. —Se rio, esperando que sonara como si se estuviera riendo de forma alegre—. ¡Podría volver en cualquier momento!

—Puede que sí —masculló Gilly con resignación—, pero si tengo que pasar la noche,

compartiré habitación con Betsy, gracias. —Marianne se relajó—. Podría ser que yo también le hiciera un favor. ¿Quién sabe? —Se puso en pie con tristeza echando un vistazo a la elegante habitación—. Tal vez quieras volver con nosotras cuando llegue. Si es que llega, claro.



Gilly había viajado mucho, y esa noche se acostó temprano, después de cenar también mucho. Betsy comió con su querida hermana, así que Marianne cenó sola. También anduvo sola después de cenar, paseándose por el salón hasta que llegó la hora de ir a pasear a su habitación. La habitación de Mark, como se recordaba a sí misma. No es que tuviera que hacerlo. Su presencia era más fuerte en su dormitorio que en cualquier otro lugar de la casa. Las implicaciones de esa noción no la reconfortaban mucho en ese momento.

Pero cuando se acostó por fin en su cama, a la amplia luz de la luna, imaginó su oscura cabeza en la almohada junto a la de ella. Extendió una mano y acarició la fría sábana, recordando el cuerpo cálido y musculoso que había yacido junto al suyo, recordando la forma en que su más leve roce podía hacer que él se despertara y la tomara entre sus brazos, rememorando cómo había compartido calor y éxtasis con él.

Se dio la vuelta y gimió, tapándose la cabeza con una almohada. Lo echaba de menos en cuerpo y alma. Y estaba muy, muy asustada.



Gilly se aseó asombrosamente bien. Su pelo parecía seda de maíz, no paja sucia, a la luz de la mañana. Su tez era clara bajo toda esa suciedad eliminada, y era mucho más joven de lo que Marianne había pensado... hasta que miró aquellos extraños ojos amarillos y vio lo viejos que eran. Pero al menos ahora parecía una joven presentable, aunque extraña.

De hecho, ambas formaban una bonita estampa mientras paseaban por un prado empedrado de trébol color púrpura y atestado de mariposas. Marianne vestía de forma distinguida y elegante con un vestido color crema, su cofia colgando de sus aletas, y el pelo brillando con ricos tonos dorados a la luz del sol veraniego.

—Y entonces era entregarle a Betsy al canónigo y seguir yo sola, o quedármela. No tuve ninguna duda, se lo aseguro —decía Gilly mientras le contaba su historia a Marianne.

—¿No teníais parientes? —preguntó Marianne.

—Los tuve... solo que los perdí en algún lugar del camino —dijo Gilly con una sonrisa—. Como te decía, mi padre trabajaba como una mula, cargando en los muelles. Un día se cayó, se desplomó. La gente decía que había sido su corazón. Era un buen hombre, eso sí lo recuerdo. Mi madre se encargaba de lavar y cosas así para mantenernos, pero cuando le dio la fiebre estaba tan agotada que se tumbó y murió. Ambos eran del campo y vinieron a la ciudad a hacer fortuna. Lo único que hicieron fue a Betsy y a mí.

—¿Y no mantuvieron el contacto con nadie de su familia?

—Más bien no querían, creo. Las tierras estaban ocupadas y no había sitio para más bocas a las que alimentar.

Marianne asintió. Sabía de lo que hablaba. Sus padres procedían de una clase más alta, pero a ellos les ocurría lo mismo. Las hijas decentemente criadas de la clase media se encontraban en la misma tierra de nadie que los pobres hoy en día.

Todo estaba cambiando. La guerra estaba cambiando la faz del mundo y la industria estaba cambiando la faz de Inglaterra. La gente ya no podía trabajar en casa; las tierras se estaban convirtiendo en privadas a medida que se cercaban las propiedades. Incluso los ricos sabían que la vida no iba a ser igual a como lo había sido para sus padres. Una boca más que alimentar y un cuerpo más que vestir eran, a menudo, penurias o amenazas para el bienestar de quienes tenían lo justo para sí mismos, o pensaban que lo tenían.

—Pero no puedes seguir trabajando como un hombre, y mucho menos vistiéndote como tal —argumentó Marianne.

—Oh, ¿no puedo? —Gilly enderezó la espalda—. No quiero ganarme el pan sirviendo en tabernas y cosas así, llevándoles a los hombres vituallas y bebida. No se gana mucho, de todos modos. Tampoco quiero trabajar en casa de un rico fregando sus porquerías; además, no conozco a nadie que me recomendaría para hacer eso. Los ricos no contratan a nadie que no conozcan, ¿y quién puede culparlos? No sé leer ni escribir. No tengo familia con un negocio adecuado, como vender leche o carbón, o afilar tijeras o vender pescado —masculló con pesar.

—¿Vender pescado? ¿Crees que es una buena ocupación?

—Yo lo haría en un santiamén si pudiera —expresó Gilly con fervor—. Buen dinero y un negocio enérgico. De todas formas, ¿de dónde voy a sacar pescado? ¿Me pongo de pie con un poste en el Puente de Londres? Los que venden pescado, incluso en la calle, tienen contactos. —Su voz sonaba apesadumbrada—. Familiares y amigos con barcos y cosas así. El pescado fresco no es fácil de conseguir de otro modo.

Marianne nunca había considerado a los pescaderos como gente especialmente afortunada, pero ahora comprendía por qué Gilly sí lo hacía. Ella nunca había pensado en ello. Puede que sus padres no hubiesen sido ricos, pero habían sido de un mundo diferente al de Gilly. Su padre había sido un hombre culto, su madre una mujer educada. En realidad, nunca había conocido a una chica como Gilly, aunque suponía que había estado rodeada de hombres y mujeres como Gilly toda su vida. Tampoco se había sentido nunca una mujer privilegiada. Ahora se daba cuenta de que lo era.

Al menos podía trabajar en algo decente para ganarse la vida, pensó... y se detuvo en sus pensamientos cuando lo hizo. Cuando su tía le había dicho que abandonara su casa, no había tenido adónde ir ni forma alguna de ganarse la vida.

—Así que me visto como lo hago, y hago el trabajo de un hombre por la paga de un hombre. Un trabajo duro, pero no me mata. Morir de hambre lo haría. Así puedo mantenernos a Betsy y a mí a salvo y alimentadas. Betsy también hace su parte, no crea que no. Es joven, más guapa de lo que parece, y tiene maneras, por eso vende flores en el parque. La llevo al mercado de flores al amanecer y se lleva una bandeja con un puñado de ellas. Las chicas que venden bien consiguen más para vender al día siguiente, y también flores más selectas. Puede que, con suerte y trabajo duro, se haga con una esquina fija en la que vender flores cuando crezca. Eso es trabajo de primera para una chica.

—¿Y el matrimonio, los hijos, un hogar apropiado? —preguntó Marianne.

—No hay nada malo en ello, pero ¿dónde va a encontrar un caballero una chica como Betsy?

—Me refería a ti. —masculló Marianne con suavidad.

—¿Yo? —Gilly parecía tan sorprendida como podría haberlo estado el chico que fingía ser por esa idea.

—Gilly, no puedes fingir ser un chico para siempre. ¿Cuántos años tienes?

—Cumpliré dieciséis dentro de un mes, pero nadie tiene por qué saberlo —dijo Gilly con enfado.

—Pero lo sabrán. —Marianne miró el rostro terso de Gilly. Vio la forma en la que la ligera brisa agitaba su holgada camisa contra su esbelto cuerpo. Evidenciaba que sus días disfrazada de joven estaban a punto de terminar—. Ya tienes cara de mujer, Gilly, y tu cuerpo también está cambiando. ¿Te contratarán para hacer los trabajos que haces ahora cuando parezcas una mujer?

—¡Oh, eso! —Sus mejillas se enrojecieron—. Los escondo en casa, los mantengo bien envueltos. ¿Y quién se da cuenta? Y mantengo mi cara sucia, para que nadie lo note mucho. No soy tonta. Los que me conocen saben lo que soy. También saben que llevo un cuchillo y que sé cómo usarlo. Solo me visto así para que los que no me conocen no se hagan ideas equivocadas. Sé que tienes buenas intenciones, pero no me cuentes cuentos de hadas sobre un buen hombre y un buen matrimonio, porque eso no es para mí. Ya te lo he dicho. Un hombre me agarró una vez cuando tenía más o menos la edad de Betsy. No quiero que ningún hombre vuelva a tocarme.

—¿Él...? —preguntó Marianne, y luego se detuvo. No era justo. No era asunto suyo. Y, de repente, se dio cuenta de que quería saberlo.

—Sí —contestó Gilly con amargura—. Una mierda de hombre al que le gustaban las niñas pequeñas y le gustaban aún más cuando chillaban. Sabía que era malo, todos lo sabíamos. Incluso me mantuve alejada de su sombra. Pero era joven, como te he dicho, y no podía vigilar cada segundo. Me atrapó en un callejón. Me escapé, pero no a tiempo. Me lo hizo, duro e hiriente y riéndose, pero pagó por ello.

—¿Lo arrestaron?

—¿Por agarrar a una mocosa de los barrios bajos como yo y violarla? ¿A quién le importaría? Solo pensarían que fui una tonta por no pedir dinero. En cuanto a eso, hay algunos que habrían intentado contratarme si lo hubieran sabido, y no hablo de la gente de mi parte de la ciudad. ¿Quién crees que compra a los chicos de allí? —Se rio burlona—. Los hombres de mi barrio no tienen tanto dinero. Yo no tenía familia. Mi madre enfermó después de tener a Betsy. ¿Qué podía haber hecho, aunque se lo hubiera dicho, eh? Solo tenía a mis amigos en la calle y la mayoría eran de mi edad. Pero lo observé y di el soplo cuando robó un bolso.

—¿Lo arrestaron?

—Lo colgaron —dijo Gilly con sombría satisfacción. Sus ojos adquirieron una mirada distante, y Marianne supo que ya no estaba viendo lo que la rodeaban—. Yo estaba allí para asegurarme. Salté y grité y lo saludé mientras caminaba del carro a la horca para que pudiera verme. Aplaudí cuando le pusieron la soga en el cuello y grité «¡Cobarde!» cuando pidió una capucha para tapar su cabeza. Observé cada segundo. Aplaudí cuando pataleaba y giraba como

una peonza, y seguí animando hasta que estuvo muerto como una caballa. Había algunos hombres con dinero en la horca ese día. Caballeros como su Malcom, jóvenes y bien vestidos. Uno me vio gritando y riendo y dijo: «¡Damme! Pero si hay una chica con espíritu aquí»', se rio y me lanzó una moneda gritando: «¡Por tu entusiasmo!» Una moneda de oro solo por alegrarme por ver a un hombre ahorcado. —Gilly sacudió la cabeza—. El dinero más fácil que he ganado nunca.

Marianne vio un terrible conflicto en los ojos de Gilly.

—¿Y gastaste la moneda? —preguntó con cuidado, preguntándose si Gilly la habría guardado como trofeo de aquel terrible día.

—Me tomé una buena cena esa noche para rematar un buen día.

Marianne no dijo nada. Fue el señalado silencio lo que hizo que Gilly volviera a hablar. Sus delgados hombros se desplomaron.

—Sí, no lo diga. Estoy avergonzada. Vacié la mejor cena que he comido nunca justo después. Supongo que fue demasiado de golpe.

—Supongo que fue por la forma en la que te ganaste la moneda. Marianne hablaba despacio—. No eres tan dura como te gusta creer, Gilly. Tienes un buen corazón y, a pesar de todos tus esfuerzos, solo eres una jovencita, después de todo.

—Hace mucho que no soy joven, milady.

Eso era cierto. Marianne no podía imaginar el dolor que había vivido Gilly ni su vida; ahora lo sabía. Pero intentó pensar en algo que decir para apartar la terrible mirada de los ojos de la muchacha.

—¿Cuelgan a la gente por robar carteras?

—Los cuelgan incluso por un pañuelo —masculló Gilly asombrada, mirando a Marianne como si hubiera bajado de la luna—. Ve, eso es lo que intento decirle. Sabe mucho, milady, pero nada sobre la vida. O de hombres. Tú tienes un buen corazón, pero vives en un sueño. No estás casada y solo estás empeorando las cosas quedándote aquí.

—Gilly —la nombró Marianne con firmeza—. Mi marido no me ha mentido, eso lo sé y tú también lo harás algún día. Pero no confías en los hombres lo suficiente como para intentar siquiera verlo. ¿Crees que todas las mujeres son tan inmorales o tontas como las que se venden? No, claro que no. Ni siquiera todos los hombres que se venden lo son. Deberías ver que no todos los hombres son unos brutos. Recuerda a tu padre. ¿Era un buen hombre?

—¡Ninguno mejor! Que yo recuerde.

—Entonces, tienes que darte cuenta de que hay otros como él. Quizá no muchos donde tú vives. No, incluso allí estoy segura de que tiene que haber algunos que sean hombres decentes, hombres de nobleza, aunque no hayan nacido en ella. Hombres que traten a las mujeres con amor, respeto y delicadeza debido a su propia fuerza, no a pesar de ella. —Hizo una pausa, preguntándose cómo podría explicar el comportamiento caballeroso o amoroso, y mucho menos todas las cosas maravillosas y secretas que los hombres y las mujeres decían y hacían entre sí, en el amor y por amor—. Hay tantas cosas que no sabes sobre la galantería de un hombre adulto. Su código de honor que no le permite hacer daño a nadie más débil, ni a ninguna mujer, especialmente a la que ama. Cuando un hombre así te ama, y tú lo amas a él, entonces no hay

duda, ni miedo.

—¡Sí! Cuando un *buen* hombre te ama, puede. Sí, tal vez pueda ver eso, pero su Vizconde es otra pieza.

—Gilly, te lo dije…

—Lo sé, pero no sabe de lo que está hablando. —Gilly estaba exasperada—. Escuche, no estoy hablando por hablar. No está tramando nada bueno. He visto a su tía y a su prima y ellas también lo saben. —Marianne respiró de forma agitada—. Fui a la cocina de su casa a hablar con las que trabajan allí para averiguar dónde estaban Betsy y usted, y me contaron toda su historia. Pero una de ellas se chivó y, entonces, entraron su tía y su prima con las orejas alerta. Cuando oyeron lo que les pregunté, también me echaron la bronca. Sé que en otra circunstancia no me habrían ni dejado entrar por cómo iba vestida, pero en ese momento no les importó. Estaban demasiado contentas contándoles al mundo lo tuso con el vizconde.

—Están celosas. Lo querían para mi prima Shirley.

—Lo vieron en un gran baile elegante la noche anterior, milady. Con otra mujer. Marianne dejó de caminar. Gilly se miró los zapatos y continuó con tristeza—: Sí. Con una dama de buen ver, una verdadera dama y casada, también, pero una que es famosa por ser libre con sus favores. No digo que le culpe por dejarlos, pero necesita saber la verdad, aunque lamento decírselo. Escuche, no es culpa suya. ¿Quién podría culparla? Eres una buena mujer, también lo he oído. Y no podía conseguirla de otra manera, ¿verdad? Así que apuesto a que hiló un bonito cuento y usted quiso creerle. Quizá la mayoría de las mujeres también lo habrían hecho, porque es guapo y zalamero, pero es un estafador y no hay duda de ello. Algunos hombres son así, se llevan a una chica a Escocia y contratan a un herrero para que les diga que están casados. Pero, en realidad no están en Escocia, y cuando acaba la luna de miel ella no vuelve a verlo. Algunos ni siquiera quieren molestarse en viajar tan lejos. Reúnen a sus amigos y uno se hace pasar por vicario y dice las palabras, pero no hay ninguna ley detrás, ni de Dios ni de los hombres. Después, todos se echan unas risas. Todos menos la novia, que no era más que una paloma madura para el desplume. He oído muchas historias así.

»Yo estaba en la iglesia aquel día, señorita Marianne. —Los latidos del corazón de Marianne se aceleraron, haciéndola sentir mareada y aturdida—. ¿Cree que dejaría que mi Betsy fuera a un sitio nuevo que yo no conocía? Parecía una boda. Quizá a mí también me engañó durante un tiempo, pero incluso entonces sospeché, porque no había nadie. Nadie salvo algunos de sus amigos, se marcharon poco después.

Gilly se encogió de hombros.

—Usted y yo tenemos mucho en común, aunque no lo pensaría al mirarnos. Es madura, tiene aspecto y educación y más hombría que una duquesa, pero un hombre le hizo daño y usted tampoco tiene familia ni dinero. Al menos yo tenía amigos y algo más que una cara bonita para salir adelante.

La mano de Marianne se fue involuntariamente a su cicatriz.

—Sí, «bonita», y eso es lo que quería decir —recalcó Gilly—. Más que eso. Esos ojos y ese pelo y esa figura... Está muy guapa, la cicatriz no es nada. Hace que la gente se fije más en usted, y lo que ven es tan bonito que se quedan mirando. Es guapa, pero diferente. Supongo que por eso la quería tanto, pero no se casó con usted, y ahí está la verdad de Dios.

—¡Lo hizo! —dijo Marianne enojada. Porque si no lo hizo, entonces ella no sabía nada de la vida, ni de los hombres, ni del amor, ni de la confianza—. ¡Lo hizo! —recordó, recordando su voz, su rostro, su presencia... con tanta fuerza que era como si ahora estuviera de pie junto a ella, alto y recto, con toda su fuerza y certeza y el poder de su personalidad, sosteniéndola. Casi podía oír su voz profunda y sentir el calor de su gran mano envolviendo la suya. Estaba a su sombra, aunque él estuviera ahora a kilómetros de ella. Pero él estaba en su corazón, y por una buena razón. Ni siquiera consideraba la idea de que él le hubiera mentido, la hubiera traicionado, la hubiera tomado de la única forma que podía y luego la hubiera abandonado cuando se había aburrido de ella. No podía ser. Puede que supiera poco de hombres, pero a él lo conocía.

¿Pero hasta qué punto? Odiaba ese pensamiento repentino, pero no era estúpida. Tenía que pensar en las posibilidades. Después de todo, ¿a cuántos otros hombres había conocido realmente? Su padre, algunos vecinos, sus parientes, hombres en cuyas casas había trabajado, hombres que la habían tratado con condescendencia o la habían ignorado o habían intentado deshonrarla. Nunca había tenido un pretendiente de verdad antes de que llegara Mark. Así que, ¿cómo iba a saber que eso no era lo que haría, podría hacer, un libertino? Él había dicho que era un libertino, lo había admitido la noche que se habían conocido y nunca lo había negado desde entonces.

Pero también había dicho que no era un canalla. Él mismo había hecho esa distinción la primera vez que se habían conocido.

Porque solo un canalla aceptaría el amor de una mujer y diría que lo apreciaba, que parecía devolverlo por partida triple, mientras todo el tiempo jugaba a un juego para buscar su propio placer. Un canalla se aburriría del juego una vez ganado. Entonces, desecharía a la ligera su premio, ganado con tanto esfuerzo, porque había otra mujer que le llamaba la atención, una más nueva y, por tanto, un premio más rico para él.

«No». Marianne inspiró hondo. Podía ser un granuja, pero Mark no era un canalla. Algunos hombres podrían hacer esas cosas, pero él no. Mark nunca. No importaba lo que dijeran de él, no importaba lo que dijeran que lo habían visto hacer. Ella lo sabía. Sus ojos no habían mentido, y sus labios tampoco, ni en sus besos ni en lo que había dicho.

Pero antes de irse había dicho que había algo que quería decirle: *«una cosa que nunca pensé que querría decirte, pero entonces, no sabía cómo serían las cosas entre tú y yo»*.

Y acababa de escribirle que tenía algo que decirle:

Tengo cosas que decirte, cosas demasiado difíciles de poner en palabras escritas.

Sus propias palabras, las mismas cosas con las que ahora contaba para mantener su valor, volvieron a atormentarla.

También había escrito:

Te pido que confíes en mí y que me esperes.

Y ella sí confiaba en él.

—Sí se casó conmigo —le dijo a Gilly con la cabeza alta, aunque con las manos apretadas —. No puede haber amor sin confianza, y le digo que no soy tonta. Nunca le habría dado mi amor a un hombre en el que no pudiera confiar.

«Puede que, lo que quiere decirme, es que ha hecho algo malo y que lo lamenta

amargamente, pero que pretende arreglarlo», pensó con amargura.

Había sido otro día terrible. Tan malo que ni siquiera el buen whisky que Mark estaba bebiendo podía quitarle el sabor amargo de la boca. Estaba atrapado, y no podía gustarle ni cambiar la situación por sí mismo. Se sentó en una silla e intentó relajarse. Pensó que lo había conseguido, hasta que se dio cuenta de que su pie golpeaba el suelo. Cuando dejó de hacerlo, descubrió que tenía la mano tan apretada alrededor del vaso que tenía los nudillos blancos. Era inútil. Se sentía como un resorte enrollado. Casi podía sentir que le picaban las palmas de las manos. Ansiaba saltar de la silla, subirse a un caballo y salir a toda velocidad de Londres. Pero no podía.

Le dijeron que marcharse ahora lo pondría todo en peligro. Dio otro trago al fuego líquido. Se preguntó si quedarse también lo ponía todo en peligro. Todo lo que era importante para él, al menos. ¿Cuánto tiempo se contentaría con estar sola? ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que sus dudas sobre él, dudas que él había visto en sus ojos y que ahora podía leerlas en sus cartas, se filtraran en sus pensamientos como un lento veneno?

Se estaba impacientando, pidiéndole que la dejara marchar en cada carta, y él recibía una carta de ella cada día. Como si la fuera a dejar marchar. ¿Cuándo dejaría de pedírselo y se iría de verdad?

—Otra —le pidió al lacayo, indicándole la jarra vacía que había sobre la mesa a su lado. Estaba en su club favorito y un largo crepúsculo de verano suavizaba la vista de Londres, pero no miraba a ninguna parte salvo a su interior. Eso, decidió, era parte del problema.

Últimamente estaba demasiado solo. Tenía una familia pequeña; la mayoría vivía en el campo. Apenas tenía amigos de verdad en la ciudad y ahora no tenía paciencia con los de otro tipo. Los años en el extranjero habían limitado sus amistades a aquellos pocos hombres que habían viajado por el continente como él. Cuando había regresado, sus semanas aquí no le habían granjeado muchos amigos nuevos.

Mark miró a su alrededor. Era última hora de la tarde y el salón del club estaba casi lleno. Los socios aún no se habían ido a cenar. Algunos ancianos discutían de política junto a la chimenea. Algunos jóvenes estaban de pie junto al gran ventanal mirando hacia fuera.

Mark sonrió. Su primo, el conde de Drummond, estaba sentado con otros hombres a menos de cinco metros de distancia. ¿Y no lo había visto? Mark se levantó y se acercó.

—Tienes problemas con la vista, ¿Drum? —preguntó cuando se acercó a su primo—. Debes de haber pasado por delante de mis narices. ¿Cómo estás? Hace meses que no te veo.

El elegante caballero apartó despacio la cabeza de los hombres con los que había estado hablando. Sus ojos azules eran tan fríos como el alma del viento del norte cuando levantó la vista.

—Parece que no —dijo frío, y le dio la espalda.

Mark se quedó helado. ¿Un corte directo? Aparte de ser primos, habían sido íntimos de

niños, amigos en la escuela y amigos siempre que se veían desde entonces. ¿Y ahora esto?

Sus pensamientos se agitaron. Un caballero afrontaba un corte directo de dos maneras. Podía escabullirse con el rabo entre las piernas o podía convertirlo en un argumento para retar al otro hombre a un duelo. Pero no podía ignorar el insulto. No era solo una cuestión de orgullo.

—Drum —dijo con una voz tan fría que hizo que los otros hombres se quedaran repentinamente inmóviles—, decido no aceptar tu insulto hasta que sepa por qué lo has proferido. Puedes decírmelo ahora o en el campo de duelo. Lo dejo a tu elección. Sin embargo, dudo que la familia se emocione si decides convertirlo en una matanza. Somos pocos y no estarán contentos con uno menos. No obstante, te complaceré si así lo deseas. O habla ahora, si lo prefieres.

La mirada de Drum recorrió de forma despectiva a su primo.

—¿Hablar? Muy bien. ¿Aquí y ahora?

—Aquí y ahora, pero no con público. —Señaló hacia un rincón alejado.

El conde de Drummond se levantó y siguió a su primo hasta donde había dos sillones de cuero estilo sedán de respaldo alto, uno frente al otro, frente a una pequeña mesa. Susurros excitados siseaban a su paso. Los dos caballeros eran altos, anchos de hombros y delgados de caderas, con cierta gracia y elegancia. Eran ingeniosos e inmaculados, ambos famosos por ser hombres de mundo.

El vizconde Malcom era unos años mayor, su rostro fuerte tenía los rasgos irregulares que las mujeres encontraban tan atractivos y su mata de espeso pelo oscuro se rizaba también tan salvajemente como la de un poeta. El conde de Drummond era más delgado, incluso sus mejores amigos solo podían afirmar que su rostro era expresivo, su cabello oscuro lacio y sus ojos azules en lugar de cetrinos relucientes. Su parecido familiar residía más en su ingenio y estilo que en sus rostros. Ambos hombres eran de maneras dignas de mención y conjetura.

Mark se sentó, cruzó una larga pierna sobre la otra y miró a su primo a la cara. Drum se acomodó, prestando mucha atención a sus botas y a nada más.

—No quiero derramar sangre, aparte de la que tu madre derramaría sobre mí si te hiciera daño. —Su primo no sonrió ante sus palabras, por lo que la expresión de Mark se tensó—. Muy bien, nada de bromas. Adelante. ¿Por qué? Tenemos demasiada historia a nuestras espaldas para tales tonterías.

—En efecto, demasiada historia, pero nada de futuro. Creía que te conocía. Ahora creo que esos años separados te han convertido en un hombre diferente.

—Supongo que lo han hecho. Espero que lo hayan hecho. Pero no uno que merezca tu desprecio.

—Me pregunto una cosa —dijo Drum, fijando en su primo una mirada fría—. Después de la muerte de Elise tuviste mi simpatía. Era encantadora. Siempre te envidié, ¿lo sabías? Pero, por supuesto, a ella le gustabas tú. Así que cuando oí historias sobre tu vida salvaje en el extranjero después de que ella se hubiera ido, me compadecí de ti. Cuando fui a visitarte y vi la vida disipada que llevabas, pensé que lo superarías. Ahora sé que no lo hiciste.

—¡Alto! —apuntó Mark, frunciendo el ceño y levantando una mano en alto—. No lo entiendo. No nos hemos visto mucho desde entonces. Tú estabas en España hasta que te alcanzó

aquella bala. Yo también estuve fuera del país todo ese tiempo. Nos reencontramos cuando regresé hace solo unos meses. Lo retomamos donde lo habíamos dejado, o eso creía yo. ¿Qué he podido hacer para ofenderte en el poco tiempo transcurrido desde entonces? Estoy sinceramente sorprendido.

—¿Lo estás? Quizá sea lo único sincero de todo esto. Yo también he vuelto hace poco a la ciudad, aunque solo sea del campo. Oh, ¿no lo sabías? Me sorprende. ¿No te avisó tu esposa? La visité justo el otro día.

Mark parpadeó. Solo era eso. Su rostro permaneció reservado, aunque sus ojos avellana se iluminaron con alguna emoción que su primo no pudo nombrar.

Drum se inclinó hacia delante, sus palabras eran murmullos ásperos.

—El hombre que conocí no se rebajaría a tales juegos. Solo eres dos años mayor que yo, pero siempre te admiré, traté de imitarte. Tenías estándares, incluso entonces. Y cuando te vi en el Continente, después de perder a Elise, los seguías teniendo. Entonces éramos hombres, ya no éramos dos críos cazando juntos nidos de pájaros, sino al acecho de mariquitas más tiernas. Fuiste tú quien me enseñó a buscar solo a los que conocían nuestros objetivos. Íbamos a casas de placer, o a asambleas donde todo el mundo estaba a la altura. Nunca te aprovechaste de los inocentes, ni siquiera entonces. Hay una línea entre ser un libertino y un canalla, Mark. Tú me lo enseñaste.

—¿Y crees que la he cruzado? —preguntó Mark con calma, aunque su mano se anudó en un puño sobre su rodilla.

—Fui a Brook House. Pensé que estabas allí; es donde las habladurías te habían situado, al menos. Nunca te importó que me uniera a ti para hacer tus juegos, aunque yo había llevado mi propia diversión. Cuando bajé del carruaje, ella vino corriendo a mi encuentro pensando que eras tú. Cuando vio que era un extraño, se sintió profundamente avergonzada. Como lo estuve yo después de hablar con ella. Tenía a Storm, a Turner a Bryant y sus mujeres conmigo.

—¿Y te atreves *a* criticarme? —dijo Mark enfadado, alzando la voz.

—A las mujeres que estaban con nosotros se les pagó por su tiempo. Ellas eran mujeres experimentadas, mujeres del mundo del place, ella no. No hicieron falta ni cinco minutos en su compañía para verlo. Es encantadora, incluso con esa cicatriz. Habla como una mujer educada, y hay una dulzura en ella que.... —Drum sacudió la cabeza—. Pero eso no importa. Si fuera una vulgar ramera, seguiría disgustado. La mujer cree que es tu esposa, Mark —añadió en un feroz susurro—. Había una niña con ella, de los barrios bajos, obviamente, con un acento de los *Rookeries* que podrías cortar con un cuchillo. Dijo que había sido la niña de las flores en su boda. Su encantadora amiga estuvo de acuerdo, y de nuevo afirmó ser tu esposa con todo el orgullo y decoro que una esposa tuya debería tener. Hay desgraciados que se llevan a mujeres decentes a la cama de esa manera cuando no pueden tenerlas de otra forma. Siempre los he despreciado. Pensaba que tú también lo hacías. Y anoche, en el baile, fue la gota que colmó el vaso. Te vi con esa mujer de Kensington, la famosa esposa infiel del tonto barón. ¿Quién no? No es el tipo de mujer con la que un recién casado debería ser visto. O con la que debería querer estar.

—¿Por casualidad sabes con quién se fue a casa esa señora? —preguntó Mark de forma ácida—. Pero no, eso no importa, supongo. ¿Un hombre no puede ser visto con otra mujer si está casado? Has adquirido algunas nociones extrañas desde la última vez que nos vimos.

—Si está casado. «Si» es la palabra relevante aquí, Mark. ¿Qué sentido tiene intercambiar insultos? —El dolor era palpable en sus ojos—.Siempre podrías superarme en eso, pero ahora no estoy jugando. Nada de juegos, Mark. La he conocido. Se merece algo mejor que una farsa tan barata.

El rostro de Mark estaba mortalmente inmóvil, salvo por un músculo que se le tensó en la mandíbula.

—Ya veo —siseó con los dientes apretados—. ¿Crees que nunca me casaría con ella porque tiene una cicatriz?

—¡Al diablo con la cicatriz! Ya te lo he dicho. La hace aún más encantadora, aunque no sé por qué. Pero es pobre y sin contactos; no es nadie, Mark, de ninguna parte.

—¿Y crees que eso me importaría?

—¿Qué crees que soy, un idiota?

—Claro que sí —espetó Mark.

—¡Maldito seas! —bramó Drum levantándose de su silla.

—Eres tú quien será condenado, muchacho —gritó Mark, poniéndose lentamente en pie, mirando a su primo con los ojos entrecerrados.

Los demás hombres de la sala habían permanecido inmóviles durante un largo rato, aunque ambos no se habían dado ni cuenta. Ahora ya no fingían no estar escuchando, sino que se quedaron mirándolos. Tal comportamiento era inaudito en este club, imposible de imaginar viniendo de estos dos pulidos caballeros. Pero allí estaban, casi nariz con nariz, gruñéndose el uno el uno al otro.

La repentina quietud absoluta que había los llamó la atención a ambos al mismo tiempo. Apartaron la mirada el uno del otro y recorrieron la habitación. Miraron fijamente a los hombres que los observaban.

Un latido después estalló una conversación entrecortada. Los demás hombres volvieron la cara. Los cotilleos eran deliciosos y muchos de los hombres de la sala vivían para ellos, pero ninguno estaba dispuesto a morir por ellos. Nadie en su sano juicio quería desafiar a ninguno de los dos hombres. En cualquier otro momento, Mark y su primo se habrían reído. Ahora no.

Cuando el repentino murmullo aumentó, Drum volvió a sentarse, y lo mismo hizo Mark. Pero ambos hombres estaban al borde de sus asientos. Drum habló primero, y lo hizo en voz baja.

—¿Así que afirmas que te casaste con ella?

—Así es.

—Qué extraño. No me invitaste a la boda.

—¿No lo hice? Estabas fuera de la ciudad.

—No hubo invitación escrita. No hubo aviso en el *Times*, ni cartas a la familia, ni palabra a nadie.

Mark cerró los ojos. Murmuró una maldición. Agachó la cabeza y se pasó una mano por la nuca, pero cuando volvió a mirar a su primo, su expresión era de dolor, de frustración.

—Tenemos que hablar. Hay circunstancias extrañas de por medio. Drum… —hizo una pausa, ordenando sus pensamientos. Sus ojos, normalmente tan cautelosos, estaban ahora vivos de emoción—. A veces, un hombre, incluso el más sensato de los hombres, se deja llevar tanto por sus deseos que olvida las cosas más elementales. Si tú no has experimentado ese tipo de deseo, te envidio. Pero créame, a veces uno puede llegar a obsesionarse mucho, y no solo por el cuerpo de una mujer, sino por su esencia misma. Baste decir que tienes razón en algunas cosas. He sido un necio y he metido la pata hasta el fondo. ¡No sabes cuánto! Te lo contaré todo si me dejas. Dame diez minutos para escribir algunas notas y enviarlas. Luego hablaremos.

Su primo estudió su rostro. Luego asintió.

—Por los viejos tiempos —aceptó con cautela—, y la esperanza de otros nuevos.

Mark le dedicó una sonrisa tensa. La rebuscada conversación que había a su alrededor se hizo más normal; se oyeron risas. Un lacayo que había estado rondando cerca decidió que por fin era lo bastante seguro como para interrumpir a los dos peligrosos caballeros.

—¿Milord? —dijo nervioso, ofreciendo a Mark una nota en una bandeja de plata—. Hay un mensaje para usted.

Mark cogió el papel. Lo leyó y luego lo arrugó en un puño. Sus ojos se pusieron sombríos y luego ardieron. Se puso en pie de un salto.

—¡Maldita sea! Tengo que irme —le dijo a Drum—. ¡Malditos sean todos!

Drum lo miró con curiosidad.

—¿Seguro que no puedes esperar un momento?

—Ojalá pudiera, pero debo irme. Ahora mismo.

—¿Tu padre? —preguntó Drum con ansiedad—. Lo siento mucho....

—No, no. Es... algo totalmente distinto.

Drum frunció el ceño y luego sus ojos se abrieron de par en par. Se levantó y puso una mano en la manga de Mark.

—No te preguntaré por tus reacciones, pero no me faltan fondos y no pediré intereses ni una devolución rápida. Si necesitas algo para salir adelante, no tienes por qué lanzarte a los usureros. Lo que hayas hecho no importa. Como dijiste antes, soy de la familia.

La expresión severa de Mark desapareció de su rostro. Echó hacia atrás la cabeza y rio con ganas.

—Eso es de ricos —dijo cuando hubo terminado, con voz más suave—, y no me refiero al dinero. ¿Estás dispuesto a matarme por un desaire imaginario hacia una mujer que, en realidad, nunca has conocido, pero también estás dispuesto a vaciar tus bolsillos por mí? ¡Bien hecho! Ni siquiera yo estoy tan perplejo. —Se puso sobrio—. Pero no hay necesidad. Ya no somos niños; no he gastado mi fortuna. Estoy bien. No son problemas de dinero. Pero gracias.

—Entonces, ¿por qué tienes que salir corriendo? ¿Quién tiene tanto poder sobre ti? Vi tu cara cuando leíste esa nota. Tienes problemas, Mark.

El rostro de Mark se agravó.

—No. Un amigo mío los tiene. No preguntes, porque aún no puedo decírtelo. Solo confía

en mí. —Hizo una mueca de dolor—. Se lo pido a mucha gente estos días —murmuró, con los ojos sombríos de nuevo—. ¡Maldita sea! Te veré cuando pueda. Ten un buen pensamiento para, y de mí, hasta entonces. ¿Lo harás?

—Lo intentaré —dijo Drum, pero lo dijo al aire, porque su primo ya estaba saliendo a grandes zancadas de la habitación.

Queridísima Marianne,

Qué cansada debes de estar de mis excusas, qué impaciente y fuera de ti conmigo. Incluso yo *estoy cansado de mis excusas. Pero espera, por favor. Solo un poco más. Iré a verte pronto. Pronto, te lo prometo. Hay mucho* que *debo contarte, demasiado para ponerlo por escrito, aunque me atreviera. Pero necesito ver tu cara la próxima vez que te hable. Necesito tenerte entre mis brazos cuando volvamos a hablar. Necesito, desesperadamente, tenerte entre mis brazos en mi cama, a decir verdad. Pero también debemos hablar. Lo haremos. Solo un poco más. No eres la única que sufre. Ardo por ti.*

Tú Mark

«Bueno», pensó Marianne mientras doblaba con cuidado la nota. «Algo es algo», Puede que solo fuera el deseo de saber de él, pero era algo. Aunque, ¿qué querría decir exactamente con: «*solo un poco más*»? «Olvídate de eso, niña», se dijo a sí misma. ¿Qué quería decir con: «*necesito ver tu cara cuando te hablo*»? Eso era preocupante. Suspiró. Tantas preguntas y solo una respuesta: Mark.

—Entonces, por su cara, supongo que él tampoco vendrá hoy —preguntó Gilly.

—No, pero lo hará pronto.

—Oh, sí, y pronto será invierno, ¿y dónde está Papá Noel? Uff —dijo Gilly, mirando por la ventana el verde césped que hacía que su afirmación pareciera aún más tonta—. Escuche, señorita Marianne, no puedo quedarme aquí todo el verano. Cuanto más tiempo esté fuera, menos trabajo encontraré cuando vuelva. La gente llega a pensar que estás muerta si no apareces cuando ha pasado una semana. ¿Y cuánto tiempo cree que le guardarán el rincón a Betsy? Ya se lo han cedido a otra persona, ¿sabe? Tendré que hablar de seis en seis hasta que se lo devuelvan a Betsy, tal como está.

—Oh, Gilly, podrías ser cuentacuentos en esa misma esquina y hacer fortuna; sólo llevas aquí una semana y lo sabes.

Gilly se encogió de hombros.

—Parece más.

—Porque estás ociosa. Ven, daremos otro paseo —dijo Marianne cogiendo su chal.

—¡Qué bien! —gritó Betsy, saltando tras Marianne mientras salía del salón y se dirigía a la puerta.

—Será un centímetro más corta cuando vuelva, caminamos tanto —refunfuñó Gilly, pero siguió a la pareja hasta la puerta, al patio cerrado y luego a la luz del sol.

Caminaron hacia la pequeña aldea cercana, pero en realidad nunca llegaban hasta allí.

Marianne siempre encontraba una razón para dar media vuelta antes de que la tuvieran a la vista. Ahora volvió a hacerlo.

—Parece que se está nublando y que va a llover —dijo, entornando los ojos y mirando fijamente a un cielo sin nubes.

—Siempre llueve. ¿Y qué? —preguntó Gilly mientras avanzaba despacio.

—Y se acerca la hora del té —añadió Marianne.

Eso la hizo reaccionar. Gilly nunca dejaba pasar una oportunidad para comer. Dieron media vuelta. Marianne se sintió aliviada de haber pensado en otra excusa para no ir a la ciudad. Ya era bastante malo que Gilly viera cómo la trataba el personal de la casa estos días. Ir al pueblo sería peor, porque Marianne sabía que allí no la querían. Eso lo estaba aprendiendo ahora del personal de la Casa Brook.

Cuanto más tiempo pasaba Mark fuera, peor se comportaba el personal de la casa con ella. Lo hacían de un modo que a ella le resultaba difícil quejarse a Mark, porque, en realid, no había nada de lo que quejarse. Pero le hacían la vida más incómoda cada día y cada noche. Lo hacían con astucia, pero ella sospechaba que los criados eran maestros en el arte de mostrar sutilmente su desagrado por alguien a quien tenían que servir. Cada día la sometían a una docena de pequeñas cosas que mostraban lo que pensaban de ella, tan pequeñas que nunca eran suficientes para escribir a Mark sobre ellas, cosas que podían ser vistas como su imaginación... si uno no estaba allí para verlas. Una inflexión en una voz aquí, una mueca en una cara allá, una mirada lenta o una réplica rápida, y cosas que nunca se hacían como ella pedía: un fuego encendido una hora después de que ella lo pidiera, una taza retirada mucho antes de que ella hubiera terminado de beber, el almuerzo servido tarde, la cena fría, y siempre con alimentos que tendrían que haber estado ciegos para no darse cuenta de que ella había dejado en su plato la noche anterior. A veces también sospechaba que eran los mismos alimentos. Todas estas pequeñas cosas se sumaban a un conjunto miserable.

A Betsy la seguían tratando con encanto, e incluso habían aceptado a Gilly a regañadientes por el bien de Betsy. No por el de ella, Marianne lo sabía. Eso estaba claro.

«Brook House había sido un lugar terrible para que él la llevara de luna de miel», pensó. Pero luego admitió que, en realidad, no lo había sido. El mismo infierno no habría estado mal si él hubiese estado allí con ella. Pero no lo estaba, y allí era donde siempre había llevado ropa las mujeres con las que se acostaba, así que ¿por qué iban a creer que ella era mejor? Sobre todo, porque el único título a su nombre era el de él. Y ahora Gilly había introducido la duda de que él, siquiera, le hubiera dado su título. Marianne se negó a darles explicaciones a los criados. Sabía que, de todos modos, no la habrían escuchado.

Esta era su luna de miel y nunca se había sentido más desgraciada en su vida. Ya no escribía a su madre. Esperaba que su madre pensara que era porque estaba demasiado ocupada pasando cada hora en los brazos de su cariñoso nuevo marido. Mensajes o no, Marianne ni siquiera estaba segura de estar en sus pensamientos. Él estaba constantemente en los suyos, tanto por la alegría que le había proporcionado como los nuevos temores sobre sus intenciones.

Apenas podía dormir por las noches, aunque caminaba cada hora del día, ya fuera dando paseos por el campo o pasando el tiempo. Se lo notaba al mirarse en el espejo. Le apenaba ver que su mejor rasgo, sus ojos grises, no eran tan finos cuando estaban tan enrojecidos. Su tez parecía más demacrada que blanca. Cada vez más la cicatriz dominaba su pálido rostro. «Cada

vez parecía menos la amada novia de un noble», pensó mientras ella, Gilly y Betsy volvían a casa rezagadas tras su corto paseo.

Así que, literalmente, dejó de respirar cuando levantó la vista de sus polvorientas zapatillas al llegar a la cima de la ladera que dominaba Brook House. Solo se quedó mirando.

—¡Mirad qué bonito carruaje! —gritó Betsy—. ¿Es él? ¿Lo cree, verdad, señorita Marianne?

—Él o el propio Rey —murmuró Gilly, mirando el bonito carruaje, con todas las maletas encima, parado en el camino de entrada.

—¡Cuatro caballos! —vociferó Betsy, bailando—. Negros emparejados. ¡Guau! ¡Tiene que ser él!

«Más bien alguno otro de sus desaliñados amigos», pensó Marianne con recelo. Fuera quien fuera, no iba a pasar vergüenza de nuevo.

—Bueno, no creo que sea mi marido —les dijo mientras empezaba a avanzar hacia la casa. Se negaba a correr, pero eso no significaba que no pudiera darse prisa—. Se fue a caballo y creo que volverá a casa por el mismo modo. Tal vez sean invitados. *«A ninguno de los cuales conozco, y a muchos de ellos temo conocerlos»*.

Aun así, era compañía, y quizá noticias, así que Marianne aceleró el paso. Bajó la pendiente tan rápida y delicadamente como pudo, por si alguien la observaba desde el carruaje.

No lo estaban. Vio que se apeaban algunas figuras, que subieron por las escaleras hasta la puerta principal. Un grupo de tres. Dos mujeres y un chico joven. ¿Podrían ser los parientes de Mark? No tenía hermanas, ella lo sabía, pero ¿quizá otra prima? Ahora Marianne se apresuró más.

La puerta se abrió de golpe. El lacayo se quedó mirando. El mayordomo, el señor Hines, apareció un momento después, e incluso desde la distancia Marianne pudo ver su asombro. Jadeó como un pez y se balanceó, y ella temió que realmente se cayera. Pero entonces su viejo y agrio rostro se descompuso en una enorme sonrisa. Casi no lo reconoció.

Se apresuró a seguir bajando, Betsy saltando a su lado, Gilly alargando su zancada. Aun así, el grupo de la puerta principal estaba a punto de entrar cuando ella por fin se acercó. ¿Iban a entrar? ¡Pero ella no los había invitado a entrar!

Debían de ser parientes. Marianne llegó a la escalera delantera antes de aminorar la marcha, alisándose el pelo despeinado, esperando no parecer demasiado alborotada y ceñuda.

El mayordomo la vio primero y frunció el ceño. Eso hizo que el trío de la puerta se volviera para mirarla. La mujer que estaba más cerca de ella era obviamente una sirvienta, porque se colocó detrás de las otras dos e iba vestida con el tipo de vestido marrón sin forma y tenue que Marianne recordaba demasiado bien. El muchacho, un joven apuesto de boca malhumorada, miraba abierta y de forma grosera a Marianne, Gilly y Betsy. Pero las mujeres que lo acompañaban detuvieron a Marianne en seco. Le entraron ganas de hacer una reverencia. Se trataba de una dama, cualquiera podía verlo.

Tenía algunos años más que Marianne, pero no muchos. La desconocida era alta para ser mujer, y esbelta, y rubia y clara como la reina de los prados que florecía en los campos que las rodeaban, pero con todo el refinamiento de una rosa exquisita. Llevaba un vestido negro

perfectamente cosido que mostraba sus torneadas formas. Una elegante cofia rosa y negra se inclinaba con desenfado sobre unas suaves trenzas doradas, acentuando un rostro de elegancia clásica. Unas finas cejas se arqueaban sobre unos ojos azules cuando contempló al trío que tenía ante ella.

—Milady —musitó el mayordomo—. Esta es la joven de la que le hablaba, y sus... amigas.

Pero se dirigía a la visitante y no a Marianne, la señora de esta casa y, por tanto, por mucho que le disgustara, su señora. Su señora. Marianne aspiró hondo. Podía haber sido menospreciada por el personal en pequeñas cosas, y por ello incapaz de defenderse antes, pero esto era pura grosería e insubordinación. Levantó la barbilla. Sus ojos grises se oscurecieron de ira. Ella conocía su lugar, aunque él no.

—¡Oh, vaya! —musitó consternada la extraña mujer antes de que Marianne pudiera decir una palabra—. Esto será más difícil de lo que pensaba. Bueno, las necesidades aparecen cuando el diablo conduce. Supongo que no había remedio. —Se quitó los guantes de encaje mientras volvía su perfecto perfil hacia Marianne y se dirigía de nuevo al mayordomo—. Querido señor Hines, ¿podría presentarme?

—Por supuesto, milady —contestó él con regocijo—. Vizcondesa, le presento a la señorita Marianne, de Londres, y a sus amigas, la señorita Betsy y la señorita Gilly. Chicas, esta es Elise Malcom, Vizcondesa Malcom.

—¿La madre de Mark? —preguntó Marianne confundida—. Pero... creía que estaba muerta.

—Ay —rio la extraña mujer—, así es. Yo no soy ella. Para empezar, no tengo la edad suficiente. Aun así, supongo que podría pensar en una segunda esposa... Pero el conde nunca superó su muerte. Aunque, ¿cómo podrías saberlo, pobrecita? Lo siento, de verdad, pero soy la esposa de Mark, querida.

—Su... —tartamudeó Marianne Mirándola sin pestañear.

—Sí, así es. Elise, la esposa de Mark. ¡A! —gritó la dama, su voz empezando a crepitar y apagarse en sus oídos—. Ocúpate de ella, Hines, ¿quieres? Me temo que la pobre se va a desmayar.

—No, no lo haré —dijo Marianne mientras los rostros que había ante ella vacilaban y se acercaban. Al fin, y por desgraciada, fueron eclipsados por toda la oscuridad que se precipitaba hacia ellos.

Capítulo 16

No había estado soñando. Marianne lo supo en cuanto abrió los ojos. No fue solo porque se despertara ahogada por el persistente olor a plumas quemadas o el hedor de las sales que habían utilizado para reanimarla todavía escaldándole la nariz. Lo supo porque no había querido despertarse.

Se había desmayado por primera vez en su vida. Y, al despertarse, recordó de inmediato, con demasiada claridad, por qué. La mujer de abajo había dicho que era la esposa de Mark, que había vuelto de entre los muertos. Solo que parecía muy viva y bien, y lo peor de todo, exactamente igual al aspecto que Marianne siempre había pensado que tenía su primera esposa. Se despertó en un segundo, sentándose erguida en el siguiente.

—Dijeron que como no te levantaras enseguida… —empezó a decir Betsy con voz pequeña y preocupada. Estaba sentada en la cama de Marianne con ella y con aspecto ansioso.

—¡Eh! ¡Ellos! Desearían que no se despertara —añadió Gilly, frunciendo el ceño mientras estudiaba a Marianne—. Dijeron que la dejáramos estar hasta que la llamaran.

—Lo hicieron, ¿verdad? —preguntó Marianne. Balanceó los pies sobre el borde de la cama —. Bueno, no soy una sirvienta para que me den órdenes. Esta es la casa de mi marido. Nadie más tiene derecho a decirme lo que tengo que hacer.

El rostro de Gilly estaba sombrío, y el labio inferior de Betsy temblaba.

—Ah, señorita Marianne, se acabó el juego —indicó Gilly apenada—. Deje sus penas y vámonos de aquí.

Si dudaba ahora, estaba perdida. Era lo único que, en ese momento, Marianne sabía con certeza.

—Me dijo que su mujer había muerto —dijo tanto para sí misma como para ellas—. ¿Por qué iba a creer lo contrario? ¿Porque lo dice una dama? ¿Quién es ella? Cualquier mujer podría afirmar cualquier cosa. Parece una dama... quizá más que yo, lo reconozco —añadió con voz vacilante. Se recompuso y enderezó la espalda—. Pero su mujer está muerta. Me lo dijo, pero no tiene por qué mentirme en eso. Todo el mundo lo sabe. Tú misma lo dijiste, Gilly.

—Sí —contestó Gilly despacio—, eso hice. Sabe, hay algo en esto que me confunde. ¡Que me aspen si no me tomaron por un chivato! Tenía tan buen aspecto que pensé: «Bueno,vieja Gilly, ya está. Pobre señorita Marianne que ha sido engañada». Pero, pensándolo bien, aquí hay algo que huele raro.

Gilly empezó a caminar, su voz se agitaba con cada paso, sus extraños ojos brillaban amarillos.

—Todos dicen que está muerta. Sin embargo, aquí está, sin ningún fantasma. Ahora, de

donde yo vengo, hay quienes fingirían ser el hijo de un muerto, o su hermano o su padre, o incluso su mujer o su amante… No importa quién, podrían intentar ser cualquiera, solo para conseguir cualquier cosa. Aquí hay más en juego. Mucho más. Sí, podría haber algún amaño.

»Ahora —dijo, levantando un dedo para impedir que Marianne la interrumpiera—, no digo que tu vizconde no sea un granuja, piénsalo. Ni que no pueda ser él quien esté detrás de todo esto. Recuérdelo. Pero solo estoy pensando que esta buena dama puede ser más granuja que él, o que cualquiera que haya conocido hasta ahora. Verá, como le dije, conozco Londres, y a quién preguntar. Hay una cosa de la que estoy tan segura como de mi propio nombre: «Si una persona te dice una cosa, apuéstate la vida a que puede ser mentira... o no. Dos o tres personas te dicen lo mismo, puede que no sea mentira. ¿Pero todo el mundo? Ah. Entonces o tienes la mayor mentira jamás contada, o la verdad.

—Una cosa que sé —dijo Marianne, bajándose de la cama—, es que, si Mark me ha dicho algo, es verdad. No me mires así, Gilly, sé lo que estás pensando. Pero es lo que creo y no creeré otra cosa. Apostaría mi vida por ello.

¿Pero no lo había hecho ya? Porque, ¿qué era su vida sino su reputación? ¿Y qué podía hacer si él le había mentido? Había quemado todos sus puentes cuando vino aquí con él; lo había sabido entonces y lo sabía ahora. Si la había engañado ya no le quedaba reputación y, por lo tanto, no tenía vida de la que hablar: ninguna forma posible de encontrar un empleo decente sin referencias, ni siquiera la buena voluntad de la desdichada familia de su padre. Solo podría ir a Irlanda a buscar a su madre y ser una carga para ella.

Pero, por suerte, pensó decidida mientras se dirigía a su armario, ese no era el caso. Mark no le había mentido.

—¿Vas a ir a hablar con ella ahora? —preguntó Gilly mientras Marianne abría su baúl y miraba en su interior.

—Por supuesto. —Tenía que hacerlo pronto, porque cuanto más pensara en ello, más asustada estaría. Y ya estaba asustada.

—Entonces, Betsy y yo iremos abajo y preguntaremos. Los criados lo saben todo. E intentaré hablar con ese muchacho que vino con ella. Es una pieza desagradable. Tiene ojitos saltones, eso siempre es una señal. Pero nunca adivinaría cuál es el juego conmigo, y como no habla con criados, puede que no lo sepa. Aunque podría tener unas palabras con otro muchacho, que sería yo. O podría estar dispuesto a charlar con una muñequita astuta como nuestra Betsy. Nadie puede rechazarla. Lo solucionaremos por usted, no se preocupe.

Marianne miró a Gilly, tan dispuesta a defenderla. Tenía más que una amiga en Gilly, tenía una aliada. Sin pensarlo, extendió la mano y la abrazó. No sabía quién estaba más sobresaltada por el gesto, pero el mero hecho de abrazar a la chica, que resultó ser inesperadamente frágil bajo su holgada ropa, hizo que Marianne se sintiera más fuerte, mejor, menos sola. No podría haberlo hecho antes de su breve estancia con Mark. Él le había dado eso: la capacidad de tocar, de saber lo bueno que era abrazar a otro ser humano.

Marianne soltó a Gilly, sonriendo por lo sorprendida que seguía estando.

—Ahora —anunció Marianne enérgica—, tú a tus tareas y yo a las mías. Tienes razón, llegaremos al fondo de esto. —Gilly le devolvió una tímida sonrisa. Una sonrisa de verdad, aunque tímida. La primera así que Marianne había visto en ella.

Luego parpadeó, enderezó sus delgados hombros y cogió a Betsy de la mano.

—Sí, usted a lo suyo y nosotras a lo nuestro, pero asegúrese de llamarnos si nos necesita. Yo puedo luchar como una rata acorralada y Betsy, aquí present,e puede derribar los tejados a gritos si tiene que hacerlo. También le enseñé a usar las rodillas, las uñas y los codos.

Marianne sonrió al pensar en las dos peleándose con la elegante dama que decía ser la esposa de Mark. Pero, en cuanto salieron de su habitación, su sonrisa se desvaneció. Cogió un vestido, escrutándolo. Lo que llevara puesto ahora era importante. Su vestido tenía que ser modesto, caro y elegante. También tendría que arreglarse el pelo con sencillez y pulcritud. No tenía joyas que ponerse, pero pegaría una pequeña y reservada sonrisa en su rostro y nunca la dejaría escapar. Levantaría la cabeza y olvidaría su cicatriz, fingiendo que no había nada más que una pizca de polvo en su cara. Se vestiría con sus mejores galas para ser la dama más fina que jamás haya adornado esta casa. Más fina, incluso, que ese dechado de abajo, que no era la vizcondesa Malcom. Había apostado su vida por ello.

Ahora solo necesitaba olvidar que ya lo había hecho.

Marianne eligió un vestido gris de cuello alto. No era gris sirvienta, ni remotamente parecido a los vestidos que había tenido que llevar cuando había sido poco mejor que una sirvienta. Era gris caro, del color de la plata heredada. Estaba suavemente drapeado, el color cambiaba del de una nube de tormenta al tono azabache de los peces que centellean en el agua clara. La sobrefalda era de seda color pizarra con un diminuto diseño floral. Había sido cortada por la mano de un maestro y fluía sobre su cuerpo como la caricia de un amante, haciendo que sus finos ojos grises brillaran como tocados por la luz de la luna. Ella no lo sabía. Solo sabía que la hacía parecer una dama digna.

Bajó las escaleras y buscó a un lacayo.

—Por favor, dígale a nuestra visitante que la veré en la biblioteca —le ordenó.

Lo había pensado detenidamente. Si se sentaba detrás de un escritorio, con la mujer que había convocado de pie ante ella, entonces se la vería sin duda como la señora de la situación y de la casa. «Sería una pequeña ventaja», pero Marianne, que necesitaba todas las ventajas ahora mismo. Sabía que ella era la esposa de Mark; sabía que la mujer era una impostora. Y tenía mucho miedo de que la mujer pudiera ser también la esposa de Mark.

No sabía cómo podían ser todas esas cosas al mismo tiempo, pero así era. No tenía tiempo para resolverlo. Una cosa estaba clara: tenía que actuar antes de que lo hiciera el interloper.

El lacayo vaciló, a todas luces incómodo. Era un hombre joven y callado. Marianne solo le había dirigido unas pocas palabras en todo el tiempo que llevaba aquí.

—La señora está en el salón —dijo por fin con los ojos parpadeando muy rápido—, y me ha pedido que le diga que quiere verla allí... señorita —añadió con desgana.

La cabeza de Marianne se levantó como si la hubieran abofeteado. Señorita, ¿verdad? ¿Ni siquiera señora, por lo que no había posibilidad de que malinterpretara su degradación? Había tomado partido, ¿verdad?

Ahora Marianne vacilaba. Podía ir a la biblioteca y esperar allí de todos modos., pero tenía la sensación de que estaría esperando allí mucho tiempo. El asunto tenía que salir a la luz, discutirse y resolverse mucho antes del anochecer. «Antes de que pase otra hora», pensó, respirando hondo. Solo había un rumbo que tomar, y ella podría llevarlo a cabo si lo tomaba con

el estilo y la elegancia con que lo haría el propio Mark. Ahora este era su hogar.

Marianne se dio la vuelta y marchó hacia el salón. La puerta estaba abierta. Se detuvo en el umbral, mirando hacia dentro.

La señora estaba tomando el té allí. Parecía como si hubiera estado tomando el té allí de esa manera todos los días durante años. Estaba posada en un sofá, con su hijo recostado a su lado. Tenía el pelo castaño y lacio, no rizado como el rebelde mechón de Mark, y no se parecía mucho a él en ningún otro aspecto. «¿Pero qué hay de eso?», pensó Marianne con el corazón encogido. No se parecía a su propio padre. Y el chico era moreno... pero su rostro se ensombrecía por un ceño perpetuo. La señora no lo compartía; de hecho, una pequeña sonrisa parecía a punto de aparecer en sus labios en cualquier momento. Por lo demás, su rostro era tan terso y rubio como su pelo. Era, en conjunto, tranquila y encantadora.

Estaba sirviendo el té aromático en pequeñas tazas de porcelana de una frágil tetera que Marianne nunca había visto. Estaba pintada toda de rosas. La dama parecía ella misma una especie de rosa rara. Llevaba un vestido de gasa, una nube de color rosa, con faldas de vuelo y mangas abullonadas, del tipo que las mujeres de moda llevaban en sus casas en las lentas tardes de verano. «Pero no era su casa», pensó Marianne, y, armándose de valor, entró en la habitación.

—Ah, señorita Marianne —dijo la señora, apenas levantando la vista—, la estaba esperando. ¿Le apetece una taza de té?

—No, gracias —respondió Marianne bruscamente—. Preferiría hablar con usted, creo. A solas sería lo mejor. —Le lanzó una mirada punzante al joven. Una mirada puntiaguda y de censura, una especie de reprimenda silenciosa de gobernanta, que recordaba de los días en que había trabajado como tal, porque el chico no se había levantado a su llegado.

Tenía al menos diez años, a punto de dejar atrás la niñez. Aunque fuera más joven debía saberlo. Un chico debía levantarse de su silla por cualquier mujer que no fuera una chica más joven que él... O una sirvienta.

Marianne levantó la barbilla para evitar que esta temblara. Estaba en lo cierto, se dijo a sí misma con fiereza; era absurda la forma en la que esta extraña mujer se había apoderado de su hogar.

—Louis, amor mío —le dijo la mujer al muchacho con suavidad—. Me temo que tiene razón. Esto no es algo que debas escuchar. Busca algo que hacer, ¿quieres? ¿Quizás arriba? Te llamaré más tarde.

Con una fea mirada dirigida a Marianne, el chico se levantó, pasó encorvado junto a ella y salió del salón.

—Ahora, por favor, siéntese, querida —le pidió la señora—. ¿Algún refrigerio, quizás? —Señaló con la cabeza un plato de diminutos sándwiches de berro, pequeñas tartaletas de mermelada, pasteles de semillas y bollos con nata. «¡Menudo té! Los criados nunca me han preparado a mí algo así».

—No, gracias —contestó Marianne, poniéndose de pie ante su anfitriona. La extraña mujer, se corrigió rápidamente—. No tiene mucho sentido. —Se pasó una por la falda de seda para tranquilizarse—. Esto no se trata de una ocasión social. He oído lo que ha dicho y he pensado en ello largo y tendido. —Respiró hondo y pronunció las palabras que había ensayado con cuidado—. Hay un error, y no es mío —le dijo a la dama, que estaba sentada escuchando de

forma cortés, sin expresión perceptible en su encantador rostro—. Usted no puede ser la vizcondesa Malcom, ni la esposa de Mark Malcom. Su esposa está muerta. Nos casamos el mes pasado en Londres. En una iglesia. Ahora, o está afirmando que mi marido es bigamista, o está totalmente equivocada. O... hay algún motivo oculto, pero prefiero no creer eso. Así que creo que lo mejor sería que admitiera su error y abandonara esta casa inmediatamente. Espero que Mark regrese en cualquier momento. Sé que se enfadará mucho por esta impostura. Yo, sin embargo, estoy dispuesta a dejarla marchar sin *repercusiones* si se marcha de inmediato.

Estaba orgullosa de sí misma, no había olvidado ni una palabra. No podía saber que su pecho subía y bajaba tan rápidamente como lo hacía su corazón, que latía a toda velocidad, ni que sus ojos estaban muy abiertos, claramente aterrorizados. En su vestido gris, que hacía juego con sus ojos, parecía tan frágil como elegante y recatada, y del todo vulnerable.

—Oh, querida —comenzó a decir la señora. Dejó la tetera con cuidado sobre la mesa y se limpió los largos dedos blancos con un paño. Clavó en Marianne una larga y triste mirada—. Querida —repitió, y volvió a suspirar—. Esto es tan difícil, que no puedes saberlo. Sé que crees tener razón, ¿y por qué no? Es una tragedia. Podría *estrangular* a Mark, y lo haría... si no hubiera resuelto perdonar y olvidar. Después de todo, el pobre no sabía que yo había, finalmente, había aceptado sus condiciones. Querida —dijo de nuevo, en un inquietante eco de la expresión favorita de Mark—, soy su esposa, ya lo sabe. Nos casamos hace once años, casi el mismo día. Fue en la finca de su padre. Yo habría preferido Londres, pero era la tradición familiar de Mark, y Mark es muy tradicional en algunos aspectos. En otros, por desgracia, no lo es, o no nos encontraríamos en esta situación, ¿verdad?

»Yo también he estado aquí antes, poco después de casarnos, de regreso a Londres. Salimos de aquí y fuimos directos a Londres y luego al Continente para nuestra luna de miel. Por eso me reconoció el querido señor Hines. —Solo entonces notó, por la expresión se su rostro, que algo la incomodaba—.Me ha dicho que, desde entonces, Mark ha empezado a traer aquí a sus... Amantes. —Levantó la mano e hizo aspavientos con ellas—. Por favor, compréndalo. No la estoy llamando así. Creo que de verdad cree lo que me ha dicho. Pero temo decirle ha sido cruelmente engañada, querida, y nadie puede lamentarlo más que yo. Esperaba que hubiera cambiado. Prometió que cambiaría. ¿Por qué cree que lo dejé hace tantos años? Aun así, para darle su merecido al pobre diablo, él no sabía que finalmente había decidido cumplir sus promesas, ¿verdad?

Marianne extendió una mano vacilante y buscó una silla. Se sentó en ella y trató de ordenar sus pensamientos. Lo único que se le ocurrió hacer fue atacar.

—¿Y se supone que debo aceptar su palabra, y la de un mayordomo, como prueba? —Intentaba ganar tiempo para pensar. «A los mayordomos se les puede sobornar», pensó desesperada.

—Por supuesto que no —dijo la otra mujer con suavidad—. ¿Por qué iba a hacerlo? Tengo pruebas. Soy una criatura sentimental, ya ve. Cuando decidí volver a Inglaterra, como Mark me suplicó. también me traje conmigo ellos recuerdos que tenía de él. Oh, sí —le aseguró a Marianne—, él me suplicó que volviera, de lo contrario yo no estaría aquí ahora. Vino a mí tantas veces para defender su caso que me cansé de ello. Pero le pregunto una cosa: ¿estaría dispuesta a perdonar a un hombre que la traicionó en su luna de miel? Mmm, veo que quizás no sea una pregunta justa para hacérsela. Pobrecita. Pero yo, como ve, esperaba algo mejor de su parte.

»He vuelto solo por su solemne promesa de cambiar sus costumbres... y por el bien de nuestro hijo. Sí, mi dulce Louis. Es cierto que se aloja en la escuela la mayor parte del año, pero cuando vuelve en verano, como ahora, necesita la compañía de un hombre. Más que eso, necesita conocer a su padre y tener su lugar en la vida de su padre. No es bueno que siga viviendo en el extranjero conmigo. No es por ser grosera, pero sea cual sea la relación que ambos lleguen a tener, está la cuestión de que Louis debe conocer el patrimonio y las propiedades que heredará. He vuelto por su bien. Y por el de Mark, por supuesto. Él jura que nunca dejó de amarme.

Hizo una pausa, con cara de dolor.

—Apenas puedo culparlo por... esto. —señaló a Marianne—,cuando yo, después de todo, había jurado no volver nunca con él. Un hombre necesita compañía, distracción, y ahora me doy cuenta de ello. Lo esperaba, de hecho—.

—Yo no soy una distracción. —Luchaba contra las lágrimas—. ¡Él dijo que me amaba! ¡Se casó conmigo y tengo testigos que pueden probarlo!

—¿De verdad? —Miró a Marianne de forma fría y en silencio durante unos segundos—.¿Y dónde están?

—Bueno, por supuesto, los invitados a la boda no están en las lunas de miel.

—Y tampoco el novio, por lo que parece. ¿Y su familia? ¿Dónde están?

—Mi madre es toda la familia que tengo. Está en Irlanda.

—Ya veo. —Sonaba como si pudiera ver muchas cosas—.Y si usted está casada, ¿por qué, por favor, no lleva un anillo de boda?

—El que me dio Mark era demasiado grande. Dijo que iba a darme el de su madre, pero está en el panteón de su padre. —En cuanto lo dijo, se arrepintió de sus palabras. «Debería ser ella la que hiciera el interrogatorio».

—No, no está ahí —dijo la otra mujer, agitando una mano blanca para que la luz del sol brillara sobre el anillo de oro que llevaba puesto—. Está aquí, en mi dedo, como ha estado desde el día en el que me casé con él. No importa cómo elija vivir mis días, sigo siendo una mujer casada. Apenas iría por ahí sin una prueba de ello. Solo me sorprende que usted lo haga.

—Tendré el anillo. —Sonaba desesperada—.Él me lo dijo. Y también tengo las líneas de la boda para probarlo... O, al menos —añadió mordiéndose el labio, recordando—, las tendré cuando vuelva a casa. Las ha puesto a buen recaudo.

—Ah, ¿sí? ¿No suele ser así como funciona? Los míos también están a buen recaudo. La diferencia es que yo puedo acceder a ellos cuando quiera, que es más de lo que usted puede decir. Esto es triste, ¿verdad?

Marianne apartó la mirada, tratando de ordenar sus pensamientos. Así no vio que la dama la estudiaba con un ligero ceño fruncido que empañó la tranquila perfección de su expresión. Desapareció antes de que volviera a hablar.

—He conservado mis líneas nupciales solo porque, es triste decirlo, nunca confié por completo en él para que las guardara. —Suspiró—. O con nada, en realidad. Mucho menos después de encontrarlo enredado con una camarera apenas cuatro semanas después de casarnos...

Marianne se volvió hacia ella, conmocionada. La dama asintió con tristeza.

—Sí, completamente enredados. No era un breve y ligero beso en los labios o un juguetón pellizco en el trasero lo que estaban haciendo, querida. Le encontré en la posición más indecente imaginable. Seguro que se lo imagina. Me puse bastante enferma de desesperación y asco. Enferma del estómago, en realidad, sin saber siquiera que la mitad de ello era natural, debido a mi estado. Nuestro querido Louis ya estaba en camino. Pero entonces yo no sabía sobre mi condición. Qué niña tan inocente era.

»A él le encantaba esa inocencia —continuó reflexionando la mujer—. El hecho de tener que enseñármelo todo para complacerlo. Y lo complací. Mucho. Apenas pasábamos un momento fuera de su cama. Oh. ¿hela he escandalizado? —preguntó divertida—. Qué extraño. No habría pensado que pudiera. No si ha pasado su tiempo estas últimas semanas de forma similar con él, como Hines dijo que había hecho.

»No importa —masculló con otro gesto de la mano, mientras Marianne sentía que la sangre le subía a la cara—. Supongo que con usted fue muy parecido. Mark se desvió porque su placer no duró, pero nunca lo hace. Hemos hablado de ello a menudo desde entonces, cada vez que venía a visitar a Louis y a suplicarme. Lo que ha hecho de forma regular desde aquella espantosa mañana. Como ve, sé que siempre se aburre al cabo de un mes. Es su patrón, por desgracia. No puede evitarlo, dice. Tampoco pueden las pobres chicas que se enamoran de él. Es muy atractivo, casi irresistible, para cierto tipo de mujer. Del tipo que no tiene familia y quiere que la proteja, por desgracia.

»Así que puedo simpatizar con usted, querida, de verdad que sí. Pero eso no significa que esté dispuesta a dejar que se quede aquí. ¿Y por qué deberías, después de todo? Qué embarazoso y vergonzoso sería para usted. Estoy dispuesta a adelantarle fondos para que pueda irse ahora y conservar algo de dignidad. Ahorrarle la crueldad de que él la abandone.

—¡No! —Marianne jadeó—. ¡Esperaré a Mark!

La señora sonrió de forma dulce y triste.

—Querida, ¿aún no se ha dado cuenta? Solo volverá gracias a mí. Nunca tuvo intención de volver de otro modo.

Los ojos de Marianne estaban tan llenos de lágrimas no derramadas que vio a la dama en un nimbo de luz flotante, hasta parecerla una especie de extraño ángel descendido para escupir mentiras rencorosas e hirientes.

—Le envía mensajes, ¿no es así? —prosiguió implacable—. La inunda con ellos, supongo. No hace falta que conteste; los criados se quejan de que los agobian con ellos. Si es fiel a su costumbre, cosa que no dudo, la siguiente, o, como mucho, la próxima, contendría alguna explicación sobre un misterioso asunto que tenía que hacer, un largo y peligroso viaje que debía realizar.

El rostro de Marianne palideció.

—Ah, veo que ya le ha contado algunas tonterías, ¿verdad? ¿Supongo que las tonterías habituales sobre su pasado, sobre por qué estuvo tanto tiempo en el continente? Olvídelo. Estaba allí solo porque no podía soportar dejarmeo, o irse sin mío—.

—¿Entonces por qué le dejó? —Marianne se abalanzó sobre ese pensamiento como un clavo ardiendo—.Porque lo hizo, ¿no?

La señora se encogió de hombros.

—Por supuesto. Imagino que fue su última tirada de dados. ¿Y ve? Funcionó. Decidí seguirlo, después de todo. ¿Alguna vez le habló de mí?

—No a menudo, no mucho. Pero...

—¿Pero nunca le contó que estaba viva? ¿Cómo puede, entonces, creer algo de lo que le ha dicho? Y, en cuanto a esos mensajes que le ha estado enviando, encajan en un patrón, ¡Si tan solo abriera los ojos para verlo! Primero es apasionado, ¿verdad? Luego empieza a decirle todo tipo de razones por las que no puede regresar. Ah, ya veo, ha llegado a esa fase, ¿no?

Marianne se llevó una mano a la boca, aunque no hubiera podido decir ni una palabra. La señora asintió satisfecha y prosiguió despiadada.

—Entonces, puede estar segura de que el próximo mensaje contendrá otra historia tan enredada como las anteriores. Pero esta vez también adjuntará un cheque para que pueda ir pagando hasta que él pudiera venir personalmente. Lo cual, le prometo, no ocurrirá nunca. Se ha alejado de usted, querida, y una vez que Mark deja a una amante, se aleja de ella para siempre. Lo mejor que puede hacer ahora es darle la vuelta a la tortilla y negarle ese placer dejándolo antes de que pueda deshacerse de ti. Aumentará su valor, estoy segura.

Marianne parpadeó.

—Los amigos de Mark son hombres ricos —explicó la otra mujer—. Muchos están encantados de... desprenderse de las mujeres de las que él se cansa. Después de todo, nunca las conserva mucho tiempo. Y, como usted tiene esa desfiguración, confío en que busque diversidad, imagino que no le será fácil encontrar otro protector de inmediato. Pero si se corre la voz de que ha dejado a Mark, ¡Vaya golpe! No dudo de que será capaz de encontrar otro admirador, por su audacia, si no de otra cosa, antes de que se ponga el sol.

Sonrió alentadora a Marianne, que había estado sentada en un silencioso y doloroso marasmo de desesperación. Hasta sus últimas palabras. Cuando acabó de hablar, Marianne levantó la cabeza. Sus ojos brillaron. La mención de su cicatriz lo había cambiado todo para ella.

Había estado recibiendo insultos y acusaciones, incapaz de contrarrestarlos. ¿Cómo podía demostrar que lo que sabía era verdad? Ahora temía que fuera mentira. Nunca había tenido un amante, y mucho menos uno infiel. No sabía cómo enfrentarse a una traición impensable. Se negaba a aceptar que Mark la había engañado y la aturdía el esfuerzo de intentar refutarlo.

Pero había vivido con la cicatriz y la miseria que esta le causaba toda su vida. Sabía cómo luchar contra eso. El insulto de la señora la despertó del terror adormecedor de las pruebas que se acumulaban contra Mark. Era una crueldad deliberada. Con eso sí podía lidiar.

Se levantó de su silla, temblando de rabia.

—Le ha dicho a todo el mundo que está muerta. ¡A todo el mundo! Si lo que cuenta es cierto, ¿por qué habría dicho algo así?

La expresión de la señora no cambió, pero sus ojos azules se volvieron planos y fríos. Tras un segundo aturdida, volvió a sentarse, esbozando una fría sonrisa.

—Querida —dijo con calma—. ¿A quién se lo ha dicho? No a sus íntimos, ni a parientes o amigos de corazón, de eso puede estar segura.

Marianne no conocía a esas personas. Ese era su primer temor y una fuente constante de consternación. Aún no conocía a su familia ni a sus amigos más queridos. Su corazón se hundió,

pero entonces recordó.

—¡Su amigo! Su amigo pelirrojo estuvo en nuestra boda —masculló triunfante—. ¡Y el barón Burnham y su señora, y otros dos caballeros que trabajan con él también estaban allí!

La risa de la dama era brillante, clara y fría como el hielo.

—¡Oh, querida! ¡Ese bribón de Rafe! Está a la altura de todos los aparejos. ¿Y Burnham? No existe un bribón más astuto. ¿Y dos caballeros que trabajan con Mark? ¿Qué trabajo es ese? ¿Eran *croupiers*? ¿O taberneros? ¿O propietarios de caballos de carreras? Nuestro Mark trabaja jugando y nada más. ¿O le dijo otra cosa?

—Dijo que a veces trabaja para... para el gobierno —habló con cuidado, tan temerosa de traicionar la confianza de Mark como de que él la traicionara a ella.

—¡El gobernante de Inglaterra puede ser muchas cosas, pero ni siquiera él está tan loco, querida!

Marianne comenzó a rebuscar en su mente en busca de pruebas.

—¡Y su primo Drummond estuvo aquí la semana pasada! —gritó.

—Lo sé, me lo dijeron. Se quedó de visita, como haría la familia, por supuesto.

—Lo habría hecho, pero no sabía que acabábamos de casarnos.

—Oh, esto tiene cada vez más sentido. El propio primo de Mark no sabía de su matrimonio.

—Fue porque tuvimos que casarnos muy deprisa debido a que el padre de Mark estaba muy enfermo.

La señora asintió.

—Eso, al menos, es bastante cierto. Pero aún no has explicado por qué Drum no os visitó.

—Vino con una compañía inapropiada.

—Ya me he enterado. ¿Es la nueva moda? No puedo haber estado fuera de Inglaterra tanto tiempo. ¿Ahora se espera que un caballero, un noble, venga a visitar a su primo recién casado en un carruaje lleno de libertinos y sus amantes? Vamos, querida, no se quedó porque sabía lo que era, aunque diga que no.

Marianne se lo pensó mucho. Intuía que había un fallo; no estaba segura de cuál era y por eso trató de sondearlo mientras lo pensaba.

—Pero si Drummond sabía lo que yo era, como usted dice... y tenía a otras mujeres así con él, entonces... ¿por qué *no quedarse*? —Sonrió victoriosa.

La dama también sonrió, y por fin era una sonrisa de verdad. Miró a Marianne casi con ternura.

—A eso me refiero exactamente. No se quedó porque temía que Mark pensara que estaba cazando de forma furtiva. Le dijo que acababa de conocer a Mark. Era carne fresca, por así decirlo. Y como tal, era intocable para todos menos para él. ¿No lo ve? Todo el mundo conoce sus pautas en estos asuntos. Todo el mundo. Excepto usted, por supuesto. Pero ahora ya lo sabe, ¡y ahora, seguro, que no puede querer quedarse aquí!

Marianne se quedó mirando a su visitante, incapaz de hablar. La habitación se quedó en

silencio. No podía contestar. Aún no podía decir una palabra, pero sabía lo que quería hacer. Solo esperaba poder decidir qué era lo que debía hacer.

Capítulo 17

-Y aquí están algunas de las invitaciones —dijo la mujer que decía ser la esposa de Mark, levantando un paquete de tarjetas amarillas atadas con una cinta del pequeño cofre que descansaba sobre la mesa frente a ella—. Se enviaron más de cien, pero tengo suerte de tener estas pocas en mi poder. La mayoría de los invitados guardaron las suyos como recuerdo, ya que era el asunto de la temporada. Pero como algunos de ellos no eran muy conocidos, al menos en el país, aunque eran famosos en Londres, por supuesto, sus tarjetas le fueron entregadas al mayordomo a medida que llegaban para poder anunciar sus nombres. Yo las guardé. Soy una criatura tan sentimental.

Marianne las tocó con un dedo tembloroso. La letra fluida de la superior llevaba los nombres de un conde y su dama. Se lamió los labios resecos y levantó los ojos hacia la serena mirada azul de la mujer.

—Pero estas podrían ser tarjetas con nombres que respondieran a cualquier cosa: invitaciones a una cena, a un concierto, a un baile. Solo tengo su palabra de que era para una boda.

En silencio, la señora le entregó otro paquete de la caja. Marianne leyó la tarjeta superior, o al menos lo hizo hasta que sus ojos se nublaron por las súbitas lágrimas.

Se solicita el honor de su presencia en las nupcias de la honorable Elise Honoria Elizabeth Evans hija de Lord Henry Thomas Evans y Lady E.Evans con Mark Kenton Philip Malcom.

Vizconde Malcom. Barón Paige, hijo de…

Marianne no leyó más, sino que mantuvo la cabeza inclinada, tratando de pensar. Había tanto que asimilar. Había pedido pruebas. Apenas lo había pedido la dama llamó a su sirvienta y le pidió que trajera el pequeño cofre dorado de su habitación. La sosa mujer se apresuró a cumplir su orden. Luego, se quedó en las sombras, detrás de su señora, esperando nuevas órdenes.

Lady Elise abrió con cuidado el pequeño cofre y uno a uno mostró a Marianne sus recuerdos amarillentos, cada uno con una historia que la vinculaba a Mark. Flores prensadas de su primer baile; tarjetas de baile de una docena de asambleas con el nombre de él garabateado en cada una de ellas; tarjetas de sitio de su desayuno nupcial; y ahora invitaciones a su boda con Mark.

«Tantas pruebas del pasado», pensó Marianne con tristeza..

Pero ella también tenía pruebas, pruebas que no podía negar ni refutar. Vio el rostro de Mark ante ella. Recordó su beso, su tacto, la forma suave en que la había amado, la forma ardiente en que le había enseñado a amarlo, las cosas que le había dicho, la mirada firme en sus ojos cuando la había dejado. Al hombre en sí. En Cómo la cuidaba. Levantó la cabeza. Su voz era firme y sus ojos claros. Era como si aún pudiera oír la voz grave y cariñosa de Mark en su oído.

—He visto todos sus recuerdos —añadió desafiante—. Todos menos uno, el más importante. No he visto sus líneas de boda. Si las tiene, me gustaría verlas.

—¿Debería enseñárselas? —preguntó la dama con una fría sonrisa—. ¡Qué atrevimiento! —comentó por encima del hombro a su silenciosa sirvienta—. —Supongo que sí —musitó, golpeando con sus esbeltos dedos el pequeño cofre dorado. De repente, sus ojos azules ardieron en llamas—. ¡Pero no lo haré! ¿Cree que soy tonta? ¿Por qué quiere verlas? ¡Podría arrebatármelas y arrojarlas al fuego! No es que importara. El mundo sabe quién soy. Pero son algo valioso para mí, aunque solo sea porque soy una tonta sentimental. Una vez lo amé. Si no tuve su fidelidad, al menos tengo su nombre. Y por eso mantendré mis líneas nupciales a salvo... de él y de sus... familiares. Mírate, mi niña. —Le arrebató las cartas a Marianne de la mano y las arrojó dentro del cofre, cerrando este de golpe—.Ya he jugado contigo lo suficiente. He sido más que justa con esto. ¿Ves cómo me sirven por mi piedad? —preguntó esto último dirigiéndose a su sirvienta.

Se levantó y le entregó el cofre.

—No voy a aguantar esto por más tiempo —le dijo a Marianne, girando para encararla de nuevo—. No hay razón para que aguante esto. Debe marcharse, y de inmediato.

—Mark me pidió que lo esperara —respondió Marianne con terquedad, poniéndose en pie para encararla.

—¿No tiene orgullo?

—Oh, tengo orgullo de sobra —Levantó la barbilla—. Pero soy una persona fiel y una mujer de palabra. Le dije que lo esperaría, y esperaré.

—Puedo hacer que la echen, lo sabe. —Estaba furiosa—. Y lo haré, aunque prefiero no hacerlo. No necesito más cotilleos ni montar una escena, ¡Dios mío, una escena no! Tengo que pensar en mi Louis. Sabe que su padre es un canalla, pobre niño, pero ¿una escena en la puerta de la que le he dicho que va a ser su nuevo hogar? ¿Y después de todo lo que dije sobre la promesa que me hizo su padre de reformarse? Eso no puede ser. Dio un par de vueltas a la habitación y luego se detuvo frente a Marianne.

»Escuche, y escúcheme bien. —Agitó un dedo frente a la cara de Marianne—. Le daré hasta mañana. Es lo justo. Esto debe de haber sido un shock para usted; no ha tenido tiempo de pensar con claridad. Lo comprendo. Así que le doy hasta mañana por la mañana. Puede que piense que soy cruel, pero también intento ser justa. Podría, simplemente, echarla; no hay sirviente aquí que no me obedeciera en eso. Usted es la intrusa, querida. Soy su señora, no la de Mark. Yo soy su esposa.

»Pero elijo ser caritativa. Después de todo, creo que está más en pecado que pecando. Aunque huir con un hombre de la reputación de Mark... la cosa habla por sí sola. De todos modos, no hay autobuses que salgan a esta hora. Veré que la lleven a la estación de autobuses

mañana. ¿Digamos a primera hora? Así tendrá muchas opciones cuando llegue a la estación. Y oiga esto. Le daré fondos para su pasaje y más, aunque no inmediatamente, para que se establezca en Londres, o donde quiera establecerse. Solo deme su dirección y me aseguraré de que llegue allí después de que usted se vaya. Y recuerde: solo podrá tener el dinero si se marcha mañana por la mañana, ni un segundo después.

»Si cree que obtendrá más de Mark esperándolo, no se engañe. Armaré tal alboroto que tendrá miedo de darle dos peniques. Lleva una década esperando que vuelva a casa; ¡difícilmente creo que usted pueda tener un derecho más fuerte que ese! Y creo que querría ahorrarse la indignidad que sería ser sacada de aquí a la fuerza. Usted y esas mugrientas criaturas de los barrios bajos.

»Oh. Veo que se había olvidado de ellas. —La expresión de Marianne cambió a una de miedo ante la idea de que Betsy sufriera algún daño, y luego volvió a cambiar a una de terror al darse cuenta de lo que ocurriría si Gilly arremetía con su cuchillo contra una noble—. Pues yo no. Es una vergüenza y un escándalo que estén aquí. Las perversiones de Mark deben haberse vuelto bastante rocambolescas... ¡No quiero saber nada de ellas! —Levantó una mano para detener las protestas de Marianne—. Pero bueno, también estoy aquí para poner fin a eso. Una vez que me tenga ya no querrá a ninguna otra. Lo pondré a prueba. Eso es lo que pretendía con esta visita, y bien lo sabe él. Pero antes de hacerlo, haré que las echen con usted. Oh. Veo que eso no le interesa. Pero yo le pregunto. —Se detuvo, mirando a Marianne a los ojos—.¿Qué haría usted en mi lugar?

—El caso es que —comentó Marianne mientras se paseaba por su habitación frente a Gilly y Betsy momentos después—. Yo haría lo mismo si fuera ella. ¿Tú no lo harías?

—¿Yo? —preguntó Gilly asombrada—. ¿Que qué haría yo si alguien intentara ocupar mi lugar? La machacaría sin dudar. ¡Eso haría! ¡Tendría suerte de que aún le quedara un mechón de pelo en la cabeza cuando acabara con ella! Pero mire, ahí está —añadió astuta—, la prueba de que ella no tiene ningún derecho real sobre este lugar. ¿Lo ve? Le está dando la oportunidad de irse sola, y le está dando dinero, y le está dejando pasar la noche bajo su techo. ¿Por qué? ¡Porque no es su techo! Si fuera de ella, la echaría de inmediato, pero no lo es. Por eso es tan amable. Es demasiado amable.

—No, te equivocas. Ahí está su mejor prueba. Es porque es una dama. —Marianne suspiró —. Cada centímetro demuestra que es una dama.

—¡Ja! —chilló Gilly—. Dama o no, si estuviera segura de que esto es suyo, ahora mismo usted estaría fuera, apueste por ello. ¿Por qué no está furiosa y enfurecida y chillando contra usted, eh?

—Porque es una dama —repitió Marianne, pero Gilly se rio.

—Razón de más para seguir adelante —replicó Gilly—. Usted sí que es una dama. Si fuera por usted, se daría la vuelta y se iría y no volvería hasta que él mismo la echara y le rogara que lo perdonaras por tenerla aquí, eso en primer lugar. ¿O no lo haría? O haría que los criados la echaran en cuanto la viera aquí. No malgastaría palabras con ella, ¿verdad? Ah, ella no hace eso. ¿Qué hace ella, eh? Ella charla con usted. La escucha a usted primero y luego va y escucha a los sirvientes. Lo hizo, ¿no? Luego intentó regatear y sobornarla. Ahora, está tratando de asustarla para que se marche. No es todo lo que parece ser, eso puedo asegurárselo.

—¿Los criados dijeron algo? —preguntó Marianne con impaciencia.

Gilly miró al suelo.

—No. Aunque, bueno, tampoco podían. Solo Hines dice que la recuerda con claridad, y es el único que puede decirlo porque es el único que la ha visto. ¿Los demás? El resto no estaban aquí cuando vino. Desde aquellos días, los lacayos y criadas son todos diferentes: algunos se fueron a la ciudad, como tantos otros hacen hoy en día, otros se casaron u, otros, simplemente, se fueron. Ese tipo de sirvientes no se quedan mucho tiempo, y menos en una casa en la que no hay muchos huéspedes yendo y viniendo para poder darles propinas por el servicio, ya sabes.

—Pero el ama de llaves. Seguro que estaba aquí por aquel entonces.

—Sí. Y también miró a su señora pero no la vio. No pudo. Sus ojos son un escándalo.

—¡Pero ella hace remiendos muy pulcros!

—Eso es todo lo que ella puede ver. Ponga su nariz en un dobladillo y coserá como un ángel. Pero a menos que ponga su cara justo sobre la de ella, no podría ver ni al Ángel Gabriel frente a ella si viniera a llamarla.

—¿Y la cocinera? ¿Qué pasa con ella? ¿Qué dice? Lleva viviendo aquí toda la vida, ¿no?

—Sí, ¿pero qué tiene que ver una cocinera con una fina dama que viene solo a pasar una noche antes de irse de luna de miel? —preguntó Gilly con desdén—. Acaba de echarle un vistazo. Todo lo que recuerda es a una dama elegante, rubia y sonriente.

—Pero el chico —preguntó Marianne—. Su hijo, Louis. ¿Hablaste con él?

Gilly intercambió una mirada preocupada con Betsy. El ánimo de Marianne cayó en picado.

—Sí, para lo que sirvió —masculló Gilly con la cabeza gacha y el ceño fruncido—. No habla con los criados, dice. Le pregunté si le importaría hablar un momento con un criado y me dijo que me echaría a la calle si no me iba «de inmediato». No habla como ningún extranjero, eso es así, pero tampoco habla como un inglés de alta cuna. De todos modos, me cerró la puerta en las narices. Debieron decirle que no hablara con nadie. Es un desagradable, esa es la verdad.

—No le vi los ojos de cerca. —Marianne estaba nerviosa—. Dime... ¿Son azules o... avellana?

—No son ninguna de las dos maneras. Barrosos es como yo los llamaría —gruñó Gilly.

—Ah. —Sus esperanzadas se iban desvaneciendo una a una. No eran tan diferentes de las de Mark como para hacer risible la afirmación de la señora.

—Entonces, ¿qué vas a hacer, señorita Marianne? —preguntó Betsy con tiento.

Gilly levantó la vista, esperando también su respuesta. Marianne se paseó de un lado a otro de la habitación.

—Podría ir a Londres a buscarlo —murmuró—. Pero él me dijo que no lo hiciera, así que no puedo ir allí. No es que tema encontrarlo con otra mujer, en absoluto. Pero dijo que debía esperarlo. No puedo ir a ver a su padre, no porque lo tema, sino porque sería embarazoso. E Irlanda está tan lejos, y necesito tanto vero…

Se paseó un poco más. Luego volvió los ojos atormentados hacia Gilly y Betsy.

—Haga lo que haga, creo que tengo que irme —dijo al final—. —Ella insistió, dijo que me

echaría si no me iba de forma pacífica, y a vosotras dos también. No, ¡no lo digas! Sé que puedes luchar, Gilly. Sí, Betsy, sé que puedes derribar la casa a gritos, pero solo lo haría más difícil para ti. Ella tiene derechos.

—¿Los tiene? ¿Y sus derechos, señorita Marianne? —le rebatió Gilly de forma enérgica—. ¿Qué hay de todas esas cosas que dijo sobre confiar en el hombre que ama? ¿Todas esas cosas sobre la galantería y la nobleza que deben de tener un buen hombre? ¿Y sobre el código de honor y todo eso y que sabía lo que hacía porque confiaba en él? ¿Eh? ¿Qué hay de todo eso?

«Argumenta como una niña que no quiere oír que no existe Papá Noel», pensó Marianne asombrada.

—Gilly, sé todas esas cosas, y son ciertas, pero... Pero la realidad es que él no está aquí ahora, y ella sí, y Hines la apoya, y no quiero una escena embarazosa o algo peor. Porque ella podría llamar al magistrado local, y yo no tengo amigos aquí, excepto vosotras. Y tampoco parientes, en ningún lugar de Inglaterra. Nadie excepto el vizconde, en realidad, y él está en Londres en algún sitio y me ha dicho que no me reúna con él, y no sé cuándo volverá. La verdad es que no importa el derecho que tenga, parece una vizcondesa, Gilly. Y yo parezco una...

Las palabras: una pobre mujer llena de cicatrices, tonta y engañada» pasearon por su mente y, por la expresión de Gilly, fue como si las hubiera dicho en voz alta.

Los ojos de Gilly se quedaron en blanco y se encogió de hombros.

—Sí, bueno, la apoyaremos, señorita Marianne, decida lo que decida.

—Pero dijiste que lo querías y que él te quería. —A Betsy le temblaba la barbilla. —

—Así era. —Se arrodilló frente a Betsy para entregarle un pañuelo—.Eso no cambiará y, cuando vuelva, hablaré con él, y ya verás, las cosas volverán a estar bien.

Betsy parecía dudosa. Gilly torció el labio hacia abajo. Parecía como si pensase que Marianne acababa de decir la mentira más grande de todas. «Y quizás era así», pensó Marianne mientras su corazón se enfriaba.

—Entonces. —Intentó sonar más alegre. Se puso en pie—. ¿Estás lista para partir al amanecer conmigo?

—No tenemos mucho que empacar —dijo Gilly. Cogió la mano de su hermana y juntas salieron de la habitación.

Marianne deseó que no se hubieran ido. Quedaba toda una tarde y una noche por delante para pensar, pasear y preguntarse cosas. Miró alrededor de la alcoba. La luz del sol brillaba a través de los brillantes ventanales, pero la sombra de Mark estaba por todas partes en la habitación. Eso era lo que ella no quería dejar, pero eso también era con lo que tenía que pasar las largas horas a solas, para poder grabárselo en su corazón.

Recorrió la habitación arrastrando los dedos sobre la cama vacía, las sillas y el sofá. Aquí había descansado su cabeza. Allí se había sentado algunas veces y había bromeado con ella. Aquí era donde la despertaba con un beso y allí donde la acomodaba para que se durmiera en sus brazos. Aquí se había acostado con ella, allí se había reído con ella. ¿Sería tan real para ella en cualquier otro lugar?

Marianne levantó la cabeza. ¿Por qué había pensado eso? ¿Acaso creía que nunca volvería a verlo?

Ya no sabía qué creer. Por fin, se sentó junto a la ventana, mirando hacia el camino de entrada, pensando en Mark, deseando que apareciera de repente por allí y resolviera los problemas que él había causado.

Mark se despertó antes de que amaneciera, como siempre hacía estos días. No se molestó en despertar a su ayuda de cámara. Se vistió, se escabulló de la casa del pueblo y salió cabalgando entre las brumas de la mañana. Galopó con su caballo por largos senderos verdes, con fuerza, como si lo persiguieran las Furias. Otros jinetes que había en el parque, madrugadores como él, habían visto al caballero alto y moreno cabalgando así todas las mañanas desde hacía semanas.

Cabalgaba hasta que sentía que los costados de su caballo se agitaban y, entonces, recorría los húmedos senderos oliendo el dulce aroma veraniego de la hierba rota y la tierra húmeda. Cuando el sol rompió la bruma del amanecer, cabalgó de nuevo de vuelta a casa. Entregó su caballo al mozo de cuadra y volvió a la casa para lavarse y expiar a su ayuda de cámara dejándolo que le ayudara a cambiarse de ropa.

Se sentó solo el tiempo suficiente para tomar galletas y un café y luego se marchó, recorriendo varias calles hasta la academia de Monsieur Delacroix. Allí pasó una hora practicando esgrima con el propio maestro, aplaudiendo a su oponente y recibiendo a cambio sus elogios. Se dieron la mano al final, declarando otro empate, antes de que se pusiera la chaqueta y se marchara. Una vez en la calle, rodó los hombros para aliviar la tirantez que aún sentía en ellos. Solo faltaban unas calles para llegar a Gentleman Jackson's. Un «buen combate de sparring», pensó.

Pero al levantar la vista vio la altura del sol. De mala gana, se dio la vuelta y se dirigió a la discreta casa adosada, tan cerca del palacio, donde pasaba todas las tardes desde hacía semanas.

Mientras subía las escaleras hacia su despacho, deseó haberse tomado más tiempo para hacer unas cuentas rondas más. Aún se sentía nervioso, tenso e inquieto, pero sabía que no había nada que pudiera aliviarlo. Ni la equitación, ni el sparring, la esgrima, la bebida... Los había probado todos en los últimos días. Nada podía curarlo salvo ella. Necesitaba volver con ella, hablar con ella, decírselo, explicárselo. Y luego tomarla en brazos y dejar que lo llevara lejos de sí mismo y de todos los errores que había cometido y que intentaría enmendar.

Suspiró al abrir la puerta de su despacho.

—Ya era hora de que llegaras —dijo el hombre sentado en su silla con una sonrisa torcida.

—¡Rafe! —gritó Mark.

Los dos hombres se abrazaron, riendo como niños. Luego pasaron un rato dándose palmadas en los hombros, golpeándose la espalda.

—¡Ya era hora! —exclamó Mark por fin Ya estáis de vuelta. ¿La misión ha sido un éxito?

Su amigo pelirrojo frunció el ceño.

—La verdad es que no. No sé mucho más ahora que entonces. El maldito emperador puede estar planeando algo, y puede que no. El coronel Malcom dice que está allí para quedarse. Malcom es un buen hombre y el adecuado para el trabajo; confío en que mantendrá a ese demonio en su sitio. Pero no estoy tan seguro de que tenga razón, Mark. Bonaparte es demasiado listo. Podría encantar a los pájaros de los árboles porque es mitad serpiente. Imagínate que le conociera cara a cara. —Rafe rio sin ganas—. Eso era todo lo que soñaba hacer: durante todos

esos meses en la península, todo el tiempo que estuve en el hospital allí. Soñaba con enfrentarme a él y volarle la maldita cabeza. Aún lo hago, pero no pude hacer más que estrecharle la mano cuando nos encontramos. Así que no puedo decir que la misión fuera un éxito en ningún sentido.

—Pero lo fue. —Mark sonrió—. Estás de vuelta, y tan arisco y quejica como siempre. Yo diría que has prosperado. Pero lo mejor de todo, mi querido y adusto amigo, es que ahora soy libre.

—¿Libre? —Rafe frunció el ceño.

—Para volver a casa, por supuesto.

—¿Cómo está tu padre? —preguntó Rafe de inmediato.

—Está bien, te lo aseguro. Pero ahora no voy allí. Primero tengo que hacer una parada en Brook House.

—Ah. —El rostro escarpado de Rafe se volvió grave y cauteloso—. —Brook House, ¿eh? ¿Cómo está la encantadora Marianne?

—No lo sé con certeza —afirmó. —Esa es la cuestión. Ahora está allí, donde la dejé. Me enteré de tu problema y regresé a Londres yo solo. He estado aquí desde entonces. —Miró a su amigo con expresión pensativa—. ¿Cuáles son tus planes ahora, Rafe?

—Un poco de esto, un poco de aquello. Mis divagaciones habituales, supongo. ¿Por qué lo preguntas?

Mark se sentó de nuevo en el borde de su escritorio, mirando a su amigo.

—Pensé que tal vez te gustaría venir conmigo.

—¿Qué? Pero dijiste que tu padre está bien. ¿Para qué me necesitas? Tienes a la encantadora Marianne. Sería como una quinta pata de caballo en tu pequeño escondite.

—No, exactamente. —Sus ojos mostraron preocupación, aunque mantuvo la voz serena. Se miró la manga y limpió una mancha invisible que había allí. Durante ese fugaz segundo, el frío, urbano y siempre fácil vizconde Malcom pareció inseguro y torpe. Fue tan extraño que Rafe parpadeó. «Como ver a un gato perder un paso», pensó, intrigado y un poco preocupado ahora partes iguales.

—Voy a tener que hablar con ella. —Evitaba mirar a Rafe a los ojos—. Y, cuando termine, voy a necesitar que me acompañe un amigo. Dos, creo, ahora que te veo de nuevo. Ya le he pedido a Drum que venga conmigo. Le he contado toda la verdad sobre Marianne... y Elise —añadió con timidez.

Rafe se lo quedó mirando.

—¿Se lo has contado?

—Ya era hora. Tenías razón. Nada de esto ha sido lo que yo había pensado que sería, no. Más bien, Marianne no es lo que yo creía que debía ser una mujer. Ya no es una cuestión de lo que es prudente; se ha convertido en una cuestión de corazón, mi corazón. Ella me ayudó a descubrirlo otra vez. Lo había escondido durante tanto tiempo que creo que me había olvidado de él. —Tensó el cuerpo, como si la sentimentalidad de su voz lo perturbara—. En cualquier caso, tampoco se lo he dicho.

Rafe se quedó quieto.

—Sí, lo sé, soy un tonto. Quise hacerlo, lo habría hecho, pero los acontecimientos conspiraron contra mí... En fin, que no lo hice. Y, por eso debo hacerlo y luego pedirle perdón. Y en este caso no sé si bastarán mis palabras. —Se encogió de hombros mientras seguía evitando mirar a su amigo a la cara.

Los ojos de Rafe se abrieron de par en par. Nunca había pensado que escucharía a Mark Malcom decir algo así.

—Necesito que me apoyes después de hablar con ella. Concretamente, necesito que tú y Tambor le digáis —por fin miró a Rafe a los ojos. había en ellos una triste diversión—, que no soy tan mal tipo y que no importa lo que haya hecho. ¿Crees que puedes hacer eso por mí?

—¡Por supuesto! —espetó Rafe—. Lo pienso, así que lo diré en voz alta.

—¡Espera! —lo cortó Mark—. Es un gesto bonito, pero puede que no ser tan fácil. Puede que mi reputación me perjudique.

—¿Reputación? Has hecho algunas locuras en tu tiempo. ¿Quién no las ha hecho? Pero nunca he visto que fueras una persona cruel o injusta. —Rafe frunció el ceño—. Oh. ¿Qué seas un libertino? Bueno incluso eso no es tan malo. Sorprende a los de sangre azul, pero fue por el bien de todos—.

Mark soltó una corta carcajada.

—Corta el rollo, me conoces mejor que eso. Dijeron que yo era un libertino y eso ayudó a nuestra causa. Cierto. Pero mi querido amigo, yo practicaba lo que jugaba. Fui un libertino.

—Pues ahí lo tienes. —Rafe sonó firme—.Pagas por tus placeres y siempre te responsabilizas de ellos. ¿Un libertino? Tal vez. Pero eres un hombre honesto, a pesar de todo.

—No, no soy un hombre tan honesto como debería. —Mark sonaba triste—. Un libertino nunca es completamente honesto, no en realidad. Ni consigo mismo ni con sus consortes. Ni uno con éxito, y yo lo fui. —Le dirigió a su amigo una mirada larga y firme—. Me ha sido fácil adquirir mujeres, Rafe. Demasiado fácil. Y eran demasiadas. Con tanta sencillez. Y era un acto muy simple el que siempre conseguía con ellas. Un encuentro entre dos cuerpos y un momento de placer. Los perros, creo —le dedicó una sonrisa retorcida—, hacen más que eso.

—¿Pero yo y mis amantes ligeras? —Se rio.

—Ligeras. Es una descripción adecuada. Todo ello no tenía más peso que una pluma. Amor aéreo. Una simple oferta a un acto simple, que se hace con facilidad y, con la misma facilidad, se olvida. Una cara bonita o una forma estimulante y vuelta a empezar. Unas horas más tarde, la cosa está hecha, ¿y qué hay de ella?

—Será fácil para ti —refunfuñó Rafe.

—Para ti también. Toma, te doy mi fórmula. —Sonrió de forma burlona e hizo una reverencia—.Estos son los ingredientes: Un hombre. Una mujer. Una mirada de aprecio seguida de una sonrisa cómplice. Déjalo reposar a la luz de la luna hasta que el aire se espese. Cuando haya un aleteo de pestañas o un movimiento acelerado de abanicos, sonríe de nuevo. Cuando te devuelvan la sonrisa, añade un pequeño vistazo a su nariz o a lo que creas que su posesión más orgullosa. Endúlzalo con frases bonitas y mézclalo con significativas miradas. Háblale en susurros, rodéale la cintura deja caer un beso ligero como muestra del placer que está por llegar. No añadas nada más, haga lo que haga; todo debe ir como la seda. Solo acarícialas despacio para,

después pasar al acto que hemos elegido llamar amor. Eso sí, cuidado con lo dices, no vayas a hacer que te enseñen dónde está la puerta. Y ya está. Listo. Una forma perfecta de terminar una velada o empezar un día. La sencillez misma. Pero en cuanto a mí, una vez conseguido mi objetivo, siempre olvidaba por qué lo había deseado tanto. Supongo que ellas también. Pero esta vez…

Su mano se cerró en un puño y lo miró a los ojos.

—No entendía lo que era la intimidad. Todo iba como siempre, y entonces... La encontré, la deseé, y como estaba pasando penurias, yo... —Se le entrecortó la voz e hizo una pausa. Inclinó su oscura cabeza—. Rafe, ella me ha cambiado. —Sus ojos brillaban emocionados—. Es algo asombroso. Una responsabilidad y un honor. Algo que nunca pensé encontrar: una amiga y una amante.

Sacudió la cabeza y se enderezó. Tras ponerse en pie, empezó a recoger los papeles que había esparcidos por su escritorio.

—De todos modos —dijo por encima del hombro—, has vuelto, así que mi trabajo aquí ha terminado. Hablaré con el viejo caballero y me marcharé de Londres al atardecer.

Las cejas de Rafe se alzaron.

—¿Salir de Londres al atardecer? ¿Cabalgando durante la noche? ¡Caramba! Necesitarás escolta. Mis maletas aún están preparadas, mis pistolas también. Estaré listo para cabalgar. Pero... —Vaciló antes de volver a hablar. Eso fue tan raro que Mark lo miró—. Mark… ¿Cómo diablos crees que se lo tomará?

—Es una mujer clara, pura, buena y honesta. Estará consternada. Consternada por no habérselo dicho, por supuesto. Pero creo que, al final, lo entenderá y me perdonará.

—¿Y si no lo hace?

—Entonces es que no la conozco, después de todo, ¿verdad? Pero la conozco. Ella confía en mí, Rafe, lo sé, o es que no sé nada en esta vida. Con todo lo que he hecho ella confía en mí como yo en ella. Ha estado ansiosa y temerosa, ¿y por qué no? De repente la dejé sola en un lugar extraño en lo que se suponía que iba a ser su luna de miel. He estado fuera mucho tiempo, tanto que ella sigue escribiéndome, rogándome que la deje reunirse conmigo aquí. Pero le he dicho que me espere. Ella me está esperando porque confía en mí. Y por eso, le diga lo que le diga, no creo que me decepcione. No me defraudará.

La luna se alzó sobre los árboles y Marianne se metió por fin en la cama. Ya no tenía sentido andar de un lado para otro maquinando y planeando. Todo lo que poseía estaba empaquetado, asegurado y listo para partir. Ella también lo estaba, por fin.

Capítulo 18

Tomaron la Gran Carretera del Norte y dejaron Londres atrás, cabalgando rápida y silenciosamente hacia la noche cada vez más profunda. Muchos hombres habrían tenido miedo de abandonar Londres de ese modo a esa hora tan tardía. Solo eran tres, después de todo, e iban a caballo en lugar de ir en carruaje con cocheros y jinetes para vigilar los peligros de las carreteras iluminadas por la luna.

Pero estos tres hombres no se preocupaban por los salteadores de caminos; ellos mismos eran letales. Dos habían sido entrenados para abatir de forma rápida y silenciosa al enemigo y el tercero había jugado con instrumentos que provocaban la muerte toda su vida, como muchos otros hombres de su edad y clase estaban entrenados a hacer. Todos eran expertos, intrépidos y hábiles. Uno de ellos estaba totalmente decidido a llegar a su destino lo más rápido posible, sin importarle la hora que fuera o el tiempo que hiciera. Los otros dos lo apreciaban tanto que le habrían seguido hasta el mismísimo infierno.

Aunque no es que fuera algo fácil. Sobre todo, teniendo en cuenta los pliegues de terciopelo negro de una noche de finales de evrano.

Al principio no hablaron, y luego, a medida que pasaban las horas, cayeron bajo el hechizo de la urgencia de su amigo y de la propia noche de ensueño. Cabalgaron sin quejarse, deteniéndose solo cuando debían hacerlo; tenían más consideración por sus caballos que por ellos mismos.

Conversaron en la primera parada que hicieron, en una posada cerca de un peaje a dos horas de camino de Londres.

—Menos mal que hace buen tiempo —dijo Rafe mientras daba otro trago de cerveza.

—Correría a través de un huracán, tal como está ahora —añadió Drum—. ¿No ves esa mirada en sus ojos?

—Estamos tan locos como él y pagaremos por ello, supongo. Al menos haremos feliz a alguien, aparte de a Mark. Probablemente haya hordas de ladrones en los setos esperando a tontos como nosotros.

—Siento decepcionarte —lo interrumpió Mark—, pero esto es Inglaterra, no Italia, amigo mío. Aquí no hay salteadores de caminos.

—¡Ja! —gruñó Rafe—. Famosas últimas palabras.

—Famosas, en efecto. O, mejor dicho, infames, y también históricas. Son de un siglo pasado, de un mundo lejano, amigo mío. Ahora las arañas anidan en sus lápidas. La calle Bow puso fin a ese deporte. Hoy en día hay algún que otro robo en la carretera, es cierto. Pero incluso entonces, la mayoría de los salteadores de caminos que se precien insisten en incomodar, al

menos, a un grupo de víctimas por sus molestias. ¿Quién se molestaría en merodear por una carretera oscura en mitad de la noche con la esperanza de que algún loco descarriado pase por allí?

—Muy cierto —comentó Drum—. ¿Y si nos vieran, tres hombres avanzando por la carretera cabalgando como perseguidos por demonios a través de la noche? Probablemente nos suplicarían clemencia. Como yo te lo suplico ahora, Mark. Si no hay salteadores de caminos, quizá podamos tomárnoslo con calma. No quiero romper las patas de mi caballo, ni las mías. Es como cabalgar sobre tinta ahí fuera.

—Nos mantendremos en el camino principal —dijo Mark—, y la tinta es de las que desaparecen. La luna está arriba, medio llena. Cabalga recto y no te pasará nada.

—¿Pero qué sentido tiene? Todos estarán durmiendo cuando lleguemos.

—Puedes quedarte aquí, entonces, y reunirte conmigo más tarde, pero yo debo irme.

—Maldita sea —suspiró Drum, levantándose también.

—Hay tormentas repentinas en esta época del año —ofreció Rafe—. Vi algunas estrellas apagadas por las nubes hace un rato. ¿Seguro que quieres seguir adelante esta noche, Mark? Este no es un mal lugar. Si no está lo suficientemente lejos para ti, hay una pequeña posada cerca de Wallingford.

—No está lo suficientemente lejos ni por asomo. Quiero seguir cabalgando hasta llegar allí.

—No somos pájaros. No tenemos que estar allí antes de que amanezca —se quejó Rafe—. Podemos dormir bien y estar allí por la mañana.

—Todo se ve mejor por la mañana ——confirmó Drum con un bostezo.

—Quiero llegar antes. —Mark se puso los guantes y se marcharon, aunque, al final, tuvieron que parar para pasar la noche. El caballo de Mark se quedó cojo. No era cuestión de dejar a la bestia sola en el camino. Mark cabalgó con Rafe hasta que los dimes y diretes de ese caballero lo llevaron a compartir con él el caballo de Drum. Los incesantes refunfuños de Drum sobre la locura de sus acciones lo llevaron a tomar habitaciones en la posada a la que finalmente llegaron.

—Estaremos allí después del desayuno, a una hora civilizada —dijo Drum satisfecho mientras firmaba el registro para un casero somnoliento.

Sin decir nada, con el rostro tenso, Mark subió las escaleras junto a sus amigos.

—De todas formas, ¿qué tiene de mágico el amanecer? —Rafe bostezó.

Mark no dijo nada mientras se alejaba de ellos. No les dijo lo mágico que podía haber sido para él. No les contó cómo había soñado con llegar a Brook House y encontrarla dormida, cálida y somnolienta en su cama. O sobre cómo había planeado entrar de puntillas en su dormitorio, despojarse de su ropa y deslizarse hasta la cama, uniéndose allí a ella. Primero se habría quedado quieto junto a su cuerpo, dejando que el frío de su paseo nocturno abandonara sus manos y su cuerpo, calentándose mientras observaba su rostro dormido, deleitándose de nuevo en el mero hecho de estar cerca de ella. Luego, la habría despertado, despacio, de forma lujosa; sus manos, suaves y sigilosas, mientras le acariciaban su cuerpo sueve y sus pechos pequeños y sedosos, sus labios recorriendo su cuello perfecto y cálido, sus mejillas sonrojadas por el sueño, su boca

soñadora ligeramente entreabierta. Por fin se llevaría a la boca su suave llanto sorprendido y la metería de nuevo en la cama con él.

Pero estos no eran pensamientos que le sirvieran de mucho cuando intentaba dormir.

Así que no lo hizo. No pudo. Se encontraba en ese estado demasiado bien conocido por los viajeros; a medio camino de su destino, su corazón seguía latiendo tan rápido como lo había hecho su cuerpo, su mente aún más ocupada con pensamientos sobre lo que tenía que hacer cuando llegara allí. Se quitó la ropa, se tumbó en la cama y gimió. Habría sido difícil dormir, aunque la cama fuera cómoda. No lo era. Era un hombre grande y de cuerpo alargado. La cama estaba diseñada para el viajero medio y había sido utilizada por tantos de ellos que se había amoldado a todas las formas que había conocido excepto a la suya, pensó irónico mientras se daba la vuelta, intentando sin éxito ponerse cómodo.

Pero eso era imposible. Tenía poco que ver con la cama, en realidad, solo con lo que no estaba en ella con él. Así que se quedó tumbado con los ojos muy abiertos, las manos enlazadas detrás de la cabeza, mirando fijamente la noche soñadora, esperando la mañana y la tarea que se había impuesto.

Estaba impaciente por volver con ella. La había echado de menos, y no solo a su cuerpo. Eso aún lo asombraba. Tantas mujeres, tantos cuerpos acogedores, tantos placeres, y ninguno de ellos comparable a lo que había encontrado con ella.

Le gustaban las mujeres, siempre le habían gustado. Incluso había amado a algunas. A su madre, en el breve tiempo que la había conocido. Aquellas primeras mujeres que le habían mostrado amabilidad: su enfermera, una tía, una prima o dos. Y cuando se había convertido en hombre, incluso había pensado que había amado como debe hacerlo un hombre. Había tenido sus primeros enamoramientos. Todos habían terminado en suspiros, pero no suspiros de saciedad, porque todas habían sido chicas educadas con delicadeza, y porque había llegado a conocerlas demasiado bien como para seguir encaprichado, o ellas habían encontrado otros hombres a los que amar. Eso no le había sorprendido. Había sido un joven tímido, aunque nadie podía creérselo. Pocos se dieron cuenta entonces. Lo había cubierto con el barniz de un sonriente aburrimiento, como hacían tantos jóvenes de su edad y rango.

Había tenido algunas amigas en aquellos días, y aún las tenía. Eran amigas de la mente, no del corazón: esposas de amigos, o solteronas que le ofrecían una amistad cuidadosamente intelectual porque habían visto que era un hombre que respetaba cualquier buena mente de cualquier sexo.

¿Pero en cuanto al amor? No había amado precisamente a Elise. Se había sentido maravillado por ella y deseoso de casarse con ella. Había querido ser un buen marido, pero ¿adónde lo había llevado eso? Volvió a darse la vuelta en su cama llena de bultos, estremeciéndose al recordar su lecho matrimonial. Luego, por supuesto, había nacido Mark el libertino y había amado a tantas mujeres... y no había amado de verdad a ninguna de ellas.

«Pero entonces...» Volvió a pensar en Marianne. ¿Quién habría pensado que tal felicidad podría surgir de una oferta desenfadada e impulsada por la lujuria? La había visto y la había deseado. Ella había brillado entre la triste compañía en la que había estado sentada; él había mirado a través de la sala y había visto a las alhelíes y a las viudas y... a ella. Aquel rostro encantador, resplandeciente de vida e inteligencia, pero también lleno de tristeza. Tan vulnerable... y tan deseable para él.

¿En qué había estado pensando? Se preguntaba ahora. ¿Que le estaría haciendo un favor a causa de aquella cicatriz? ¿Esa maldita y bendita cicatriz que la había preservado para él impidiendo que los idiotas a los que había contratado buscaran la hermosura que había tras ella? No. Imposible. Porque él no la había visto al principio. No hasta que ella lo había mirado fijamente y había levantado esa pequeña barbilla y se había vuelto hacia él, devolviéndole la mirada con desafío y orgullo. Eso y no la cicatriz era lo que le había hecho estar decidido a tenerla.

Era un buen cazador. La había observado por el rabillo del ojo, manteniendo una docena de conversaciones aburridas y coqueteos renqueantes, todo el tiempo alerta a su oportunidad, esperando su momento. Esta llegó cuando su maldita tía había visto su interés en ella. En cuanto pudo, la había seguido hasta su exilio y le había planteado su oferta. Ella lo había rechazado con ánimo e inteligencia, y solo un rastro de anhelo. Eso había bastado para que él lo intentara una y otra vez. Pero en su primer encuentro real supo que podía tenerla.

Lo había hecho y, sin embargo, no era suficiente. Se preguntó si alguna vez lo sería. Él la deseaba por completo, pero ella aún retenía una parte de sí misma. Era abierta con él en muchos aspectos, pero también recelosa. Él la había cortejado. Eso había sido fácil. La había conquistado, pero eso era otra cosa. Era algo que él podía hacer. ¿Pero qué había ganado de ella? Parecía importarle, pero a pesar de todo lo que habían hecho, ella nunca le había declarado sus sentimientos de palabra, solo a través de las acciones. Eso nunca le había molestado en ninguna de sus relaciones anteriores; ni siquiera se le había ocurrido antes.

Se rio de forma amarga. ¿Qué derecho tenía él a exigirle que le contara sus secretos? Pero ahora iba a corregir eso. Iba camino de hacerlo. Pensar en ella lo mantenía con los ojos muy abiertos, aunque lo único que podía ver era la ceguera de la noche y las dudas de su futuro. Pensar en ella mantenía su corazón acelerado.

Le importaba lo que ella pensara de él, encontrarse con él. No solo en su cama. No solo lo que ella pensara de su habilidad haciendo el amor. Había conocido a demasiadas mujeres como para preocuparse por eso. Cualquier hombre con cierta experiencia y pericia podía darle placer a una mujer. O podía aparentarlo con una mujer que lo fingiera. Él también había tenido suficiente de eso. Las mujeres que había llevado a su cama en el pasado habían sido como la cama en la que yacía ahora; demasiado complacientes con demasiados extraños y, por tanto, nunca eran lo bastante adecuadas para él. Entonces no lo había sabido. Lo sabía ahora. Desde Marianne.

Cualquier mujer dispuesta podía proporcionarle placer a un hombre. Muchas se lo habían dado. Pero ninguna le había dado alivio antes, ni una risa así, ni paz. Su presencia le hacía sentirse bien y completo. «Eso era», pensó. Se sentía incómodo aquí; se sentiría así en cualquier lugar donde ella no estuviera. Ella lo hacía sentirse en casa.

Era así de simple y así de difícil. Y así de inexperto. Pues, a pesar de toda su experiencia, él nunca había conocido eso antes, y por lo tanto nunca había adivinado el riesgo que suponía. Pero, aun así, no era un cobarde. Esperaría a la mañana, cuando pudiera ir a verla y contarle todo lo que había pensado esa noche. Por fin. No importaba lo que pasara después.

Los murciélagos volaron a casa por la cara de la luna poniente. Ningún pájaro cantaba. Los grillos aún no habían cesado su lento palpitar; todavía contaban los minutos que le quedaban a la noche menguante, pero Marianne sabía que se acercaba el amanecer. Se levantó de la cama cuando las estrellas empezaban a apagarse y el cielo se volvía lechoso con un indicio del amanecer que se avecinaba. Vio los ligeros cambios porque había estado observando el cielo

durante toda la noche. No había dormido. Había mirado fijamente en la oscuridad, pensando, preguntándose y, al final, asumiendo lo que tenía que hacer, por muy duro que fuera.

La decisión estaba tomada. Ahora tenía que ser lo suficientemente fuerte para ponerla en práctica. «Pero era fuerte», se dijo a sí misma, y se levantó por fin de la cama.

Se frotó los ojos arenosos tras pasar una noche de vigilia y se lavó la cara. Se vistió de forma apresurada y, después miró la habitación por última vez. Estaba gris a la media luz del día que se acercaba. Ahora todos los ricos colores de los cobertores de seda de su alta cama, los finos muebles, incluso los cuadros que colgaban de la pared, estaban apagados a la sombra del amanecer. Parecía el fantasma de la habitación que ella había conocido. Y así era.

Había llegado el momento de la verdad. Asintió para sí misma y levantó la barbilla. Todo lo que le pertenecía estaba en la bolsa de viaje junto a la puerta. Nada suyo quedaba ahora aquí, solo todo lo que había querido y amado. Le dio la espalda.

Abrió la puerta de golpe, salió al pasillo y tropezó con un cuerpo en el umbral.

—¿Qué...? Oh, eres tú —dijo Gilly con un enorme bostezo, sentándose y frotándose las costillas.

—¿Has dormido aquí? —preguntó Marianne asombrada.

—He dormido en sitios peores —respondió Gilly alegre mientras se ponía en pie—. Al menos así no le echaría de menos, ¿verdad? Parece que lo decía en serio, marchándose al alba, como le pidió esa zorra. Bueno, no le culpo. No puedo decir que yo lo hubiese hecho diferente. Las necesidades aparecen cuando el diablo conduce, o eso dicen. Pero si le hace sentir mejor, lo siento mucho. Por eso... escuche, señorita Marianne, quiero decirle una cosa antes de irnos.

Gilly sonaba avergonzada, incómoda. Se entretuvo rascándose bajo la holgada chaqueta de hombre que llevaba, mirando el montón de ropa sobre el que había dormido.

—La cosa es que… —sonaba vacilante—, que he estado pensando. ¿Cómo va a ganarse el pan ahora? Esa bruja de abajo seguro que difunde la historia por todo Londres, así que a partir de ahora puede apostar a que nadie de la alta sociedad la va a dejar entrar por la puerta de atrás para fregar sus suelos, ¡y mucho menos ser una acompañante! E Irlanda está muy lejos. Pero verá, si viene a Londres con Betsy y conmigo, podría encontrarle un trabajo. Espere, escuche —dijo Gilly con fervor—. Sé que no está en nuestro mundo, pero a una buena chica se la puede engañar o no habría tantos pobres desgraciados abarrotando las calles de Londres, ¿verdad? No habla de que trabaje con las manos, o con su espalda porque no está acostumbrada a eso. Es una dama. Al menos, para mí lo es. Y sé que también lo será para ellos.

Marianne frunció el ceño. Gilly hablaba cada vez más rápido intentando explicarse.

—Verá, el mundo está cambiando. Un hombre con monedas en su monedero ahora puede ascender. No digo que vaya a ser invitado a tomar el té con la Reina, ojo. Pero si tiene el porte para hacerlo, puede vivir en una calle junto a la alta burguesía, ¿no? Puede vestirse bien e ir a Vauxhall y codearse con ellos también, si quiere. Y quiere, créame. Su mujer puede ir a la ópera y sentarse justo enfrente de ellos. Y si envía a sus hijos a las escuelas adecuadas, ¿quién sabe lo que puede llegar a pasar algún día?

»Si sabe comportarse, claro. Mire, señorita Shirley. —Levantó la cabeza y por fin miró a Marianne—. Betsy la quiere de verdad y usted y yo nos llevamos bien, ¿no? Lo que digo es que hay muchas a las que les gustaría ascender en el mundo, y tienen el oro, pero no el idioma ni los

modales para hacerlo. Usted podría enseñarles. Yo podría ocuparme de ello. Además, podría ganar mucho dinero. Así que, ¿por qué no se viene a vivir con nosotras, con Betsy y conmigo? Nos iría bien juntas, a las tres. Bueno, ¿qué le parece?

Marianne quería hablar, pero la voz se le quedó atascada en la garganta. Todo lo que salió fue un grito ahogado. Se aclaró la garganta, parpadeó para contener las lágrimas y volvió a intentarlo.

—Gilly, me siento muy honrada. Te lo agradezco mucho. He estado pensando también. Yo tampoco quiero que nos separemos.

—Ya está —dijo Gilly alegre, aunque su rostro estaba tenso y blanco—. Bueno, vamos a recoger a Betsy. Le prometí que iría a por ella en cuanto la viera a usted. —Se agachó, recogió su ropa y la enrolló en un fardo—. Tengo todo con lo que vine —murmuró—. Al final, somos lo que cabe en una bolsa, ¿no?

—No. —Respiró hondo—.Eso es todo con lo que una persona afortunada puede llevarse. Me voy, pero aún no. Esperaré a la señora, pues tengo algunas cosas que decirle. No sé si Betsy debería estar presente cuando lo haga.

—¡Ja! Nada le gustaría más que oírle decirle una o dos cosas, ¡se lo prometo! Pórtese bien con ella, aunque creo que ella conoce mejores palabras de las que usted usará.

Marianne sonrió.

—No, esta vez no. Esta vez creo que hasta tú te sorprenderás, Gilly. —Cuadró los hombros —. Vamos a por Betsy.

Eran viajeros experimentados, pues tanto Rafe como Drum durmieron profundamente en sus camas. Pero ambos se levantaron antes del amanecer, aunque solo fuera porque incluso en sus mentes dormidas sabían que Mark seguiría cabalgando sin ellos si no lo hacían. No querían perderse nada de lo que ocurriera en Brook House. Mark era un hombre impulsivo, Mark era un hombre que había cambiado, pero era el mismo hombre al que ambos valoraban como amigo. Y sentían una gran curiosidad.

Se vistieron en la oscuridad y comieron un bocado apresurado para desayunar en el gris naciente de la noche rota. Ensillaron y cabalgaron rápido. Hacía tan buen tiempo que llegaron al largo camino de entrada frente a Brook House cuando el sol empezaba a iluminar las brumas matinales, pasándolas de gris a un color perla. Bajaron de sus caballos, para sorpresa de los mozos de cuadra que esperaban de pie en el camino de entrada. El coche de campo de Mark también estaba allí, pero no le dedicó ni una mirada mientras subía los escalones hacia la puerta principal. Rafe y Drummond iban un palmo por detrás de él y por eso lo vieron empezar a sonreír, lento, con sensual expectación.

Mark se detuvo solo un momento, dándose cuenta de la magnitud de su desaliñado estado. Se quitó la chaqueta y se pasó una mano por el espeso pelo alborotado por el viento. Se quitó el polvo de los pantalones, se enderezó y, al encontrar la puerta ya abierta, entró con su amigo y su primo pisándole los talones. Entraron en el vasto patio acristalado, parpadeando. El brillo del sol naciente era amplificado por la cúpula de cristal, y su resplandor les cegó un momento.

Pero no fue eso lo que les detuvo. Se detuvieron en seco al oír una estridente voz femenina.

—Así que —escucharon decir a una voz fría y clara—, estás aquí. Eso es bueno. He venido para asegurarme.

Rafe y Drum echaron un vistazo a su alrededor y por eso no vieron a Mark parado, con el color desapareciéndole del rostro. Pero la voz no hablaba con ninguno de los tres.

—Eres una chica lista —continuó la voz, hablándole a alguien a quien no podían ver—. Has hecho lo correcto. Aquí tengo un bolso para ti. Verás que no he sido tacaña. Recibirás el resto cuando llegues a tu destino. Solo tiene que avisar al cochero. Está esperando. Me despido.

Hubo un silencio.

—Vamos, vamos —masculló la voz con impaciencia—. El precio no subirá si te resistes. El sol está bien alto. Es hora de partir. Ahora, coged la bolsa y marchaos.

Los hombres entrecerraron los ojos contra la radiante claridad, esforzándose por ver quién hablaba y a quién estaba instando a marcharse. La voz parecía proceder detrás de ellos. Levantaron la vista y vieron a una mujer alta, de cabellos dorados y vestida con una vaporosa túnica blanca, de pie y con la espalda erguida sobre la escalera, con el aspecto de un ángel perfilado por una luz deslumbrante. Al entrecerrar los ojos vieron a otras tres figuras que entraban en la habitación, caminando despacio hacia la luz resplandeciente, vacilantes como almas nuevas que entran tímidas en el cielo. La mujer de la escalera parecía un ángel vengador, ordenándoles salir de nuevo.

Volvió a hablar, con voz impaciente.

—¡Marchaos ya! Nada ha cambiado. Un retraso solo os perjudicará. No me importa si pierdes tu carruaje, pero te juro que tus zapatillas sí lo harán.

—No —dijo Marianne, deteniéndose frente a ella—, creo que no. Yo también me he levantado temprano, pero solo para asegurarme de hablar contigo personalmente. Tampoco estoy aquí para regatear. No me voy a ir, ya lo ves. —Gilly y Betsy se detuvieron a su lado, mirándola. Marianne levantó la cabeza—. Por lo que, si quieres que me vaya, s Supongo que debes echarme. Porque no me iré por voluntad propia. Mark me trajo aquí, y aquí me quedo hasta que él mismo me eche.

—¿Y crees que no lo hará? —preguntó Lady Elise desde su posición en lo alto de la escalera.

Se rio, el quebradizo sonido resonó en la luminosa habitación de cristal. Las manos de Mark se cerraron en puños a sus costados, pero no se movió ni habló. No podía. Porque no podía creer lo que veían ni lo que oían sus ojos.

—Muy bien, muy bien. —La voz de Elise estaba cargada de furia—. —Si no te importa pasar vergüenza… Aunque, ¿por qué debería importante, siendo la mujer que eres? Supongo que no me queda más remedio que echarte. Pero no te echaré sin más. Oh, no. No quiero que merodees por el lugar, durmiendo en los graneros, asomándote a las ventanas, angustiándome a mí y a los criados y a mi querido Louis. No. Mandaré llamar al magistrado local y haré que te desalojen y te encarcelen en cualquier cárcel que tengan aquí.

»Piénsalo bien. ¿Crees que Mark vendrá a liberarte? No lo hará. No solo porque no lo permitiré, y él quiere, ahora mismo, complacerme por encima de todo, sino porque lo conozco de antaño. Me reuniré con él en Londres o en la finca de su padre. Ya ha habido suficientes cotilleos aquí, gracias... y gracias a ti también. Le contaré lo sucedido. Conociéndolo, te dejará donde te mande el magistrado durante un mes, como mínimo, para que aprendas la lección. Aunque él no lo dirá así. Oh, no, él no. Cuando por fin te deje salir, enviará una nota llena de disculpas. ¡El

hombre es bueno con las disculpas! ¿No las has oído ya bastantes veces?

Marianne se balanceó un poco. Le temblaban las manos y tenía la boca seca. Ella conocía a Mark, juraría que lo conocía.

Pero esta mujer era tan convincente.

—La nota estará llena de culpas innecesarias, muchas excusas y un pago mucho menor del que le daría yo ahora. Eso, al menos, puedo prometértelo. Deberías ser compensada por darle placer, no lo niego. Pero me encargaré de que se muera de hambre si intenta retenerme por más tiempo. ¿Y bien? Última oportunidad. Vete ahora y coje el carruaje para marcharte lejos o atente a las consecuencias—.

—Me quedo y asumiré las consecuencias —dijo Marianne—. Digas lo que digas, no me has enseñado los papeles que muestran que dices la verdad, por lo que me quedaré y esperaré a Mark. Él no me mentiría. Él…

Se detuvo porque Betsy le tiraba de la falda y le señalaba algo.

—Muy bien —jadeó furiosa la señora. Alargó la mano hacia la manivela de la escalera para llamar a los criados... pero su mano se detuvo en la cuerda. Giró la cabeza para ver qué miraban Marianne y las dos muchachas.

Tres hombres altos estaban de pie en las últimas sombras junto a la puerta. Uno dio un paso adelante, con las manos cerradas en puños a los lados.

—¿Mark? —gritó Marianne con voz alegre. ¡Estaba aquí! Él y su amigo pelirrojo, y también su primo. ¡Pero si era Mark! Ella dio un paso y se detuvo, porque él estaba de pie, recto y quieto. Miraba fijamente a la dama.

Y ella a él. Y ella sonreía.

—Mark —señaló esta con voz sedosa y satisfecha—. ¡Eres tú! ¡Señor! Apenas te reconocí; has cambiado. Para mejor, debo decir.

—Elise —dijo con voz profunda y oscura, y Marianne pudo sentir cómo se le helaba la sangre en las venas.

—Sí. —La mujer sonrió—, soy yo. He vuelto, como ves. Y no de entre los muertos, como esta... persona dice que le dijiste.

Marianne no pudo leer su expresión. No tenía ninguna.

—¿Mark? —preguntó con la voz temblorosa—. ¿La conoces? ¿Ella es Elise? ¿Tu Elise?

Él no contestó. Sus ojos estaban fijos en la mujer de blanco.

—¿Mark? —Marianne volvió a llamarlo. Notaba su rostro pálido, su corazón latiendo tan fuerte que apenas podía oír las palabras que decía.

Sacudió la cabeza, como si eso pudiera despejar la confusión y el dolor que sentía palpitar dentro de ella. No podía… No quería preguntarle si él le había mentido. No podía preguntarle si estaba casado con otra. Eso habría como preguntarle si todo lo que habían vivido juntos había sido una mentira. Mirándolo en esos momentos, a ese rostro fuerte y que tanto quería, sintiendo la fuerza de su presencia, no podía dudar de él ni de sí misma. Solo podía abordar las cosas una a una. Mentira a mentira. Ella sabía que eran mentiras, aunque se negó a creer que eran mentiras de él. Se obligó a preguntar lo que debía de la única forma que podía.

—Mark —repitió—. Dice que te casaste con ella.

Él apartó por fin la vista de la dama y miró a Marianne. Su rostro estaba tenso, sus ojos vidriosos por culpa del dolor, vivos con una luz salvaje. Su voz estaba tensa cuando por fin habló. Pero era profunda, lenta y clara.

—Lo hice.

La mujer se rio. Marianne se balanceó sobre sus pies y habría tropezado si Gilly no hubiera estado allí para sostenerla... y si Mark no se hubiera adelantado para ponerle las manos con fuerza sobre los hombros, asiéndolos con fuerza.

La miró desde arriba. Un mundo de traición y pérdida se reflejaba en sus ojos. Levantó una mano y le tocó la cara como para convencerse de que era él. Estaba preocupado; parecía más joven, más vulnerable de lo que ella lo había visto nunca. Pero también parecía cansado y sus ojos estaban afligidos. Vio cómo sería cuando fuera muy viejo y estuviera cansado de la vida.

—¿Lo hiciste? —susurró ella, esperando haberlo oído mal. Él asintió—. ¿Es tu mujer? —dijo ella, angustiada.

—No. —Sacudió la cabeza. Como ella, tenía la voz temblorosa—.No, querida. No lo es.

Capítulo 19

-¿Os casasteis con ella, pero no es tu esposa? ¿De qué estás hablando? No lo entiendo, no tiene sentido —murmuró Marianne intentando buscar en los ojos de Mark una explicación.

—Lo tiene —escupió él con rabia—. Que Dios nos ayude a todos, pero tiene mucho sentido. ¿Qué está haciendo aquí? —exigió saber.

Sintió que sus delgados hombros se ponían rígidos por la conmoción. Sus manos se tensaron y la meció con suavidad de un lado a otro, sacudiéndola mientras intentaba desterrar su expresión de asombro de su rostro.

—Te he oído hablar con ella —le dijo en voz baja y con tono urgente—. Gracias por la fe que tienes en mí. No creo que pudieses haberme dado más. ¿Y tú qué haces aquí? —Se dirigió a Elise, fulminándola con la mirada.

—¿Tú qué crees? —preguntó esta, pero su voz sonaba menos segura que antes.

—Solo Dios lo sabe —gruñó él—. Pensé que no volvería a verte. Sabías que no lo deseaba. He ignorado tus notas a lo largo de estos años. Las dirigí a mi abogado directamente. De hecho, nunca pensé que volvería a verte en Inglaterra. ¿Te has vuelto loca?

Levantó la cabeza como si él la hubiese abofeteado.

—Tenía que hablar contigo —espetó. Un segundo después, su voz se volvió amable, suave, seductora—. ¿Qué clase de monstruo crees que soy? Cuando me enteré de la muerte de tu padre, por supuesto que tenía que venir, fueran cuales fuesen los riesgos que corría.

Marianne vio que la sangre abandonaba su rostro bronceado, volviéndolo sombrío y cetrino.

—Tenemos nuestro pasado, sin duda —continuó Elise—, pero no soy ningún monstruo insensible. Se lo que pensabas de tu padre. Compartimos esa historia, y por eso sabía que necesitarías a alguien con quien hablar. Creía que me conocías mejor que eso, Mark —le reprendió.

—Oh, ten por seguro que sí. Pero ¿cuánto tiempo llevas aquí? Estuviste en Francia... oí que fuiste a Italia. ¿O volviste aquí, en secreto, antes de esto?

—Oh, no, he estado viviendo en el extranjero. La guerra hizo la vida difícil, pero no mucho; tenemos demasiados amigos en ambos bandos. Hacemos lo que debemos. Me las arreglé para sobrevivir. —Se encogió de hombros, como si su aspecto resplandeciente y su vestido caro no fueran nada del otro mundo. Solo he venido aquí por ti. Tenía una carta de Georgette Halliday. ¿La recuerdas? Una vieja amiga. Y una, la única, que no me abandonó. Me escribió para contarme que el conde estaba a las puertas de la muerte. Por supuesto, hice las maletas al

instante y vine a ofrecerte todo el consuelo que pudiese sin importar el peligro que corría. Sabía que no abrías mis cartas; en cualquier caso, una carta es un consuelo muy frío, ¿no te parece? Llegué a Londres hace unas semanas, te busqué allí. Más bien, hice que mis sirvientes lo hicieran. Les dijeron que habías ido al lecho de muerte de tu padre. Te habría seguido, pero ese no es el mejor lugar para mí, estarás de acuerdo. Pero tampoco deseaba que me vieran en Londres. Fui a una posada de la carretera del norte y mandé que averiguaran cuándo regresarías. Cuando por fin supe que estabas aquí, vine enseguida, por supuesto.

—Ya veo. —Asintió con la cabeza y soltó a Marianne—. Hablaremos y luego te irás igual de rápido que querías que Marianne se fuera. —La miró con el ceño fruncido—. Eso estuvo feo incluso para ti.

—Solo le estaba haciendo otro favor. Me dijo que te habías casado con ella, pero yo sabía que eso no podía ser.

Mark echó hacia atrás su oscura cabeza y se echó a reír. Fue un sonido tan repentino, inesperado y alegre en aquel tenso momento que todos los presentes se quedaron boquiabiertos. Pero él parecía genuinamente divertido.

—Querida, querida Elise —rio entre dientes—. El tiempo no te ha cambiado en absoluto, ¿verdad?

—Aquí —prorrumpió una voz ronca y grave. Era Gilly—. Está muy bien que te rías, pero yo no. ¿Es ella —señaló con el pulgar a Elise—, tu señora o no lo es? ¿Y ese mocoso de cara agria es tu hijo o no?... Su señoría —añadió al ver idénticas miradas de asombro en los rostros de ambos acompañantes de Mark.

—Al grano como siempre, ¿eh, Gilly? —masculló Mark—. No, no es mi hijo. Y ella no es mi esposa; tu amiga Marianne sí que lo es. Mejor dicho, tu amiga Marianne, la vizcondesa Malcom. No, Elise —dijo con dureza al ver que ella se sobresaltaba ante sus palabras—, aún no es la condesa Malcom. Y tampoco lo será durante mucho, mucho tiempo, si el Señor quiere. Se ha vuelto a curar por completo. No pensaste en eso, ¿verdad? ¿Por qué deberías? Si eres fiel a tu estilo, lo más probable es que ni siquiera preguntaras por él una vez que llegaste aquí.

La mujer se puso rígida. Sus brillantes ojos azules eran lo único que se movía en su rostro.

—Sí, esta es la Elise que recuerdo. Ya basta. Ven, tenemos que hablar.

Extendió un brazo, indicándole a dónde quería que fuera. Elise bajó la escalera con paso mesurado, avanzando hacia el salón con gracia señorial. Su vestido mañanero fluyendo tras ella como si fuera una reina o una novia caminando por el pasillo en una catedral silenciosa. Mark tomó la fría mano de Marianne entre las suyas y comenzó a seguirla. Pero ella se quedó atrás, mirándolo con esos graves ojos grises. Cerró su mano sobre la de ella y estaba a punto de hablar... hasta que vio a Gilly y a Betsy de pie a su otro lado, mirándolo con fijeza. Rafe y Drum también estaban detrás de él casi pisándole las botas cuando se detuvo de forma tan brusca.

Elise se detuvo, se volvió y los vio a todos.

—De verdad, Mark —protestó—. No creo que esto implique a nadie más que a nosotros.

Mark miró el pequeño desfile que había iniciado.

—Tienes razón en que sí nos implica a todos. Drum y Rafe ya lo saben todo, y Marianne debe saberlo. Aun así, en cuanto a los niños... —Miró a Gilly. Ella le devolvió una mirada tan

desafiante que nadie allí podía pensar en ella como en una niña—. Perdón —en sus labios se podía apreciar el asomo de una sonrisa—. Me refiero a los menores implicados. Aun así, no dudo de que se enterará de todos modos. ¿Pero la pequeña? —Miró a Betsy.

—Ella sabe más que yo la mitad del tiempo. —Gilly se encogió de hombros—. La gente olvida que los niños tienen oídos, pero son como perros debajo de la mesa, siempre esperando y vigilando porque nunca saben cuándo puede haber algo para ellos.

Mark esbozó una sonrisa cálida y genuina.

—No lo dudo. Así que ella también puede venir. Después de todo, ¿por qué no? Supongo que cuantos más sepan la verdad menos posibilidades habrá de que esto vuelva a ocurrir.

—No creo que... —empezó Elise.

Mark la cortó con voz dura.

—El secreto se guardó, Elise, gracias a nuestro trato. Rafe lo sabía porque confía en mí con su vida, y lo ha hecho, como yo confío en él con la mía, y por eso tenía que conocer todos mis secretos. Drum acaba de enterarse. Pero aparte de ellos, nadie más lo sabía, mantuve mi palabra. Ese fue mi error. Los secretos son peligrosos porque pueden convertirse en armas en las manos equivocadas.

—Mark —gritó Elise—. ¡Nunca quise hacerte daño!

—Quizá no —convino él con una sonrisa retorcida—, pero pretendías ayudarte a ti misma y, de alguna manera, eso también significaba hacer daño a otra persona, ¿no?

Se sentaron en silencio, dispuestos alrededor de la habitación, esperando a que Mark comenzara a hablar. Elise estaba sentada en una pequeña silla dorada junto a la chimenea, con la cabeza alta mientras Mark se paseaba ante ella.

«Parece cansado», pensó Marianne. Su pelo oscuro estaba revuelto, su frente delineada por un ceño fruncido y su rostro seguía pálido bajo el bronceado. El polvo del camino cubría sus botas altas; su camisa y su pañoleta también estaban arenosas por culpa del polvo. No se parecía en nada al caballero que ella había conocido en Londres. Parecía, a su vez, más peligroso y más desesperado. Aun así, el poder de aquel hombre era asombroso. Por fin estaba aquí, llenaba sus ojos, llenaba la habitación, aunque ahora fuera como un extraño para ella. Porque se paseaba frente a Elise y no había dedicado ni una palabra a nadie más desde que había entrado en la habitación. Marianne juntó las manos en el regazo para no acercarse a él. Él no la miraba; se preguntó si se acordaba de ella.

Su mirada voló hacia Lady Elise que estaba sentada orgullosa y pálida con sus ardientes ojos azules también fijos en él. «¿Cómo podía acordarse de ella, o siquiera tenerla en cuenta, cuando tenía a esta princesa de cuento de hadas venida del otro lado del mar para consolarlo?», pensó Marianne con amargura. ¿Una dama que se había casado con él? Y que, sin embargo, no era su esposa. No lo entendía, y de repente tuvo miedo de hacerlo.

Las siluetas de los dos caballeros que habían llegado con Mark estaban tan quietas como imágenes esculpidas contra la larga ventana donde permanecían de pie, esperando y también vigilantes. Betsy y Gilly compartían un profundo sillón, sentadas de espaldas en él, apenas respirando para que no les dijeran que se marcharan.

Marianne observaba a Mark, suspirando por él. Empezó a odiarse a sí misma por ello,

porque necesitaba que todo se resolviera cuanto antes. Tuvo que esconder su corazón y usar la cabeza porque era de su vida y de su futuro de lo que él iba a hablar. Una cosa sí sabía: a pesar de lo mucho que lo quería, si él la había traicionado, sin duda debía levantarse e irse de aquí sin mirar atrás. Echó un vistazo a su futuro y supo que nunca sería suficiente. Sabía que tendría que serlo si él la había engañado.

—La cosa es tan muy sencilla —comenzó a decir Mark de repente con voz ronca, sacudiendo la cabeza mientras miraba el intrincado dibujo de la alfombra persa por la que se paseaba—. Y también muy estúpido. Y lo peor de todo es que podría haberme adelantado si lo hubiera pensado. Prometí guardar el secreto. Ese fue mi único error. No, no fue mi único error. Yo era joven e insensible. Podría perdonar al chico, pero no al hombre. Nunca te mentí. —Miró a Marianne. Solo entonces se dio cuenta de que ahora le hablaba a ella—. Me mentía a mí mismo, ya ves. Di mi palabra de que guardaría un secreto y olvidé que fue un chico quien dio esa palabra. —Se encogió de hombros—. Puede ser que no tuviera elección, porque la única forma de guardar de verdad un secreto es olvidarlo, y yo lo hice... demasiado bien. Si te sirve de consuelo, al final me acordé. Iba a decírtelo.

Elise rio con fuerza.

—¡Claro que sí! —habló con brillante amargura—, y también ibas a decirle la verdad. De verdad, Mark. Has cambiado. El chico que yo conocí era, al menos, honesto hasta cierto punto. Mark movió la cabeza para mirarla a la cara—.

—La honestidad nunca es un defecto. —Luego le dio la espalda y se centró en Marianne —. La cuestión es que yo era joven y ella también. Ninguno de los dos era demasiado honesto ni siquiera entonces. Si lo hubiera sido, supongo que me habría preguntado por qué una joven tan encantadora habría estado tan deseosa de casarse conmigo, eso para empezar.

—¿Por qué no iba a hacerlo? —gritó Drum, pero Mark agitó una mano para cortarlo.

—No, Drum. Tenía edad para casarme, pero era demasiado inmaduro para mis años. Había llevado una vida protegida. Educado en casa, poco acostumbrado a la compañía sofisticada. Cuando por fin fui a la escuela, me llevaba bien con otros jóvenes, pero estaba muy perdido en lo que a las mujeres se refería. Aunque, ¿cómo podría saber eso? —musitó en voz alta, su mirada se volvió vacía mientras observaba algo que solo él podía ver—. Me sonrojo al pensarlo. En realidad, yo era virgen. —Hizo una pausa para mirar a todas las personas que lo acompañaban en la habitación.

Se rio, un destello del Mark diabólico que Marianne conocía tan bien apareció en su voz y también en su rostro.

—Como iba diciendo —continuó —, era un muchacho muy inexperto, sin duda. De hecho, me sudaban las palmas de las manos cuando solo bailaba con una chica guapa, y tropezaba con mis palabras tanto como con mis pies en cada asamblea o baile.

A Marianne le costaba imaginárselo. ¿Mark deslenguado? ¿Mark desmañado y sin gracia? ¿Mark perdido con una mujer? ¿Con cualquier mujer? Por mucho que lo intentara, le resultaba imposible imaginárselo.

Suspiró apesadumbrada.

—Así que puedes imaginarte cómo me quedé cuando mi padre me presentó a Elise. Me quedé estupefacto. Era la Incomparable de aquella temporada; bella y parecida a un hada,

siempre solicitada, llena de risa fácil, locuaz y alegre. Su tarjeta de baile siempre estaba llena y, sin embargo, ¡se dignó a bailar conmigo! Incluso parecía que me estaba haciendo un favor. Le hice la corte. Qué buen pretendiente debí de ser —soltó irónico—. Tartamudeando y luego parloteando durante horas cuando ella, en realidad, estaba sentada escuchando mis pensamientos, mis filosofías.

—¡Tonterías! ——vociferó Drum. Soltó la palabra con exasperación, como si fuera una olla a punto de explotar. Se inclinó hacia delante, con ambas manos apretadas en el respaldo de la silla—. Te admiraba entonces, Mark, todo el mundo lo hacía. Eras un poco poético, sin duda. Pero eras tan erudito, tan firme y ecuánime en el trato con tus amigos. Más que eso, eras un modelo de comportamiento caballeroso en cuanto a modales y en las maneras. Eras un deportista contundente, un excelente púgil, un jinete de cuello y corbata, un gran esgrimista...

—Pero no un espadachín —dijo Mark con pesar, riendo un poco—. Al menos no del tipo que llegué a ser más tarde. Porque las mujeres me asombraban y me aterrorizaban entonces. Con un cierto terror alegre, como comprenderás. Me fascinaban y me inspiraban. Seguro que recuerdas que, en la escuela, nunca salía de noche con nuestros amigos para relacionarme con el tipo de mujeres que estaban al alcance de los jóvenes adinerados como nosotros.—

—¡Te respetábamos por ello! —dijo Drum—. Eras un hombre de gusto y discriminación —.

—Yo era un chico con ilusiones. Evitaba a las putas porque me parecían burlas de todo lo que admiraba en las damas. ¡Y cómo admiraba a las damas! Pero perdía toda mi delicadeza cuando estaba con ellas. Me parecían criaturas supremas, y lady Elise su personificación.

Marianne se mordió el labio.

—Sí, eso sí lo recuerdo —ronroneó Elise—. Pero Mark, ¿cómo pudiste pensar que podrías olvidarme? Me querías. —Miró de reojo a Marianne.

—No, en absoluto —la corrigió Mark—. Te adoraba.

Los ojos de Marianne se abrieron de par en par en un mar de dolor que no había creído que existiera.

—Hay una diferencia —Mark miró a Marianne—. De hecho, hace poco que lo he descubierto. Basta de juegos de palabras —expresó con dureza, incapaz de seguir mirando a los ojos atónitos de Marianne.

Volvió a dar una vuelta por la alfombra, inquieto. Cuando habló, fue hacia el centro de la estancia.

—El resumen es que descubrí que la encantadora Elise no solo estaba dispuesta a casarse conmigo, sino que estaba deseosa de hacerlo. Mi padre se alegró. El suyo lo aprobó. Era una unión perfecta. Los planes salieron adelante con premura; de hecho, con tanta premura, que algunos lo consideraron indecoroso, preguntándose si era una necesidad. Idiota como era, me sentí halagado tanto por su impaciencia como por sus suposiciones sobre las razones de la misma. Estaba pagado de mí mismo y de mi orgullo y tan ansioso como ella por el día de nuestra boda.

Marianne cerró los ojos al pensar en su noche de bodas, el largo cuerpo de Mark entrelazado con el esbelto y flexible de Elise. Aquella cabeza morena inclinada sobre aquel rostro hermoso, sus fuertes manos ahuecando la cabeza de ella mientras sus ojos color avellana

ardían de tierno amor, no solo de lujuria, al clavar su mirada en el vívido azul de los de Elise. Los dos, embelesados, ambos elegantes aristócratas, criados desde la cuna el uno para el otro. Ella no se había permitido ver eso, ni una sola vez en todas las noches que había pasado tumbada en su solitaria cama pensando en ellos dos. Ahora lo hacía. Era casi insoportable.

—Más de cien personas hubo en nuestra boda. —Elise se mostró soñadora—.Tú estabas allí, Drummond, la recordarás. Era mayo y había rosas, pétalos lirios de los valles, dulce bandera y reina de los prados. Todo el mundo decía lo astuto que era mezclar lo elegante con lo común, las flores cultas con las silvestres. Pero, además, todo se llevó de maravilla. Algunos invitados juraron escribirlo para que otras novias lo copiaran, estaban así de encantados. ¿Y por qué no? No se escatimó en gastos. Un desayuno al aire libre para los invitados, ¡y qué invitados! La *crème* de la *crème*. Cientos de ellos...

—Sí —la cortó Mark—, y solo nosotros dos en nuestra noche de bodas. ¿Recuerdas eso también?

Marianne se puso rígida, pero Elise dejó de hablar. Se miró los dedos de las manos e inspeccionó sus uñas con repentino interés.

—Por supuesto que creí que mi encantadora y joven novia estaría demasiado cansada después de semejante celebración —continuó Mark, con su profunda voz llena de sarcasmo—. Y, por supuesto, comprendí que una muchacha de tan gentil crianza no desearía caer en... —Hizo una pausa, mirando hacia donde estaban sentadas Gilly y Betsy, embelesadas—. —Así que cabalgamos hacia Londres. —Se volvió hacia Elise. Ella seguía evitando su mirada.

»Entonces, por supuesto, comprendí que no estaba acostumbrada a viajes tan duros y que necesitaba descansar. Tomamos el paquete a Calais, y el movimiento del barco la puso tan enferma que tuvo que quedarse en la cama de nuestro camarote, sola salvo por su criada, mientras yo paseaba por la cubierta muy preocupado por ella. Era una flor tan gentil. Claro que también tardó días en recuperarse de aquello.

—Me llené de comprensión —dijo, paseándose de nuevo ahora como lo había hecho entonces—. Las mujeres son criaturas tan delicadas. ¿No había sido mi propia madre una inválida? Me preocupé por mi joven esposa. Tan joven, tan frágil, tan suavemente criada que temblaba ante mi más ligero roce, movía las pestañas con agitación cuando apenas le besaba la mejilla y, de hecho, se estremecía cuando me atrevía a tocarle los labios. Al menos tus emociones eran ciertas, eso te lo concedo —le gruñó a Elise.

Dio otra vuelta sobre la alfombra, luego se detuvo y se enfrentó a ella, con la cabeza alta, las manos en las caderas y una mirada directa y fría.

—Y yo no era un monstruo, ¿verdad? Y, desde luego, tampoco lo bastante hombre, ni lo bastante audaz, ni lo bastante brillante, como para abordar el asunto con demasiada frecuencia. De hecho, me pregunto ahora si no me sentí aliviado por el retraso, por miedo a meter la pata. Pero eso era entonces. Después de un tiempo, incluso yo empecé a preguntármelo. Estábamos en París, en un gran hotel. Habían pasado semanas y seguías enferma, así que llamé a un médico.

—¿Cómo podía decírtelo? —preguntó Elise con sencillez, levantando por fin sus brillantes ojos azules para mirarlo a los ojos.

—¿Cómo pudiste no hacerlo? —exigió él.

Marianne miró de Mark a Elise, con el corazón helándose. Seguían peleándose por algo

que había ocurrido hacía más de una década. Era como si los años nunca hubieran intervenido. Tanto calor no podía surgir de un hogar frío.

—Pensé que, con el tiempo, cuando los acontecimientos siguieran su curso... —Elise.

—No lo hicieron y ahora te doy las gracias por ello. Porque podrías haberlo conseguido, ¿sabes? Yo era joven y estaba prendado. Carecía totalmente de astucia y, desde luego, no esperaba ninguna de ti. Podrías haber sido tan calculadora como, obviamente, habías planeado ser. Ahora lo veo. ¿Cómo habría sabido que no era más que terror de doncella y no el asco que era? ¿Cómo iba a saber que no era tu primer amante?

—¡Sí que me gustabas! —gritó Elise, poniéndose en pie como un rayo—. Estaba dispuesta a intentarlo, pero estaba tan enferma... ¡No mentía sobre eso!

—Eso era lo único en lo que no mentías —dijo Mark de forma desdeñosa, fría y contenida, como furiosa estaba ahora.

—¡Te lo dije todo! —le gritó ella.

—Solo cuando tuviste que hacerlo —contraatacó él.

—No tuve que hacerlo, pero para entonces me caías lo bastante bien como para ser sincera contigo. —Temblaba de rabia. —Te apartaste de mi abrazo y vomitaste en mi regazo. Creo que era posible que me debieras una explicación. Tu estómago fue sincero, al menos. Nunca un hombre había sido rechazado de una forma tan sincera.

—Podría haber dicho que estaba enferma —protestó ella.

—Habrías tenido que decir que te estabas muriendo —soltó Mark con una risita sombría —. Eso no significaba que lo hubiera creído. ¿Por qué tendría que haberlo hecho? No estábamos en el mar, ni en el camino; era una mañana luminosa y tú estabas muy en forma, cálida y sonrosada de salud, y muy dispuesta a estar entre mis brazos hasta entonces. Entonces no había nada más que la verdad.

—Pero entonces te lo conté todo —dijo ella, sentándose de nuevo, calmando la voz, recomponiéndose visiblemente.

—Solo después de que te llamara zorra.

—Recuerdo que la palabra que usaste fue puta —le recordó Elise.

—¡Sí! —exacto dijo él con algo parecido al triunfo, dándose la vuelta para encararla de nuevo—. Porque los eufemismos más amables salían solos, ¿no? Pero, entonces, y solo entonces, me dijiste por fin que no eras una puta, que eras una mujer respetable. ¡Cómo defendiste tu honor! —soltó una risita amarga—. Oh, sí, una mujer muy respetable, y nada puta, dijiste, era solo porque ya estabas casada. Y tan respetablemente embarazada.

Marianne parpadeó, pero cuando volvió a mirar solo vio la misma extraña verdad. Había amado a su Elise. Se había casado con ella con gusto. Pero había resultado que estaba preñada del hijo de otro hombre... y seguía casada con otro hombre. Así que, entonces, ella y Mark se habían casado... ¿Y, sin embargo, no se habían casado? Todo empezó a tener sentido, un sentido terrible.

—Aunque tu nuevo marido te había abandonado —continuó Mark de forma implacable, recordando sin duda esa pequeña rareza de sus nupcias—: el hecho de que nadie, excepto tú y él,

supierais que estabais casados.

Los labios de Elise se tensaron.

—Sin embargo, aceptó la responsabilidad.

—Después de que tu padre y el mío lo localizaran e inmovilizara. Corta el rollo, Elise. Él no podía acostarse contigo sin casarse contigo, pero tú no podías dar a luz a su hijo sin un marido. De ahí yo. No puedo culparte por lo que te pasó antes de conocernos. Era un oficial apuesto cuando lo conociste. No podías saber que te sería infiel en cuanto descubriera que tu padre tenía planes para ti y tu dote que no incluían a un oficial del ejército jubilado. Tampoco podías saber que lo descubrirían haciendo trampas a las cartas y que le quitarían el uniforme que tan bien vestía.

La miró con algo parecido a la simpatía.

—Eras joven. Estabas asustada. Acepto todo eso... Ahora, fue algo condenable lo que me hiciste. ¿Y si hubiéramos consumado nuestro falso matrimonio? ¿Cómo podría haber sabido que estaba criando al hijo de otro hombre, un hombre que estaba dispuesto a chantajear a cualquiera que pudiera pagar sus facturas si surgía la necesidad? Si le debo algo, es gratitud porque al final su voluntad, o su cuerpo, frustró sus planes.

—¿Gratitud? —espetó Elise—. ¡Y aun así me abandonaste! —Mark giró sobre sí mismo para encararla.

—¿De verdad creías que me quedaría contigo después de saberlo? Aunque hubiera sentido algo más por ti, ¿cómo iba a hacerlo? ¡Eras un bígamo! Eso es un crimen castigado con la muerte. Vale, ellos no colgarían a una mujer, y difícilmente a una con tu riqueza y conexiones. Yo era un incauto, pero tú eras una criminal. Habría sido un transporte para ti, como mínimo. Dudo que hubieras disfrutado viviendo en las Antípodas con los otros convictos. Luego estaba el asunto del escándalo. Ni siquiera estábamos casados. Yo había sido una tonta y lo habría parecido, así que me lo merecía y el escándalo que habría manchado mi nombre. Pero su familia no.

—Volví a Inglaterra en busca de consejo. Encontré eso y más: pruebas de su duplicidad. Mi padre lo consiguió; fue él quien regresó conmigo y te hizo presentar tus verdaderas líneas matrimoniales. Pero fue tu padre quien te envió al exilio, acuérdate. Fue él quien te lo exigió, después de haber aceptado mantenerte a ti y a tu legítimo esposo, al que localizó y envió contigo. Te fuiste con él con gusto. ¿Lo recuerdas? Yo sí. Que Dios me ayude, pero difícilmente puedo olvidarlo, ¿verdad? —Su rostro estaba marcado por líneas duras y sus ojos brillaban como cristales de topacio. Elise se quedó quieta, blanca como una estatua sobre una piedra, contemplando su rostro sin responder.

Marianne observó a la pareja. «Lo más seguro es que Elise aún se preocupaba por él», pensó. ¿Cómo podría no hacerlo? Había viajado tan lejos para verlo de nuevo para consolarlo y, al encontrarlo casado de nuevo, había intentado echar a su nueva esposa. Ese era el acto de una mujer celosa, una mujer que aún estaba dispuesta a luchar por lo que había perdido. Seguro que él también seguía preocupándose por ella.

Marianne oyó el amargo dolor que había debajo de cada una de sus salvajes palabras mientras volvía a pelearse con Elise. Normalmente, era hábil con las palabras, frío, contenido, urbano. Era su seña de identidad. Pero no podía controlar el odio que había en su voz y era

cualquier cosa menos tranquilo. Y el odio no era, después de todo, más que el gemelo bastardo, amargado y rechazado del amor. Lo que significaba que tanto si seguía casado con su bella Elise como si no, su corazón seguía siendo de ella y siempre lo sería, se dio cuenta. Porque Mark era un buen hombre, un hombre de palabra, un hombre en el que una mujer podía confiar para siempre. ¿No se lo había estado diciendo a Gilly e incluso a la propia Elise todos estos últimos días? ¿No se lo había estado diciendo a sí misma también? Y había tenido razón, en cierto modo.

Se le ocurrió de repente. Tan de repente que cerró los ojos, tratando de protegerse contra la puñalada de una revelación inexplicable. Se había casado con Elise de buen corazón y buena fe, comprometiéndose con ella para siempre, hiciera lo que hiciera Elise. Era su manera de ser; ella misma no se habría casado con él si no fuera esa clase de hombre. Ella no lo habría amado si él no fuera así.

Y por eso la verdad era peor que el hecho de que él le hubiera mentido. Porque no lo había hecho. Le había dado su nombre y su protección de buena fe. Sin embargo, fueran cuales fuesen los hechos de su estado civil, la verdad era que su corazón nunca podría ser de ella. Pero, recordó mientras permanecía sentada en la oscuridad autoimpuesta bajo sus párpados cerrados, a pesar de todo lo que él le había prometido, que nunca le había dicho nada sobre su corazón, ¿verdad?

Capítulo 20

-¿Por qué? —preguntó Mark, rompiendo el silencio que se había apoderado de la habitación —. ¿Por qué volver ahora? ¿Ha muerto el galante capitán?

Elise se incorporó.

—Mi marido está bien, gracias. He venido, como te he dicho, cuando supe que tu padre estaba enfermo, moribundo. Tengo corazón, ¿sabes?

Mark se recostó en el brazo de una silla. Por primera vez desde que había entrado en la habitación, la tensión abandonó su rostro. Se pasó una mano por los ojos y sonrió con cansancio.

—Oh, señora, Elise. Déjalo. Se acabó. Te conozco muy bien. Oíste que mi padre se moría y había una cosa que él tenía que tú querías... y no era su bendición antes de morir.

—No sé a qué te refieres —dijo Elise—. Solo deseaba darle consuelo.

—Sí —contraatacó Mark—, y conseguir tus papeles de la boda.

Los ojos de Elise se volvieron recelosos. Los hombros de Mark se relajaron. Suspiró.

—Eso es, ¿no? Tiene que serlo. No hay otra razón lógica para esta visita. Siento que hayas perdido el tiempo. Ya no las tiene, querida. Las guardaba como un seguro contra cualquier cosa que tú y tu querido marido pudierais intentar conseguir en los años venideros. ¿Pensaste que cuando él muriera tendrías la oportunidad de conseguirlas?¿Pensaste que, si te presentabas ante mí con lágrimas y lamentos, alguna historia sobre que los necesitabas. No, mejor aún, alguna historia sobre que tu hijo necesitaba las líneas matrimoniales de sus padres por alguna razón apremiante, como un colegio al que entrar, una herencia inesperada, te las daría, quizás?

Vio cómo sus ojos se abrían de par en par y luego se entrecerraban, como si intentara ocultar todo lo que a ella se le pasaba por la cabeza y que intentaba ocultar.

—Sí. Bien pensado. —Él asintió—. Podría haber funcionado... supongo. Pero ocurrió algo extraño con el paso de los años. Crecí, querida. Esos papeles son ahora míos y están a salvo con mi abogado. Aun así, si tu hijo necesita pruebas, supongo que puede recuperarlos.

Alguien en la habitación jadeó. Marianne no. Estaba demasiado enferma del corazón para seguir asombrándose.

—Porque no fueron suficientes para mí —dijo Mark, poniéndose en pie de nuevo—. Mi padre es alguien en quien se puede confiar. Yo, querida, no lo soy. Ya no. He trabajado en una arena extraña contra gente que te hace parecer una persona inocente. Me mantuve al tanto de tus aventuras y las de tu capitán. Si una vez te casaste conmigo para protegerte, dos veces creí que eras capaz de cualquier cosa. Nunca abrí tus notas. Pero sabía lo que ocurría: las pérdidas en el juego, los tratos con los de uno y otro bando para pagarlas. Tu moral, querida, es aún más

flexible ahora que entonces.

—Hay que sobrevivir en tiempos difíciles —dijo brusca Elise—. Solo caballeros como tú pueden permitirse principios puros.

—¿En serio? —preguntó Mark extrañado—. Díselo a Drum y Rafe, y a los buenos hombres que conocimos y perdimos. Aquellos que arriesgaron lo único que no podían permitirse, sus vidas, por sus principios.

Sacudió la cabeza, la fatiga de haber pasado la noche en vela era evidente en su rostro.

—Pero eso apenas te importa, ¿verdad? —dijo—. Recuerda, sin embargo, que yo estaba al corriente de tus inusuales amistades y de las razones de las mismas. Se me ocurrió, entonces, que podrías regresar algún día. Que, al no recuperar los papeles, podrías alegar que eran falsos. Que aún podrías amenazarme con traer la vergüenza o el escándalo a mi puerta. Así que ahora tengo aún más pruebas. Fui a esa pequeña iglesia de Escocia donde te casaste por primera vez…

Ahora fue Elise la que no pudo controlar un jadeo de sorpresa.

—Un lugar encantador, justo al otro lado de la frontera —siguió diciendo Mark—. Muy romántico, estoy de acuerdo. Tengo declaraciones escritas de todos los testigos, así como del vicario, y el libro real donde se registró el matrimonio. Está jurado por todos los involucrados. Y, para colmo, tengo una declaración firmada por tu padre.

Los ojos de Elise se abrieron de par en par.

—Sí, querida, él, al menos, es un hombre de principios. Y también te conoce. Pero ahí, creo, está tu respuesta a tus problemas. Si los fondos son escasos, y deben serlo si tu marido es fiel a sus principios, te sugiero que te dirijas a tu padre. Es un hombre difícil, cierto, pero solitario. Si acudes a él de forma discreta, prometiéndole que te marcharás con el mismo sigilo que llegaste, y le cuenta tus problemas, quizá descubras que aún cuentas con su afecto. O, al menos, con el camino hacia su bolsillo. Los años embotan algunas heridas... y él sí se encariñó contigo en otro tiempo. Pero, ahora —dijo, haciendo crujir su cuello y espalda al estirarse—, debo pedirte que te marches. Inmediatamente. Aquí no hay nada para ti.

Elise lo miró fijamente.

—Has cambiado, Mark. —Su voz sonó con una mezcla de reproche y admiración, aunque esto último a regañadientes.

—Gracias. Lo he hecho, gracias a Dios —convino él.

—¡Pero, espera! —gritó Marianne, sacudiendo la cabeza—. No está arreglado. No puede estarlo. Si solo querías dinero, ¿por qué mentirme? ¿Por qué decirme que me fuera? ¿Por qué intentar ponerme en su contra? No lo entiendo.

—Oh, Marianne —murmuró Mark con tristeza. Llegó a su lado, se arrodilló y tomó sus dos manos frías entre las suyas—. ¿No lo ves? Porque eras un enemigo formidable. No se había enterado de que me había casado. Oh, en cuanto a eso.. —Metió la mano en su bolsillo interior, sacó una hoja doblada de un periódico y se la puso en el regazo—. Recién salido de la imprenta; un anuncio de nuestro matrimonio en el *Times*. Me tenías tan paralizado que en realidad lo olvidé —añadió con pesar—, sin darme cuenta del mal que eso podía causar.

—Pero ¿cómo iba a saberlo? —protestó Elise.

—Oh, creo que lo entendiste con suficiente claridad —dijo Mark, sin volver la cabeza para mirarla. —Sabías de la situación de mi esposa. El resto lo obtuvo de los sirvientes. Pero no puedo probarlo. Por eso, y solo por eso, no te detendré... o peor. ¿No lo ves? —le preguntó a Marianne, sus ojos escudriñando los de ella—. Ella necesitaba que te fueras. Pensó en venderme la información sobre dónde estabas, recordando al hombre que solía ser. También debió esperar que yo recurriera a ella. Pero si estabas aquí, y ella lo sabía, no tendría ojos ni oídos para ella.

—¡Como si fuera a tener celos de ella! —escupió Elise con desprecio—. ¡De verdad, Mark, pensé que, con tu nueva reputación de libertino, aunque lo admito, no podía entenderlo antes de volver a verte, elegirías a alguien con crianza, con antecedentes, con belleza! Al menos a la altura de la mía. —Mark no volvió la cabeza. Sus ojos estaban fijos en Marianne.

—Ella tiene más de lo que tú nunca tuviste, Elise. y más de lo que tú nunca tendrás.

—¿No tienes ojos? —espetó Elise—. ¡Está marcada! Desfigurada!

—¿No tienes oídos? —gruñó, girando por fin la cabeza—. Lárgate, Elise, no te debo explicaciones. Pero una cosa sí te diré. Mi mujer no tiene ningún defecto. Excepto —le dijo a Marianne, con una pequeña y triste sonrisa en los labios al contemplar de nuevo su rostro ceniciento—, que no tiene fe en sí misma ni en el poder que ejerce sobre mí .

Elise y su hijo se fueron en menos de una hora. Los invitados de Mark miraban desde una ventana para asegurarse. El propio Mark no miró; estaba desayunando sin ver nada porque solo podía mirar a Marianne.

Ella también quería mirarlo a él. Pero para su sorpresa, descubrió que era tan tímida con él ahora, a la luz del día, como lo había sido con él aquella primera noche en su casa. Para ella no tenía sentido. Lo había esperado durante mucho tiempo y había dudado de él aún más. Sin embargo, ahora que estaba aquí, y ahora que sabía que nunca la había engañado, desconfiaba de él. O recelosa de su reacción ante él, se dio cuenta sorprendida.

Todas sus dudas habían desaparecido. Ahora veía que habían acallado toda la fuerza de su deseo por él. Sin ellas, la enormidad de sus emociones la asustó. Él era suyo, y estaba aquí, su marido, su amante. Siempre se había preguntado sobre su sinceridad, y luego se había visto obligada a cuestionar su honestidad. Ahora que las nubes de la desconfianza y el miedo se habían disipado, no había nada que ensombreciera la asombrosa verdad de su amor. Era asombroso en su intensidad. La abrumaba.

—Bonito detalle —dijo Rafe desde la ventana cuando el carruaje salió del camino—, enviar a Hines con ella. Viejo desgraciado —refunfuñó mientras volvía a sentarse a la mesa—. ¡Y pensar que se pondría de su lado! ¿Cuánto crees que le pagó?

—Nada. —Dejó el tenedor en el plato, con los ojos aún clavados en Marianne, encantado de estar en su presencia—. Él estaba, a su manera, haciendo su trabajo, o eso creía. Recordó que ella era mi esposa y esa fue la razón que se escondía detrás de cada uno de sus actos. . ¿Cómo podía saber lo contrario? Nadie más en Inglaterra lo sabía. Elise y su familia se dieron cuenta de que estaba mejor muerta que casada con dos hombres. Solo tendría que hacer frente a la vergüenza; para ella habría sido el banquillo de los acusados.

—Hines sabe ahora la verdad. Es, a pesar de todos sus pecados, un hombre fiel. Volverá cuando esté absolutamente seguro de que ella se ha ido sana y salva. Me debe eso, dijo. Lo siente mucho. Es muy viejo y está muy arrepentido. ¿Qué otra opción tengo sino creerlo?

—Yo lo habría asustado —comentó Gilly con la boca llena.

Drum se estremeció.

—Sin duda. .

—¿Cuándo partimos hacia la mansión de tu padre? —le preguntó Rafe a Mark.

—Por la mañana. —Observó la expresividad de Marianne, viendo cómo brillaba su piel a la luz de la mañana, aprobando de nuevo aquella delicada nariz pequeña y recta, notando con mayor interés una pálida peca que no había visto antes a un lado de esos labios suaves y carnosos —. Ya hemos viajado bastante por hoy.

—¡Amén! —exclamó Drum con fervor.

—Si te parece bien. —Se dirigió a Marianne—. Ya debes de estar harta de este lugar.

—Lo estoy —admitió, mirándolo a él y luego a su plato—, pero ahora estás aquí. Mañana también está bien para mí.

—Bueno, entonces supongo que nosotras también nos vamos —apuntó Gilly, poniéndose en pie y cogiendo su sombrero—. Gracias por la comida, pero es hora de que nos pongamos en marcha.

—¿Nosotras? —preguntó Marianne, confusa—. Pero las cosas han cambiado. ¿Por qué debe irse Betsy ahora?

La cara de Gilly se puso rosa. Jugueteó con su atroz sombrero, sosteniéndolo frente a ella, mirando su arrugada ala.

—Bueno, verá, la echaba mucho de menos. No sé si podré dejarla marchar de nuevo, y sí sé que ella no quiere que lo haga…

—Entonces, únete a nosotros —le propuso Mark.

—¿Yo? ¿En el campo? No. ¿Cómo me ganaría el pan? —preguntó Gilly, pero volvió a sentarse a la mesa.

—No tendrás que hacerlo, querida —le respondió Mark con suavidad—. Hay gente buena que te acogerá con Betsy, que te ayudará a encontrar una vida mejor que la que has conocido. Yo te ayudaré a encontrarlos. Y no creas que es porque he diseñado ropa sobre ti, lo hago porque te debo mucho por apoyar a mi novia en el momento que más lo necesitaba.

Drum resopló.

—Como si tuvieras diseños con un muchacho desaliñado. ¿Cuánta cerveza bebiste con el estómago vacío, Mark?

—El muchacho —dijo Rafe, observando a Gilly—, es una muchacha.

—¿Estás loco? —preguntó Drum.

Rafe sonrió.

—Quizá un lord no pueda distinguir a una mujer sin sus enaguas, pero no se puede engañar a un militar.

Drum sacó una probeta de su chaleco y miró fijamente a Gilly. Vio a un joven delgado y desaliñado con cabeza medio escondida y ropa holgada de obrero, e hizo un gesto de dolor al ver

el sombrero que el muchacho giraba entre sus manos gastadas por el trabajo. Miró con más detenimiento. Notó que las manos eran de huesos pequeños. Levantó los ojos y vio las finas facciones fruncidas en un ceño, el mechón de pelo platino mal cortado y peinado hacia atrás, los ojos dorados que lo miraban con desprecio.

—Extraordinario —resopló—. Puede que lo sea, pero si va a viajar con nosotros necesita un atuendo adecuado. No deseo representar una escena de *Noche de Reyes*, y ella no es Viola. Más bien una cebolla, diría yo.

Las pequeñas manos de Gilly se crisparon, pero Mark la desarmó diciéndole suavemente:

—No es necesario. Gilly. Te lo prometo.

Vaciló y miró a Marianne. Marianne vio la mezcla de esperanza y miedo, una mezcla que conocía demasiado bien, en los ojos de la muchacha. Eso, y la vacilación de Gilly, le dijeron todo lo que necesitaba saber. Asintió con la cabeza.

—Así es la vida, Gilly. Estarás a salvo con nosotros. Por favor, quédate. Sabes que sería lo mejor para ti y para Betsy. Ella no emprenderá una nueva vida sin ti, y sabes muy bien cuánto lo necesita.

—Y Drum es el hombre perfecto para ayudarte a elegir tu ropa nueva —señaló Mark—. Hay una tienda en el pueblo, Drum. Encárgate de que tenga todo lo que necesitará para el viaje, y después…

—Iré yo también —musitó Rafe después de ver cómo Mark observaba a Marianne—. Hay cosas que yo también necesito.

—No sé —dijo Gilly nerviosa.

—¿Te imaginas que me volveré loco de lujuria al verte en bata? —preguntó Drum con desdén, mirándola por debajo de la nariz, haciendo que la idea le pareciera tan apetecible como comer barro, y casi tan probable—. Basta ya de vacilaciones de doncella. ¿Vienes?

—¡Doncella! —dijo Gilly, bruscamente, porque le quitó de la cabeza sus segundas intenciones y le hizo olvidar la vertiginosa combinación de alivio y terror que sentía ante la idea de lo que estaba a punto de hacer—. Vamos, Betsy. ¿Criada? —le preguntó Drum, mirándole con fiereza.

—¡Puedo trabajar duro como cualquier hombre, más duro que cualquier caballero que haya visto! ¿Puedes levantar un barril de clavos, eh? ¿Puedes?

—Fácilmente —señaló Drum con altivez.

—Me gustaría verlo. —Comenzó a andar hacia la puerta con él a su lado y también Betsy —.¿Qué tal un cajón de nabos, eh?

—Sin ninguna dificultad. —Drum se hizo a un lado y se inclinó, indicándole que saliera por la puerta antes que él.

Gilly frunció el ceño. Luego, con la nariz en alto, salió por la puerta delante de él.

—Pero un barril de cerveza —señaló mientras se iba, aunque su voz sonaba ligera, sin aliento por la sorpresa ante ella misma y ante él—. Me gustaría verte rodar uno lleno en un barril, yo lo haría.

—¿Lo harías? —preguntó él mientras la seguía—. No debería sorprenderme. Puedo

hacerlo con gracia y facilidad.

Sus voces se apagaron mientras salían al vestíbulo. Rafe miró hacia Mark y Marianne y sonrió. Luego se puso el sombrero y salió con los demás.

La sala parecía muy vacía sin ellos. Mark se volvió hacia Marianne y sonrió. Luego, frunció el ceño, porque ella miraba el plato de la mesa, su taza, una cuchara... a todas partes menos a él.

Se aclaró la garganta.

—Bueno. —Se levantó, pasándose las manos por la chaqueta—.Me he lavado la cara y las manos, pero parece que tengo todo el Camino del Norte en la camisa y los pantalones. De hecho, estoy seguro de haberlo probado en mis huevos. Creo que debería subir y volver a hacer uso de ese baño romano. Lo echaba de menos; es lo mejor de este lugar, ¿sabes? Aparte de ti, claro.

Se levantó con rapidez.

—Yo también subiré.

La hizo pasar por la puerta que tenía delante. Su falda rozó sus botas, su perfume burló su nariz, pero no se tocaron ni se miraron a los ojos.

«¡Habla, tonta!» se dijo Marianne a sí misma mientras subía la escalera con él. «Habla de cualquier cosa y las cosas que quieres decir saldrán disparadas».

—Es extraño, pero, aunque te escribía todos los días, y pensaba en ti todo el tiempo, yo... —Lo miró. Sus ojos parecían preocupados—. Ahora me encuentro sin palabras.

—Es natural —susurró él con calma—. Han pasado tantas cosas, hay tanto que decir.

Ella asintió. Se dirigieron a su habitación en silencio. Cuando llegaron a la puerta, Mark la abrió y esperó a que ella entrara antes que él.

«Como un maldito lacayo», se reprendió a sí mismo cuando ella pasó por si lado. «Ser frío y correcto para sellar la pérdida de la confianza que tiene en ti, eso es muy sabio por tu parte», se recriminó de nuevo. Pero no podía tomarla en sus brazos, como anhelaba hacer, como había deseado hacer durante más días de los que podía contar, más años de los que había conocido. Ahora era como una extraña para él.

Su corazón se apretó cuando la vio ir a ocuparse en su tocador, apartando de él el lado cicatrizado de su rostro, como hacía cuando se sentía vulnerable.

«¿Me perdonará alguna vez por no habérselo dicho?» se preguntó, tomando aire contra el sorprendente dolor que sentía por ella... por sí mismo. «¿Merezco que me perdone? Qué habrá tenido que soportar, qué dudas, qué miedos... Y, sin embargo, contra todo pronóstico, creyó en mí. La oí decirlo con mis propios oídos. Ahora ella evita mis ojos. ¿La he perdido, después de todo? No. No quiero, no puedo dejarla marchar», pensó con fiereza. Pero ¿qué tenía que hacer un hombre para seducir a su propia esposa? Los extraños eran un juego fácil, pero esto no era un juego.

«¡Piensa, hombre!», se dijo enfadado, quitándose la chaqueta. «Usa la cabeza, sigue a tu corazón, hay tanto que decir. Se supone que eres condenadamente bueno con las palabras». Pero habían sido palabras fáciles, dichas por razones ligeras. Solo tenía que recuperar toda su vida. Intentó pensar cómo hacerlo mientras empezaba a ponerse la camisa por encima de la cabeza.

«Está aquí, ha vuelto, ha sido fiel a ti, y lo único que puedes hacer es vacilar como la pobre Gilly cuando le ofrecieron la oportunidad de una nueva vida. ¿Qué te pasa? Hay tanto que decir, como él dijo; tanto que contarle, que alegrarse», se reprendió Marianne.

Se volvió hacia él para decirle lo mucho que lo había echado de menos, lo mucho que lo necesitaba, lo contenta que estaba de que las cosas hubieran salido tan bien... y lo vio allí de pie, con la camisa en la mano, los ojos fijos en ella. Aquí por fin, en su habitación, en su cuarto... En su corazón.

Sin palabras fue hacia él. Se detuvo frente a su rostro. Él la miró sin decir nada, apenas respirando. Ella puso la mano sobre su pecho desnudo y sintió el latido seguro y firme de su corazón, los músculos tensos bajo aquella piel cálida. Levantó la cabeza y lo miró a los ojos. Había tanto que decir...

Y nada de eso se dijo.

Él le tocó la mejilla, el pelo. Con cuidado, observando sus ojos todo el tiempo, bajó la cabeza y tocó su boca con la suya. Ella se metió en su abrazo y recibió su ligero beso. Abrió los labios y lo convirtió en algo caliente, profundo y delicioso, bebiéndoselo como si fuera algo que necesitara para alimentarse. De hecho, lo era. Le puso la otra mano en el cuello y tiró de su cabeza hacia abajo, apiñándose cerca de él, apretándose contra él.

Él reía, gemía, era lo mismo. La estrechó entre sus brazos, temblaba de necesidad. Sus labios estaban en su boca, en su mejilla, en su cuello. Le susurró al oído:

—Estoy sucio, polvoriento, apestando a caballo y a prisa. Ven, ven conmigo. Nos bañaremos juntos, nos...

Ella fue a su cama con él en su lugar, porque era el lugar más cercano donde podían yacer juntos, y necesitaban eso por encima de todo lo demás. Rápida, decidida, lo ayudó a quitarse la última prenda. Él no podía esperar a que ella se quitara la bata, así que lo hizo por ella. Hicieron una pausa para mirarse. Era un hombre, a menudo, impulsado por la lujuria y llevaba mucho tiempo negándose el placer. Sin embargo, lo detuvo en seco el increíble placer de pensar que era su Marianne en aquella forma deliciosa y necesaria.

Vio la encarnación de todos sus deseos y la prueba del deseo que él sentía por ella. Se quedó mirando, emocionada y orgullosa, porque era evidente que él la necesitaba tanto como ella a él.

Sus manos se alcanzaron. Se tocaron, se besaron, hubo una ráfaga de movimientos y sensaciones. No era como ningún encuentro que él hubiese conocido hasta ahora, ni como ningún reencuentro que ella hubiese podido imaginar. Eran dos mitades empeñadas en volver a estar completas.

No pronunciaron ninguna palabra, ningún sonido excepto sus respiraciones, y luego el grito que ella lanzó cuando él la penetró, y los murmullos de placer y la respiración agitada de él, y el grito de él y el de ella. Porque, por fin, estaban juntos como ambos habían deseado estar durante más tiempo del que podían soportar.

Él la abrazó incluso cuando se retiró de ella. Nada podría haberlo hecho dejarla ir un momento antes, nada le haría dejarla ahora. Le acarició la espalda mientras ella se acurrucaba contra él, aturdida por el placer y todo lo sucedido.

—Lo siento —dijo con voz profunda, sin aliento por el placer que había sentido—. Ha sido

demasiado rápido, estaba muy ansioso. ¿Te he hecho daño?

—Oh, no, nunca, fue magnífico. Mark. Ha sido… Nunca había sentido nada igual, quiero decir. El final, ha sido... extraordinario.

—¿Nunca habías sentido nada parecido? —preguntó él con una risita ahogada—. ¿Mi Marianne ha aprendido a mentir mientras yo no estaba? Juro que antes te hice las mismas cosas.

—Ah, eso. —Sonrió. Sintió que sus labios se desplazaban por su cuello—. Pues sí. Lo hiciste. Pero a eso me llevaste en nuestra obra. Nunca sentí esto, al final, quiero decir. Fue perfecto.

Se rio, tan encantado como orgulloso.

—Qué criaturas tan afortunadas sois. Sí, puede haber dos. Nosotros, pobres machos, tenemos que conformarnos con uno. Y uno como el que tú me diste. Volvió a besarla, porque él tampoco había sentido nunca nada igual.

Permanecieron en la cama un rato más, felicitándose mutuamente, acariciándose, deleitándose en el hecho de poder hacerlo. Entonces, él se puso de rodillas y la levantó en brazos.

—Todavía estamos solos y, con mis dignos amigos a cargo, lo estaremos toda la tarde. Así que ahora te voy a mostrar una seducción apropiada, en un escenario apropiado, del tipo con el que soñé todas esas noches solitarias en Londres.

Pero no hubo ninguna. Saciados, demasiado complacidos y a gusto el uno con el otro para eso ahora, la idea parecía divertirles más que excitarles. Él la llevó a la bañera romana. Chapotearon, jugando como niños en las aguas perfumadas. Se secaron el uno al otro y caminaron cogidos del brazo hasta su alcoba de nuevo. Allí volvieron a hacer el amor, igual de rápido, con no menos placer. Se habían entretenido en el baño, pero ahora no podían. Parecía que no tenían paciencia para ello. Tampoco podían decirse todas las cosas que tenían que decirse. En su lugar, se hablaban con sus cuerpos. Se necesitaban demasiado como para arriesgarse con las palabras. Nadie lo habría adivinado en la cena de aquella noche, o eso creían. Estaban contentos, tranquilos, en control. Pero Rafe y Drum intercambiaron miradas cómplices cuando vieron a su anfitrión y a su anfitriona cogidos de la mano, robándose miradas, compartiendo sonrisas secretas.

Betsy estaba demasiado contenta con su suerte para darse cuenta, y su siempre observadora hermana no lo estaba tanto esta noche. Estaba demasiado involucrada en el hecho de que llevaba un vestido de gala. Era blanco, de cintura alta, la falda caía hasta sus zapatillas nuevas, a la moda del momento. Estaba bañada y limpia, pero esa era la única mejora que todos podían ver. De hecho, todos en privado pensaban que había mejorado su aspecto, porque era torpe con la ropa de mujer, y ahora podía verse que estaba delgada hasta la demacración.

Su pelo, lo único que destacaba de ella, tenía una sola flor prendida en la parte de atrás, como en disculpa por la falta de rizos o de longitud. La flor solo ponía de relieve el hecho de que su pelo parecía haber sido estrujado por las ratas. Pero ella se comportaba con dignidad y nadie dijo una palabra en alabanza o censura de su aspecto. Eran demasiado amables para eso. Y quizá, como Drum le confió a Rafe, nadie se atrevía.

Apenas se hubo servido el postre, Rafe bostezó de forma teatral. Se pasó una mano por su llameante cabello.

—¡Vaya día! Despierto desde el amanecer y luego de juerga toda la tarde. Hora de irse a la

cama para mí. —Volvió a bostezar.

Nadie mencionó que un soldado curtido podría haber estado acostumbrado a más esfuerzos que despertarse temprano y luego hacer una excursión a un pueblo local con dos chicas.

—En efecto —convino Drum, levantándose de su silla—. Y mañana tenemos que levantarnos al amanecer.

—Sí, voy a por mi siesta —declaró Gilly—, y nuestra Betsy está medio dormida sobre su pudding.

Se fueron de la sala antes de que los lacayos pudieran entrar a recoger los últimos platos. Mark sonrió a Marianne.

—Tenemos unos invitados excelentes. —Le ofreció la mano.

—Y una cama excelente —convino ella, y sonrió al ver que él enarcaba las cejas.

—Eso, querida, tenía que decirlo yo —masculló indignado, arruinando el efecto con una mirada cálida y cariñosa.

Pero ella estaba sentada sola en el asiento de la ventana de su habitación mientras la luna volaba en lo alto. Se había envuelto en sus brazos y miraba fijamente hacia la noche, observando las sombras proyectadas por la luna, pensando mientras la noche envejecía. Oyó un movimiento en la cama y lo oyó levantarse. Lo sintió acomodarse ella su espalda. La estrechó contra sí, sus largos brazos cubriendo los de ella, su cálido cuerpo absorbiendo el ligero frío de la noche del de ella. Le acarició el cuello y luego acercó los labios a su oído.

—¿Qué? —Su voz, espesa, estaba envuelta en sueño y amor—. Creía que estabas satisfecha, y una mujer bien satisfecha duerme bien.

—Me hiciste el amor muy bien, y lo sabes, pero... —No pudo continuar. Sintió que su pecho se hinchaba con un suspiro.

—Ya veo —dijo él, acomodándola más cerca de su cuerpo, apartándole con suavidad el pelo de la oreja para poder poner sus labios allí—. Tienes toda la razón para estar enfadada conmigo, por supuesto. ¿Puedes creer que había enterrado el secreto bígamo de Elise tan hondo que era como si nunca hubiera ocurrido? Me hiciste recordar. Me hiciste olvidar. Por si sirve de algo, estaba a punto de decírtelo cuando me llamaron.

—Nunca pensé que tendría que lidiar con su villanía. Hoy estaba más enfadada con ella que el día que supe cómo me habías engañado —se maravilló—, porque vi cómo te había hecho daño.

Puso su mejilla contra la de ella.

—Yo no te habría hecho daño por nada del mundo. ¿Puedes creerlo? —

Ella asintió—. ¿Entonces qué pasa?

«Aquí está mi oportunidad, aquí esta noche. Estoy demasiado cansada para preocuparme; no puedo esperar más. Tengo que decirlo y es ahora o nunca».

—Dijiste «bien amada» —soltó, contenta de no poder verle la cara, porque la suya se estaba poniendo roja—. He sido complacida, pero no sé si soy amada. —Esperó, casi sin respirar, su respuesta.

—Ah. —Hizo una pausa. No oyó nada más que el retumbar de su pulso en sus oídos—. Entonces, después de todo lo que he dicho y hecho, ¿todavía lo dudas?

—Sí —contestó apesadumbrada—, porque nunca lo has dicho.

—Nunca has dicho: «te quiero», y eso es muy importante para una mujer. Pero si no lo haces, lo entiendo perfectamente. Es solo que nunca lo has hecho, ni una sola vez.

Se quedó completamente inmóvil. Cuando volvió a hablar, su voz sonó tranquila, pero ella podía sentir la aceleración de los latidos de su corazón contra su espalda.

—¿No lo hice? Qué extraño. Sobre todo, por la forma en la que siempre me lo estás declarando.

—¿Qué? —dijo ella a su vez.

—No. —So voz sonaba calmada a pesar de su agitación interior. Esta era la pregunta que se había preguntado si alguna vez se atrevería a pronunciar en voz alta—. Ahora que lo recuerdo, tú tampoco me lo has dicho nunca.

Parpadeó. Se giró tan rápido que su pelo voló en todas direcciones, algunas finas hebras se enredaron en el corto rastrojo de su recién crecida barba nocturna, por lo que parecía que estaban unidos por una seda de araña a la luz de la luna.

—¡Nunca dije... nunca dije! Oh, Mark...

Le ahuecó la cara con sus dos grandes manos.

—No —dijo él seriamente, intentando leer su expresión en la tenue luz—. Nunca lo hiciste. Oh, he oído muchos «Sí, Mark» y «Ah, Mark. Sí», y me alegro de ello. Sospechaba de la gratitud y conozco el placer cuando lo oigo. Pero nunca oí nada más. Puede ser importante para una mujer, pero un hombre también necesita oírlo. Incluso un hombre que parece impermeable a esas cosas. Porque no lo es. Ningún hombre lo es. Este hombre, muy especialmente no lo es.

Esperó, muy serio, muy callado.

—Oh, Mark —gritó ella, atónita—, ¡pero si te quiero! ¿Cómo puedes dudarlo? No me habría casado contigo si no fuera así. No me habría acostado contigo. Te amo por completo, incluso cuando pensé que podrías haberlo... Bueno, no es que lo creyera nunca. Pero incluso cuando me hicieron pensar que me habías engañado, te amé, aunque me odié por ello. Te quiero, ¡oh, te quiero! ¿Cómo podrías pensar lo contrario?

—Quizá, porque nunca lo dijiste.

—Bueno, pero tú tampoco lo hiciste, y no me atreví porque pensé que te habías casado conmigo por lástima o...

Él le tapó la boca con la mano.

—Nunca, jamás. Tu situación me dio la oportunidad. Nadie me obligó. Solo tú lo hiciste. —Movió el pulgar con suavidad por su cicatriz—. Tienes esta cicatriz, mi amor. Está donde el mundo puede verla, pero no pueden ver cómo te ha hecho tan fuerte e inteligente, y tan valiente. Yo llevo una cicatriz que no se ve. Me atreví a cortejar a una dama y mi contacto le produjo náuseas. Me hizo jurar que demostraría al mundo que ninguna mujer podría resistirse a mí. Por supuesto, también me aseguré de que ninguna mujer pudiera conocerme... hasta ti. Arriesgué eso por ti. Soy muy afortunado. Ambos sobrevivimos a nuestras heridas. Ojalá pudiera curar las

tuyas como tú curaste las mías, aunque solo fuera por tu bien. Pero, en cuanto a mí, no puedo arrepentirme, porque te trajo a mí.

—Y la tuya a mí. —Levantó una mano y le acarició la cara—. Pero nunca creeré que fuiste un chico sin arte. Jamás. Siento que te hiciera tanto daño.

Él tomó su mano y la puso sobre su corazón acelerado.

—Ella hirió mi orgullo. Esto no. Ella no podía. No se lo había dado a ella ni a ninguna otra mujer... hasta ti. Y ninguna otra mujer lo tendrá jamás, ni ninguna parte de mí. Supongo que me merecía lo que pasó. Un hombre no debería casarse por ninguna razón salvo por la que me casé contigo. Te deseaba, es cierto, pero luego, para mi asombro y deleite, descubrí que te amaba.

Su voz se hizo más suave, sus dedos rozaron su mejilla, sus ojos sostuvieron los de ella.

—Ardía por ti, sí, por supuesto, tú lo sabías, qué bien se te da conocerme. Pero la razón por la que te metí en mi cama tan pronto después de casarnos… —Suspiró. Lo que quería decirle lo dejaría totalmente expuesto a ella. Pero ¿y qué? Ahora estaba completamente seguro de que era lo correcto y necesario. Habló rápido, antes de que pudiera recordar lo difícil que era decirlo en voz alta—. La verdad era que no quería perderte, por ningún motivo. Verás, decidí que, si iba a haber un bebé, sería mío, sin preguntas.

Acalló su jadeo con un beso rápido y ligero, y cuando volvió a hablar su voz contenía una sonrisa.

—No me diste ninguna por contestada. Sí, tuve mucha suerte. Pero para entonces ya te amaba. Marianne. Te quiero tanto. —Hizo una pausa. Ladeó la cabeza y sonrió; ella vio sus dientes brillar a la luz de la luna—. Nunca había dicho eso antes. Qué bien suena. Te quiero, Marianne. y aquí estás.

—No, aquí estamos. —Lo abrazó con fuerza—. Ahora —susurró tras unos minutos, luchando contra las lágrimas, forzando el control. Resopló y se aclaró la garganta—. Ahora viviremos felices para siempre, ¿no?

—Solo podemos intentarlo —dijo él con ternura.

—Oh, Mark, puedes hacerlo mejor que eso.

Riendo, alegre, más el niño perdido que nunca había conocido que el hombre genial que había llegado a conocer, la llevó de vuelta a su cama y lo hizo lo mejor que pudo. Y, entonces, ella lo ayudó a hacerlo mejor.